

**SERMONES
DEL
MAESTRO ECKHART**

**SERMONES
DEL
MAESTRO ECKHART**



INDICE

Al lector.....	13
----------------	----

SERMÓN

1º; La barca que atraviesa los pensamientos	17
2º; Ver a Dios como en una Nada	22
3º; Buscarte es buscar-LE	29
4º; Vacía el Templo de mercaderes	35
5º; El poder transformante del Amor	42
6º; De la humildad como entrega	48
7º; De la fecundidad del desapego al “yo”	54
8º; Mis obras no son mías.....	61
9º; Morir para vivir	66
10º; La chispita en el fondo del Alma	71
11º; El no está fuera, sino dentro de tí.....	75
12º; Dios está en la Creación, pero no es afectado por ella ...	79
13º; De los cinco sentidos y el banquete del Alma	86
14º; Para ver hay que estar ciego a los objetos externos.....	91
15º; No hay más reposo que en El.....	95
16º; Cuanto más te entregues, más se te dará El mismo.....	98
17º; Uno sólo Dios en todos nosotros	103
18º; De la fugacidad de lo temporal y del gozo eterno	108
19º; La proximidad de Dios y el Alma sin diferencia	112
20º; El Alma es como una ciudadela.....	119
21º; El hombre particular es un accidente de la naturaleza .	123
22º; Allí, donde Ser es verdaderamente Conocer	126
23º; Del regreso a la simplicidad originaria	130

24º; La salida de Dios es su entrada	135
25º; El Verbo se halla dentro de ti	140
26º; De la contemplación pura sin mediación	144
27º; Dentro, la paz; fuera, el desasosiego	153
28º; Los cinco sentidos y las tres potencias del Alma	157
29º; De la alegría natural	161
30º; Los tres obstáculos a la Gracia	164
31º; Del error de decir “yo”	170
32º; Del conocimiento supraindividual	171
33º; ¿Cuándo resucitarás dentro de tí?	178
34º; Las seis actitudes del buscador	182
35º; Con el cuerpo no puedes conocer a Dios	184
36º; Las tres señales del que ha resucitado	189
37º; De la órbita de la Tierra	193
38º; Dios no reconoce nada fuera del Ser	197
39º; ¡Hágase en mí según Tu voluntad!	202
40º; Un día y lugar innominados	208
41º; De los cinco maridos y los dos hijos	212
42º; Dios no es un objeto que pueda ser pensado	216
43º; Del verdadero desapego	222
44º; Del correcto desapego a la voluntad propia	227
45º; Quien no lo comprenda ¡que no se preocupe!	231
46º; Ni has de hacer ni dejar de hacer	232
47º; La eternidad es “ahora”	242
48º; Los invitados al ágape nocturno	249
49º; Dios y la Divinidad	255
50º; Amar sin porqué	258
51º; Somos la causa de todos nuestros impedimentos	264
52º; La alegría está dentro de ti	268
53º; Dios desea que salgas de ti mismo	274

54º; Del nombre escrito en la frente.....	279
55º; En el “ahora” no hay tinieblas.....	283
56º; La visión de San Juan.....	286
57º; ¡Levántate! desápégate de los sentidos.....	288
58º; Los obstáculos a la verdadera espiritualidad	292
59º; De los mercenarios y siervos de sus propias obras	298
60º; De la humildad	303
61º; El desapego al fruto de la propia búsqueda espiritual ..	307
62º; Allí, donde todas las cosas son Uno	312
63º; Tu hora es «ahora»	318
64º; De la Luz y de la Gracia.....	322
65º; Orar es trepar hacia Dios.....	327
66º; El poder de la Gracia	331
67º; De los pobres en el espíritu	333
68º; Si renuncias, ganas	340

AL LECTOR

Editados hace un año los *Tratados Espirituales* del Maestro Eckhart en esta misma colección, ahora, con la publicación de los *Sermones* concluye el proyecto de ofrecer al lector la versión más completa de las obras del místico alemán impresa en lengua castellana.

Remitimos al lector interesado en la vida y pensamiento del Maestro Eckhart a la extensa introducción publicada en los *Tratados*. Allí quedó patente que los escritos del maestro alemán, su novedoso aparato semántico y su extraordinario uso de la alegoría y de la metáfora aplicada al orden metafísico no era nada más, y nada menos, que una manera de expresar sus vivencias espirituales. Digámoslo claramente; Eckhart era un “amigo de Dios”, un hombre que, vaciado de sí mismo, había sido llenado por la Gracia. A explicar este camino, que el llama *no-camino* y que culmina con el “despertar”, la “iluminación”, la “realización espiritual” y que comenta en uno de sus tratados de descriptivo título, “*Del nacimiento eterno*”, dedica la mayoría de sus sermones. Por eso, el lector no debe perder de vista el hecho de que los escritos de Eckhart no tratan de moral temporal ni de especulaciones filosóficas o metafísicas; son una exteriorización de sus “experiencias” místicas, es decir, de lo que *acontece* cuando sobreviene el desapego al propio desapego, de lo que se *siente* cuando no hay un “yo” que reivindique o se atribuya la experiencia; de lo que se *ve* desde un lugar y tiempo innominados; de lo que *acontece* cuando, en suma, como dice el maestro alemán, *conocer es Ser*.

Al igual que la edición de los *Tratados Espirituales*, la presente selección y traducción de los sermones se ha efectuado sobre el texto alemán de la edición crítica de Josef Quint: *Meister Eckhart, Die deutschen und lateinischen Werke*, realizada con el concurso de la Deutsche Forschungsgemeinschaft (W. Kohlhammer, Stuttgart) y de la edición revisada por Largier, *Meister Eckhart, Werke*, 2 Vols., Deutscher Klassiker Verlag, Frankfurt a. M., 1993. Ante la dificultad, reconocida por el propio Quint, de datar correctamente los escritos de Eckhart, hemos abandonado la idea de seguir un orden cronológico en la numeración de los sermones. También hemos optado por rotular cada sermón con un título o encabezamiento alusivo con el fin de facilitar su localización e identificación en el índice general de la obra.

Esta edición carece de pretensiones académicas y obedece exclusivamente a la intención de facilitar el acceso a la obra del místico alemán.

SERMONES

SERMÓN 1º

La barca que atraviesa los pensamientos

Jesús ordenó a sus discípulos que subieran a una barca.

«Jesús ordenó a sus discípulos que subieran a una barca y les mandó que cruzaran la «furia»» (Mateo 14, 22).

El mar, ¿por qué se llama «furia»? Porque se enfurece y está inquieto. «Ordenó a sus discípulos que subieran». Quien quiere escuchar al Verbo y llegar a ser discípulo de Cristo, tiene que subir y elevar su entendimiento por encima de todas las cosas corpóreas, y debe cruzar la «furia» de la inconstancia inherente a las cosas perecederas. Mientras existe alguna volubilidad, ya sea astucia o ira o tristeza, ella tapa el entendimiento de modo que no puede escuchar al Verbo. Dice un maestro: Quien ha de entender las cosas naturales y aun las materiales, debe desnudar su conocimiento de todas las demás cosas. Yo ya he dicho varias veces lo siguiente: Cuando el sol vierte su luz sobre las cosas corpóreas, entonces transforma aquello a que puede abrazar en vapor fino y lo alza consigo: si la luz del sol fuera capaz de hacerlo, lo elevaría hasta el fondo de donde ella ha emanado. Mas, cuando lo alza por el aire y el vapor se ha extendido en sí mismo y calentado por obra del sol y luego cuando sube hacia el frío, sufre un revés por el frío y se precipita en forma de lluvia o nieve¹. Así sucede con el Espíritu Santo: levanta al alma y la eleva y alza junto con Él, y si ella estuviera preparada, la alzaría hasta el fondo de donde Él ha emanado. Así acontece cuando el Espíritu Santo mora en el alma: entonces ella sube porque Él la alza junto consigo. Mas, cuando el Espíritu Santo se retira del alma, ella cae hacia abajo porque aquello que es de la tierra, cae hacia abajo; pero aquello que es de fuego, va girando hacia arriba. Por ello, el hombre debe pisotear

¹ Aristóteles, *Meteor.* I c. 4; y Alberto Magno, *Isagoge in libros Meteororum* pars IV c. 6.

todas las cosas que son terrestres, y todo cuanto pueda encubrir el entendimiento, para que no quede nada que no sea igual al conocimiento. Si el alma obra sólo en el conocimiento, es igual a éste. El alma que de tal manera ha ido más allá de todas las cosas, es elevada por el Espíritu Santo y Él la alza junto consigo hasta lo profundo de donde Él emanó. Ciertamente, la lleva a su imagen eterna de donde ella ha surgido, a esa imagen según la cual el Padre ha diseñado todas las cosas, a esa imagen en la cual todas las cosas son uno, a la extensión y profundidad en las cuales vuelven a terminar todas las cosas. Quien quiera llegar a este punto, escuchar al Verbo y ser discípulo de Jesús, la salvación, debe pisotear todas las cosas que son desiguales a la imagen.

¡Ahora prestad atención! Dice San Pablo: Cuando vemos con el rostro descubierto el esplendor y la claridad de Dios, somos reformados e informados en la imagen que es toda una imagen de Dios y de la divinidad (Cfr. 2 Cor. 3, 18). Cuando la divinidad se entregó enteramente al entendimiento de Nuestra Señora, recibió a Dios en su seno porque era desnuda y pura; y lo que nació de la superabundancia divina fluyó en el cuerpo de Nuestra Señora, y por obra del Espíritu Santo se formó un cuerpo en el cuerpo de Nuestra Señora. Y si ella no hubiera llevado la divinidad en el entendimiento, nunca lo habría concebido a Cristo corpóreamente. Dice un maestro²: Es una merced especial y un gran don el que uno vuele hacia lo alto con las alas del conocimiento y eleve el entendimiento al encuentro de Dios, y que sea llevado de claridad en claridad y con claridad en claridad (Cfr. 2 Cor. 3, 18). El entendimiento del alma es lo más elevado del alma. Cuando ésta se halla afirmada en Dios, el Espíritu Santo la introduce en la imagen y la une con ella. Y con la imagen y el Espíritu Santo se le hace pasar y se le introduce en el fondo. Allí donde se halla informado el Hijo, allí habrá de ser informada también el alma. A ella que de tal manera es introducida y concentrada y centrada en Dios, le obedecen todas las criaturas, como le sucedió a San

² Cfr. Agustín, *Sermo* 311 c. 4.

Pedro: Mientras sus pensamientos estaban concentrados y centrados con simpleza en Dios, el mar se unía bajo sus pies de modo que él caminaba sobre el agua (Cfr. Mateo 14, 29 ss.), mas, cuando fijó su pensamiento abajo, se fue hundiendo.

Es ciertamente un gran don que el alma de tal manera sea introducida por el Espíritu Santo, porque así como al Hijo se le llama «Verbo», así al Espíritu Santo se le llama «Don»: de este modo lo designa la Escritura (Cfr. Hechos 2, 38). Ya he dicho varias ocasiones: El amor aprehende a Dios en cuanto es bueno; si no fuera bueno no lo amaría y no lo consideraría Dios. No ama nada que carezca de bondad. Pero el entendimiento del alma aprehende a Dios en cuanto es ser puro, un ser que flota por encima de todo. Mas, el ser, la bondad y la verdad tienen la misma extensión, pues el ser, en cuanto existe, es bueno y es verdadero. Pero resulta que los maestros toman la bondad y la colocan sobre el ser: con ello encubren el ser y le hacen una piel porque le añaden algo. Por otra parte, lo aprehenden a Él en cuanto es Verdad. El ser ¿es la verdad? Sí, pues la verdad se halla vinculada al ser porque Él le dijo a Moisés: «Me ha enviado El que es» (Cfr. Éxodo 3, 14). Dice San Agustín³: La Verdad es el Hijo en el Padre, porque la Verdad está vinculada al ser... El ser ¿es la verdad? Si se hiciera esta pregunta a varios maestros, dirían: «¡Así es!». Si alguien me hubiera preguntado a mí, le habría dicho: «¡Así es!». Pero ahora digo: «¡No!», porque la verdad también es una añadidura. Mas los maestros lo toman ahora en cuanto es Uno, porque «Uno» es más propiamente uno que aquello que se halla reunido. De aquello que es uno se ha separado todo lo demás; pero, no obstante, lo mismo que se ha separado, se ha añadido también por cuanto supone diferencia.

Y si Él no es ni bondad ni ser ni verdad ni Uno, ¿entonces qué es? No es absolutamente nada, no es ni esto ni aquello. Si tú todavía piensas en algo que Él sería, no lo es. Entonces, el alma ¿dónde ha de aprehender la verdad? ¿No encuentra la verdad allí

³ Agustín, *De vera religione* c. 36 n. 66.

donde es informada en una unidad, en la pureza primigenia, en la impresión de existencia acendrada... no encuentra allí la verdad? ¡Ah no!, no halla ningún concepto de la verdad sino que de ello sólo proviene la verdad, de ahí trae su origen.

San Pablo fue conducido al tercer cielo (Cfr. 2 Cor. 12, 2 y 3). ¡Fijaos ahora en cuáles son los tres cielos! Uno es la separación de toda corporeidad, otro la enajenación de todo ser-imagen; el tercero un mero conocimiento inmediato en Dios. Ahora surge un interrogante: Si San Pablo, en el lapso en que estaba arrebatado, ¿habría sentido si lo hubieran tocado? ¡Yo digo que sí! Cuando estaba recluso con la cerradura de la divinidad, él habría notado si le hubiesen tocado con la punta de un alfiler, pues San Agustín dice en el libro «Del alma y del espíritu»⁴: El alma fue creada, por así decirlo, en un punto límite entre el tiempo y la eternidad. Con las facultades más bajas se ocupa, en el tiempo, de las cosas temporales; en cuanto a su potencia suprema comprende y siente, fuera del tiempo, las cosas eternas. Por eso digo: Si en el lapso de su éxtasis le hubieran tocado a San Pablo con la punta de una aguja, él lo habría notado ya que su alma permanecía en su cuerpo, como la forma en su materia respectiva. Y así como el sol alumbraba el aire, y el aire la tierra, así su espíritu recibió luz pura de parte de Dios, y lo mismo el alma, del espíritu y el cuerpo, del alma. Por lo tanto es evidente cómo San Pablo fue arrebatado y permaneció también con su alma en el cuerpo. Fue arrebatado en cuanto a ser espiritual y permaneció en cuanto a ser dotado de alma.

El segundo interrogante trata de si San Pablo adquirió el conocimiento fuera o dentro del tiempo. Yo digo, que conoció fuera del tiempo, porque no conoció por intermedio de los ángeles creados en el tiempo, sino que conoció por obra de Dios que ha existido antes del tiempo y nunca fue tocado por el tiempo.

El tercer interrogante trata de si él estaba en Dios o Dios en él. Yo digo: Dios conoció en él, y él como no hallándose en Dios.

⁴ *De spiritu et anima* c. 47.

Escuchad un símil: El sol brilla a través del vidrio y evapora el agua de la rosa; esto se debe a la fineza de la materia del vidrio y a la fuerza generadora del sol: así el sol envía la luz sobre el vidrio y no el vidrio en el sol. Lo mismo sucedió con San Pablo: cuando el claro sol de la divinidad bañó a su alma, se evaporó de la diáfana rosa de su espíritu el río amoroso de la contemplación divina, del que dice el profeta: «El ímpetu del río da alegría a mi ciudad» (Salmo 45, 5), o sea, a mi alma. Y esto le ocurrió gracias a la claridad de su alma. El amor penetró a través de ésta debido a la facultad creativa de la divinidad.

La relación con el cuerpo perturba al alma de modo que ella no puede conocer con tanta pureza como el ángel; pero, uno es angelical en la medida en que conoce sin cosas materiales. El alma conoce desde fuera, Dios conoce en Él mismo por Él mismo, porque es el origen de todas las cosas; que Dios nos ayude a llegar a este origen por toda la eternidad.

SERMÓN 2º

Ver a Dios como en una Nada

Surrexit autem Saulus de terra apertisque oculis nihil videbat

Estas palabras, que he dicho en latín, las escribe San Lucas *in actibus* acerca de San Pablo y dicen así: «Saulo se levantó del suelo y, con los ojos abiertos, nada veía» [Act. 9, 8].

Me parece que estas palabras tienen cuatro sentidos. El primer sentido es éste: cuando se levantó del suelo, con los ojos abiertos, nada veía y esa nada era Dios; puesto que, cuando ve a Dios, lo llama una nada. El segundo es: al levantarse, allí no veía nada sino a Dios. El tercero: en todas las cosas nada veía sino a Dios. El cuarto sentido es: al ver a Dios veía todas las cosas como una nada.

Antes Lucas ha explicado cómo, súbitamente, una luz venida del cielo lo derribó al suelo [Act 9, 3]. Ahora date cuenta de que dice: «una luz venida del cielo». Nuestros mejores maestros dicen que el cielo tiene luz en sí mismo y, sin embargo, no brilla. El sol también tiene luz en sí mismo y, con todo, brilla. También las estrellas tienen luz, aun cuando fluye hacia ellas. Nuestros maestros dicen que el fuego, en su pureza simple, natural, en su estado superior, no brilla. Allí su naturaleza es tan pura que no hay ojo que lo pueda percibir en modo alguno. Es tan sutil y extraño al ojo que, si estuviera aquí abajo junto al ojo, no podría captarlo con la vista. Sin embargo, en un objeto extraño, se le ve bien cuando inflama un pedazo de madera o de carbón.

Entendemos por la luz del cielo la luz que es Dios y que no puede percibir ningún sentido humano. Por eso San Pablo dice: «Dios habita en una luz inaccesible que nadie ha podido ver» [I Tim 6, 16]. Con ello expresa: Dios es una luz a la que no hay acceso. No hay camino hacia Dios. Aún no ha llegado a Dios quien todavía anda en el subir y en el crecer en la gracia y en la luz. Dios no es una luz creciente, aunque hay que haber llegado a

él mediante el crecer. No se ve nada de Dios en el crecer. Si Dios tiene que ser visto, debe ser en una luz que es Dios mismo. Un maestro dice que en Dios no hay ni menos ni más, ni un esto ni un aquello. Mientras estamos de camino no hemos llegado.

Y dice Lucas: «Una luz del cielo le envolvió». Con ello quiere decir: quedó envuelto todo lo que era de su alma. Un maestro dice que en esa luz se elevan todas las potencias del alma y se intensifican los sentidos externos, con los que vemos y oímos, así como los internos, que llamamos pensamientos: es una maravilla lo lejanos e insondables que son. Puedo pensar fácilmente tanto en lo que está allende el mar como en lo que está aquí contigo y conmigo. Pero el intelecto va más allá de los pensamientos, en la medida en que todavía busca. Anda por todas partes y busca; espía aquí y allí, gana y pierde. Pero por encima de ese intelecto, que todavía está buscando, hay otro intelecto que no busca, que permanece en su ser puro y simple, comprendido en esa luz. Y yo digo que en esa luz se elevan todas las potencias del alma. Los sentidos saltan sobre los pensamientos, pero lo elevados e insondables que son es algo que nadie sabe sino Dios y el alma.

Dicen nuestros maestros, y es una cuestión difícil, que los ángeles no conocen los pensamientos mientras no penetran y saltan al intelecto que busca; y el intelecto que busca no salta al intelecto que no busca, y que es, más bien, una luz pura en sí misma. Esa luz comprende todas las potencias del alma en sí misma. Por eso dice: «La luz del cielo le envolvió».

Un maestro dice que todas las cosas que fluyen no entran en contacto con las cosas inferiores. Dios fluye en todas las criaturas y ninguna de ellas le toca, sin embargo. No las necesita. Dios confiere a la naturaleza la facultad de actuar, y su primera acción es el corazón. Por ello piensan algunos maestros que el alma se oculta en el corazón y fluye en los otros miembros y los vivifica. Esto no es así. Si bien es cierto que la primera acción del alma reside en el corazón, ella está totalmente en cada uno de los miembros. El corazón se halla en el centro, quiere permanecer protegido en torno suyo, del mismo modo que el cielo no sufre

ninguna influencia extraña ni recibe nada de nada. Más bien tiene todas las cosas en sí mismo; no es tocado por ninguna cosa, pero llega a todas ellas. Ni aún el fuego, tan alto como se halla, tiene contacto con el cielo.

Pablo fue lanzado al suelo en la luz que le envolvió, y se le abrieron los ojos, de modo que con los ojos abiertos veía todas las cosas como nada. Y cuando veía todas las cosas como nada, entonces veía a Dios. Atención ahora. El alma pronuncia una pequeña frase en el *Libro del amor*: «En mi lecho, por las noches, he buscado al amor de mi alma. Busquéle y no le hallé» [Cant 3, 1]. Lo buscaba en el lecho, es decir: para quien permanece allí tomado o pendiente de alguna cosa que está por debajo de Dios, su lecho es demasiado estrecho. Todo cuanto Dios ha querido crear es demasiado estrecho. El alma dice: «Lo he buscado por las noches». No hay noche que no tenga luz, pero está oculta. El sol brilla también en la noche, pero está oculto. Brilla durante el día y oculta las demás luces. Del mismo modo actúa la luz divina, que oculta todas las luces. Todo lo que buscamos en las criaturas es noche. Es lo que verdaderamente opino: todo lo que buscamos en cualquier criatura es sombra y noche. Aun la luz más sublime de los ángeles, por muy alta que sea, no afecta en nada al alma. Todo lo que no sea la primera luz es oscuridad y noche. De ahí que el alma no encuentre a Dios. «Me levanté, pues, y busqué por todas partes y anduve a través de los espacios vastos y angostos. Allí me encontraron los centinelas —eran los ángeles— y les pregunté si no habían visto a quien ama mi alma», y callaron; quizás no lo podían nombrar. «Apenas avancé un poco más, encontré a quien buscaba» [Cant 3, 2-4]. Ya he hablado también acerca de lo poco y pequeño que le impedía al alma encontrarlo: no encuentra a Dios aquel para quien todas las cosas pasadas no son algo inferior y una nada. Por eso dice: «apenas avancé un poco más, encontré a quien buscaba». Si Dios toma forma en el alma y fluye en ella, y entonces lo tomas como una luz o como un ser o como un bien, y reconoces alguna cosa de él, eso no es Dios. Mira, es necesario superar lo inferior y separar todos los atributos y conocer a Dios

como uno. Por eso dice: «apenas avancé un poco más, encontré a quien ama mi alma».

Decimos con frecuencia: «a quien ama mi alma». Mas ¿por qué dice ella «a quien ama mi alma»? Ahora bien, El está muy por encima del alma, y ella no nombró a quien amaba. Cuatro razones hay por las que no lo nombró. Una es que Dios es innombrable. Si hubiera que darle un nombre, habría que pensar en algo concreto. Dios está por encima de todos los nombres; no se puede ir tan lejos como para nombrar a Dios. La segunda razón por la que no se le da ningún nombre es porque cuando el alma fluye totalmente de amor en Dios, entonces no sabe de nada que no sea el amor. Se imagina que, como ella, todas las gentes conocen a Dios. Se sorprende de que haya alguien que conozca otra cosa y no sólo a Dios. La tercera razón es que no tenía tiempo suficiente para nombrarlo. No puede apartarse tanto tiempo del amor; no puede pronunciar otro nombre que no sea amor. La cuarta razón es que quizás imaginaba que no tenía más nombre que amor; con amor pronuncia todos los nombres al mismo tiempo. Por eso dice: «me levanté y busqué por todas partes y anduve a través de los espacios vastos y angostos... Apenas avancé un poco más encontré a quien buscaba».

«Pablo se levantó del suelo y, con los ojos abiertos, nada veía». No puedo ver lo que es uno. Él nada veía, y eso era Dios. Dios es una nada y Dios es alguna cosa. Lo que es alguna cosa, también eso es nada. Lo que Dios es, lo es totalmente. Por esto el clarividente Dionisio dice, siempre que escribe de Dios: El está por encima del ser, por encima de la vida, por encima de la luz; no le atribuye ni esto ni eso y con ello quiere decir que El es un no sé qué, que trasciende todo. Si alguien ve alguna cosa, o si algo penetra en tu conocimiento, eso no es Dios, justamente, porque no es ni esto ni eso. No creáis a quien diga que Dios está aquí o allí. La luz, que es Dios, brilla en las tinieblas [Jn 1, 5]. Dios es una luz verdadera y quien quiera verla ha de ser ciego y ha de mantener a Dios lejos de todas las cosas. Dice un maestro: quien habla de Dios con un ejemplo cualquiera habla de El en un sentido

impuro. Mas quien habla de Dios con nada lo hace correctamente. Cuando el alma llega a lo uno y, en un rechazo puro de sí misma, entra allí, encuentra a Dios como en una nada. Una vez, en un sueño de vigilia, a un hombre le pareció que estaba preñado de la nada, como una mujer está preñada de un niño, y en esa nada había nacido Dios; él era el fruto de la nada. Dios había nacido en la nada. Por eso él dice: «se levantó del suelo y, con los ojos abiertos, nada veía». Veía a Dios, en quien todas las criaturas son nada. Veía a todas las criaturas como una nada, pues Dios tiene en sí el ser de todas las criaturas. Es un ser que tiene en sí a todos los seres.

Cuando dice: «nada veía» opina otra cosa. Dicen nuestros maestros: si alguien conoce alguna cosa de los objetos exteriores, algo interviene en él, por lo menos una impresión. Si quiero obtener la imagen de una cosa, por ejemplo de una piedra, entonces atraigo de ella en mi interior lo más tosco; lo extraigo de ella hacia fuera. Pero si sucede en el fondo de mi alma, la imagen se halla allí en lo más alto y noble; no es nada sino una imagen espiritual. En las cosas que mi alma conoce del exterior, algo extraño penetra en ella; por lo que conozco de las criaturas en Dios, en el alma no entra nada sino sólo Dios, pues en Dios no hay nada sino Dios. Si conozco a todas las criaturas en Dios, las conozco como nada. Pablo vio a Dios, en quien todas las criaturas son nada.

La tercera razón por la que nada veía es que la nada era Dios. Un maestro dice: todas las criaturas están en Dios como una nada, pues El tiene en sí mismo el ser de todas las criaturas. Él es un ser que tiene en sí todos los seres. Otro maestro dice que no hay nada por debajo de Dios, por cercano que le sea, en donde no entre algo extraño. Otro maestro dice: el ángel se conoce a sí mismo y a Dios sin mediación. Pero si conoce otra cosa, entonces penetra algo extraño en él; allí se da una impresión, por pequeña que pueda ser. Si queremos conocer a Dios, tiene que ser sin mediación; no puede penetrar nada extraño. Para conocer a Dios en esa luz divina, debe ser incesante y encerrada en sí misma, sin impre-

sión de alguna cosa creada. Entonces conocemos la vida eterna sin mediación.

«Cuando nada veía, entonces veía a Dios». La luz que es Dios fluye hacia fuera y oscurece cualquier otra luz. En la luz divina en la que Pablo vio, en ella veía a Dios y nada más. Por eso dice Job: «A su veto el sol no se levanta, y pone un sello a las estrellas» [Job 9, 7]. Debido a que él fue arrebatado por aquella luz, no veía nada más que a Dios; pues todo cuanto pertenecía a su alma se hallaba preocupado y ocupado con la luz que es Dios, de modo que no podía percibir nada más. Y esto es una buena enseñanza para nosotros; pues, cuando nos ocupamos de Dios, nos cuidamos poco de las cosas exteriores.

La cuarta razón por la que nada veía es que la luz, que es Dios, no tiene mezcla alguna; ninguna mezcla la penetra. Fue una señal de que veía la verdadera luz, que es nada. Con la luz sólo quiere decir que, con los ojos abiertos, nada veía. Veía la nada divina por el hecho de que nada veía. San Agustín dice que cuando nada veía, entonces veía a Dios. San Pablo dice que quien nada ve y es ciego ve a Dios. Por eso dice San Agustín que debido a que Dios es una luz verdadera y un sostén para el alma y le es más próxima que el alma lo es de sí misma, cuando el alma se aparta de todo lo creado, es necesario que Dios brille en ella y resplandezca. El alma no puede tener ni amor ni temor, sin saber de dónde procede. El alma ha llegado a casa y habita en su luz simple y pura cuando no se dirige a las cosas exteriores. Allí ni ama ni tiene miedo o temor. El conocimiento es una base y un fundamento de todo ser. El amor de nuevo no puede estar ligado a nada que no sea el conocimiento. El alma ve a Dios cuando es ciega y no ve nada más, y es necesario que así sea. Dice un maestro que el ojo en su pureza más alta, en donde no tiene color en sí mismo, ve todos los colores; no sólo donde está desprovisto de todo color en sí mismo sino donde está en el cuerpo, también allí debe estar desprovisto de color si se quiere conocer el color. Se ven todos los colores a través de lo que no tiene color, aunque estuviera abajo, en los pies. Dios es un ser tan peculiar que lleva en sí a todos los

seres. Es preciso que el alma sea ciega si Dios tiene que ser conocido por el alma. Por ello dice que «veía» la «nada», por cuya luz es toda luz, por cuyo ser es todo ser. De eso habla la amada en el *Libro del amor* «Apenas avancé un poco más, encontré a quien ama a mi alma» [Cant 3, 4]. Lo «poco» sobre lo que avanzó eran todas las criaturas. No encuentra a Dios quien no las rechaza. La amada da a entender también que, por pequeño y puro que quiera ser, aquello a través de lo cual conozco a Dios, debe quedar fuera. No es correcto que yo tome la luz, que es Dios, verdaderamente, si afecta a mi alma; tengo que tomarla en donde brota. Podría ver de forma incorrecta la luz que brilla sobre el muro, si no dirigiera mi ojo allí donde brota. Y aun cuando la tome allí, debo permanecer ajeno a ese brotar; debo tomarla tal cual es, sostenida en sí misma. Aun entonces no es correcto; no debo tomarla donde afecta, ni donde nace, ni donde brota, ni sostenida en sí misma, porque todo eso es un modo del ser. Hay que tomar a Dios en tanto que *modo sin modo* y en tanto que *ser sin ser*, pues no tiene ningún modo. Por eso dice San Bernardo: «Quien quiera conocerte a ti, Dios, debe medirte sin medida».

Rogamos a Dios para que alcancemos aquel conocimiento que es absolutamente sin modo y sin medida. Que Dios nos ayude. Amén.

SERMÓN 3º
Buscarte es buscar-LE

El profeta Daniel dice: Te seguimos...

Dice el profeta Daniel: «Te seguimos de todo corazón y te tememos y buscamos tu rostro» (Daniel 3, 41).

En el alma hay una potencia que es más extensa que todo este mundo. Tiene que ser muy extensa ya que Dios habita allí adentro. Alguna gente no «invita al espíritu de la sabiduría»; «invita» a la salud y a las riquezas y a la voluptuosidad, pero «el espíritu de la sabiduría» no entra en éstas. La cosa que piden, la prefieren a Dios —como cuando alguien da un penique por un pan, él prefiere el pan al penique—, convierten a Dios en servidor de ellos. «¡Hazme esto y sáname», diría acaso un hombre rico, «pide lo que quieras, yo te lo daré!». Y si alguien luego solicitara un cuarto sería una necedad; y si le solicitara cien marcos, el otro se los daría gustosamente. Por eso es una enorme necedad cada vez que alguien le pide a Dios otra cosa que no sea Él mismo. Para Él semejante petición es indigna porque no existe nada que dé tan gustosamente como a sí mismo. Dice un maestro: Todas las cosas tienen un porqué, pero Dios no tiene ningún porqué; y el hombre que le solicita a Dios otra cosa que no sea Él mismo, le crea a Dios un porqué.

Esta cita del profeta Daniel encaja bien con lo que dije ayer: «Lo llamé y lo invité y lo atraje, y el espíritu de la sabiduría ha entrado en mi fuero íntimo, y lo he estimado más que todos los reinos y el poder y el dominio, y más que el oro y la plata, y más que las piedras preciosas, y en comparación con el espíritu de la sabiduría he considerado todas las cosas como grano de arena, y fango, y nada» (Sabiduría 7, 7 a 9). Constituye clara señal de que posee «el espíritu de la sabiduría» aquel hombre que considera pura nada a todas las cosas. «El espíritu de la sabiduría» no vive en aquel que mira a alguna cosa como si fuera algo. Cuando el

sabio dijo «como un grano de arena», esto era demasiado poco; cuando dijo «como fango», también era demasiado poco; cuando dijo: «como nada», estaba bien dicho, porque todas las cosas son pura nada en comparación con «el espíritu de la sabiduría». «Lo llamé y lo atraje y lo invité, y el espíritu de la sabiduría ha entrado en mi fuero íntimo». Quien lo llama dentro de lo más entrañable, en éste entra «el espíritu de la sabiduría».

Pues bien, dice el sabio: «Con el espíritu de la sabiduría he recibido a la vez todas las cosas buenas» (Sabiduría 7, 11). Por entre los siete dones, el más noble es el don de la sabiduría. Dios no da ninguno de estos dones sin darse primero Él mismo, y de modo igual y de manera engendrante. Todo cuanto es bueno y puede traer gozo y consuelo, lo poseo todo en el «espíritu de la sabiduría» y también toda la dulzura, de manera que no permanece fuera del espíritu ni la punta de una aguja y, sin embargo, sería nonada si uno no lo poseyera tan perfecta e igual y rectamente como lo goza Dios, así gozo yo lo mismo de modo igual en su naturaleza. Porque Él, en «el espíritu de la sabiduría», opera en forma completamente igual de modo que lo mínimo llega a ser como lo máximo, pero no lo máximo como lo mínimo. Es como si alguien injertara un vástago noble en un tronco tosco, luego todos los frutos salen según la nobleza del vástago y no según la tosquedad del tronco. Así pasa también en este espíritu: allí todas las obras se vuelven iguales, porque lo mínimo llega a ser como lo máximo, y no lo máximo como lo mínimo.

Dios se da de manera engendrante, porque la obra más noble en Dios es engendrar, con tal de que en Dios una cosa fuera más noble que otra; porque todo el placer de Dios está cifrado en engendrar. Todo cuanto me es congénito no me lo puede quitar nadie, a no ser que me quite a mí mismo. En cambio todo cuanto me puede caer en suerte, lo puedo perder; por eso, Dios nace íntegramente en mí para que no lo pierda nunca; pues, todo cuanto me es congénito, no lo pierdo. Dios tiene todo su placer en el nacimiento, y por eso engendra a su Hijo en nuestro fuero íntimo para que tengamos en ello todo nuestro deleite y engen-

dremos junto con Él al mismo Hijo natural; porque Dios cifra todo su placer en el nacimiento y por eso nace dentro de nosotros para tener todo su deleite en nuestra alma y para que nosotros tengamos todo nuestro deleite en Él. Por eso dijo Cristo, según escribe San Juan en el Evangelio: «Me siguen» (Juan 10, 27). Seguir a Dios en sentido propio, eso está bien: que obedezcamos a su voluntad, como ayer dije: «¡Hágase tu voluntad!» (Mateo 6, 10). San Lucas escribe en el Evangelio que Nuestro Señor dijo: «Quien quiere seguirme, que renuncie a sí mismo y tome su cruz y me siga» (Lucas 9, 23). Quien renunciara a sí mismo en sentido propio, éste pertenecería a Dios por antonomasia, y Dios le pertenecería a él por antonomasia; de ello estoy tan seguro como del hecho de ser hombre. Para semejante hombre resulta tan fácil renunciar a todas las cosas como a una lenteja; y cuanto más renuncia, tanto mejor.

Por amor de Dios, San Pablo quería ser apartado de Cristo por la salud de sus hermanos (Cfr. Romanos 9, 3). Este aspecto preocupa mucho a los maestros y les produce grandes dudas. Algunos dicen que sólo se refería a un tiempo determinado. Esto, en absoluto es verdad; de tan mal grado por un instante como eternamente, y también con tanto gusto eternamente como por un instante. Siempre y cuando ponga sus miras en la voluntad de Dios, será más de su agrado cuanto más dure, y cuanto mayor sea el suplicio, tanto más lo querrá, exactamente como ocurre con un mercader. Si él estuviera seguro de que aquello que compraba por un marco, le rendiría diez, pondría todos los marcos que poseyese, y todo el trabajo necesario, con tal de estar seguro de que volvería a casa con vida y ganaría tanto más... todo esto le resultaría atractivo. Justamente esto le sucedió a San Pablo: la cosa de la que sabía que era la voluntad de Dios... cuanto más tiempo, tanto más querida, y cuanto mayor el suplicio, tanto mayor la alegría; porque cumplir con la voluntad divina, es el reino de los cielos; y cuanto mayor sea el suplicio sufrido de acuerdo con la voluntad divina, tanto mayor será la dicha.

Ninguna criatura sería capaz de dar la vida; si fuera posible que alguna criatura pudiera darla, Dios amaría no obstante tanto al alma que no podría tolerarlo, sino que Él mismo quiere darla. Si alguna criatura la diera, le repugnaría al alma; le importaría tan poco como una mosca. Exactamente como si un Emperador le diese una manzana a un hombre, éste la apreciaría más que si otra persona le regalara un jubón; de la misma manera, el alma tampoco puede aceptar que reciba la vida de otro que no sea Dios. Por eso, dice: «Yo doy», para que la alegría del alma por el don sea perfecta.

«¡Renuncia a ti mismo y toma tu cruz!» (Cfr. Lucas 9, 23). Los maestros dicen que el suplicio consiste en ayunar y otras penitencias. Pero, esto no constituye sino un librarse del suplicio porque a tal actitud no la sigue sino alegría. Luego de Juan 10, 27 dice Él: «Les doy la vida» (Juan 10, 28). Muchas otras cosas que se encuentran en los entes racionales, son accidentes; mas la vida es propia de toda criatura racional, como ser suyo. Por eso dice: «Yo les doy la vida», porque su ser es su vida; pues Dios se da por completo cuando dice: «Yo doy». Ahora bien, Él dice: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10, 30): el alma en Dios y Dios en ella. Si alguien volcara agua en un recipiente, éste circundaría el agua, pero el agua no estaría en medio del recipiente ni el recipiente en medio del agua; pero el alma es tan uno con Dios, que el uno no puede entenderse sin el otro. El calor, sí, se entiende sin el fuego, y el resplandor, sin el sol, pero Dios no se puede conocer sin el alma ni el alma sin Dios; tan uno son.

El alma no tiene diferencia frente a Nuestro Señor Jesucristo, sólo que el alma tiene un ser más tosco, porque el ser de Cristo está vinculado a la persona eterna del Hijo. Pues, en cuanto ella se desarmara de su tosquedad —y si pudiera deshacerse de ésta por completo—, ella sería lo mismo que Cristo perfectamente; y todo cuanto se puede decir de Nuestro Señor Jesucristo, se podría decir del alma.

Del seguimiento a Dios habla San Juan en el Libro de la Revelación: «Ellos siguen al cordero dondequiera que va» (Apocalip-

sis 14, 4). Esa gente sigue a Dios a dondequiera Él la guía: en los días de enfermedad o en la salud, hacia la buena suerte o el infortunio. San Pedro se iba adelantando a Dios; entonces Nuestro Señor dijo: «¡Satanás, vete detrás de mí!» (Mateo 16, 23). Resulta que dijo Nuestro Señor: «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Juan 14, 11). De la misma forma, Dios está en el alma y el alma está en Dios.

Un maestro dice: Todas las criaturas están llenas de lo ínfimo de Dios, y su grandeza no se encuentra en ninguna parte. Os contaré un cuento. Una persona preguntó a un hombre bueno qué significaba que algunas veces lo atraían mucho la devoción y las oraciones y otras veces no lo atraían. Entonces le dio la siguiente contestación: El perro, cuando ve a la liebre y la olfatea y halla su rastro, corre tras la liebre; los otros perros lo ven correr y entonces ellos corren, pero pronto se cansan y desisten. Así ocurre con un hombre que ha visto a Dios y lo ha olfateado: él no abandona, todo el tiempo corre tras Él. Por eso David dice: «¡Gustad y ved lo dulce que es Dios!» (Salmo 34, 9). Ese hombre no se cansa, pero los otros pronto se cansan de correr detrás de Dios. Algunas personas corren adelantándosele a Dios, algunos corren al lado de Dios, algunos lo siguen a Dios. Quienes se le adelantan, son los que siguen a su propia voluntad y no quieren afirmar la voluntad de Dios; eso está del todo mal. Otros, aquellos que van al lado de Dios, dicen: «Señor, no quiero otra cosa que la que Tú quieres» (Cfr. Mateo 26, 39). Mas, cuando están enfermos, desean que Dios quiera que estén sanos, y eso se puede perdonar. Los terceros le siguen a Dios adonde quiera ir, ellos lo siguen de buena voluntad, y éstos son perfectos.

Ahora bien, él dice: «Buscamos tu rostro». La verdad y la bondad son una vestimenta de Dios; Dios está por encima de todo lo que podemos expresar con palabras. El entendimiento «busca» a Dios y lo toma en la raíz donde salen el Hijo y toda la divinidad; pero la voluntad permanece afuera y está pegada a la bondad, porque la bondad es una vestimenta de Dios. Los ángeles supremos toman a Dios en su vestuario, antes de que sea vestido con la

bondad o cualquier cosa que pueda expresarse con palabras. Por eso dice: «Buscamos tu rostro», porque el «rostro» de Dios es su esencia.

Que Dios nos ayude a comprender eso y a poseerlo de buena voluntad. Amén.

SERMÓN 4º

Vacía el Templo (mente) de mercaderes (pensamientos)

*Intravit Iesus in templum et coepit ejicere vendentes et ementes.
Matthei.*

Se lee en el santo Evangelio (Mateo 21, 12) que Nuestro Señor entró en el templo y echó fuera de él a quienes compraban y vendían, y a los que ofrecían en venta palomas y otras cosas por el estilo, les dijo: «¡Quitad esto de aquí, sacadlo!» (Juan 2, 16). ¿Por qué echó Jesús a los que compraban y vendían, y a los que ofrecían palomas, les ordenó que las sacaran? Quiso decir tan sólo que quería tener vacío el templo, exactamente como si hubiera dicho: Tengo derecho a este templo y quiero estar solo en él y tener poder sobre él. Esto ¿qué quiere decir? Este templo donde Dios quiere reinar poderosamente según su voluntad, es el alma del hombre que Él ha formado y creado exactamente a su semejanza, según leemos que dijo Nuestro Señor: «¡Hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza!» (Génesis 1, 26). Y así lo hizo también. Ha hecho el alma del hombre tan semejante a sí mismo que ni en el cielo ni en la tierra, por entre todas las criaturas espléndidas, creadas tan maravillosamente por Dios, no hay ninguna que se le asemeje tanto como el alma humana. Por ello, Dios quiere tener vacío este templo de modo que no haya nada adentro aparte de Él mismo. Y eso es porque este templo le agrada tanto porque se le asemeja de modo que Él mismo está muy complacido dentro, siempre y cuando se encuentre ahí a solas consigo mismo.

¡Ah, mirad bien! ¿Quiénes eran las personas que compraban y vendían, y quiénes son hoy en día? ¡Oídmelo bien! Ahora hablaré en el sermón tan sólo de gente buena. Sin embargo, esta vez indicaré quiénes eran los mercaderes y quiénes siguen siéndolo, esos que compraban y vendían y los que continúan haciéndolo de la misma manera, y a quienes Nuestro Señor echó a golpes

expulsándolos y lo sigue haciendo aún hoy en día con todos cuantos compran y venden en este templo: no quiere que ni uno solo de ellos permanezca adentro. Mirad, mercaderes son todos aquellos que se cuidan de no cometer pecados graves y les gustaría ser buenos y, para la gloria de Dios, ellos hacen sus obras buenas, como ayunar, estar de vigilia, rezar y cualquier clase de obras buenas, mas las hacen para que Nuestro Señor les dé algo en recompensa o para que Dios les haga algo que les complazca: todos éstos son mercaderes. Esto se debe entender en un sentido burdo, porque quieren dar una cosa por otra y de esta manera pretenden regatear con Nuestro Señor. Con miras a tal negocio se engañan. Pues todo cuanto poseen y todo cuanto son capaces de obrar, si lo dieran todo por amor de Dios y obrasen por completo por Él, Dios en absoluto estaría obligado a darles ni a hacerles nada en recompensa, a no ser que quisiera hacerlo gratuita y voluntariamente. Porque lo que son, lo son gracias a Dios, y lo que tienen, lo tienen de Dios y no de sí mismos. Por lo tanto, Dios no les debe nada, ni por sus obras ni por sus dádivas, a no ser que quisiera hacerlo voluntariamente como merced y no a causa de sus obras ni de sus dádivas, porque no dan nada de lo suyo y tampoco obran por sí mismos, según dice Cristo mismo: «Sin mí no podéis hacer nada» (Juan 15, 5). Esos que quieren regatear así con Nuestro Señor, son individuos muy tontos; conocen poco o nada de la verdad. Por eso, Nuestro Señor los echó a golpes fuera del templo y los expulsó. La luz y las tinieblas no pueden hallarse juntas. Dios es la Verdad y una luz en sí misma. Por ello, cuando Dios entra en este templo, expulsa la ignorancia, o sea, las tinieblas, y se revela Él mismo mediante la luz y la verdad. Cuando se llega a conocer la Verdad, los mercaderes han desaparecido, y la verdad no apetece hacer negocio alguno. Dios no busca lo suyo, Él es libre y desprendido en todas sus obras y las hace por verdadero amor. Lo mismo hace también aquel hombre que está unido con Dios; él se mantiene también libre y desprendido en todas sus obras, y las hace únicamente por la gloria de Dios, sin buscar lo suyo, y Dios opera en él.

Aún digo más: Mientras el hombre en todas sus obras busca aún alguna cosa relativa a lo que Dios puede o quiere dar, se asemeja a esos mercaderes. Si quieres librarte completamente del mercantilismo para que Dios te permita permanecer en ese templo, debes obrar con pureza y para gloria de Dios todo cuanto eres capaz de hacer en todas tus obras, y debes mantenerte tan libre de todo ello como es libre la nada que no se halla ni acá ni allá. No debes apetecer absolutamente nada en recompensa. Si operas así, tus obras serán espirituales y divinas y entonces los mercaderes, sin excepción, han sido expulsados del templo, y sólo Dios mora en él; ya que semejante hombre piensa únicamente en Dios. Mirad, de tal manera este templo ha sido desocupado por todos los mercaderes. Mirad, el hombre que no piensa en sí mismo ni en ninguna otra cosa sino sólo en Dios y en su honra, este hombre es libre y desprendido del mercantilismo en todas sus obras y no busca lo suyo, del mismo modo que Dios es libre y desprendido en todas sus obras y no busca lo suyo.

Además, he mencionado antes, que Nuestro Señor dijo a la gente que vendía palomas: «¡Apartad esto de aquí, sacadlo!» A esas personas no las expulsó ni las increpó mucho, sino que les dijo muy amigablemente: «¡Apartad esto de aquí!», como si hubiera querido decir: Esto, si bien no es malo, obstaculiza para la verdad pura. Esas personas son todas personas buenas que hacen sus obras exclusivamente por amor de Dios y no buscan en ellas nada de lo suyo, pero las hacen con apego al propio yo, al tiempo y al número, al antes y al después. Entonces esas obras les impiden alcanzar la verdad óptima: es decir, que deberían ser libres y desprendidos tal como Nuestro Señor Jesucristo es libre y desprendido y, en todo momento, se recibe como nuevo de su Padre celestial, sin cesar y en forma atemporal, y al mismo instante y sin cesar renace otra vez y del todo, con loa agradecida, en la majestad paterna, con dignidad igual a la del Padre. De la misma manera debería comportarse el hombre que querría hacerse susceptible de la verdad suma y vivir en ella sin «antes» ni «después», y sin que se lo impidieran todas las obras y todas aquellas

imágenes de las que en algún momento ha tenido conciencia, de modo que volvería a recibir en este instante y con absoluta libertad el don divino y lo haría renacer en Nuestro Señor Jesucristo sin trabas y a esa misma luz, con la agradecida. De este modo, las palomas habrían desaparecido, es decir, los obstáculos y el apego al yo en todas esas obras, buenas por lo demás, con las cuales el hombre no busca lo suyo. Por eso dijo Nuestro Señor muy amigablemente: «¡Quitad esto de aquí, sacadlo!», como si hubiera querido decir: Está bien, pero obstaculiza.

Cuando este templo se ve libre así de todos los obstáculos, es decir, del apego al yo y de la ignorancia, entonces resplandece con tanta hermosura y brilla tan pura y claramente sobre todo y a través de todo lo creado por Dios, que nadie puede igualársele con idéntico brillo a excepción de Dios increado. Y es plena verdad: nadie se iguala a este templo fuera de Dios increado. Todo cuanto se halla por debajo de los ángeles, en absoluto se asemeja a este templo. Aun los ángeles más elevados se asemejan hasta cierto grado, pero no del todo, a este templo del alma noble. El que se asemejen al alma en cierta medida, es verdad con respecto al conocimiento y al amor. Sin embargo, se les ha puesto un límite; no pueden ir más allá. Pero el alma bien puede ir más allá. Si un alma —y en efecto la de un hombre que viviera aún en la temporalidad— estuviese a la misma altura que el ángel supremo, entonces este hombre a causa de su libre facultad podría elevarse aún incommensurablemente más por encima del ángel, siendo nuevo en cada instante y carente de número, es decir, sin modo, y hallándose más allá del modo de los ángeles y de toda razón creada. Sólo Dios es libre e increado y por ello, Él solo se iguala al alma en cuanto a la libertad, mas no a su condición de increado, porque ella es creada. Cuando el alma llega a la luz sin mezcla, entonces cae en su nada y en esa nada se halla a tanta distancia de su algo creado, que es absolutamente incapaz de volver por fuerza propia a su algo creado. Y Dios, con su ser increado, se ubica por debajo de esa su nada y sostiene al alma en el «algo» de Él. El alma se ha arriesgado a ser aniquilada y no puede retornar a sí

misma por fuerza propia, tanto se ha alejado de sí misma antes de que Dios se colocara por debajo de ella. Tiene que ser así, necesariamente. Pues, como dije antes: «Jesús había entrado al templo y echó afuera a los que compraban y vendían, y se puso a decir a los otros: “¡Quitad esto!”». Pues bien, mirad, ahora me refiero a la frase: Jesús entró y dijo : «¡Quitad esto!» y ellos lo sacaron. Mirad, entonces ya no hubo nadie más que Jesús sólo, y Él comenzó a hablar en el templo. Mirad, debéis tenerlo por cierto: si alguna otra persona, aparte de Jesús, quiere hablar en el templo, o sea, en el alma, Jesús se calla como si no estuviera en casa y tampoco está en su casa en el alma ya que ella tiene visitas extrañas con las que conversa. Pero si Jesús ha de hablar en el alma, ella tiene que estar a solas y se debe callar ella misma si es que ha de escuchar a Jesús. Así, entonces entra Él y comienza a hablar. ¿Qué dice el Señor Jesús? Dice lo que es. ¿Qué es, pues? Es el Verbo del Padre. En este mismo Verbo se expresa el Padre a sí mismo y a toda la naturaleza divina y a todo cuanto es Dios, tal como Él lo conoce; y lo conoce tal como es. Y como Él es perfecto en su conocimiento y facultad, por eso es perfecto también en su habla. En tanto hace hablar al Verbo, se expresa a sí mismo y a todas las cosas por medio de otra persona, y le da al Verbo la misma naturaleza que tiene Él mismo y expresa a todos los seres dotados de razón, mediante el mismo Verbo, como idénticos al mismo Verbo, según la «imagen» en cuanto ella permanece adentro, pero no como idénticos en todo sentido como el mismo Verbo, en cuanto la imagen irradia su luz hacia fuera de acuerdo con el hecho de que cada una existe por separado; antes bien, las imágenes que existen cada una por separado han sido dotadas de la posibilidad de obtener la semejanza con el mismo Verbo por obra de la gracia. Y a este mismo Verbo, tal como es en sí, lo ha pronunciado íntegramente el Padre, tanto al Verbo como a todo cuanto hay en el Verbo.

Ya que el Padre ha dicho esto ¿qué está diciendo Jesús en el alma? Tal como lo he señalado: El Padre expresa al Verbo y habla por medio del Verbo y no de otro modo; y Jesús habla en el

alma. Su manera de hablar consiste en que Él se revela a sí mismo y a todo cuanto el Padre ha hablado en su interior, según la manera en la cual el espíritu está predispuesto. Él revela el poder soberano del Padre en el espíritu con el mismo poder inconmensurable. Cuando el espíritu recibe este poder en el Hijo y por el Hijo, él mismo se vuelve poderoso en cualquier acontecimiento de modo que llega a ser igual y poderoso en todas las virtudes y en toda pureza perfecta, de manera tal que ni lo agradable ni lo penoso ni todo cuanto Dios ha creado en el tiempo, puede perturbar al hombre y él, antes bien, se mantiene poderosamente en ese estado como dentro de una fuerza divina, en comparación con la cual todas las cosas son pequeñas e impotentes.

Por otra parte, se revela Jesús en el alma con una sabiduría inconmensurable que es Él mismo, y el propio Padre, con toda su soberanía paterna, se reconoce a sí mismo en esa sabiduría y además reconoce a ese mismo Verbo, que es también la Sabiduría misma, y a todo cuanto se contiene en Él en su carácter de ser uno. Cuando esa Sabiduría se une con el alma, se le quita completamente a esta última cualquier duda y equivocación y niebla, y se la ubica dentro de una luz pura y clara que es Dios mismo, según dice el profeta «Señor, a tu luz se conocerá la luz» (Salmo 35, 10). Ahí, Dios se conoce en el alma por intermedio de Dios; luego el alma se conoce con esa Sabiduría a sí misma y a todas las cosas y conoce a esa misma Sabiduría por intermedio de Él mismo y a través de esa Sabiduría conoce el poderío del Padre en su fecunda facultad procreativa, y conoce su esencia primigenia en su simple unidad sin diferenciación alguna.

Jesús se revela, además, con una dulzura y plenitud inconmensurables que emanan del poder del Espíritu Santo y rebosan y se derraman y fluyen con desbordante superabundancia y dulzura en todos los corazones susceptibles. Cuando Jesús se revela y se une con el alma con esa plenitud y dulzura, el alma vuelve, por obra de la gracia, a su primer origen y lo hace fluyendo con esa plenitud y dulzura poderosa e inmediatamente, dentro de sí misma y más allá de sí misma y de todas las cosas. Cuando esto sucede, el

hombre exterior obedece a su hombre interior hasta la muerte y se mantiene al servicio de Dios en paz continua por siempre jamás. Que Dios nos ayude para que Jesús entre también en nuestro interior, y que eche afuera y saque todos los impedimentos y nos haga uno, así como Él es un solo Dios, siendo uno con el Padre y el Espíritu Santo, de modo que lleguemos así a ser uno con Él y sigamos siéndolo por toda la eternidad. Amén.

SERMÓN 5^{o5}

El poder transformante del Amor

Postquam completi erant dies, puer Iesus portabatur in templum. Et ecce, homo erat in Ierusalem.

San Lucas escribe en el Evangelio: «Cuando se cumplieron los días, Cristo fue llevado al templo. Y fijaos que allí en Jerusalén había un hombre llamado Simeón, éste era justo y temeroso de Dios; esperaba la consolación del pueblo de Israel y en él estaba el Espíritu Santo» (Lucas 2, 22-32).

«Y fijaos»: esta palabra «et» (y) quiere decir en latín una unión y un atar y encerrar. Nuestros maestros dicen⁶: La unión requiere semejanza. No puede haber unión sin que haya semejanza. Lo que está atado y encerrado provoca unión. Aquello que se halla cerca de mí, por ejemplo, cuando estoy sentado junto a ello o me encuentro en el mismo lugar, eso no produce semejanza. Por ello dice Agustín⁷: Señor, cuando me hallaba lejos de ti, eso no se debía a una distancia de lugar, sino que era a causa de la desigualdad en la que yo me hallaba. Todo cuanto está atado y encerrado por completo, significa unión. Con ello quiero indicar que el hombre esté atado a Dios y encerrado y unido con Él. Donde no hay desigualdad, debe haber, obligadamente, uno solo; no solamente está unido por el encierro, sino que se vuelve uno; no es sólo igualdad sino igual. Por ello decimos no que el Hijo es igual al Padre, sino que es *la* igualdad; es uno con el Padre.

Dice un maestro⁸: Aquel cuyo ser y obra están ubicados completamente en la eternidad, y aquel otro cuyo ser y obra se dan por completo en el tiempo, éstos nunca concuerdan; jamás se encon-

⁵ En el encabezamiento de un manuscrito: «Un buen sermón para la Fiesta de la Candelaria» (2 de febrero).

⁶ Aristóteles, *Met.* V t. 20; y Tomás, *S. theol* I q. 93 a. 9.

⁷ Agustín, *Confess.* I. VII c. 10 n. 16.

⁸ Cfr. Tomás, *S. theol.* III q. 5 a. 5 ad 3.

trarán. Nuestros maestros dicen⁹: Entre aquellas cosas cuyo ser y obra se hallan en la eternidad, y aquellas cosas cuyo ser y obra se dan en el tiempo, necesariamente debe haber un medio separador. Mas, donde hay un encierro y una atadura perfectos, necesariamente debe haber igualdad. Donde Dios y el alma han de estar unidos, debe ser a causa de la igualdad.

Nuestros maestros más célebres dicen¹⁰: Donde algo está dividido hacia fuera, no se encuentra a Dios. Una imagen que está en una piedra o en una pared —si por debajo no hubiera ningún agregado—, esta imagen sería totalmente una con aquello cuya imagen es. Así también, cuando el alma entra en la imagen en la cual no hay nada extraño sino sólo la imagen divina, con la cual constituye una sola imagen, entonces esa alma está bien aleccionada. Cuando el alma entra en aquella imagen y se mantiene exclusivamente en ella, entonces encuentra a Dios en esa imagen; y el hecho de que se halle a sí y a Dios, implica una sola obra que es atemporal: ahí encuentra a Dios. Donde uno se halla traspuesto en la imagen en la que se asemeja a Dios, ahí aprehende a Dios, ahí encuentra a Dios. En la medida en que está ahí adentro, encerrada allí donde el alma es imagen de Dios, en esa misma medida es una con Dios. En cuanto el hombre se halle ahí adentro, será divino; en cuanto ahí adentro, en tanto en Dios, no encerrado ni unido, sino uno.

Nuestros maestros dicen: El fuego, por fuerte que sea, no encendería nunca si no esperara un nacimiento. Por seca que estuviera la leña que se colocase adentro, jamás ardería si no fuese capaz de adquirir la igualdad con el fuego. El fuego desea nacer en la leña y que todo se haga un solo fuego y que éste se conserve y perdure. Si se extinguiera y deshiciera, ya no sería fuego; por eso desea ser conservado.

⁹ Tomás, *De veritate* q. 3 a. 2 obi. 5.

¹⁰ Agustín, *De trin.* VI c. 10 n. 11; y *De divers. quaest.* LXXXIII q. 74; y Tomás, *S. theol.* I q. 93 a. 1.

El que el alma se asemeje a Dios, lo obra Él. Ella ha de esperar necesariamente que Dios nazca en ella y que sea sostenida dentro de Dios y ansíe la unión, para que sea sostenida en Dios. La naturaleza divina se derrama en la luz del alma, y es sostenida allí adentro. Con ello Dios se propone nacer en ella y serle unido y sostenido en ella. Esto ¿cómo puede ser si decimos que Dios es su propio sostén? Cuando Él tira al alma hacia ahí adentro, ella ve que Dios es su propio sostenedor y entonces permanece ahí, de otro modo no se quedaría nunca.

Un maestro¹¹ dice que cada igualdad significa un nacimiento. Y afirma: La naturaleza nunca encuentra cosa igual a sí, sin que haya necesariamente un nacimiento. La naturaleza del alma nunca contendría lo igual a no ser que deseara que Dios naciera en ella. Nunca se ubicaría en su naturaleza, ni desearía hacerlo si no esperara el nacimiento (y éste lo opera Dios); y Dios nunca lo llevaría a término si no quisiera que el alma naciera dentro de Él. Dios lo hace y el alma lo desea. De Dios es la obra y del alma el deseo y la capacidad de que Dios nazca en ella y ella en Dios.

Dios tiene un sostén, una permanencia en su ser; y por ello no hay otra alternativa que pelar y separar todo cuanto es del alma: su vida, sus potencias y su naturaleza, todo ha de ser quitado, manteniéndose ella en la luz acendrada donde constituye una sola imagen con Dios, allí encuentra a Dios. Es esta la peculiaridad de Dios de que no cae en Él nada extraño, nada sobrepuesto, nada agregado. Por ello, el alma no debe recibir ninguna impresión ajena, nada sobrepuesto, nada añadido. Si amo, pues, a Dios ¿me convierto en Dios? Esto no lo digo yo, os remito a la Sagrada Escritura. Dios ha dicho por intermedio del profeta: “Sois dioses e hijos del Altísimo”» (Salmo 82, 6). Y por eso digo: Dios da el nacimiento en lo igual. Si el alma no contara con ello, nunca desearía entrar ahí. Ella quiere ser sostenida dentro de Él; su vida depende de Él. Agustín¹² lo dice así: «Exactamente así como

¹¹ Aristóteles, *De an.* II t. 34.

¹² Agustín, *In ep. Ioh. ad Parthos* tr. 2 n. 14.

amas, así eres: si amas a la tierra, te vuelves terrestre; si amas a Dios, te vuelves divino. Esto es lo que decimos respecto al primer punto (et).

«Y fijaos»: «ecce». «Ecce», esta pequeña frase contiene todo cuanto pertenece al verbo, no se le puede añadir nada. Esto es Dios, Verbo, Dios es un Verbo, el Hijo de Dios es un Verbo. Por eso dice Pablo: «Soy lo que soy por la gracia de Dios» (1 Cor. 15, 10), y además dice: «y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2, 20). El evangelista piensa que toda nuestra vida, todo nuestro anhelo deberían estar encerrado y suspendido por completo en Dios, y dispuesto hacia Él. ¿Qué es lo que sigue?

«Homo erat». Él dice: «Fijaos, un hombre». Usamos la palabra «homo» para mujeres y varones, pero los romanos no quieren otorgársela a las mujeres a causa de su debilidad. «Homo», significa «aquello que es perfecto» y «a lo cual no le falta nada».

«Homo», «el hombre», tiene el sentido de «quien está hecho de tierra», y significa «humildad». La tierra es el elemento más bajo y yace en el medio y está completamente rodeada por el cielo y recibe el influjo de todo el cielo. Todo cuanto obra y derrama el cielo es recibido en medio del fondo de la tierra.

Por otra parte, «homo» significa lo mismo que «humedad» y tiene el sentido de «quien está regado con mercedes», afirmando que el hombre humilde recibe en seguida la influencia de la gracia. Por este influjo de la gracia la luz del entendimiento asciende en el acto; ahí arriba Dios irradia su resplandor en una luz que no puede ser encubierta. Quien estuviera poderosamente rodeado por esa luz sería, comparado con otra persona, tanto más noble como lo es un hombre vivo a otro pintado en la pared. Esa luz es tan poderosa que no sólo está privada en sí de tiempo y espacio sino que, además, le quita a aquello sobre lo cual se derrama, el tiempo y el espacio y todas las imágenes corpóreas, representaciones y todo cuanto le es ajeno. Ya he dicho varias veces: Si no hubiera ni tiempo ni espacio ni otras cosas, todo sería una única esencia. Quien de tal manera fuera uno y se postrara en el fondo de la humildad, sería inundado con mercedes allí mismo.

«Había un hombre». Esa luz quita el tiempo y el espacio. ¿Quién le dio esa luz?... La pureza. La palabra «erat» pertenece a Dios por antonomasia. En lengua latina no existe ninguna palabra que pertenezca tanto a Dios como «erat». Por eso acude Juan en su Evangelio, diciendo muchas veces: «erat», «era», y con ello se refiere a un ser puro. Todas las cosas añaden, pero aquello (erat) no añade sino en el pensamiento, pero no en un pensamiento que añade, sino en un pensamiento que quita o abstrae. La bondad y la verdad agregan por lo menos en el pensamiento pero, el ser desnudo al cual no se ha añadido nada, éste significa «erat».

Por otra parte, «erat» significa un nacimiento, un devenir perfecto. He venido ahora, hoy estaba viniendo, y si el tiempo fuera quitado al hecho de que estaba viniendo y que he venido, entonces «viniendo» y «he venido» serían aunados, serían uno. Donde «viniendo» y «he venido» se hacen uno en una sola cosa, ahí nacimos y somos creados y formados otra vez en la imagen primigenia.

Dice un maestro pagano¹³: Lo que es, ningún tiempo lo hace envejecer; ahí hay bienaventurada vida en un siempre jamás donde no existe ninguna curvatura, donde nada está encubierto, donde hay un ser puro. Salomón dice: «No se hace nada nuevo bajo el sol» (Eclesiástés 1, 9). Esto, raras veces se entiende según su significado. Todo cuanto se halla bajo el sol, envejece y disminuye pero, allí no hay sino un ser nuevo. También he dicho varias veces: Mientras alguna parte de una cosa se halla en su ser, no es creada otra vez, es cierto que se la pinta o renueva. Como un sello que ha envejecido, a éste lo colocan otra vez renovándolo.

El tiempo produce dos cosas: la vejez y la disminución. Aquello sobre lo cual brilla el sol está en el tiempo. Todas las criaturas son ahora y son de Dios; mas, allí donde están en Dios, son tan desiguales a lo que son aquí, como el sol lo es a la luna y mucho más todavía. Por eso, dice Lucas: «erat in eo». «El Espíritu Santo

¹³ Aristóteles, *Phys.* IV, t. 117.

estaba en él», donde se encuentran el ser puro y un devenir perfecto.

«Un hombre estaba». ¿Dónde estaba? «En Jerusalén». «Jerusalén» significa «una visión de la paz¹⁴»; quiere decir que el hombre sea pacífico y esté bien orientado. Y acaso signifique más. Pablo dice: «Os deseo la paz que supera todo concepto. Que ella guarde vuestros corazones y vuestro entendimiento» (Cfr. Filip. 4, 7).

Roguemos a Nuestro Señor que seamos de tal modo «un hombre» y que seamos trasladados a esa paz que es Él mismo. Que Dios nos ayude a conseguirlo. Amén.

¹⁴ Véase Isidoro de Sevilla, *Etymologiae* XV c. 1 n. 5.

SERMÓN 6¹⁵

De la humildad como entrega

Ave, gratia plena.

Esta frase que acabo de pronunciar en latín, está escrita en el santo Evangelio y significa en lengua vulgar: «¡Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo!» (Lucas 1, 28). El Espíritu Santo bajará desde el trono altísimo, y en ti entrará parte de la luz del Padre eterno (Lucas 1, 35, Santiago 1, 17 y Sabiduría 18, 15).

Por lo dicho se deben comprender tres cosas. Primero: la inferioridad de la naturaleza angelical. Segundo: el hecho de que él es decir, el ángel se considera indigno de llamar a la Madre de Dios por su nombre. Tercero: el que no hablara sólo para ella, sino para una gran multitud: para cualquier alma buena que anhela poseer a Dios.

Digo yo: Si María primero no hubiera dado a luz espiritualmente a Dios, Él nunca habría nacido físicamente de ella. Una mujer le dijo a Nuestro Señor: «Bienaventurado es el seno que te llevó». A lo cual respondió Nuestro Señor: No sólo es bienaventurado el seno que me llevó; «bienaventurados son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen» (Cfr. Lucas 11, 27 y 28). Para Dios tiene mayor importancia nacer espiritualmente de cualquier virgen, es decir, de un alma buena, que haber nacido corpóreamente de María.

Por lo dicho debe entenderse que hemos de ser un único hijo que ha sido engendrado eternamente por el Padre. Cuando el Padre engendró a todas las criaturas, me engendró a mí y yo emané con todas las criaturas y, sin embargo, permanecí dentro del Padre. Es exactamente así como la palabra que digo ahora: Ella nace dentro de mí, luego yo me detengo en la representación,

¹⁵ Pronunciado en el convento de la Huerta de Santa María (Colonia) «para la Fiesta de la Anunciación hecha a Nuestra Señora».

en tercer lugar la pronuncio y todos vosotros la escucháis; sin embargo, lo propiamente dicho permanece dentro de mí. Así también he permanecido dentro del Padre. En el Padre se hallan las imágenes primigenias de todas las criaturas. Esta madera del atril tiene una imagen primigenia espiritual en Dios. El mayor don que Dios le hizo jamás al hombre fue el hecho de convertirse en hombre. Quiero contaros un cuento¹⁶ que viene perfectamente al caso. Había un matrimonio. Luego, la mujer tuvo un accidente de modo que perdió un ojo; por eso se puso muy triste. Entonces, el marido la visitó y dijo: «Mujer ¿por qué estáis tan triste? No debéis entristeceros por haber perdido vuestro ojo». Ella contestó: «Señor, no me entristece haber perdido mi ojo; me entristezco más bien porque me parece que por ello me amaréis menos». Entonces dijo él: «Mujer, yo os amo». Al poco tiempo él mismo se quitó un ojo y fue a ver a la mujer y le dijo: «Mujer, para que creáis ahora que os amo, me he equiparado a vos; ya no tengo sino un solo ojo». Igualmente ocurre con el ser humano: apenas podía creer lo mucho que lo amaba Dios hasta que Dios mismo al fin se quitó un ojo y adoptó la naturaleza humana. Esto es lo que significa: «Se hizo carne» (Juan 1, 14). Nuestra Señora dijo: «¿Cómo será esto?» Entonces dijo el ángel: «El Espíritu Santo se posará sobre ti» desde el trono altísimo, desde el Padre de la luz eterna (Lucas 1, 34 a 35, Sabiduría 18, 15 y Santiago 1, 17).

«In principio» (Juan 1, 1). «Un niño ha nacido para nosotros, un hijo nos ha sido dado» (Isaías 9, 6); un niño según la pequeñez de la naturaleza humana, un hijo según la eterna divinidad. Dicen los maestros¹⁷: Todas las criaturas operan con el propósito de engendrar y quieren parecerse al Padre. Otro maestro dice: Cualquier causa operante opera por su meta para encontrar descanso y tranquilidad en su meta. Un maestro dice: Todas las criaturas obran de acuerdo con su primera pureza y su perfección suma. El

¹⁶ Se trata de un cuento medieval titulado “La mujer leal” o “El ojo”, pero en ambas versiones la que se vacía el ojo es la mujer que desea compartir la desgracia del marido.

¹⁷ Cfr. Tomás, *Summa contra gentiles* III c. 21.

fuego, en cuanto fuego, no enciende; es tan puro y tan fino que no arde; antes bien, la naturaleza del fuego es la que enciende e infunde a la leña seca la naturaleza del fuego y su claridad de acuerdo con su perfección suma. Dios ha actuado de forma semejante. Creó al alma de acuerdo con la perfección suma y le infundió toda su claridad, en la primera pureza, y, sin embargo, se conservó sin mezclarse.

El otro día expliqué en un sitio: Si Dios, cuando creó todas las criaturas, no hubiera engendrado anteriormente algo que era no creado y que llevaba dentro sí las imágenes primigenias de todas las criaturas, esto es la chispa —como dije ya en el convento de los Santos Macabeos si lo recordáis aún por no haber estado allí inútilmente— esta chispa es tan afín a Dios que es un uno único indiferenciado y, sin embargo, lleva en sí las imágenes primigenias de todas las criaturas, o sea, imágenes primigenias carentes de imagen, e imágenes más allá de la imagen.

Ayer, unos grandes teólogos discutieron en el claustro universitario sobre una cuestión: «Me sorprende —dije yo— que la Escritura sea tan complicada que nadie sepa escrutar a fondo la más modesta de sus palabras». Y si vosotros me preguntáis si yo, como soy un hijo único engendrado eternamente por el Padre celestial, he sido también eternamente hijo en Dios, contesto: sí y no; sí... soy hijo en cuanto el Padre me ha engendrado en la eternidad, mas no soy hijo en cuanto a la condición de no-nacido.

«In principio». Con ello se nos ha dado a entender que somos un hijo único a quien el Padre engendró eternamente desde las tinieblas escondidas de la ocultación eterna, y que reside dentro del primer principio de la pureza primigenia que es la plenitud de toda pureza. Allí he descansado y dormido eternamente en el conocimiento oculto del Padre eterno, permaneciendo adentro sin ser pronunciado. Desde esa pureza me ha engendrado eternamente, como su hijo unigénito, en la misma imagen de su paternidad eterna, para que yo sea padre y engendre a Aquel de quien nací. Es más o menos como si alguien se hallara delante de una alta montaña y llamara: «¿Estás ahí?», entonces el eco y la reflexión

del sonido dirían también: «¿Estás ahí?». Si el dijera: «¡Sal de ahí!», el eco diría también: «¡Sal de ahí!» Así, si alguien mirara a un tronco con semejante luz, éste se convertiría en ángel y se volvería dotado de razón y no sólo dotado de razón, sino que llegaría a ser razón pura en la pureza primigenia, que es la plenitud de toda pureza. Así procede Dios: engendra a su Hijo unigénito en la parte más elevada del alma. En el mismo proceso en el que engendra en mí a su Hijo unigénito, lo vuelvo a engendrar en el Padre.

Se me ocurrió la idea —hace varios años ya— de si alguna vez me preguntasen por qué cada hierba era tan diferente de otra; y efectivamente sucedió que me preguntaron a qué se debía que eran tan diferentes entre sí. A lo cual dije: Es más sorprendente aún el hecho de que todas las hierbas se parezcan tanto. Un maestro dijo¹⁸: El que todas las hierbas sean tan diferentes, se debe a la superabundancia de la bondad divina que Él infunde superabundantemente en todas las criaturas para que se manifieste con mayor fuerza su majestad. Entonces dije yo: Es más asombroso que todas las hierbas se parezcan tanto, y seguí diciendo: En la pureza primigenia los ángeles son un solo ángel, completamente uno, así también todas las hierbas son una sola en la pureza primigenia, y allí todas las cosas son uno.

Algunas veces, caminando hasta aquí, estuve pensando que el hombre en la existencia temporal podía llegar a ejercer coacción sobre Dios. Si yo estuviera parado aquí arriba y le dijera a alguien: «¡Sube arriba!», esto sería difícil para él. Pero si dijera: «¡Siéntate aquí!», esto sería fácil. Así procede Dios. Cuando el hombre se humilla, Dios en su bondad, no puede menos que descender y verterse en ese hombre humilde, y al más modesto se le comunica más que a ningún otro y se le entrega por completo. Lo que da Dios es su esencia y su esencia es su bondad y su bondad es su amor. Toda la pena y todo el placer provienen del amor. En el camino, cuando debía venir para acá, se me ocurrió

¹⁸ Cfr. Agustín, *De civ. Dei* 1. 21 c. 8 n. 3.

que sería preferible no venir porque quedaría empapado de lágrimas por amor. Dejemos de hablar sobre cuándo vosotros alguna vez quedasteis empapados de lágrimas por amor. Placer y pena provienen del amor. El hombre no debe temer a Dios, pues quien lo teme, huye de Él. Este temor es un temor nocivo. Pero es recto el temor cuando uno teme perder a Dios. El hombre no ha de temerlo sino amarlo, porque Dios ama al hombre con su entera y suprema perfección. Dicen los maestros que todas las cosas tienden voluntariamente a engendrar y a asemejarse al Padre, y dicen: La tierra huye del cielo; si huye hacia abajo, llega desde abajo al cielo; si huye hacia arriba, llega a la parte más baja del cielo. La tierra no puede huir a un lugar tan bajo que el cielo no fluya en ella y le imprima su fuerza y la fecundice, lo quiera ella o no. Así le acontece también al hombre que cree huir de Dios y, sin embargo, no puede huir de Él; todos los rincones lo revelan. Cree huir de Dios y corre a su seno. Dios engendra en ti a su Hijo unigénito, te guste o te disguste, duermas o estés despierto; Él hace lo que es propio. Pregunté el otro día qué es lo que tiene la culpa de que el hombre no lo sienta, y afirmé diciendo: La culpa reside en que su lengua lleva pegada otra suciedad, es decir, las criaturas; ocurre exactamente lo mismo con una persona a la que cualquier clase de comida le resulta amarga y no le gusta. ¿Qué es lo que tiene la culpa de que no nos guste la comida? La falla reside en la falta de sal. La sal es el amor divino. Si tuviéramos el amor divino, nos gustaría Dios y todas las obras hechas por Él en cualquier momento, y recibiríamos todas las cosas de Dios y todos haríamos las mismas obras que hace Él.

Cuando Dios creó el alma, la creó de acuerdo con su perfección suma para que fuera una esposa del Hijo unigénito. Cuando el Hijo se dio perfecta cuenta de ello, quiso salir de su secreta tesorería de la eterna paternidad, donde había dormido desde la eternidad permaneciendo adentro sin haber sido pronunciado. «In principio». En el primer comienzo de la pureza primigenia, el Hijo tiene armada la tienda de su gloria eterna y salió de lo más excelso porque quería enaltecer a su amiga que el Padre le había

desposado desde la eternidad, para que le llevase de regreso a lo más excelso de donde ella proviene. Y en otra parte está escrito: «Mira, tu rey viene hacia ti» (Zacarías 9, 9). Por eso, salió y vino corriendo como un cervatillo y sufrió su tormento por amor; y no salió sino porque quería regresar a su habitación junto con su esposa. Esta habitación es la tranquila oscuridad de la paternidad oculta. Allí, donde salió de lo más excelso, allí quería ingresar otra vez con su esposa dentro de lo más puro, y revelarle el oculto arcano de su divinidad escondida donde reposa consigo mismo y con todas las criaturas.

«In principio», esto quiere decir en lengua vulgar algo así como un comienzo de todo ser, tal como dije en el colegio. Dije además: Es un fin de todo ser, pues el comienzo primigenio existe a causa de la última meta. Ciertamente, Dios mismo no reposa allí donde Él es el comienzo primigenio; reposa allí donde es meta y descanso de todo ser; no se trata de que este ser se anonade, antes bien es perfeccionado allí en su meta final conforme con su perfección suma. ¿Qué es la meta final? Es la oscuridad oculta de la eterna divinidad y es desconocida y no fue conocida nunca ni será conocida jamás. Allí Dios permanece oculto en sí mismo y la luz del Padre eterno ha infiltrado sus rayos allí desde la eternidad, pero las tinieblas no comprenden la luz (Cfr. Juan 1, 5). Que la Verdad de la que acabo de hablar, nos ayude a llegar a esta Verdad. Amén.

SERMÓN 7^o¹⁹

De la fecundidad del desapego al “yo”

Intravit Iesus in quoddam castellum et mulier quaedam, Martha nomine, excepit illum in domum suam. Lucae II.

He dicho una frase, primero en latín, la que está escrita en el Evangelio y reza así en lengua vulgar: «Nuestro Señor Jesucristo subió a una ciudadela y fue recibido por una virgen que era mujer» (Lucas 10, 38).

Pues bien, ahora prestad mucha atención a esta palabra: necesariamente debía de ser virgen esa persona que recibió a Jesús. Decir virgen equivale a decir, una persona libre de todas las imágenes ajenas, tan libre como era cuando aún no existía. Mirad, ahora podría preguntarse cómo un ser humano nació y se crió hasta llegar a la vida racional, cómo ese hombre, digo, puede ser tan libre de todas las imágenes como era cuando aún no existía, y, sin embargo, saber muchas cosas imaginadas; entonces, ¿cómo puede ser libre? Ahora bien, fijaos en la diferencia que os enseñaré. Si yo tuviera la razón tan abarcadora que todas las imágenes absorbidas desde siempre por toda la gente, y además las contenidas en Dios mismo, se hallaran dentro de mi razonamiento, pero si además fuera tan libre de todo apego al yo que no hubiera aprehendido como propiedad mía ninguna de ellas, ni en el hacer ni en el dejar de hacer, ni con el «antes» ni con el «después», y que yo, antes bien, en ese instante presente me hallara libre y desprendido según la queridísima voluntad divina, y dispuesto a cumplirla sin cesar, entonces, en verdad, yo sería virgen sin que me estorbase ninguna imagen, y esto tan seguramente como lo era cuando aún no existía.

¹⁹ En uno de los códices se anota: «El sermón corresponde a la Asunción de Nuestra Señora».

Digo además: El que el hombre sea virgen no le quita nada en absoluto con respecto a todas las obras que hiciera jamás; pero todo esto no le impide ser virginal y libre, sin ningún impedimento en lo que a la verdad suprema se refiere, así como Jesús es desprendido y libre y virginal en sí mismo. Según dicen los maestros: Sólo una cosa igual a otra constituye la base para la unión, por eso el hombre debe ser virginal, para recibir a Jesús virginal.

¡Ahora mirad bien y prestad atención! Si el hombre fuera siempre virgen, no daría fruto alguno. Si ha de hacerse fecundo, es necesario que sea mujer. «Mujer» es el nombre más noble que se puede atribuir al alma, y es mucho más noble que el de «virgen». Está bien que el hombre reciba en su interior a Dios, y en cuanto a esa receptividad, es virgen. Pero es mejor que Dios llegue a ser fecundo en él, porque solamente cuando el don se hace fecundo, se lo agradece, y en este caso el espíritu es mujer en cuanto a la gratitud nuevamente parturienta con la cual vuelve a dar nacimiento a Jesús dentro del corazón de Dios padre.

En la virginidad se reciben muchos dones buenos, pero no se los da a luz nuevamente en Dios con la agradecida por medio de la fecundidad femenina. Estos dones perecen y se anonadan todos, de modo que el hombre nunca llega a tener mayor bienaventuranza ni mejoría a causa de ellos. En tal caso su virginidad no le sirve para nada porque él, más allá de su virginidad, no es mujer con plena fecundidad. En esto reside el mal. Por ello he dicho: «Jesús subió a una ciudadela y fue recibido por una virgen que era mujer». Como acabo de explicaros, necesariamente tiene que ser así.

Los esposos apenas si producen un fruto al año. Pero esta vez estoy pensando en otra clase de «esposos»: son todos aquellos que con su apego al yo, están atados a la oración, los ayunos, las vigiliass y a diversos ejercicios y penitencias externas. Todo apego del yo a una obra cualquiera que te quita la libertad de estar a la orden de Dios en este instante presente y a seguirlo a Él solo bajo la luz con la cual te indica qué es lo que debes hacer o dejar de

hacer, siendo libre y nuevo en cualquier instante, como si no tuvieras otra cosa ni quisieras ni pudieras hacerla: todo apego al yo, pues, o cualquier obra intencionada que te quita esa libertad siempre nueva, a éstos los llamo ahora «un año». Porque en este caso tu alma no produce ningún fruto a no ser que haya ejecutado la obra que tú has emprendido atado a tu yo, tampoco tienes confianza ni en Dios ni en ti mismo si no has terminado tu obra emprendida con apego al yo; de otra manera no tienes paz. Por ello tampoco produces fruto alguno si no has hecho tu obra. Esta actitud la considero «un año», y, sin embargo, el fruto es pequeño por haber surgido de la obra hecha con apego al yo y no con libertad. A semejantes personas las llamo «esposos», porque están atados a su apego al yo. Ellos dan pocos frutos que además son pequeños, como acabo de decir.

Una virgen que es mujer, es libre y desasida, sin apego al yo, y se halla en todo momento tan cerca de Dios como de sí misma. Da muchos frutos y éstos son grandes, ni más ni menos de lo que es Dios mismo. Este fruto y este nacimiento los produce una virgen que es mujer, y ella da frutos todos los días, cien veces o mil veces, y aun innumerables veces, pues da a luz y se hace fecunda partiendo del más noble de los fondos. Para expresarlo mejor: ella parte, por cierto, del mismo fondo donde el Padre engendra a su Verbo eterno y por ello se vuelve fecunda como coparturienta. Pues Jesús, la luz e irradiación del corazón paterno — según dice San Pablo que Él es una gloria e irradiación del corazón paterno y con sus rayos atraviesa poderosamente el corazón paterno (Cfr. Hebr. 1, 3)—, este Jesús está unido con ella y ella con Él, y ella brilla y reluce junto con Él como un uno único y como una luz pura y clara en el corazón paterno.

También he dicho varias veces que hay en el alma una potencia que no es tocada ni por el tiempo ni por la carne; emana del espíritu y permanece en él y es completamente espiritual. Dentro de esta potencia se halla Dios exactamente tan reverdecido y floreciente, con toda la alegría y gloria, como es en sí mismo. Allí hay tanta alegría del corazón y una felicidad tan incomprensible-

mente grande que nadie sabe narrarla exhaustivamente. Pues el Padre eterno engendra sin cesar a su Hijo eterno dentro de esta potencia, de modo que esta potencia co-engendra al Hijo del Padre y a sí misma como el mismo hijo en la potencia única del Padre. Si un hombre poseyera un reino entero o todos los bienes de la tierra y renunciara a ellos con pureza, por amor de Dios, y se convirtiera en uno de los hombres más pobres que viven en cualquier parte de este mundo, y si Dios luego le diera tantos sufrimientos como los ha dado jamás a un hombre, y si él lo sufriera todo hasta su muerte, y si entonces Dios le concediera ver una sola vez con un solo vistazo cómo Él se halla dentro de esta potencia, su alegría se haría tan grande que todo ese sufrimiento y esa pobreza todavía hubieran sido demasiado pequeños. Por cierto, aun en el caso de que Dios posteriormente nunca le diera el reino de los cielos, él habría recibido, sin embargo, una recompensa demasiado grande por todo cuanto había sufrido jamás, pues Dios se halla en esta potencia como en el «ahora» eterno. Si el espíritu estuviera unido todo el tiempo a Dios en esta potencia, el hombre no podría envejecer; pues el instante en el cual Dios creó al primer hombre y el instante en el que habrá de perecer el último hombre y el instante en que estoy hablando, son todos iguales en Dios y no son sino un solo instante²⁰. Ahora mirad, este hombre habita dentro de una sola luz junto con Dios; por lo tanto no hay en él ni sufrimiento ni transcurso del tiempo sino una eternidad siempre igual. A este hombre se le ha quitado en verdad todo asombro, y todas las cosas se yerguen esenciales dentro de él. Por ello no recibe nada nuevo de las cosas futuras ni de ninguna casualidad, ya que habita ininterrumpidamente en un solo «ahora», siempre nuevo. Tal majestad divina hay en esta potencia.

²⁰ Aunque el alemán «nû» se traduce generalmente por «ahora», aquí se refiere al instante como parte ínfima del tiempo y distinto a la eternidad sin tiempo, o sea, el «nû» eterno.

Existe otra potencia más, que es también incorpórea; emana del Espíritu y permanece en Él y es enteramente espiritual²¹. En esta potencia se halla Dios de continuo, fosforeciendo y ardiendo con toda su riqueza, con toda su dulzura y todo su deleite. De veras, en esta potencia hay una alegría tan grande y un deleite tan grande e incommensurable que nadie sabe narrarlo ni revelarlo completamente. Digo otra vez: Si hubiera una sola persona que con la razón y de acuerdo con la verdad, contemplara ahí, por un instante, el deleite y la alegría contenidos en esta potencia: todo el sufrimiento que padeciera y que Dios quisiera que lo soportase, le resultaría de poca monta y hasta como nada; digo más aún: Sería para él únicamente alegría y serenidad.

Si quieres saber con certeza si tu sufrimiento es tuyo o de Dios, lo notarás por este hecho: si sufres a causa de ti mismo, cualquiera que sea la forma en que lo hagas, este sufrimiento te duele y te resulta difícil soportarlo. Pero si sufres por Dios y sólo por Dios, este sufrimiento no te duele y tampoco te resulta pesado porque Dios sobrelleva la carga. Dicho con toda verdad: Si hubiera un hombre dispuesto a sufrir por Dios y puramente por amor de Dios, y si recayera sobre él el sufrimiento íntegro padecido por todos los hombres a través de los tiempos y con el que carga toda la humanidad junta, a él no le causaría dolor y tampoco le resultaría pesado porque Dios sobrellevaría la carga. Si alguien me colocara un quintal sobre la nuca y si luego otra persona lo sostuviera por encima de mi nuca, entonces sería lo mismo para mí cargar con cien quintales que con uno, porque no me resultaría pesado y tampoco me dolería. En resumen: cualquier cosa que el hombre sufre por Dios y sólo por Él, Dios se la convierte en liviana y dulce, según dije al comienzo cuando iniciamos nuestro sermón: «Jesús subió a una ciudadela y fue recibido por una virgen que era mujer». ¿Por qué? Necesariamente tuvo que ser así, que ella era virgen y además mujer. Ahora bien, os he dicho

²¹ La voluntad.

que Jesús fue recibido; pero todavía no os he dicho lo que la «ciudadela» es y ahora lo diré.

A veces he dicho que hay en el espíritu una potencia, la única que es libre. A veces he señalado que es una custodia del espíritu; otras veces, que es una luz del espíritu; y otras veces, que es una chispa. Mas ahora digo: No es ni esto ni aquello; sin embargo, es un algo que se halla más elevado sobre esto y aquello, que el cielo sobre la tierra. Por eso, lo llamo ahora de una manera más noble que lo haya hecho jamás y, sin embargo, ello reniega, tanto de la nobleza como del modo, y se halla por encima de éstos. Está libre de todos los nombres y desnudo de todas las formas, completamente desprendido y libre tal como Dios es desprendido y libre en sí mismo. Es tan enteramente uno y simple, como Dios es uno y simple, así que uno mediante ningún modo de ser logra mirar adentro. Esta misma potencia de la cual he hablado, y en la que Dios está floreciendo y reverdece con toda su divinidad y el Espíritu se halla en Dios, en esta misma potencia el Padre está engendrando a su Hijo unigénito tan verdaderamente como en sí mismo, pues Él vive realmente en esta potencia y el Espíritu engendra junto con el Padre al mismo Hijo unigénito, y a sí mismo como el mismo Hijo y es el mismo Hijo dentro de esa luz, y es la Verdad. Si pudierais entender las cosas con mi corazón, comprenderíais bien lo que digo; porque es verdad y la misma Verdad lo dice.

¡Mirad, prestad atención ahora! Esta «ciudadela» en el alma, de la cual hablo y en la que pienso, es tan una y simple y por encima de todo modo de ser que esta noble potencia de la que he hablado, no es digna de mirar jamás en el interior de esa «ciudadela», aunque fuera una sola vez, por un instante, y la otra potencia, de la cual he hablado, donde Dios fosforece y arde con toda su riqueza y todo su deleite, tampoco se atreve nunca a mirar allí adentro; tan completamente una y simple es esa ciudadela, y ese Uno único se halla tan por encima de todos los modos y potencias, que nunca jamás pueden echarle un vistazo una potencia y un modo y ni siquiera el mismo Dios. ¡Digo con plena verdad y

juro por la vida de Dios!: Dios mismo nunca mirará ahí adentro ni por un solo momento y nunca lo ha hecho en cuanto existe al modo y en la cualidad de sus personas. Esto es fácil de comprender, pues ese Uno único carece de modo y cualidad. Y por eso: si Dios alguna vez ha de mirar adentro, debe ser a costa de todos sus nombres divinos y de su cualidad personal; todo esto lo tiene que dejar afuera si alguna vez ha de mirar adentro. Antes bien, en cuanto Él es un Uno simple, sin ningún modo ni cualidad, en tanto no es, en este sentido, ni Padre ni Hijo ni Espíritu Santo y, sin embargo, es un algo que no es ni esto ni aquello.

Mirad, así como Él es uno y simple, así entra en lo uno que acabo de llamar «ciudadela» en el alma, y de otro modo no entra ahí de manera alguna, sino que entra sólo así y está allí. Es ésta la parte en la cual el alma se asemeja a Dios y en ninguna otra. Lo que os he dicho es verdad; os pongo por testigo a la verdad y por prenda a mi alma.

Que Dios nos ayude a ser semejante «ciudadela» a la cual suba Jesús y sea recibido, permaneciendo por siempre jamás dentro de nosotros del modo que he dicho. Amén.

SERMÓN 8º
Mis obras no son mías

Moyses orabat dominum deum suum etc.

Acabo de enunciar una frase en latín que está escrita en la Epístola que se lee en el día de hoy, que en lengua vulgar dice: «Moisés suplicó a Dios, su Señor: “Señor, ¿por qué tu animadversión se ha enfurecido contra tu pueblo?”» (Exodo 32, 11). Entonces le contestó Dios y dijo: «“¡Moisés, deja que me encolerice, concédeme, permíteme, admíteme, acéptame que me encolerice y me vengue de ese pueblo!” Y Dios elogió a Moisés y dijo: “Yo te enalteceré y te haré grande y extenderé tu stirpe y te haré Señor de un pueblo grande” (Cfr. Exodo 32, 9 s.). Mas Moisés dijo: “¡Señor, quítame del libro de los vivientes o perdónale al pueblo!”» (Exodo 32, 31 s.).

¿Qué es lo que quiere decir cuando dice: «Moisés imploró a Dios, su Señor»? De veras, si Dios ha de ser tu Señor, tú tienes que ser su siervo; mas, cuando luego haces tus obras en beneficio propio o por tu placer o por tu propia bienaventuranza, en verdad, no eres su siervo; porque no buscas solamente la honra de Dios, buscas tu propio beneficio. ¿Por qué dice: Dios, su Señor? Si Dios quiere que estés enfermo, mas tú quisieras estar sano... si Dios quiere que tu amigo muera, mas tú quisieras que viviese en contra de la voluntad de Dios, en verdad, Dios no sería tu Dios. Si amas a Dios y luego estás enfermo... ¡sea en el nombre de Dios! Si muere tu amigo... ¡sea en el nombre de Dios! Si pierdes un ojo... ¡sea en el nombre de Dios! Y semejante hombre estaría bien encaminado. Mas, si estás enfermo y le pides a Dios que te dé salud, entonces prefieres la salud a Dios y por lo tanto no es tu Dios: es el Dios del cielo y de la tierra, pero no es tu Dios.

Ahora observad que Dios dice: «¡Moisés, deja que me encolerice!» Podríais decir: ¿Por qué se enfurece Dios?... Por ninguna otra cosa que por la pérdida de nuestra propia bienaventuranza y

no porque busque lo suyo; tanto le entristece a Dios que actuemos en contra de nuestra bienaventuranza. A Dios no le pudo pasar nada más penoso que el martirio y la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, su Hijo unigénito, que sufrió por nuestra bienaventuranza. Ahora observad otra vez que Dios dice: «¡Moisés, deja que me encolerice!» Luego mirad qué es lo que un hombre bueno es capaz de hacer ante Dios. Ésta es una verdad cierta y necesaria: quienquiera que ceda por completo su voluntad a Dios, cautiva y obliga a Dios de modo que Él no puede hacer otra cosa sino lo que quiere el hombre. Quien le da por completo su voluntad a Dios, a ése, Dios por su parte le devuelve su voluntad tan completa y tan propiamente que la voluntad de Dios llega a ser propiedad del hombre, y Él ha jurado por sí mismo que no puede hacer nada fuera de lo que quiere el hombre; porque Dios no llega a ser propiedad de nadie que primero no haya llegado a ser Su propiedad. Dice San Agustín: «Señor, tú no serás posesión de nadie a no ser que él antes se haya hecho propiedad tuya». Nosotros aturdimos a Dios de día y de noche diciendo: «¡Señor, hágase tu voluntad!» (Mateo 6, 10). Y luego, cuando se hace la voluntad de Dios, nos enfurecemos y eso está muy mal. Cuando nuestra voluntad se convierte en la voluntad de Dios, eso está bien; mas, cuando la voluntad de Dios llega a ser nuestra voluntad, está mucho mejor. Si tu voluntad llega a ser la voluntad de Dios y si luego estás enfermo, no querrías estar sano en contra de la voluntad de Dios, mas quisieras que fuese la voluntad de Dios el que estuvieras sano. Y cuando te va mal, querrías que fuera la voluntad de Dios el que te vaya bien. Pero cuando la voluntad de Dios llega a ser tu voluntad y estás enfermo... ¡sea en el nombre de Dios! Si muere tu amigo... ¡sea en el nombre de Dios! Una verdad inequívoca y necesaria es ésta: Si de ello dependieran todas las penas del infierno y todas las penas del purgatorio y todas las penas de este mundo... tal hombre querría sufrir eternamente de acuerdo con la voluntad de Dios todas las penas del infierno y lo consideraría para siempre su bienaventuranza eterna, y de acuerdo con la voluntad de Dios renunciaría a la bienaventuranza y a toda la

perfección de Nuestra Señora y de todos los santos y querría sufrir para siempre jamás las penas y aflicciones eternas sin apartarse de ello por un solo instante. Ciertamente, ni siquiera sería capaz de tener un solo pensamiento para desear alguna otra cosa. Cuando la voluntad se une así con la voluntad de Dios de modo que lleguen a ser un Uno único, entonces el Padre, desde el reino de los cielos, engendra a su Hijo unigénito en sí al mismo tiempo que en mí. ¿Por qué en sí al mismo tiempo que en mí? Porque soy uno con Él, no me puede excluir, y en esa obra el Espíritu Santo recibe su ser y su devenir tanto de mí como de Dios. ¿Por qué? Porque estoy en Dios. Si el Espíritu Santo no lo toma de mí, tampoco lo toma de Dios; no me puede excluir en modo alguno. La voluntad de Moisés había llegado a ser tan completamente la voluntad de Dios que prefería la honra de Dios manifestada en su pueblo, a su propia bienaventuranza.

«Dios hizo una promesa a Moisés», mas él no la tomó en cuenta; así, aunque le hubiera prometido toda su divinidad Moisés no le habría permitido enfurecerse. «Y Moisés imploró a Dios y dijo: ¡Señor, quítame del libro de los vivos!» (Exodo 32, 32). Los maestros preguntan: ¿Era que Moisés amaba más al pueblo que a sí mismo?, y dicen: ¡No! porque Moisés sabía bien que si él buscaba la honra de Dios manifestada en su pueblo, se hallaba más cerca de Dios que si hubiera renunciado a tal honra buscando su propia bienaventuranza. Así debe ser un hombre bueno, de modo que no busque lo suyo en todas sus obras sino solamente la honra de Dios. En tanto que tú con todas tus obras tiendes de alguna manera más hacia ti o más hacia una persona que hacia otra, la voluntad de Dios aún no ha llegado a ser efectivamente tu voluntad.

Nuestro Señor dice en el Evangelio: «Mi doctrina no es mía sino de Aquel que me ha enviado» (Juan 7, 16). Un hombre bueno debe proceder de la misma manera pensando: «Mi obra no es mía, mi vida no es mía». Y si me comporto así: toda la perfección y toda la bienaventuranza que tiene San Pedro, y, el hecho de que San Pablo ofreciera su cabeza, y toda la bienaventuranza que

lograron a causa de su actitud, se me hacen tan apetecibles como a ellos, y participaré perpetuamente de ello como si hubiera hecho las obras yo mismo. Más aún: de todas las obras realizadas alguna vez por todos los santos y todos los ángeles y aun de las hechas alguna vez por María, la Madre de Dios, habré de recibir eterna alegría como si las hubiese ejecutado yo mismo.

Digo yo: La humanidad y el hombre son dos cosas distintas. La humanidad en sí misma es tan noble que lo más elevado de ella tiene semejanza con los ángeles y parentesco con la divinidad. La unión máxima que ha tenido Cristo con el Padre, me resulta accesible con tal de que sepa deshacerme de lo procedente de esto o aquello, siendo capaz de entenderme como humanidad. Todo cuanto Dios ha dado alguna vez a su Hijo unigénito, me lo ha dado a mí tan plenamente como a Él, y nada menos, sino que me lo ha dado en mayor medida: a mi humanidad en Cristo le dio más que a Él, porque a Él no se lo dio; a mí me lo ha dado y no a Él; no se lo dio, ya que Él lo poseyó en el Padre desde la eternidad. Si te golpeo, golpeo en primer término a un Burcardo o a un Enrique y sólo luego golpeo al ser humano. Mas Dios no hizo tal cosa; Él adoptó primero la humanidad. ¿Quién es un hombre? Un hombre que tiene su nombre propio de Jesucristo. Y por lo tanto dice Nuestro Señor en el Evangelio: «Quien toca a uno de éstos aquí, toca el ojo mío» (Cfr. Zacarías 2,8).

Ahora repito: «Moisés suplicó a Dios, su Señor». Mucha gente le pide a Dios todo cuanto Él puede hacer, pero ellos no quieren dar a Dios todo cuanto ellos pueden hacer; pretenden repartir las cosas con Dios y darle lo menos precioso, y poco. Pero lo primero que da Dios en cualquier momento, es Él mismo. Y si tú tienes a Dios, tienes junto con Él todas las cosas. He dicho a veces: Quien tiene a Dios y todas las cosas junto con Él, no tiene más que aquel que tiene solamente a Dios. Digo además: En la eternidad, miles de ángeles no son más, en cuanto a su número, que dos o uno, porque en la eternidad no hay número: ella se halla por encima de todos los números.

«Moisés suplicó a Dios, su Señor.» Moisés significa lo mismo que «uno que fue levantado del agua». Ahora hablaré nuevamente de la voluntad. Si alguien diera cien marcos de oro por amor de Dios, esto sería —y parecería ser— una obra grande; mas yo digo: Si tengo semejante intención —puesto el caso de que posea cien marcos para darlos— y si esta intención es perfecta, por cierto se los he pagado a Dios y Él ha de compensarme como si le hubiera pagado cien marcos. Y digo más aún: Si yo tuviera la intención de ceder todo el mundo a Dios, con tal de que lo poseyera, entonces le he dado en pago a Dios todo un mundo y Él tiene que compensarme como si le hubiera dado en pago todo un mundo. Digo yo: Si el Papa fuera muerto por mi mano y no hubiese sido mi propósito ¡me presentaría ante el altar y, no obstante, diría misa! Digo: La humanidad es tan perfecta en el hombre más pobre y despreciado como en el Papa o en el Emperador; porque prefiero la humanidad en sí misma al hombre que llevo conmigo.

¡Que la verdad de la cual acabo de hablar, nos ayude a tener análoga unión con Dios! Amén.

SERMÓN 9º

Morir para vivir

Beatus es, Simon Bar Iona, quia caro et sanguis etc.

Dice Nuestro Señor: «¡Simón Pedro, tú eres bienaventurado; esta revelación no te la han hecho ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo» (Mateo 16, 17).

San Pedro tiene cuatro nombres: se llama «Pedro» (Mateo 16, 16 a 18), «Bar Jonás», «Simón» y, «Cefas» (Juan 1, 42).

Dice Nuestro Señor: « ¡Tú eres bienaventurado!» Todo el mundo desea la bienaventuranza. Y dice un maestro: Todo el mundo anhela ser elogiado. Ahora bien, San Agustín dice: Un hombre bueno no anhela ser elogiado, pero sí desea ser digno de elogio.

Nuestros maestros afirman que la virtud, en su fondo y peculiaridad, es tan acendrada y se halla tan sustraída y separada de todas las cosas corpóreas que nada puede caer en ella sin dejar de manchar la virtud y así, se convierte en defecto. Un solo pensamiento o la búsqueda de su propio provecho y ya no es virtud genuina, más aún, se muda en defecto. Así es la virtud por naturaleza.

Dice un maestro pagano: Cuando alguien ejerce la virtud por amor de algo que no es la virtud, su actitud nunca llega a ser virtud. Si busca elogios o alguna otra cosa vende la virtud. Una virtud, por naturaleza, no debe desatenderse por nada en este mundo. Por eso, un hombre bueno no anhela ser elogiado, pero sí anhela ser digno de elogio. El hombre no debe sentir pena porque estén enfadados con él; se debe apenar porque merezca el enfado.

La bienaventuranza depende de cuatro cosas, a saber: que se posea todo cuanto tiene ser; que sea placentero para desearlo; que traiga gozo, y que uno lo tenga enteramente indiviso, con toda el alma, habiéndolo recogido en Dios, en lo más acendrado y elevado, puro y no encubierto en el primer efluvio violento y en el fondo del ser; y todo eso tomado allí donde lo toma Dios mismo:

esto es la bienaventuranza. Así pues, dice Nuestro Señor: « ¡Tú eres bienaventurado!»

Pues bien, los maestros se preguntan si el núcleo de la vida eterna mora más en el entendimiento o en la voluntad. La voluntad tiene dos clases de obras: el anhelo y el amor. La obra del entendimiento es simple, por eso es mejor; su obra es conocer, y nunca descansa hasta que toque desnudo a aquello que conoce. Y de esta manera precede a la voluntad dándole a conocer aquello que ama. Mientras uno desea las cosas, no las tiene. Cuando las tiene, las ama; así deja de existir el deseo.

Ahora Mateo dice: «Pedro», esto significa lo mismo que «el que ve a Dios»²². ¿Cómo tiene que ser el hombre destinado a ver a Dios? Tiene que estar muerto. Nuestro Señor dice: «Nadie me puede ver y vivir» (Exodo 33, 19). San Gregorio dice²³: Está muerto el que ha muerto para el mundo. Fijaos vosotros mismos en cómo es un muerto y en lo poco que le importa todo cuanto hay en el mundo. Si se muere para este mundo, no se muere para Dios.

San Agustín rezó muchas clases de oraciones, dijo²⁴: Señor, dame que te conozca a ti y a mí. «Señor, apiádate de mí y muéstrame tu rostro y dame que muera, y dame que no muera para verte por toda la eternidad». La primera condición si se quiere ver a Dios es ésta: uno debe estar muerto. Este es el significado del primer nombre, «Pedro».

Un maestro dijo: Si no existiese ningún medio, se vería una hormiga en el firmamento. Y, otro maestro dijo²⁵: Si no existiera medio, no se vería nada. Ambos tienen razón. El color que hay en la pared, si ha de ser traído a mi ojo, debe ser cribado y refinado al

²² Cfr. Hieronymus, *Liber interpret. Hebr. nom.* 65, 18; 70, 16.

²³ *Glossa ordinaria*, Exod. 33, 20; y Gregorio Magno, *Moralia in Iob* 18 c. 54 n. 89.

²⁴ Agustín, *Soliloq.* II c. 1 n. 1; y luego *Confess.* 1. X c. 4 n. 5; y 1. IV c. 10 n. 15.

²⁵ Aristóteles (*De an.* II t. 74, B c. 7 419 a 15 ss.) es el «otro maestro»; el maestro mencionado en primer término es Demócrito.

aire y a la luz y así espiritualizado se lo tiene que presentar a mi ojo. Del mismo modo, el alma que ha de ver a Dios debe ser cribada en la luz y en la gracia. Por eso tiene razón aquel maestro que dijo: Si no hubiera medio, no veríamos. También tiene razón el otro maestro que dijo: Si no hubiera medio, veríamos la hormiga en el firmamento. Si no existiera ningún medio en el alma, ella vería a Dios desnudo.

El segundo nombre: «Bar Jonás» significa «hijo de la gracia»²⁶, en la cual el alma es purificada y llevada hacia arriba y lista para la contemplación de Dios.

El tercer nombre es: «Simón», que quiere decir «algo que es obediente» y «algo que es sumiso»²⁷. Quien ha de escuchar a Dios, tiene que estar separado y a gran distancia de la gente. Por ello dice David: «Me quiero callar y escuchar lo que Dios dice dentro de mí. Dice paz para su pueblo y sobre sus santos y a todos los que han regresado a su corazón» (Salmo 85, 9).

Bienaventurado es el hombre que escucha afanosamente a cuanto Dios dijere en su interior y él se ha de doblegar directamente bajo el rayo de la luz divina. El alma que se ha ubicado con toda su fuerza por debajo de la luz divina se torna enardecida e inflamada en el amor divino. La luz divina entra con su irradiación directamente desde arriba. Si el sol diera verticalmente sobre nuestra cabeza, casi nadie sobreviviría. De esta manera, la potencia suprema del alma, que es la cabeza, debería erguirse equilibradamente bajo el rayo de la luz divina para que pudiera brillar dentro de ella esa luz divina, de la cual he hablado a menudo: ésta es tan pura y flota tan por encima y es tan elevada que en comparación con esta luz todas las luces son tinieblas y nonadas. Todas las criaturas, tal como son, son como nada; cuando se proyecta sobre ellas la luz, dentro de la cual reciben su ser, entonces son algo.

²⁶ Véase Hieronymus, *In Matth.* III c. 16.

²⁷ Véase Hieronymus, *Liber interpret. Hebr. nom.*

Por eso, el conocimiento natural nunca puede ser tan noble que toque o aprehenda inmediatamente a Dios, a no ser que el alma posea las seis cualidades a las que me he referido antes. La primera, que uno haya muerto para toda desigualdad. La segunda, que uno se halle bien purificado en la luz divina y en la gracia. La tercera, que se carezca de medios. La cuarta, que uno, en su fondo más íntimo, escuche la palabra de Dios. La quinta, que uno se someta a la luz divina. La sexta, es la que menciona un maestro pagano²⁸: la bienaventuranza de que uno viva de acuerdo con la suprema potencia del alma; ella debe tender continuamente hacia arriba y recibir su bienaventuranza en Dios. Allí, en el primer efluvio violento donde recibe el Hijo mismo, allí en lo más excelso de Dios, hemos de recibir también nosotros; pero entonces, nosotros también debemos presentar igualmente lo más elevado que poseemos.

«Cefas» significa «cabeza». El entendimiento es la cabeza del alma. Quienes se expresan del modo más burdo, dicen que lo que precede es el amor; pero aquellos que hacen la afirmación más acertada dicen expresamente —y también es verdad— que el núcleo de la vida eterna reside en el conocimiento antes que en el amor. ¡Y sabed el porqué! Nuestros más célebres maestros—de los cuales no hay muchos— dicen que el conocimiento y el entendimiento suben directamente hacia Dios. Pero el amor se dirige hacia lo que ama y de ello infiere qué es lo que es bueno. Pero el conocimiento percibe aquello por lo cual es bueno. La miel es, en sí misma, más dulce que ninguna cosa que se pueda hacer con ella.

El amor toma a Dios porque es bueno; pero el conocimiento se eleva y toma a Dios porque es ser. Por eso Dios dice: «¡Simón Pedro, tú eres bienaventurado!» Dios le da al hombre justo un ser divino y lo llama con el mismo nombre que pertenece a su propio ser. Por eso luego dice: «Mi Padre que está en el cielo».

²⁸ Cfr. Aristóteles, *Eth. Nicom.* X c. 7.

De entre todos los nombres, ninguno es más acertado que «El que es». Pues, si alguien quiere señalar una cosa y dice «es», parecería una necedad; si dijera «es un leño o una piedra», se sabría qué es lo que quiere decir.

Por eso decimos: Estar completamente separado, reducido y pelado para que no quede nada fuera del único «es»: en esto reside la peculiaridad de su nombre. Por eso, Dios le dijo a Moisés: «Di: El que es me ha enviado» (Exodo 3, 14). A causa de ello, Nuestro Señor llama a los suyos con su propio nombre.

Nuestro Señor dijo a sus discípulos: «Quienes son mis seguidores, se sentarán a mi mesa en el reino de mi Padre, comerán mi comida y beberán mi bebida que mi Padre me ha preparado; así os la he preparado yo también» (Cfr. Mateo 19, 28 y Lucas 22, 29 ss.).

Bienaventurado es el hombre que ha llegado a recibir junto con el Hijo lo mismo de lo cual recibe el Hijo. Justamente ahí recibiremos nosotros también nuestra bienaventuranza y, allí donde habita su bienaventuranza, en el interior donde Él tiene su ser, en ese mismo fondo, todos sus amigos recibirán y obtendrán su bienaventuranza. Esta es la «mesa en el reino de Dios».

Que Dios nos ayude a llegar a esta mesa. Amén.

SERMÓN 10^{o29}

La chispita en el fondo del Alma

Dice San Pablo: «Acoged en vosotros, introducid en vuestro ser íntimo a Cristo)» (Cfr. Romanos 13, 14).

Al separarse el hombre de sí mismo, acoge a Cristo, Dios, bienaventuranza, beatitud y santidad. Si un muchacho contara cosas extrañas, se las creerían; San Pablo, en cambio, promete grandes cosas y apenas se las creéis. En caso de que te despojes, te prometo que encontrarás a Dios, la bienaventuranza y la santidad. Es sorprendente: si el hombre se ve obligado a vaciarse, entonces, al hacerlo él introduce en su ser íntimo a Cristo y la santidad y la bienaventuranza, y es muy grande. El profeta se maravilla de dos cosas. En primer lugar, de lo que opera Dios con las estrellas, con la luna y el sol. En segundo lugar, su asombro se refiere al alma: de que Dios hiciera y siga haciendo cosas tan grandes con ella y por medio de ella, porque hace cuanto puede por amor de ella. Hace muchas cosas grandes a causa de ella y se dedica completamente a ella y esto se debe a la grandeza de su creación (Cfr. Salmo 8, 2ss.). ¡Fijaos pues, en lo grande que la ha hecho! Compongo una letra según la imagen que corresponde a la letra dentro de mí, en mi alma, pero no según mi alma. Lo mismo sucede con Dios. Dios ha creado todas las cosas en general, conforme a la imagen de todas las cosas, la que abarca dentro de sí, y no según Él mismo. A algunas las ha hecho en especial según algo que emana de Él, como la bondad, la sabiduría y cuanto se enuncia de Dios. Pero el alma no la ha creado sólo conforme a la imagen que se halla dentro de Él, ni conforme a aquello que de Él emana y se enuncia de Él, sino que la ha hecho según Él mismo, así, de acuerdo con todo cuanto Él es según su naturaleza, su esencia y su obra emanante e inmanente, y según el fondo donde permanece en sí mismo, donde está engendrando a su Hijo unigénito, del

²⁹ El encabezamiento dice: «Para el sexto domingo después de Pentecostés».

cual sale floreciendo el Espíritu Santo: según esta obra emanante e inmanente Dios ha creado al alma.

Es como un principio natural en todas las cosas que las superiores fluyen hacia las inferiores, en tanto que las inferiores se hallan focalizadas hacia las superiores. Porque las superiores nunca obtienen de las inferiores, sino que las inferiores obtienen de las superiores. Como Dios se halla por encima del alma, Dios es en todo momento El que fluye en el alma sin poder escapársele nunca. El alma sí se le escapa, mas, mientras el hombre se mantiene por debajo de Dios recibe el influjo puro e inmediatamente y no se halla por debajo de ninguna otra cosa: ni del miedo ni del amor ni de la pena ni de cosa alguna que no sea Dios. Pues bien, sométete del todo a Dios, entonces recibirás el influjo divino total y puramente. ¿Cómo acoge el alma de Dios? El alma no recibe nada de Dios como cosa extraña, tal como el aire recibe la luz del sol, pues aquél recibe sobre la base de la extrañeza. Pero el alma no recibe a Dios sobre la base de la extrañeza, ni como si se hallara por debajo de Dios, porque aquello que se encuentra por debajo de otro, tiene carácter de extraño y alejado. Dicen los maestros que el alma recibe como luz de la luz porque ahí no hay ni extrañeza ni lejanía.

Hay un algo en el alma³⁰, donde Dios se halla en su desnudez, y los maestros³¹ dicen que es innominado y no tiene nombre propio. Es y, sin embargo, no tiene ser propio porque no es ni esto ni aquello, ni acá ni allá, porque lo que es, lo es en Otro (el ser divino) y Aquello (lo Otro) en éste; ya que cuanto es, lo es en Aquello y Aquello en él. Porque Aquello fluye en éste y éste en Aquello y ahí (en este algo en el alma) —opina San Pablo—: ¡Situaos en Dios, en la bienaventuranza! Porque ahí adentro el alma recoge toda su vida y ser, y ahí bebe su vida y ser; ya que éste se halla totalmente en Dios y lo demás propio del alma aquí afuera, y por ello el alma se encuentra todo el tiempo en Dios en

³⁰ La «chispa del entendimiento supremo».

³¹ Avicena.

cuanto a este algo, a no ser que lo lleve hacia fuera o lo agote dentro de sí.

Dice un maestro³² que este algo se halla en presencia de Dios de manera tal que nunca puede darle la espalda a Dios y Él le resulta siempre presente en su interior. Yo afirmo que Dios eternamente, sin cesar, ha estado en este algo, y para que el hombre en él sea uno con Dios, no hace falta la gracia, porque la gracia es criatura, pero allí la criatura no tiene nada que ver; ya que en el fondo del ser divino, donde las tres personas son un solo ser, el alma es uno con Dios conforme al fondo. Esto quiere decir: Renuncia a ti mismo y a todas las cosas y a todo cuanto eres en ti mismo, y acéptate de acuerdo con lo que eres en Dios.

Dicen los maestros³³ que la naturaleza humana nada tiene que ver con el tiempo y que es completamente intangible y le resulta mucho más entrañable y próxima al hombre de lo que es él para sí mismo. Y por ello, Dios adoptó la naturaleza humana y la unió a su persona. Entonces, la naturaleza humana llegó a ser Dios porque Él adoptó la naturaleza humana pura y no la de ningún hombre. Por eso, si tú quieres ser el mismo Cristo y Dios, despréndete de todo cuanto el Verbo eterno no aceptó para sí. El Verbo eterno no aceptó para sí a ningún hombre; por eso, despréndete de lo que tienes de ser humano y de lo que eres tú y tómate desnudo, de acuerdo con la naturaleza humana, así serás lo mismo en el Verbo eterno que es en Él la naturaleza humana. Porque entre la naturaleza humana tuya y la suya no hay diferencia, es una sola, ya que es en Cristo lo que es en ti. Por eso expliqué en París que en el hombre justo se verifica lo que dijeron en cualquier momento con respecto a Cristo las Sagradas Escrituras y los profetas; porque si tú andas bien, se verifica en ti todo cuanto está dicho en las Alianzas Antigua y Nueva.

¿Cómo has de andar bien? Esto debe comprenderse de dos maneras según la palabra del profeta que dice: «Al llegar la

³² Cfr. Agustín, *De trin.* XIV c. 7 n. 9, c. 14 n. 18.

³³ Cfr. Tomás, *De ente et essentia* c. 3.

plenitud del tiempo, el Hijo fue enviado» (Gálatas 4, 4). La «plenitud del tiempo» existe en dos aspectos. Una cosa está «plena» cuando se halla en su punto final, así como el día está «pleno» cuando anochece. Del mismo modo, cuando todo el tiempo se desprende de ti, el tiempo está «pleno». El otro aspecto se da cuando el tiempo llega a su fin, es decir, la eternidad; porque entonces todo el tiempo termina, pues allí no hay ni antes ni después. Allí todo cuanto existe, se halla presente y es nuevo, y allí abarcas, en una contemplación presente, aquello que sucedió, y que habrá de suceder, en cualquier momento. Allí no existe ni antes ni después, allí todo está presente; y en esa contemplación presente estoy poseyendo todas las cosas. Esta es «plenitud del tiempo», y así ando bien encaminado y soy verdaderamente el hijo único y Cristo.

Que Dios nos ayude para que lleguemos a esa «plenitud del tiempo». Amén

SERMÓN 11º

El no está fuera, sino dentro de tí

Scitote, quia prope est regnum Dei (Lucas 21, 3.)

Aquí Nuestro Señor dice que el Reino de Dios está cerca de nosotros. Sí, el reino de Dios está en nosotros; San Pablo dice igualmente que nuestra salvación está más cerca de nosotros de lo que creemos.

Ahora os diré, primero cómo, después cuándo está cerca de nosotros el reino de Dios. ¿En qué sentido? Es en lo que debemos aplicarnos en comprender bien.

Si yo fuera rey y yo mismo lo ignorara, no sería rey. Pero si tuviera la plena convicción de que soy rey, si todos los hombres compartieran mi convicción, si yo supiera que todos los hombres lo piensan y lo creen, yo sería rey y todas las riquezas reales me pertenecerían. Pero si faltara una de las tres condiciones, no podría ser rey.

Lo que importa para nuestra bienaventuranza es que nosotros sepamos y conozcamos el supremo bien, a Dios mismo. Tengo una potencia en mi alma que es completamente capaz de Dios. Tanto estoy seguro de vivir, tanto estoy seguro de que no hay nada que me sea tan próximo como Dios. Dios está más cercano de mí que yo mismo; mi ser depende, de hecho, de la proximidad y de la presencia de Dios. Está igualmente cercano de una piedra o de un trozo de madera, pero éstos no lo saben. Si la madera conociera a Dios y supiera cuán cercano está El de ella, como lo conoce el ángel del más alto coro, sería tan bienaventurada como el ángel más elevado. Si el hombre es más feliz que un trozo de madera, es precisamente porque él conoce a Dios y sabe cuán próximo a él está Dios. Y es tanto más feliz cuanto más le conoce y tanto menos feliz cuanto menos le conoce. Si es feliz, no es porque Dios está en él y está tan cercano a él y tiene a Dios: sino que es porque él conoce que Dios está próximo a él, es porque

sabe quién es Dios y que le ama. Semejante hombre conocerá que el Reino de Dios está cerca.

Cuando pienso en el Reino de Dios, a menudo me quedo sin palabras, en razón de su grandeza. Pues el Reino de Dios es el mismo Dios en toda su Plenitud. El Reino de Dios no es algo pequeño. Aunque imagináramos todos los mundos que Dios pudiera crear, eso no sería aún el Reino de Dios. Cuando el Reino de Dios se revela en un alma y ésta conoce el Reino de Dios, no hay ya ninguna necesidad de predicarle o instruirla; sólo por este conocimiento está ya suficientemente instruida y asegurada sobre la vida eterna. El que sabe y conoce cuán próximo a él está el Reino de Dios, puede decir con Jacob: “Dios está en este lugar y yo no lo sabía”.

Dios está igual de próximo a todas las criaturas. El hombre sabio dice: Dios ha echado sus lazos y redes sobre todas las criaturas, de forma que se le puede encontrar y conocerlo en cada una, solamente a condición de que se quiera percibirlo. Y un maestro nos enseña: Conoce a Dios de manera recta aquel que lo conoce de igual manera en todas las cosas. Servir a Dios en el temor está bien; servirle por amor es mejor; pero unir el temor y el amor, eso es lo mejor de todo.

“¿Por qué, pregunta San Bernardo, mi ojo conoce el cielo y no mis pies?” Esto viene de que mi ojo se parece más al cielo que mis pies. Para que mi alma pueda conocer a Dios es preciso que sea celestial. ¿Qué lleva pues al alma a conocer a Dios en ella y a saber que está completamente cercana de Dios? ¡Escuchad bien! El cielo no puede recibir ninguna impresión extraña; ningún dolor, ningún infortunio, podría hacerle salir de él, no puede embarazarlo. Así, el alma que debe conocer a Dios está forzada a permanecer con tanta fuerza y constancia en Dios que nada puede penetrar en ella, ni esperanza, ni temor, ni alegría ni tristeza, ni amor, ni pesar, ni nada de nada, que pueda hacerla salir de sí.

En todos los sitios el cielo está a la misma distancia de la tierra. Así, el alma debe estar a una distancia igual de todas las cosas terrestres, a fin de no estar más cerca de una que de otra; debe

mantenerse a distancia igual en el amor y la aflicción, en la posesión y la privación; no importa lo que le ocurra, es necesario que permanezca absolutamente insensible y serena y que vuele mucho más alto. El cielo es puro y claro, sin la menor mancha: no es tocado ni por el tiempo, ni por el espacio. Las cosas corporales no tienen sitio en él. Escapa también al tiempo; su rotación se hace con una velocidad de la que no puede uno darse cuenta, su trayectoria ignora el tiempo, pero es de su curso de donde viene el tiempo. Nada molesta tanto al alma, cuando quiere conocer a Dios, como el tiempo y el espacio. El tiempo y el espacio, en efecto, no son siempre más que partes, ¡pero Dios es unidad! Para que el alma pueda pues conocer a Dios, es preciso que lo conozca más allá del tiempo y más allá del espacio; pues Dios no es ni esto ni aquello, como las distintas cosas: Dios es unidad.

Para que el alma pueda ver a Dios, es preciso que renuncie a considerar nada temporal; pues, mientras el alma observe el tiempo y el espacio o no importa qué imagen, nunca podrá conocer a Dios. ¿No es necesario de la misma forma que el ojo, para que pueda conocer los colores, esté ante todo purificado de todo color? Para que el alma pueda conocer a Dios, no debe tener nada en común con la nada. El que ve a Dios conoce que toda criatura es nada. Cuando se pone una criatura al lado de otra, parece hermosa y es algo; pero cuando se la compara con Dios, nada es.

Y diré más: Para que el alma pueda recibir a Dios dentro de ella misma, es preciso aun que se olvide de sí misma y se pierda. En efecto, durante todo el tiempo que se vea y se conozca a sí misma, ni ve ni conoce a Dios. Pero si se pierde por amor de Dios y renuncia a todas las cosas, se vuelve a encontrar en Dios; desde que conoce a Dios y entonces se conoce a sí misma y conoce todas las cosas que ha dejado, las conoce de la forma más perfecta en Dios. Para que yo pueda conocer el Bien soberano, el Bien eterno, me es necesario, en verdad, conocerlo allí donde este Bien es bueno en sí y no allí donde este bien esté partido. Para que yo pueda conocer al verdadero Ser me es preciso conocerlo allí

donde está el Ser en sí, es decir, en Dios y no allí donde está ya partido, en las criaturas.

Quien habita en una casa bien decorada la conoce con toda seguridad mejor que otro que no ha entrado nunca en ella, pero que podría hablar mucho sobre ella. Cuanto más seguro estoy de que yo vivo y que Dios vive, tanto más lo estoy de esto: Para que el alma pueda conocer a Dios, es preciso que lo conozca más allá del tiempo y del espacio. Un alma tal conoce a Dios y sabe cuán cercano está el Reino de Dios, Dios mismo en toda su Plenitud. Los maestros universitarios consagran largas investigaciones a la cuestión de saber cómo es posible que el alma pueda conocer a Dios. No es severidad por parte de Dios si tiene que exigir mucho al hombre; no, sino que es su gran generosidad la que le hace exigir al alma que se estire a la medida de los Dones inmensos que El puede hacerle.

Ninguno debe imaginarse que sea difícil alcanzar esta apertura, cuando se trata de renunciar a todo y morir para todo. Pero una vez que se entra en él, ninguna vida puede ser más fácil, más alegre, más llena de amor. Dios, en efecto, aspira sin cesar a estar con el hombre y lo instruye para conducirlo a El, a poco que quiera seguirle. Nunca un hombre, no importa lo que sea, ha mostrado un deseo tan vivo como Dios muestra por conducir al hombre a conocerle. Dios está siempre dispuesto, pero nuestra falta de preparación es grande; Dios está cercano a nosotros, pero nosotros estamos lejos de El; Dios está en nosotros, nosotros estamos fuera de nosotros; Dios está en su casa en nosotros, nosotros somos allí extranjeros.

El profeta dice que Dios conduce a los justos por un camino estrecho hacia la gran ruta, para que llegue lejos en todos los sentidos, es decir, a la verdadera libertad de espíritu, que se ha convertido en un solo y mismo espíritu con Dios. ¡Que Dios nos ayude para que Le sigamos y nos lleve a El! Amén.

SERMÓN 12º

Dios está en la Creación, pero no es afectado por ella

Quasi stella matutina in medio nebulae et quasi luna plena in diebus suis lucet et quasi sol refulgens, sic iste refulsit in templo Dei.

«Como el lucero del alba en medio de la niebla, como luna en su plenilunio y como un sol radiante, así ha resplandecido éste en el templo de Dios» (Eclesiástico 50, 6 y 7).

Ahora me refiero a la última palabra: «templo de Dios». ¿Qué es «Dios» y qué es «templo de Dios»?

Con el propósito de hablar sobre lo que era Dios³⁴ se reunieron veinticuatro maestros. En determinado momento se congregaron y cada uno de ellos expresó su opinión; de éstas escojo ahora dos o tres. Uno dijo: Dios es algo en comparación con lo cual todas las cosas mutables y temporales no son nada; y todo cuanto tiene el ser, es insignificante ante Él. El segundo dijo: Dios es algo que se halla necesariamente por encima del ser, algo que en sí mismo no necesita de nadie y del que necesitan todas las cosas. El tercero dijo: «Dios es un entendimiento que vive únicamente en el conocimiento de sí mismo»³⁵.

Dejando de lado la primera y la última opinión, me refiero a la segunda, según la cual Dios es algo que necesariamente se halla por encima del ser. Lo que tiene ser, tiempo o lugar, no toca a Dios; Él está por encima de ello. Dios ciertamente está en todas las criaturas en tanto que tienen el ser y, sin embargo, está por encima de ellas. Justamente con todo cuanto Él es en todas las criaturas, se halla por encima de ellas; necesariamente debe estar por encima de las cosas aquello que es uno en muchas cosas.

³⁴ Eckhart se refiere al *Liber XXIV philosophorum* del *Corpus Hermeticum*.

³⁵ Se refiere a la tercera sentencia del *Liber* que reza: «Deus ets, qui solus suo intellectu vivit».

Algunos maestros opinaban que el alma se hallaba sólo en el corazón, pero no es así y hubo grandes maestros que se equivocaban a este respecto. El alma se halla completamente entera e indivisa en el pie, y entera en el ojo y en cualquier miembro. Si tomo un lapso de tiempo, no es el día de hoy ni el de ayer. Pero si tomo el «ahora» de la eternidad éste comprende en sí todo el tiempo. El «ahora» en el que Dios creó el mundo, se halla tan cerca del tiempo actual como el instante en que hablo ahora, y el Día del Juicio se halla tan cerca de ese «ahora» como el día que fue ayer.

Un maestro dice que Dios es algo que obra eternamente, indiviso en sí mismo, que no necesita de la ayuda de nadie ni de herramienta alguna y perdura en sí mismo, no necesita nada, pero todas las cosas necesitan de este algo y hacia ello tienden todas las cosas como hacia su última meta. Esta meta no tiene ningún modo definido, es independiente del modo y se va extendiendo. San Bernardo³⁶ dice que amar a Dios es modo sin modo. Un médico que quiere curar a un enfermo, no tiene ningún modo determinado de salud en el sentido de lo sano que quiere hacer al enfermo; pero sí tiene un modo con el que lo quiere curar; mas lo sano que lo quiere hacer, no tiene modo determinado: tan sano como él es capaz de hacerlo. Para la medida del amor que le debemos tener a Dios, no existe modo determinado; debemos amarlo tanto cuanto seamos capaces de hacerlo; esto no tiene modo.

Cada cosa obra dentro de su ser; nada puede obrar más allá de su ser. El fuego no puede obrar sino en el leño. Dios obra por encima del ser en la dimensión donde Él puede desempeñarse; obra en el no-ser. Dios obraba antes de que hubiera el ser; obraba el ser cuando el ser aún no existía. Algunos maestros brutos dicen que Dios es un ser puro; Él se halla tan por encima del ser, como el ángel supremo está por encima del mosquito. Si yo dijera de

³⁶ Se remite a Bernardo de Clairvaux, *De diligendo Deo* c. 1 n. 1 y 6 n. 16.

Dios que es un ser, cometería un error tan grande como si llamara al sol pálido o negro. Dios no es ni esto ni aquello. Y un maestro dice: Aquél que cree haber llegado a conocer a Dios y quien al hacerlo, conozca alguna cosa, no conoce a Dios. Pero si he dicho que Dios no es un ser y está por encima del ser, esto no significa que le haya negado el ser, antes bien lo he enaltecido en Él. Si tomo el cobre envuelto en oro, entonces existe ahí y subsiste de una manera más elevada de la que tiene en sí mismo. San Agustín³⁷ dice que Dios es sabio sin sabiduría, bueno sin bondad, poderoso sin poder.

Hay algunos maestros de modesta preparación que enseñan en el colegio que todos los seres están divididos en diez categorías³⁸, y aseguran que ninguna de ellas corresponde a Dios. De estas categorías ninguna afecta a Dios, pero tampoco le falta ninguna. La primera, es decir, la que tiene la mayor cantidad de ser y en la cual todas las cosas reciben su ser, es la substancia; y la última, que contiene la menor cantidad de ser, se llama relación, y en Dios ésta se iguala a lo más grande que posee la mayor cantidad de ser; es que ellas en Dios tienen la misma imagen primigenia. Las imágenes primigenias de todas las cosas son iguales en Dios; pero son las imágenes primigenias de cosas desiguales. El ángel supremo, el alma y el mosquito tienen una y la misma imagen primigenia en Dios. Dios no es ni ser ni bondad. La bondad está apegada al ser y no va más allá del ser; pues, si no hubiera ser, no habría bondad, y el ser es todavía más acendrado que la bondad. Dios no es bueno ni mejor ni óptimo. Quien dijera que Dios es bueno, lo agraviaría tanto como si llamara negro al sol.

Mas Dios mismo dice: «Nadie es bueno sino sólo Dios» (Marcos 10, 18). ¿Qué es bueno? Es bueno aquello que se comunica. Decimos bueno a un hombre que se comunica y es útil. Por eso dice un maestro pagano: En este sentido un ermitaño no es ni bueno ni malo porque ni se comunica ni es útil. Mas Dios es lo

³⁷ Cfr. Agustín, *De trinitate* 1. V c. 1 n. 2.

³⁸ Las diez categorías del ser, de Aristóteles.

que más se comunica. Nada se comunica a partir de lo propio, porque ninguna criatura existe por sí misma. Todo cuanto comunican las criaturas lo han recibido de otro. Tampoco se dan ellas mismas. El sol da su brillo y, sin embargo, permanece en su lugar; el fuego da su calor y, sin embargo, sigue siendo fuego; mas Dios comunica lo suyo porque Él es por sí mismo lo que es, y en todos los dones que otorga, en primer término se da a sí mismo. Se da como Dios, tal como es en todos sus dones, según sea posible en aquel que desea recibirlo. Santiago dice: «Todos los dones buenos fluyen desde arriba, provienen del Padre de las luces» (Santiago 1, 17).

Si aprehendemos a Dios en el ser, lo aprehendemos en su zaguán, pues el ser es el zaguán en donde mora. Pero ¿en su templo, en el cual resplandece como santo, dónde se halla? El templo de Dios es el entendimiento. Dios mora más propiamente en su templo que en ninguna otra parte, es decir, en el entendimiento, según otro maestro que dijo que Dios es un entendimiento que vive en el conocimiento única y exclusivamente de sí mismo, permaneciendo allí solo, en sí, donde nada ha tocado jamás a Dios, porque allí se halla solo en su quietud. En el conocimiento de sí mismo Dios se conoce a sí mismo en sí mismo.

Ahora consideremos el conocimiento tal como es en el alma que posee una «gotita» de entendimiento, una «chispita», una «rama». El alma posee potencias que obran en el cuerpo. Hay una potencia con cuya ayuda digiere el hombre; ésta obra más de noche que de día; y gracias a ella el hombre aumenta de peso y crece. El alma posee además una potencia en el ojo: mediante ella el ojo resulta tan sutil y fino que no acepta las cosas en su rudeza como son en sí mismas; antes tienen que ser cernidas y refinadas al aire y a la luz; esto sucede porque el ojo tiene consigo al alma. Otra potencia más se encuentra en el alma, con ella piensa. Esta potencia se imagina dentro de sí las cosas que no están presentes, de modo que conozco las cosas tan bien, y aun mejor, como si las viera con mis ojos —puedo imaginarme muy bien una rosa, en

pleno invierno —, y con esta potencia opera el alma en el no-ser y en este aspecto imita a Dios que obra en el no-ser.

Un maestro pagano dice que el alma que ama a Dios, lo toma bajo la envoltura de la bondad —las palabras citadas hasta ahora pertenecen a maestros paganos que no conocieron sino a la luz natural, aún no he llegado a las palabras de los santos maestros que conocieron a una luz mucho más sublime— pues bien, él dice: El alma que ama a Dios, lo toma bajo la envoltura de la bondad. Pero el entendimiento le quita a Dios la envoltura de la bondad y lo toma desnudo donde está despojado de la bondad y del ser y de todos los nombres.

En el colegio dije que el entendimiento es más noble que la voluntad y ambos, sin embargo, tienen su lugar en esa luz. Entonces, un maestro dijo³⁹ en otro colegio que la voluntad es más noble que el entendimiento, porque la voluntad toma las cosas tales como son en sí mismas; el entendimiento, en cambio, toma las cosas tales como son en él mismo. Esto es verdad. Un ojo es más noble en sí mismo que un ojo pintado en una pared. Mas yo digo que el entendimiento es más noble que la voluntad. La voluntad toma a Dios bajo la vestimenta de la bondad. El entendimiento toma a Dios desnudo, tal como se halla despojado de la bondad y del ser. La bondad es una vestimenta bajo la cual Dios se halla escondido, y la voluntad toma a Dios bajo esa vestimenta de la bondad. Si no hubiera bondad en Dios, mi voluntad no lo querría. Si alguien quisiera vestir a un rey, en el día de su coronación, y lo vistiera con indumentaria gris, no lo habría vestido bien. Yo no soy bienaventurado porque Dios es bueno. Tampoco quiero pedir nunca que Dios en su bondad me haga bienaventurado, porque Él no sería capaz de hacerlo. Soy bienaventurado únicamente porque Dios es racional y porque yo conozco este hecho. Dice un maestro que es del entendimiento de Dios del que

³⁹ Eckhart se refiere posiblemente al general de los franciscanos Gonsalvus Hispanus que polemizó en una *Quaestio* contra las ideas de Eckhart.

depende enteramente el ser del ángel. Se pregunta ¿dónde se halla más propiamente dicho la esencia de la imagen: en el espejo o en aquel de quien proviene? Hablando con mayor propiedad: en aquel de quien proviene. La imagen se halla en mí, sale de mí y va hacia mí. El espejo contiene mi imagen, mientras se encuentra exactamente enfrente de mi rostro; la imagen se desvanecería si el espejo se cayera. El ser del ángel depende de que tenga presente el entendimiento divino en el cual se conoce.

«Como el lucero del alba en medio de la niebla». Ahora me referiré a la palabra «quasi» que quiere decir «como»; los niños en la escuela la clasifican como «nombre adverbio» (bīwort). He aquí aquello en que pienso en todos mis sermones. «Verbo» y «Verdad» es lo más esencial que se puede enunciar de Dios. Dios se ha llamado Él mismo un «Verbo». San Juan dijo: «En el principio era el Verbo» (Juan 1, 1) y al decirlo alude también al hecho de que uno debería ser un adverbio junto al Verbo. Así como la «estrella libre» lleva el nombre de «Venus» del día viernes: ella tiene diversos nombres. Cuando antecede al sol y sale antes que él se la llama: «estrella matutina»; cuando va a la zaga del sol de modo que éste se pone primero, se la llama «estrella vespertina». Unas veces corre por encima del sol, otras por debajo. Ante todos los astros ella se mantiene siempre a la misma distancia del sol; nunca se aleja más de él ni se le acerca más, y esto significa que el hombre deseoso de llegar a tal punto, debe estar siempre cerca de Dios y en su presencia, de modo que nada pueda alejarlo de Dios, ni la dicha ni la desdicha, ni criatura alguna.

El texto de la Escritura dice además: «como luna en su plenilunio». La luna reina sobre toda la naturaleza húmeda. Ella nunca se halla tan cerca del sol como en el plenilunio cuando recibe su luz inmediatamente del sol. Pero por el hecho de estar más cerca de la tierra que cualquier otro astro, tiene dos desventajas: está pálida y manchada y pierde su luz. Nunca es tan fuerte como cuando está más alejada de la tierra, entonces hace que el mar crezca más; pero es menos capaz de hacerlo cuanto más mengua. El alma es

más fuerte cuanto más elevada se halla sobre las cosas terrestres. No necesitaría reflexionar nunca sobre sermón alguno quien no llegara a conocer nada más que las criaturas, pues toda criatura está llena de Dios y es un libro. El hombre que quiere llegar a aquello de lo que acabamos de hablar, y en esto se resume todo el sermón, debe ser como una estrella matutina: debe estar siempre presente ante Dios y siempre con Él, e igualmente cercano y elevado por encima de todas las cosas terrestres, siendo un «adverbio» junto al «Verbo».

Hay una palabra enunciada: ésta es el ángel, el hombre y todas las criaturas. Además hay otra palabra, pensada y enunciada, mediante la cual se hace posible que yo me imagine algo. Mas hay todavía otra palabra ni enunciada ni pensada y que nunca sale fuera, sino que se halla eternamente en Aquel que la dice; mora en el Padre que la dice en continuo acto de ser concebida y de permanecer adentro. El entendimiento está actuando siempre hacia dentro. Cuanto más sutil y más espiritual es una cosa, tanto más poderosamente obra hacia dentro; y cuanto más vigoroso y sutil es el entendimiento, tanto más le es unido y se une con él aquello que el entendimiento conoce. Mas con las cosas corporales no sucede lo mismo; cuanto más vigorosas son, tanto más obran hacia fuera. Pero la bienaventuranza de Dios reside en el obrar-hacia-dentro del entendimiento, donde el «Verbo» permanece dentro. Ahí, el alma debe ser un «adverbio» y obrar una única obra con Dios para recibir su bienaventuranza dentro del conocimiento flotante en sí mismo, ese mismo conocimiento donde Dios es bienaventuranza.

Que el Padre, el mismo Verbo y el Espíritu Santo nos ayuden para que siempre seamos un «adverbio» de este «Verbo». Amén.

SERMÓN 13º

De los cinco sentidos y el banquete del Alma

Homo quidam fecit cenam magnam etc.

«Un hombre preparó una cena, un gran banquete nocturno» (Lucas 14, 16). Quien ofrece una comida, por la mañana, invita a toda clase de gente, pero para la cena se invita a personas destacadas y queridas y amigos muy íntimos. En el día de hoy la Cristiandad celebra el día de la Cena que Nuestro Señor preparó a sus discípulos, sus amigos íntimos, cuando les dio de comer su sagrado Cuerpo. Esto es lo primero. Otro significado de la cena es que antes de que se llegue al anochecer debe haber una mañana y un mediodía. La luz divina surge en el alma y crea una mañana y el alma trepa en la luz a la extensión y altura del mediodía; luego sigue el atardecer. Hablaremos ahora en un tercer sentido sobre el atardecer. Cuando baja la luz, anochece; cuando todo el mundo se desprende del alma, entonces anochece y así el alma halla su descanso. Pues bien, San Gregorio dice de la cena⁴⁰: Cuando se come por la mañana, sigue más tarde otra comida; pero no sigue ninguna otra comida después de la cena. Cuando el alma prueba la comida en la Cena, y la chispita del alma aprehende la luz divina, entonces ya no le hace falta ninguna comida ni busca nada fuera y se mantiene enteramente dentro de la luz divina. Ahora bien, San Agustín dice: Señor, si nos quitas a ti, danos otro tú; no encontramos satisfacción en nada que no seas tú, porque no queremos nada fuera de ti. Nuestro Señor se alejó de sus discípulos como Dios y hombre, y volvió a ellos como Dios y hombre, pero de otra manera y bajo otra forma. Es como allí donde hay una gran reliquia; no se permite que sea tocada o vista desvelada; se la engarza en un cristal o en otra cosa. Lo mismo hizo Nuestro Señor cuando se dio como otro sí mismo. En la Cena Dios se da

⁴⁰ Gregorio M., *Hom. in Evang.* II hom. 36 n. 2.

como comida, con todo cuanto es, a sus queridos amigos. San Agustín⁴¹ se estremeció ante esta comida; entonces le dijo en el espíritu una voz: «Soy una comida para gente mayor; ¡crece y hazte grande y cómeme! Tú no me transformas en ti, sino que eres transformado en mí». De la comida y bebida que yo probara hace quince noches, una potencia de mi alma eligió lo más puro y lo más fino y lo introdujo en mi cuerpo y lo unió con todo cuanto hay dentro de mí de tal modo que no existe nada tan pequeño que se le pueda poner encima una aguja, que no se haya unido con ello; y es tan propiamente uno conmigo como lo que fue concebido en el seno de mi madre, al principio, cuando se me infundió la vida. La fuerza del Espíritu Santo toma con igual propiedad lo más límpido, lo más fino y lo más elevado, es decir, la chispita del alma, y lo lleva enteramente hacia arriba dentro del fuego, o sea el amor, tal como diré ahora del árbol: La fuerza del sol elige en la raíz del árbol lo más puro y lo más fino y lo eleva todo hacia arriba, hasta la rama; allí se convierte en flor. Exactamente del mismo modo, la chispita del alma es llevada arriba en la luz y en el Espíritu Santo, y es elevada así al origen primigenio, y de este modo se hace totalmente una con Dios y tiende completamente hacia lo Uno y es una sola con Dios en un sentido más propio de lo que es la comida con relación a mi cuerpo. Ciertamente, lo es mucho más en la medida en que es más pura y más noble. Por eso se dice: «Una gran cena». Pues bien, David dice: «Señor, cuán grandes y múltiples son la dulzura y la comida que tienes ocultas para todos aquellos que te temen» (Salmo 30, 20); y quien reciba con miedo esta comida, nunca la gustará realmente; hay que recibirla con amor. Por eso, un alma amante de Dios vence a Dios para que tenga que entregársele por completo.

Así pues, dice San Lucas: «Un hombre preparó una gran cena». Ese hombre no tenía nombre, ese hombre no tenía rival, ese hombre es Dios. Dios no tiene nombre. Dice un maestro pagano⁴²

⁴¹ Agustín, *Confess.* 1. VII c. 10 n. 16.

⁴² *Liber de causis* prop. 6.

que no hay lengua capaz de pronunciar una palabra acertada sobre Dios a causa de la eminencia y limpidez de su ser. Cuando hablamos del árbol, hacemos enunciados sobre él por medio de las cosas que se hallan por encima del árbol, como el sol que obra en el árbol. Por eso no se puede hablar de Dios en sentido propio, pues por encima de Dios no hay nada y Dios no tiene causa. En segundo término, hacemos enunciados sobre las cosas por medio de la igualdad. De ahí que tampoco se pueda hablar de Dios en sentido propio, porque no existe nada igual a Él. En tercer término, se hacen enunciados sobre las cosas por medio de sus efectos: cuando se quiere hablar del arte de un maestro, se habla del cuadro creado por él; el cuadro revela el arte del maestro. Todas las criaturas valen demasiado poco como para revelar a Dios; todas juntas son una nada en comparación con Él. Por eso, ninguna criatura sabe expresar en sus creaciones una sola palabra relativa a Dios. Por tanto dice Dionisio⁴³: Cuantos pretenden hablar de Dios no tienen razón, porque no dicen nada sobre Él. Pero quienes no quieren hablar de Él tienen razón, porque no hay palabra capaz de expresar a Dios; pero eso sí, Él mismo habla sobre sí en sí mismo. Por eso dice David: «Veremos esta luz en tu luz» (Salmo 35, 10). Lucas dice: «Un hombre». Él es «uno solo» y es un «hombre» y no se iguala a nadie y gravita por encima de todo.

El amo envió a sus criados (Lucas 14, 17). San Gregorio dice⁴⁴ que estos «criados» son la Orden de los Predicadores. Yo hablo de otro criado, que es el ángel. Por lo demás, queremos hablar de un criado, al que ya me he referido varias veces, y que es el entendimiento en la periferia del alma donde toca la naturaleza angelical, siendo una imagen de Dios. El alma, dentro de esta luz, se halla unida con los ángeles y hasta con aquellos ángeles que han caído al infierno y quienes, sin embargo, han conservado la nobleza de su natura. Ahí se encuentra esta chispita, desnuda,

⁴³ Cfr. Dionisio Areopagita, *De caelesti hierarchia* c. 2 T 3.

⁴⁴ Gregorio Magno, *Hom. in Evang.* II hom. 36 n. 2.

erguida sin sufrimiento alguno, dentro del ser divino. El alma también se asemeja a los ángeles buenos que operan continuamente en Dios, y reciben de Dios y devuelven a Dios todas sus obras, tomando a Dios de Dios en Dios. La chispita del entendimiento que fue creada por Dios sin mediación alguna se asemeja a estos ángeles buenos, y es una luz flotante por encima de las cosas y una imagen de la naturaleza divina y fue creada por Dios. El alma lleva en sí esta luz. Dicen los maestros que en el alma existe una potencia llamada *sindéresis*, pero no es así. Esta última es algo así como una cosa que adhiere en todo momento a Dios sin pretender nunca nada malo. Incluso en el infierno tiene disposición para el bien; dentro del alma lucha contra todo cuanto no es puro ni divino, e invita sin cesar a concurrir a ese banquete.

Por eso dice: «Envío a sus criados para que concurrieran los invitados; pues todo estaba preparado» (Lucas 14, 17). Nadie necesita preguntar qué es lo que recibe con el Cuerpo de Nuestro Señor. La chispita que está dispuesta a recibir el Cuerpo de Nuestro Señor, se encuentra siempre en el ser divino. Dios se entrega todo nuevo al alma en un devenir continuo. Él no dice «ha llegado a ser» o «llegará a ser», sino que todo es siempre nuevo y fresco como un devenir sin fin.

Por eso dice: «Ahora todo está preparado».

Mas dice un maestro⁴⁵ que por encima del ojo hay una potencia que es más ancha que toda la tierra y que el cielo. Esta potencia recoge todo lo que es introducido en la vista y lo lleva todo arriba hasta el alma. Le contradice otro maestro que afirma: No, hermano, no es así. Todo lo que es introducido en esa potencia por medio de los sentidos, no llega al alma; antes bien, purifica y prepara y conquista al alma para que sea capaz de recibir desnuda la luz del ángel y la luz divina. Por eso dice: «Ahora todo está preparado».

Y no van los que fueron invitados. El primero dijo: «He comprado un campo, no puedo ir» (Lucas 14, 18). Por el campo se

⁴⁵ Aristóteles.

entiende todo cuanto es terrestre. Mientras el alma posea alguna cosa terrestre, no llega a este banquete. Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes, no puedo ir, pues tengo que ir a verlas» (Lucas 14, 19). Las cinco yuntas de bueyes son los cinco sentidos. Cada sentido está dividido en dos, son, pues, cinco yuntas. Mientras el alma siga a los cinco sentidos, nunca llegará a este banquete. El tercero dijo: «Acabo de casarme, no puedo ir» (Lucas 14, 20). Ya lo he dicho varias veces: El varón en el alma es el entendimiento. Cuando el alma con el entendimiento se endereza directamente hacia arriba, hasta Dios, entonces el alma es «varón» y es uno y no dos; mas cuando el alma se dirige hacia abajo, entonces es «mujer». Con un solo pensamiento y una sola mirada hacia abajo, se pone vestimenta de mujer; tales gentes tampoco llegan al banquete.

Ahora Nuestro Señor dice una palabra de mucho peso: «En verdad os digo: Ninguno de ellos probará jamás mi banquete». Luego dijo el Señor: «Salid a las calles angostas y anchas». Cuanto más se ha recogido el alma más angosta es, y cuanto más angosta, tanto más ancha. «Ahora id a los cercados y a los caminos anchos». Una parte de las potencias del alma está atada a la vista y a los otros sentidos. Las otras potencias son libres, no están atadas e impedidas por el cuerpo. A éstas, invitadlas a todas e invitad a los pobres y a los ciegos y a los tullidos y a los enfermos. Estos, nadie más, entrarán para participar de este banquete (Cfr. Lucas 14, 21 y 23 s). Por eso dice San Lucas: «Un hombre había preparado una gran cena» (Lucas 14, 16). Ese hombre es Dios y no tiene nombre. ¡Que Dios nos ayude para que lleguemos a este banquete! Amén.

SERMON 14º

Para ver hay que estar ciego a los objetos externos

Videns Iesus turbas, ascendit in montem... [Mt 5, 1]

En el Evangelio leemos que «Nuestro Señor dejó a la muchedumbre y subió a la montaña. Allí despegó sus labios y enseñó acerca del reino de Dios».

«Y enseñó». Dice San Agustín que «quien enseña ha establecido su silla en el cielo». Quien quiera comprender la doctrina de Dios debe superarse y elevarse por encima de todas las cosas que tienen extensión: debe separarse de ellas. Quien quiera entender la doctrina de Dios debe recogerse y encerrarse en sí mismo, separarse de toda preocupación, fracaso y de la agitación de las cosas inferiores. Debe superar las potencias del alma, tan numerosas y tan ampliamente divididas, tanto si se hallan en el pensamiento como si el pensamiento obra maravillas, cuando actúa en sí mismo. Aún más, debe superar este pensamiento para que Dios hable en todas las potencias sin división.

En segundo lugar: «subió a la montaña», que quiere decir que Dios mostró la altura y dulzura de su naturaleza, en la que, necesariamente, todo cuanto es criatura sobra. Allí, el hombre no sabe de nada que no sea Dios y él mismo, en tanto que él es una imagen de Dios.

En tercer lugar: «subió a la montaña» muestra su altura, lo que está alto es cercano a Dios, y señala las potencias que son tan próximas a Dios. En una ocasión Nuestro Señor tomó consigo a tres de sus discípulos y los condujo sobre una montaña y resplandeció en su presencia en la misma claridad del cuerpo que tendremos en la vida eterna [cf. Mt 17, 1-2]. Nuestro Señor dijo: «Acordaos cuando os hablé, no visteis ni imagen ni semejanza». Dios se da al alma sin imagen ni semejanza cuando el hombre abandona «la muchedumbre». Por el contrario, todas las cosas son conocidas por imagen y semejanza.

Hay tres tipos de conocimiento sobre los que enseña San Agustín. Uno es corporal: recibe las imágenes, como el ojo; ve y toma las imágenes. El segundo es espiritual, mas recibe imágenes de las cosas corporales. El tercero es interior en el espíritu, conoce sin imágenes ni semejanzas; dicho conocimiento es semejante al de los ángeles.

El dominio superior de los ángeles se divide en tres partes. Un maestro dice que el alma no se conoce sin semejanzas; sin embargo, el ángel se conoce a sí mismo y a Dios sin semejanzas. Quiere decir que Dios se da, en lo alto, en el alma, sin imagen ni semejanza.

«Él subió a la montaña y se transfiguró delante de ellos» [Mt 17, 1-2]. El alma debe ser transfigurada e impresa en la imagen, y retornar a la imagen que es el Hijo de Dios. El alma es formada según Dios; pero los maestros dicen que el Hijo es una imagen de Dios y el alma es formada según la imagen [cf. Sab 2, 23]. Todavía digo más: por encima de la imagen, el Hijo es una imagen de Dios; es una imagen de su deidad oculta. El alma es formada según la imagen de Dios que es el Hijo y en la cual el Hijo es imaginado. El alma recibe de lo mismo que recibe el Hijo. Incluso cuando el Hijo fluye del Padre, el alma no queda suspendida; está por encima de toda imagen. El fuego y el madero son uno y, sin embargo, están lejos de la unidad. Sabor y color se hallan unidos en una manzana y están lejos de la unidad. La boca percibe el gusto y el ojo no puede contribuir a ello; el ojo percibe el color, de lo que la boca no sabe nada. El ojo quiere luz, mas el gusto permanece en la oscuridad. El alma está por encima de la imagen, no sabe más que de lo uno.

Dice el profeta: «Dios quiere conducir a su rebaño a un prado verde» [cf. Ez 34, 11-ss.]. La oveja es simple; igual de simples son aquellas gentes que están sumidas en lo uno. Un maestro dice que no se puede conocer la revolución de los cielos tan bien como en los animales simples, que experimentan el influjo del cielo de forma simple y que no tienen un sentido propio, como los niños. La gente sabia y con sentido es llevada constantemente hacia las cosas exteriores en su multiplicidad. «Nuestro Señor ha prometi-

do apacentar a su rebaño sobre la montaña en una hierba verde» [Ez 34, 13-14]. Todas las criaturas verdean en Dios. Todas las criaturas fluyen de Dios en primer lugar, y después a través de los ángeles. Aquello que no tiene la naturaleza de ninguna criatura, tiene en sí mismo la impresión de todas las criaturas. El ángel tiene la impresión de todas las criaturas en su naturaleza. Lo que la naturaleza del ángel puede recibir ya lo tiene él en sí mismo plenamente. Los ángeles llevan en sí mismos lo que Dios puede crear porque no han sido desposeídos de la perfección que poseen otras criaturas. Pero ¿de dónde le viene esto al ángel? De que está cerca de Dios.

San Agustín dice que lo que Dios crea fluye a través de los ángeles. En lo alto todo es verde. En lo alto de la montaña todas las cosas son verdes y nuevas; pero si caen en la temporalidad, entonces palidecen y pierden el color. Nuestro Señor quiere apacentar a sus ovejas en el nuevo verde de todas las criaturas. Todas las criaturas que están en aquel verde y en aquella altura, como lo están en los ángeles, son más agradables al alma que todo lo que está en este mundo. Tan desigual como el sol frente a la noche, lo es la más ínfima criatura, tal como está allí, frente a todo el mundo.

Por eso, aquél que quiera comprender la doctrina de Dios tiene que ascender a esa montaña, allí en los días de la eternidad, en los que hay una luz perfecta, Dios completará la doctrina. Lo que yo conozco en Dios es la luz; pero la noche es lo que afecta a la criatura. Sólo hay luz verdadera allí donde la luz no toca a las criaturas. Lo que se conoce tiene que ser luz. San Juan dice que «Dios es una luz verdadera, que brilla en las tinieblas» [cf. Jn 1, 5 y 9]. ¿Qué son las tinieblas? En primer lugar, que el hombre no participe ni dependa de nada y sea ciego y no sepa nada de las criaturas. También he dicho muchas veces que quien quiera ver a Dios tiene que ser ciego. En segundo lugar: Dios es una luz que brilla en las tinieblas. Él es una luz que ciega. Eso significa una luz de tal género que es incomprensible; es infinita, es decir, no tiene fin, no sabe nada de un final. Esto quiere decir que ciega el alma, para que no sepa nada ni conozca nada. Las terceras tinie-

blas son las mejores de todas y significan que en ellas no hay ninguna luz. Un maestro dice que el cielo no tiene ninguna luz, es demasiado alto para ello: ni ilumina, ni es frío ni caliente en sí mismo. Así, en dichas tinieblas, también pierde el alma toda luz; escapa a todo lo que pueda llamarse calor o color.

Un maestro dice que la luz es lo mejor con lo que Dios quiere dar su promesa. Otro maestro dice que el buen gusto de todo lo que se desea debe ser llevado al alma por la luz. Otro maestro dice que nada, sino sólo Dios, es tan puro que pueda alcanzar el fondo del alma. Quiere decir que Dios brilla en las tinieblas, en donde el alma escapa a toda luz; en sus potencias recibe luz, dulzura y gracia, pero nada más que el Dios puro puede penetrar en el fondo del alma. Que de Dios fluye el Hijo y el Espíritu Santo es algo que recibe el alma en Dios; pero lo que por otro lado fluye en luz y dulzura, eso lo recibe sólo en sus potencias.

Los mejores maestros dicen que el alma misma y sus potencias son totalmente uno. El fuego y la luz del fuego son uno, pero cuando el fuego penetra en el intelecto, lo hace con una naturaleza distinta de la luz. Cuando el intelecto emerge fuera del alma, penetra como en otra naturaleza. En tercer lugar: hay una luz sobre las luces en donde el alma escapa a todas las luces «en las montañas de lo alto», en donde ya no hay más luz. El alma no permanece suspendida donde Dios irrumpe en su Hijo. Se tome a Dios en cualquier lugar en donde irrumpa, allí el alma no permanece suspendida; está muy por encima de toda luz y todo conocimiento. Por eso dice Ezequiel: «Quiero liberarlas y reunir las y conducir las a su país y allí quiero llevar las a un prado verde». «En la montaña despegó sus labios.» Un maestro dice que aquí Nuestro Señor despegó sus labios; nos enseña con la Escritura y las criaturas. San Pablo insiste: Dios nos ha hablado en su Hijo unigénito, en él debo conocer todo en Dios, desde el menor hasta el mayor [cf. Heb 1, 2 y 8, 11].

Que Dios nos ayude a permanecer apartados de lo que no es Dios. Amén.

SERMÓN 15º

No hay más reposo que en El

*Laudate coeli et exultet terra (Isaias, 49, 13)**Ego sum lux mundi (Juán, 8, 12)*

Acabo de citar dos frases latinas. Una está sacada de la epístola del día en la que el profeta Isaías dice: “Regocijaros, cielo y tierra. Dios ha consolado a su pueblo y tendrá piedad de sus pobres”. La otra se encuentra en el Evangelio: “Yo soy la luz del mundo, dice Nuestro Señor; el que me sigue no anda en las tinieblas, sino que encontrará y tendrá la luz de la vida”.

Fijad bien la atención a la primera frase del Profeta: “¡Regocijaos, cielo y tierra!” ¡En verdad! ¡En verdad! ¡Por Dios! ¡Por Dios! Estad seguros, tanto como lo estáis de la existencia de Dios que la menor buena obra, la menor buena voluntad, incluso el menor buen deseo, todos los ángeles y todos los santos en el cielo y en la tierra tendrán por ellos una alegría tal que el mundo entero no puede procurarse una parecida. Y cuanto mayor es un santo, mayor es su alegría; y sin embargo la alegría de todos reunidos es tan pequeña como una lenteja en comparación con la alegría que Dios experimenta por esta obra. Pues es justo que toda buena obra sea juego y risa para Dios y es justo también que las demás obras que no han sido hechas en alabanza de Dios, sólo sean ceniza ante sus ojos. Es en este sentido como grita el profeta: “ ¡Regocijaos, cielo, Dios ha consolado a su pueblo!” Notad aún que está dicho: “Dios ha consolado a su pueblo y tendrá piedad de sus pobres”. “Sus pobres”, dice. Los pobres, en efecto, están abandonados sólo a Dios, porque nadie más se ocupa de ellos. Si alguien tiene un amigo que sea pobre, no lo conoce; pero si se trata de un amigo rico e inteligente, le dice: “Tú eres de mis ideas” y lo proclama su amigo ante todo el mundo. Pero al pobre se le dice: “ ¡Que Dios venga en tu ayuda!” y se avergüenza uno por él. Los pobres están abandonados a Dios; pues, allí donde vayan, encuentran a Dios y

tienen a Dios en todas partes y Dios se ocupa de ellos, porque le han sido dados. Es en este sentido como está dicho en el Evangelio: “ ¡Bienaventurados los pobres!”

Reflexionemos ahora en la frase de Nuestro Señor: “Yo soy la luz del mundo”. — “Yo soy.” Con esta frase toca al ser. Los maestros, en efecto, nos enseñan que todas las criaturas pueden decir bien “yo”, la palabra que pertenece a todo el mundo, pero que la palabra “soy”, en realidad nadie más que Dios puede decirla. “Yo soy”, esto viene a decir: algo que lleva en sí todo bien. Pero a ninguna criatura le está permitido poseer en sí pleno consuelo. Si yo tuviera todo lo que puedo desear y solamente me doliera un dedo, ya no tendría todo, puesto que mi dedo estaría enfermo y yo no tendría consuelo completo mientras que mi dedo me hiciera daño. El pan es un gran consuelo para el que tiene hambre; pero para el que tiene sed, el pan no le traería más consuelo que una piedra. Lo mismo ocurre con los vestidos: nos son muy útiles cuando tenemos frío; pero cuando tenemos demasiado calor, no nos sirven ya de ningún consuelo. Así ocurre con todas las criaturas. También es cierto que todas las criaturas llevan en sí la amargura. En efecto, es igualmente cierto que todas las criaturas llevan en ellas un poco de consuelo, parecido a la dulce miel a la que se le quita la escoria de la superficie. Pero todo el bien reunido que pueda encontrarse en todas las criaturas, toda su miel virgen está completamente en Dios. Es por lo que está escrito en el “*Libro de la Sabiduría*”: “Contigo todo bien viene a mi alma”.

El consuelo procedente de las criaturas no es completo, precisamente porque lleva en sí una falta y una mezcla. Pero el consuelo de Dios es puro y sin mezcla, completo y perfecto.

Nuestro Señor nos dice: “El que me sigue no anda en las tinieblas”. Notad bien que dice: “El que me sigue”. Los maestros enseñan que el alma tiene tres potencias. La primera fuerza busca siempre lo más dulce que haya. La segunda busca siempre lo que haya de más alto. Pero la tercera busca siempre lo que hay de mejor; pues el alma es tan noble que no puede encontrar reposo

en ninguna parte más que en la fuente original de donde ella mana; es lo que produce la bondad. Ved, tan dulce es el consuelo divino que todas las criaturas buscan a Dios y lo persiguen. Digamos más: el ser y la vida de toda criatura no tienen más razón que buscar a Dios.

Podríamos decir: ¿Dónde está ese Dios que persiguen todas las criaturas, de quien tienen su ser y su vida? (me gusta hablar de la Deidad, pues de ella es de donde mana toda nuestra bienaventuranza.) El Padre dice: “Hijo mío, te engendro hoy en el esplendor de los santos”. ¿Dónde está este Dios? “Estoy rodeado de la plenitud de los santos.” ¿Dónde está este Dios? En el Padre. ¿Dónde está este Dios? En la eternidad. Lo mismo que un hombre que se esconde, tose y se traiciona así a sí mismo, así ha hecho Dios. Nadie hubiera sido capaz nunca de descubrir a Dios, si El mismo no se hubiera manifestado. “Ocurre, dijo un santo, que siento en mí una dulzura tal que me olvido de mí mismo, que olvido toda criatura y que querría fundirme enteramente en ti. Pero cuando quiero agarrar todo esto, Señor, tú me lo quitas. ¿Señor, en qué piensas al actuar así? Si me encantas, ¿por qué me rechazas? Si me amas, ¿por qué me rehuyes? ¡Ah Señor, si actúas así, será para que yo pueda recibir más de ti!”

El profeta dice: “¡Dios mío!” — “¿Quién te dice que yo soy tu Dios?” — “Señor, no puedo encontrar reposo más que en ti y en ningún sitio más que en ti estoy cómodo.”

¡Que podamos ser ayudados a buscar así a Dios y a encontrarlo por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! Amén.

SERMÓN 16º

Cuanto más te entregues, más se te dará El mismo

Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.

He enunciado en latín tres frases que están escritas en el Evangelio. La primera frase la dice Nuestro Señor: «Éste es mi mandamiento; que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Juan 15,12). En segundo lugar dice: «Os he llamado mis amigos, pues todo cuanto he escuchado alguna vez de mi Padre, os lo he revelado» (Juan 15,15). En tercer lugar dice: «Os he elegido para que vayáis y deis fruto y que el fruto perdure en vosotros» (Juan 15,16).

Ahora fijaos en la primera frase, cuando Él dice: «Éste es mi mandamiento». Sobre ello diré una frase para que «permanezca con vosotros». «Éste es mi mandamiento de que améis.» ¿Qué quiere decir al mandar: «que améis»? Quiere decir una frase en la cual debéis fijaros: El amor es tan acendrado, tan desnudo, tan retraído en sí mismo que los maestros más destacados dicen que el amor con el que amamos, es el Espíritu Santo. Hubo algunos dispuestos a contradecirlo. Pero, siempre es verdad lo siguiente: en todo movimiento por medio del cual somos inducidos a amar, no nos mueve nada que no sea el Espíritu Santo. El amor en lo más acendrado, en lo más retraído, en sí mismo no es sino Dios. Dicen los maestros que la meta por la cual el amor opera todas sus obras, es la bondad, y la bondad es Dios. Así como mi ojo no puede hablar ni mi lengua conocer el color, así tampoco el amor puede inclinarse hacia ninguna otra cosa que no sea la bondad y Dios.

¡Ahora prestad atención! ¿Qué es lo que quiere decir cuando toma tan en serio el hecho de que amemos? Quiere decir que el amor con el cual amamos, debe ser tan genuino, tan desnudo, tan desasido, que no se debe inclinar ni hacia mí ni hacia mi amigo ni hacia ninguna cosa a su lado. Dicen los maestros que no se puede

llamar obra buena a ninguna obra buena, ni virtud a ninguna virtud, si no se hacen por amor. La virtud es tan noble, tan desasida, tan acendrada, tan desnuda en sí misma que no conoce nada mejor que a sí misma y a Dios.

Él dice, pues: «Éste es mi mandamiento». Cuando alguien me manda hacer algo que me resulta dulce, que me es útil y en lo cual reside mi felicidad, entonces me agrada mucho. Cuando tengo sed, la bebida es la que me manda beber; cuando tengo hambre, la comida es la que me manda comer. Y lo mismo hace Dios. Ciertamente, Él manda hacer cosas tan dulces que todo este mundo no puede ofrecer nada igual. Y quien una sola vez ha probado esta dulzura, de veras, tan poco como Dios es capaz de dar la espalda a su divinidad, tan poco puede semejante hombre desviar su amor de la bondad y de Dios; así, le resulta más fácil desasirse de sí mismo y de toda su bienaventuranza y luego perseverar con su amor junto a la bondad y junto a Dios.

Ahora dice Él: «Que os améis los unos a los otros». ¡Oh, ésta sería una vida noble, sería una vida bienaventurada! ¿No sería una vida noble si cada uno se fijara tanto en la paz de su prójimo como en su propia paz, y su amor fuera tan desnudo y tan genuino y tan desapegado en sí mismo que no tuviera otra meta que la bondad y Dios? Si se preguntara a un hombre bueno: «¿Por qué amas a la bondad?» —«¡Por amor de la bondad!» «¿Por qué amas a Dios?» —«¡Por amor de Dios!» Y si las cosas son así, que tu amor es tan genuino, tan desasido, tan desnudo en sí mismo que no amas nada fuera de la bondad y de Dios, entonces es una verdad segura que todas las virtudes obradas jamás por todos los hombres, te pertenecen tan completamente como si tú mismo las hubieras hecho, y ello de modo más genuino y mejor, porque el hecho de que el Papa es Papa, a él le produce a menudo gran trabajo, mas tú posees esa virtud de manera más pura y desapegada y con tranquilidad, y ella te pertenece más a ti que a él, siempre y cuando tu amor sea tan genuino, tan desnudo en sí mismo que no pienses en nada ni ames cosa alguna fuera de la bondad y de Dios.

Pues bien, Él dice: «como os he amado». ¿Cómo nos ha amado Dios? Nos amaba cuando todavía no existíamos y cuando éramos sus enemigos. Nuestra amistad le hace tanta falta a Dios que no puede esperar hasta que se lo supliquemos: viene a nuestro encuentro y nos pide que seamos sus amigos, pues nos solicita que anhelemos ser perdonados por Él. Por ello, Nuestro Señor dice muy acertadamente: «Esta es mi voluntad; que oréis por los que os hacen daño» (Cfr. Lucas 6, 28). Debemos tomar muy en serio la oración por los que nos hacen daño. ¿Por qué? Para cumplir la voluntad de Dios en el sentido de que no esperemos hasta que nos rueguen a nosotros, deberíamos decir más bien: «¡Amigo, perdóname por haberte afligido!» Y deberíamos tomar igualmente en serio la virtud: cuanto mayor fuera el esfuerzo, tanto mayor debería ser nuestro empeño en lograr la virtud. Del mismo modo, tu amor ha de ser uno solo porque el amor no quiere estar sino allí donde hay igualdad y unidad. Entre un patrono y un siervo suyo no hay paz, porque ahí no hay igualdad. Una mujer y un hombre son desiguales entre sí, mas en el amor son bien iguales. Por eso, la Escritura dice muy acertadamente que Dios tomó a la mujer de la costilla y del costado del varón (Génesis 2, 22), y no de la cabeza ni de los pies; porque donde hay dos, hay un defecto. ¿Por qué? Porque lo uno no es lo otro, pues este «no» que produce diferencia, no es sino amargura ya que en ese caso no hay paz. Si tengo una manzana en la mano, entonces es placentera para mi vista, mas a la boca se la priva de su dulzura. En cambio, si la como, le quito a mi vista el placer que me da. De este modo pues, dos no pueden existir juntos porque uno de ellos ha de perder su ser.

Por ende, dice Él: «¡Amaos los unos a los otros!», esto quiere decir: el uno en el otro. Sobre este punto la Escritura se expresa muy hermosamente. San Juan dice: «Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él» (1 Juan 4, 16). ¡Además lo dice con gran acierto! Pues, si Dios permaneciera en mí y yo no permaneciese en Dios, o si yo permaneciera en Dios pero Dios no permaneciese en mí, no habría nada más

que discordia. Mas, si Dios permanece en mí y yo en Dios, yo no valgo menos y Dios no es más elevado. Ahora podríais decir: ¡Señor, tú dices que yo tengo que amar, pero yo no sé amar! Sobre este punto se expresa Nuestro Señor muy adecuadamente cuando le dijo a San Pedro: «¿Pedro, me amas?» —«Señor, tú sabes muy bien que te amo» (Cfr. Juan 21, 15). Si tú me lo has dado, Señor, te amo; si no me lo has dado, no te amo.

Ahora prestad atención a la segunda frase, allí donde dice: «Os he llamado mis amigos, porque os he revelado todo cuanto he escuchado de mi Padre» (Juan 15,15). Observad, pues, que Él dice: «Os he llamado mis amigos». En el mismo origen donde surge el Hijo —allí donde el Padre enuncia su Verbo eterno— y del mismo corazón surge y emana también el Espíritu Santo. Y si el Espíritu Santo no hubiera emanado del Hijo, no se habría conocido ninguna diferencia entre el Hijo y el Espíritu Santo. Cuando prediqué, pues, en el día de la Trinidad, pronuncié en latín la siguiente frase: Que el Padre había dado a su Hijo unigénito todo cuanto es capaz de ofrecer —toda su divinidad, toda su bienaventuranza— sin reservarse nada para sí mismo. Entonces surgió una pregunta: ¿Le dio también su singularidad? Y yo contesté: ¡Así es! porque la paterna singularidad de engendrar no es otra cosa que Dios; y yo acabo de decir que Él no se ha reservado nada para sí. De cierto digo: La raíz de la divinidad la enuncia totalmente en su Hijo. Por ello dice San Felipe: «¡Señor, muéstranos al Padre y nos basta!» (Juan 14, 8). Un árbol que da frutos, empuja sus frutos hacia fuera. Quien me da el fruto, no me da necesariamente el árbol. Pero quien me da el árbol y la raíz y el fruto, me ha dado más. Ahora bien, Él dice: «Os he llamado mis amigos» (Juan 15,15). De cierto, en el mismo nacimiento en el cual el Padre engendra a su Hijo unigénito y le da la raíz y toda su divinidad y toda su bienaventuranza, y no se reserva nada para sí, en este mismo nacimiento nos llama amigos suyos. Si bien tú no oyes ni entiendes nada de ese hablar, existe, sin embargo, una potencia en el alma —de aquélla hablé cuando prediqué aquí el otro día— que se halla completamente desapegada y del todo

pura en sí misma y tiene íntimo parentesco con la naturaleza divina: en esta potencia el hablar se entiende. De ahí que Él diga muy acertadamente: «Por ello os he revelado todo cuanto he escuchado de mi Padre» (Juan 15, 15).

Ahora bien, Él dice: «lo que he escuchado». El hablar del Padre es su «engendrar», el «escuchar» del Hijo es su «nacer». Él dice pues: «Todo cuanto he escuchado de mi Padre». Ciertamente, todo cuanto ha escuchado de su Padre desde la eternidad, nos lo ha revelado sin escondernos nada de ello. Digo yo: Y si hubiera escuchado mil veces más, nos lo habría revelado sin escondernos nada de ello. Así también nosotros, no le debemos esconder nada a Dios; debemos revelar todo cuanto somos capaces de ofrecerle. Porque, si guardaras algo para ti, perderías en igual proporción parte de tu eterna bienaventuranza, ya que Dios no nos ha escondido nada de lo suyo. Estas palabras les parecen difíciles a algunas personas. Pero, por ello, nadie ha de desesperarse. Cuanto más te entregues a Dios, tanto más Dios, a su vez, se te dará Él mismo; cuanto más te despojes de ti mismo, tanto mayor será tu eterna bienaventuranza. El otro día, cuando rezaba mi Padrenuestro, que Dios mismo nos enseñara, pensé: Cuando decimos «¡Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad!» (Mateo 6, 10), le rogamos siempre a Dios que nos despoje de nosotros mismos.

Esta vez ya no hablaré de la tercera frase donde dice: «Os he elegido, saciado, tranquilizado, confirmado, para que vayáis y deis fruto y el fruto perdure con vosotros» (Cfr. Juan 15,16). Mas ese fruto nadie lo conoce sino Dios solo.

Y que la eterna Verdad de la cual he hablado, nos ayude para que logremos ese fruto. Amén.

SERMÓN 17^{o46}

Uno sólo Dios en todos nosotros

Unus deus et pater omnium etc.

He dicho unas palabras en latín que pronuncia San Pablo en la Carta: «Un solo Dios y Padre de todos, que es bendecido por sobre todos y a través de todos y en todos nosotros» (Efesios 4, 6). Tomo otras palabras del Evangelio de San Lucas dichas por Nuestro Señor: «Amigo, sube más arriba, asciende más».

En el primer párrafo donde dice San Pablo: «Un solo Dios y Padre de todos», él omite una frase que contiene en sí un elemento de cambio. Cuando dice «un solo Dios» quiere decir que Dios es uno solo en sí mismo y se halla apartado de todo. Dios no pertenece a nadie, y nadie pertenece a Él; Dios es uno solo. Dice Boecio⁴⁷: Dios es uno solo y no se transforma. Todo cuanto Dios creó alguna vez, lo creó como sometido al cambio. Todas las cosas, así como son creadas, llevan sobre su espalda el hecho de transformarse.

Esto quiere decir que hemos de ser uno solo en nosotros mismos, y estar apartados de todo, y, siempre inmóviles, debemos ser uno con Dios. Fuera de Dios existe únicamente la sola nada. Por eso es imposible que en Dios pueda acontecer de algún modo un cambio o una transformación. Aquello que busca otro lugar fuera de sí, se transforma. Mas Dios contiene en sí todas las cosas en plenitud; por eso, no busca nada fuera de sí mismo, sino sólo en la plenitud, tal como todo es en Dios. Cómo Dios lo lleva en sí, esto no lo puede entender ninguna criatura.

Una segunda enseñanza surge cuando dice: «Padre de todos, tú eres bendecido». Esta palabra, sí, lleva en sí un elemento de

⁴⁶ En el enunciado se lee: «Para el primer domingo después de Corpus Christi o después de la octava de los Santos Reyes Magos».

⁴⁷ Cfr. Boethius, *De consol. phil.* III m. IX.

cambio. Cuando dice «Padre» nos incluye a nosotros ahora mismo. Si Él es nuestro Padre, nosotros somos sus hijos, y tanto su honra como el insulto de que lo hacen objeto, nos llegan al corazón. Cuando el hijo ve el amor que le tiene el padre, entonces sabe por qué le debe una vida pura e inocente. Por esta razón nosotros también tenemos que vivir con pureza ya que Dios mismo dice: «Bienaventurados son los limpios de corazón, porque verán a Dios» (Mateo 5, 8). ¿Qué es la limpieza del corazón? Limpieza del corazón es aquello que se halla apartado y separado de todas las cosas corpóreas, y que está reunido y contenido en sí mismo y luego, a partir de esta pureza, se arroja en Dios y allí llega a la unión. Dice David: Puras e inocentes son las obras que corren y se cumplen en la luz del alma; más inocentes, sin embargo, son aquellas que permanecen dentro y en el espíritu sin salir. «Un solo Dios y Padre de todos.»

La otra frase dice: «Amigo, sube más alto, asciende más». Yo hago de las dos palabras una sola. Cuando dice: «Amigo, sube más alto, asciende más», se trata de un diálogo del alma con Dios, y se le contestó: «Un solo Dios y Padre de todos». Dice un maestro⁴⁸: La amistad reside en la voluntad. La amistad, en cuanto reside en la voluntad, no une. Ya lo he dicho en otras ocasiones: El amor no une; lo hace, es cierto, en una obra, mas no en el ser. Sólo por eso dice el amor: «Un solo Dios», «sube más alto, asciende más». A lo profundo del alma no puede llegar nada que no sea la pura divinidad. Hasta el ángel supremo, por cerca que se halle de Dios, y por más afín que le sea y por grande que sea lo que posee de Dios —sus obras se realizan permanentemente en Dios, se haya unido con Dios en el ser y no en el obrar, le corresponde permanecer siempre en Dios y estar con Él— es, por cierto, un milagro lo noble que es el ángel; sin embargo, no puede internarse en el alma. Dice un maestro: Todas las criaturas que tienen diferenciación, son indignas de que Dios mismo opere en ellas. El alma en sí misma, allí donde se halla por encima del

⁴⁸ Cfr. Tomás, *Summa theol.* II, II q. 24 a. 1.

cuerpo, es tan pura y delicada que no acepta nada fuera de la mera divinidad pura. Sin embargo, ni siquiera Dios puede entrar, a no ser que se le haya quitado todo cuanto se le ha añadido. Por eso, le contestó al alma: «Un solo Dios».

Dice San Pablo: «Un solo Dios». Uno solo es una cosa más pura que la bondad y la verdad. La bondad y la verdad no añaden nada, si bien añaden algo en el pensamiento; cuando se piensa algo, se añade. Uno solo, en cambio, no añade nada allí donde Él es en sí mismo antes de verterse en el Hijo y en el Espíritu Santo. Por eso dijo: «Amigo, asciende más». Dice un maestro⁴⁹: Uno solo es la negación de la negación. Si digo: Dios es bueno, se le añade algo a Dios. Uno solo, en cambio, es una negación de la negación y una contradicción de la contradicción. ¿Qué es lo que quiere decir: «Uno solo»? Uno solo significa aquello a lo cual no se ha añadido nada. El alma toma a la divinidad tal como es en sí, en su purificación donde no se le añade nada, donde no se le agrega nada en el pensamiento. Todas las criaturas llevan en sí una negación; una niega ser otra. Un ángel niega ser otro ángel. En Dios, sin embargo, hay una negación de la negación; es uno solo y niega todo lo demás, porque no hay nada fuera de Dios. Todas las criaturas existen en Dios y son su propia divinidad, y esto significa plenitud, según dije antes. Él es un Padre de toda la divinidad. Yo hablo de una sola divinidad porque allí aún no emana nada y no se toca ni se piensa nada. Al negar yo que haya alguna cosa en Dios —por ejemplo, si niego que haya bondad en Dios, aun cuando, en realidad, no puedo negar nada que hay en Dios— al negar pues, que haya algo en Dios, aprehendo algo que Él no es; justamente esto debe quitarse. Dios es uno solo, es una negación de la negación.

Dice un maestro⁵⁰ que la naturaleza angelical, al hacer cualquier trabajo u obra, no sabe nada más que Dios. De otras cosas los ángeles no conocen nada. Por eso dijo: «Un solo Dios, Padre de

⁴⁹ Cfr. Tomás, *Quodlibet* X q. 1 a. 1 ad 3.

⁵⁰ Cfr. Tomás, *S. theol.* I q. 112 a. 1 c.

todos»; «Amigo, asciende más». Ciertas potencias del alma perciben desde fuera, como hace el ojo: por más finamente que perciba y elimine lo más burdo, toma, sin embargo, algo desde fuera que ha puesto sus miras en lo cercano y en el ahora. El conocimiento y el entendimiento, sin embargo, lo mondan todo y recogen aquello donde no hay ni aquí ni ahora; en esta dimensión el entendimiento toca a la naturaleza angelical. Sin embargo, recibe de los sentidos; de aquello que los sentidos aportan desde fuera, recibe el entendimiento. En este punto la voluntad es más noble que el entendimiento. La voluntad no obtiene nada en ninguna parte que no sea el puro conocimiento donde no existe ni el aquí ni el ahora. Dios quiere decir: Por más elevada y más pura que sea la voluntad, ella tiene que ascender más. Es una forma de contestar cuando Dios dice: «Amigo, sube más alto, esto te proporcionará honor» (Lucas 14, 10).

La voluntad quiere bienaventuranza. Me preguntaron cuál es la diferencia entre la gracia y la bienaventuranza. La gracia, tal como la experimentamos aquí en este cuerpo, y la bienaventuranza que poseeremos más tarde en la vida eterna, son una a otra como la flor al fruto. Cuando el alma está toda llena de gracia, y de todo cuanto hay en ella ya no le queda nada que no sea trabajado y acabado por la gracia entonces, sin embargo, no todo —tal como se halla en el alma— llega a las obras de modo tal que la gracia acabe todo cuanto el alma debe obrar. Ya lo he dicho en otras oportunidades: La gracia no hace ninguna obra, sino que le infunde por completo al alma cualquier adorno; ésta es la plenitud en el reino del alma. Digo yo: La gracia no une al alma con Dios, ella establece una consumación; su obra es ésta: llevar al alma de regreso a Dios. Allí le toca en suerte el fruto de la flor. En la voluntad, en cuanto quiere la bienaventuranza y en cuanto quiere estar con Dios y tal como es llevada hacia lo alto en este sentido... en una voluntad de semejante limpieza puede ser que Dios se entre secretamente, y en la medida en que el entendimiento recibe a Dios tan puramente como Él es Verdad, en la misma medida Dios ha de introducirse en el entendimiento. Pero, en

cuanto cae en la voluntad, Él tiene que subir más. Por eso dice: «Un solo Dios»; «Amigo, sube más alto».

«Un solo Dios»: en el hecho de que Dios es uno, se cumple la divinidad de Dios. Yo digo: Si Dios no fuera uno, no podría engendrar jamás a su Hijo unigénito. Del principio que Dios es uno, Él da todo cuanto obra en las criaturas y en la divinidad. Digo además: La unicidad la posee sólo Dios. La peculiaridad de Dios es la unicidad; de ella toma Dios el hecho de ser Dios, de otro modo no sería Dios. Todo cuanto es número depende de lo Uno, y lo Uno no depende de nada. La riqueza y la sabiduría y la voluntad divinas son plenas y exclusivamente uno en Dios; no es sólo uno sino que es Unicidad. Dios posee todo cuanto tiene en lo Uno, es uno en Él. Dicen los maestros⁵¹ que el cielo gira para llevar todas las cosas a lo uno; por eso gira tan rápidamente. Dios tiene toda la plenitud como uno y de ello pende la naturaleza divina, y el hecho que Dios es uno solo, constituye la bienaventuranza del alma; es su ornamento y su honor. Dijo: «Amigo, sube más alto, eso te proporcionará honor». Dios hace como si fuera uno solamente con el propósito de agradar al alma, y como si se adornara sólo para que el alma se volviese loca por Él. Por eso el hombre quiere ora una cosa, ora otra; ora se ejercita en la sabiduría, ora en el arte. Por no poseer lo Uno, el alma nunca llega a descansar hasta que todo sea uno en Dios. Dios es uno solo; ésta es la bienaventuranza del alma y su ornamento y su descanso. Dice un maestro: En todas sus obras Dios tiene presentes todas las cosas. El alma es todas las cosas. Todo aquello que por debajo del alma es lo más noble, lo más puro, lo más elevado en todas las cosas lo infunde Dios en ella. Dios es todo y es uno.

Que «un solo Dios, Padre de todos» nos ayude a alcanzar esta unión con Dios. Amén.

⁵¹ Eckhart se refiere seguramente a la doctrina aristotélica del movimiento circular como el movimiento más perfecto.

SERMÓN 18º

De la fugacidad de lo temporal y del gozo en lo eterno

Ego elegi vos de mundo.

Estas palabras que acabo de decir en latín, se leen hoy en el santo Evangelio, en la Fiesta de un santo llamado Bernabé, y la Escritura dice generalmente que era un apóstol (Cfr. Hechos 13,1-2; y 1 Cor. 9, 5 ss.). Y Nuestro Señor dice: «Por entre todo el mundo os he escogido, os he elegido; os he designado por entre todo el mundo y todos los seres creados para que vayáis y deis muchos frutos y que el fruto sea perenne en vosotros» (Cfr. Juan 15,16). Resulta que da mucho placer cuando una cosa da fruto y uno se queda con ese fruto. Pero el fruto es perenne para aquel que permanece y mora en el amor. Al final de este Evangelio dice Nuestro Señor: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado desde la eternidad, y como mi Padre me ha amado desde la eternidad, así yo os he amado. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (Juan 15, 12).

Todos los mandamientos de Dios proceden del amor y de la bondad de su naturaleza; si no procedieran del amor, no podrían ser mandamientos de Dios. Pues el mandamiento de Dios es la bondad de su naturaleza, y su naturaleza es su bondad en su mandamiento. Luego, quienquiera que mora en la bondad de su naturaleza, mora en el amor de Dios; y el amor no tiene porqué. Si yo tuviera un amigo y lo amara para que me hiciese el bien y me complaciese del todo, no amaría a mi amigo sino a mí mismo. He de amar a mi amigo a causa de su propia bondad y su propia virtud y por todo cuanto es en sí mismo, entonces amo a mi amigo como se debe, cuando lo amo así como acabo de decir. Exactamente lo mismo sucede con el hombre que se mantiene en el amor de Dios, que no busca nada de lo suyo, ni en Dios ni en sí mismo ni en cualquier cosa que fuera, y que ama a Dios solo por su propia bondad y por la bondad de su naturaleza y por todo

cuanto Él es en sí mismo. Y éste es el amor verdadero. El amor de las virtudes es una flor y un adorno y una madre de todas las virtudes y de toda perfección y de toda bienaventuranza, porque este amor es Dios, ya que Dios es el fruto de las virtudes; Dios fecunda a todas las virtudes, y es un fruto de las virtudes, y este fruto es perenne para el hombre. A un hombre que obrara a causa del fruto, le daría gran placer si este fruto le perdurase. Y si hubiera un hombre dueño de una viña o de un campo y él lo cediera a su criado para que lo cultivara y le quedaran también los frutos, y si además le diera todo cuanto hacía falta para su labor, le resultaría muy satisfactorio al criado quedarse con los frutos sin tener gastos propios. Así constituye también un gran placer para el hombre que vive en medio del fruto de las virtudes, porque no tiene ni angustia ni confusión ya que ha renunciado a sí mismo y a todas las cosas.

Ahora bien, dice Nuestro Señor: «Todo el que dejare algo por amor de mí, se lo devolveré dándole cien veces más y la vida eterna por añadidura» (Cfr. Mateo 19, 29). Mas si lo dejas a causa del céntuplo y de la vida eterna, no has dejado nada. Ciertamente, aunque dejes las cosas por una recompensa cien mil veces más elevada, no habrás dejado nada. Tienes que dejarte a ti mismo y esto por completo, entonces tu renuncia es buena. Cierta vez me vino a ver un hombre —todavía no hace mucho— y dijo que había renunciado a grandes cosas en cuanto a fincas y posesiones a fin de salvar su alma. Entonces pensé: ¡Ay, cuán poco y qué cosas banales has dejado! No es nada más que ceguera y necedad mientras estás mirando de algún modo las cosas que dejaste. Mas, cuando hayas renunciado a ti mismo, entonces sí habrás renunciado. El hombre que se ha dejado a sí mismo, es tan puro que el mundo no se aviene con él.

Dije una vez aquí—todavía no hace mucho—: Quien ama la justicia, de éste cuida la justicia y es envuelto por la justicia y es la justicia. Algún día anoté en mi libro: El hombre justo no sirve ni a Dios ni a las criaturas ya que es libre; y cuanto más cerca se halla de la justicia, tanto más llega a ser la libertad él mismo y tanto

más es él la libertad. Todo lo creado, en cuanto tal, no es libre. Mientras hay una cosa cualquiera por encima de mí, que no es Dios mismo, me oprime por pequeña que sea o cualquiera que sea su índole; aunque fueran el entendimiento y el amor; en cuanto cosa creada, y no Dios mismo, me oprime porque no es libre. El hombre injusto le sirve a la verdad, gústele o desagrádele, y le sirve a todo el mundo y a todas las criaturas y es un siervo del pecado.

Una vez —todavía no hace mucho— se me ocurrió la siguiente idea: El que yo sea hombre, también otro hombre lo tiene en común conmigo; que yo vea y oiga y coma y beba, lo hace también el animal; pero lo que soy yo no le es propio a ningún hombre fuera de mí solo, ni de un ser humano ni de un ángel ni de Dios, a no ser en cuanto soy uno con Él; esta es una pureza y una unidad. Todo cuanto obra Dios, lo obra en lo Uno como igual a Él mismo. Dios da lo mismo a todas las cosas y, sin embargo, son muy distintas en sus obras; pero, esto no obstante, tienden en todas sus obras hacia aquello que es igual a su propio ser. La naturaleza realizó en mi padre la obra de la naturaleza. Mas la naturaleza tenía la intención de que yo llegara a ser padre tal como él era padre. Él, mi padre, realiza toda su obra por algo semejante a él mismo y por su propia imagen para que él mismo sea lo obrado; en esto siempre se aspira a que nazca un «varón». Sólo allí donde la naturaleza es desviada u obstaculizada de modo que no disponga de su fuerza plena en su actuación, se origina una mujer. Mas, donde la naturaleza renuncia a su obra, ahí Dios empieza a obrar y hacer; porque si no hubiera mujeres, tampoco habría varones. Cuando el niño es concebido en el vientre de la madre, posee constitución, forma y figura; esto lo produce la naturaleza. Así permanece durante cuarenta días y cuarenta noches; pero al cuadragésimo día Dios crea al alma mucho más rápido que en un instante, para que el alma llegue a ser forma y vida para el cuerpo. Así, la obra de la naturaleza lleva hacia fuera todo cuanto la naturaleza puede obrar con lo que a forma, constitución y figura se refiere. La obra de la naturaleza sale por com-

pleto hacia fuera; y así como la obra de la naturaleza sale afuera, ella es sustituida por completo en el alma racional. Ahora se trata de una obra de la naturaleza y de una creación divina.

Mas en todo lo creado no hay —como ya dije varias veces— ninguna verdad. Hay una cosa que se halla por encima del ser creado del alma y a la que no toca ninguna criaturidad que es una nada; no la posee ni siquiera el ángel que tiene un ser puro que es inmaculado y extenso; hasta él no la toca. Ella es afín a la índole divina, es una sola en sí misma, no tiene nada en común con nada. En cuanto a esta cosa muchos frailes insignes comienzan a cojear. Ella es una tierra extraña y un desierto, y antes que tener un nombre es innominada, y antes que ser conocida es desconocida. Si tú pudieras aniquilarte por un solo instante, digo yo —aunque fuera por un tiempo más breve que un instante—, te pertenecería todo aquello que esta cosa es en sí misma. Mientras todavía prestas alguna atención a ti mismo o a una cosa cualquiera, sabes tan poco de lo que es Dios, como sabe mi boca de lo que es el color, y como sabe mi vista de lo que es el gusto: tan poco sabes y conoces tú lo que es Dios.

Pues bien, Platón, el gran fraile, se pone a hablar de grandes cosas. Se refiere a una pureza que no es de este mundo; no existe ni en el mundo ni fuera del mundo, no se encuentra ni en el tiempo ni en la eternidad, no tiene ni exterior ni interior. De esta pureza Dios, el eterno Padre, hace emerger la plenitud y el abismo de toda su divinidad. Todo esto lo engendra aquí en la persona de su Hijo unigénito y hace que seamos cada uno el mismo hijo. Y su engendrar es al mismo tiempo su permanecer adentro, y su permanecer adentro es su dar a luz. Siempre sigue siendo lo uno que brota en sí mismo. Ego, o sea, la palabra «yo», no pertenece a nadie sino a Dios solo, en su unidad. Vos, esta palabra significa lo mismo que «vosotros»: para que todos seáis uno en la unidad, esto quiere decir: las palabras «ego» y «vos», «yo» y «vosotros» apuntan hacia la unidad.

Que Dios nos ayude para que seamos y sigamos siendo esta misma unidad. Amén.

SERMÓN 19^{o52}

La proximidad de Dios y el Alma no conoce diferencia

In diebus suis placuit Deo et inventus est iustus.

Estas palabras que acabo de pronunciar en latín, están escritas en la Epístola y se las puede referir a un santo confesor, y en lengua vulgar significan: «En sus días se comprobó que era justo en su interior, en sus días fue agradable a Dios» (Eclesiástico 44, 16 y 17). Encontró la justicia en su interior. Mi cuerpo se halla más en mi alma que mi alma en mi cuerpo. Mi cuerpo y mi alma se encuentran más en Dios de lo que están en sí mismos; y esto es justicia: la causa de todas las cosas en la verdad. Dice San Agustín⁵³: Dios se halla más cerca del alma de lo que ella lo está de sí misma. Por cierto, la proximidad de Dios y el alma no conoce diferencia entre ambos. El mismo conocimiento en el cual Dios se conoce a sí mismo, es el conocimiento de cualquier espíritu desasido y no otro. El alma toma su ser inmediatamente de Dios; por ello Dios está más cerca del alma que ella con respecto a sí misma; por tanto, Dios se encuentra en el fondo del alma con su entera divinidad.

Hay un maestro que pregunta si la luz divina entra fluyendo en las potencias del alma con la misma pureza que tiene en el ser del alma, ya que ésta tiene su ser inmediatamente de Dios y las potencias fluyen inmediatamente del ser del alma. La luz divina es demasiado noble como para poder tener relación alguna con las potencias; porque Dios le resulta alejado y extraño a todo cuanto toca y es tocado. Y de ahí que las potencias, pues son tocadas y tocan, pierden su virginidad. La luz divina no puede alumbrar en ellas; pero es posible que, mediante el ejercicio y la purificación, se hagan susceptibles. A este respecto dice otro maestro que a las

⁵² Redactado «Para el día de San Germán» el 31 de julio.

⁵³ Se remite a *En. in Psalmos* LXXIV n. 19.

potencias se les da una luz que se asemeja a la luz interior. Es cierto que se asemeja, pero no es la luz interior. Así pues, esta luz produce a las potencias una impresión de modo que llegan a ser susceptibles de la luz interior. Otro maestro dice⁵⁴ que todas las potencias del alma que actúan en el cuerpo, mueren con él a excepción del conocimiento y de la voluntad: sólo éstos le quedan al alma. Aun cuando mueren las potencias que actúan en el cuerpo, ellas permanecen intactas en su raíz.

San Felipe dijo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Juan 14, 8). Resulta que nadie llega al Padre sino por el Hijo (Cfr. Juan 14, 6). Quien ve al Padre, ve al Hijo (Cfr. Juan 14, 9), y el Espíritu Santo es el amor de ambos. El alma es tan simple en sí misma que, en todo momento, no puede percibir sino una sola imagen. Cuando percibe la imagen de la piedra, no percibe la imagen del ángel, y cuando percibe la imagen del ángel, no percibe ninguna otra; y la misma imagen que percibe, la tiene que amar también en su estar-presente. Sería lo mismo si percibiera a mil ángeles que a dos y, sin embargo, no percibiría nada más que a uno solo. Pues bien, el hombre debe unirse en sí mismo para ser «uno». San Pablo dice: «Si estáis librados de vuestros pecados, os habéis convertido en siervos de Dios» (Romanos 6, 22). El Hijo unigénito nos ha librado de nuestros pecados. Pero, con mucho más acierto que San Pablo, Nuestro Señor dice: «No os he llamado siervos, sino amigos míos». «El siervo no conoce la voluntad de su señor», pero el amigo sabe todo cuanto sabe el amigo. «Todo lo que he escuchado a mi Padre, os lo he dado a conocer» (Juan 15, 15), y todo lo que sabe mi Padre, lo sé yo y todo lo que yo sé, lo sabéis vosotros; porque yo y mi Padre tenemos un solo Espíritu. Así pues, el hombre que sabe todo lo que sabe Dios, es un hombre sabedor de Dios. Este hombre aprehende a Dios en su propio ser y en su propia unidad y en su propia presencia y en su propia verdad; con tal hombre las cosas andan muy bien. Pero el hombre que no está acostumbrado a las cosas interiores, no sabe

⁵⁴ Cfr. Tomás, S. *theol.* I q. 77 a. 8; e *ibidem* I, II q. 67 a. 1 a 3.

lo que es Dios. Es como una persona que tiene vino en su bodega, pero no lo ha bebido ni catado, y luego no sabe que es rico. Lo mismo sucede con la gente que vive en la ignorancia: ignoran lo que es Dios y, sin embargo, creen y se imaginan que viven. Semejante saber no proviene de Dios. El hombre debe tener un saber puro y claro de la verdad divina. En el hombre que emprende todas sus obras con recta intención, Dios es el principio de su intención, y su intención convertida en obra es Él mismo y es de naturaleza puramente divina y se acaba en la naturaleza divina en Él mismo.

Ahora bien, dice un maestro⁵⁵ que no existe ningún hombre tan bobo que no aspire a la sabiduría. Entonces ¿por qué no llegamos a ser sabios? Para eso se necesita mucho. Lo más importante es que el hombre deba atravesar todas las cosas e ir más allá de ellas y de su causa, y luego, esto comienza a molestar al hombre. En consecuencia, el hombre persevera en su insignificancia. Si soy un hombre rico, no soy sabio gracias a ello; pero si está configurada dentro de mí la esencia de la sabiduría y la naturaleza de ésta y si soy la sabiduría misma, entonces soy un hombre sabio.

Dije en un convento, cierto día: La imagen verdadera del alma es aquella en la cual no se presenta ninguna copia de nada ni se configura cosa alguna fuera de Dios mismo. El alma tiene dos ojos, uno interior y otro exterior. El ojo interior del alma es el que mira dentro del ser y recibe su ser de Dios en forma completamente inmediata: ésta es la obra propia de El. El ojo exterior del alma es el que está dirigido hacia todas las criaturas percibiéndolas en forma de imagen y de acuerdo con su propia potencia. Pero el hombre que se ha vuelto hacia su propio interior de modo que conoce a Dios con el propio sabor y en el propio fondo de Él, tal hombre ha sido liberado de todas las cosas creadas y está encerrado en sí mismo con el verdadero cerrador de la verdad. Tal como dije una vez, Nuestro Señor en el día de Pascua de Resurrección vino a ver a sus discípulos con las puertas cerradas, así sucede

⁵⁵ Cfr. Aristóteles, *Met*, I, 1.

también con ese hombre librado de toda extrañeza y de toda criaturidad: en tal hombre no entra Dios: ya se halla adentro en su esencia.

«En sus días fue agradable a Dios.»

Cuando se dice «en sus días» se habla de más de un solo día: esto es el día del alma y el día de Dios. Los días transcurridos hace seis o siete días, y los días que fueron hace seis mil años, se hallan tan cerca del día de hoy como el día que fue ayer. ¿Por qué? Porque el tiempo existe en un «ahora» presente. Debido a que el cielo gira, se hace de día a causa de la primera revolución del cielo. Ahí se da en un «ahora» el día del alma, y a la luz natural⁵⁶ de ésta, dentro de la cual se hallan todas las cosas, hay un día entero; ahí el día y la noche son una sola cosa. En cambio, el día de Dios es allí donde el alma se mantiene en el día de la eternidad, en un «ahora» esencial, y allí el Padre engendra a su Hijo unigénito en un «ahora» presente y el alma renace en Dios. Este nacimiento se realiza tantas veces cuantas da a luz al Hijo unigénito. Por eso hay muchos más hijos nacidos de una virgen que dados a luz por una mujer, porque aquéllas dan a luz más allá del tiempo en la eternidad. (Cfr. Is. 54, 1). Pero por numerosos que sean los hijos que el alma dé a luz en la eternidad, no hay más que un solo Hijo, ya que esto sucede más allá del tiempo en el día de la eternidad.

Ahora bien, va por muy buen camino el hombre de vida virtuosa, pues, como dije hace ocho días, las virtudes se hallan en el corazón de Dios. Quien vive y obra virtuosamente, este hombre va por buen camino. Quien no busca nada de lo suyo en ninguna cosa, ni en Dios ni en las criaturas, éste permanece en Dios y Dios permanece en él. A semejante hombre le resulta gozoso dejar y despreciar todas las cosas y le da gozo realizar todas las cosas con miras a la máxima perfección de ellas. San Juan dice: «Deus caritas est», «Dios es amor» y el amor es Dios; «y quien vive en el amor, permanece en Dios y Dios en él» (1 Juan 4, 16). Quien

⁵⁶ Es decir, el entendimiento.

permanece en Dios, se ha instalado en buena vivienda y es heredero de Dios, y en quien permanece Dios, tiene consigo dignos convecinos. Un maestro dice que Dios le da al alma un don por el cual es movida hacia las cosas interiores. Otro maestro dice que el alma es tocada, inmediatamente, por el Espíritu Santo, pues con el mismo amor con el que Dios se ama a sí mismo, me ama a mí y el alma ama a Dios con el mismo amor con que Él se ama a sí mismo; y si no existiera este amor con el cual Dios ama al alma, tampoco existiría el Espíritu Santo. Se trata de un ardor y un florecimiento hacia fuera del Espíritu Santo mediante los cuales el alma ama a Dios.

Uno de los evangelistas escribe: «Éste es mi Hijo amado en el que tengo mi complacencia» (Cfr. Marcos 1, 11). Mas, el otro evangelista escribe: «Éste es mi Hijo amado en el que me complacen todas las cosas» (Cfr. Lucas 3, 22; variante «complacuit»). Y ahora resulta que el tercer evangelista escribe: «Éste es mi Hijo amado en el que me complazco yo mismo» (Mateo 3, 17). Todo cuanto agrada a Dios, le agrada en su Hijo unigénito; todo cuanto ama Dios, lo ama en su Hijo unigénito. El hombre debe vivir de tal modo que sea uno con el Hijo unigénito y que sea el Hijo unigénito. No hay diferencia entre el Hijo unigénito y el alma. Entre el siervo y el amo nunca surge un amor igual. Mientras soy siervo, estoy muy alejado del Hijo unigénito y le soy muy desigual. Si quisiera mirar a Dios con mis ojos, estos ojos con los que miro el color, procedería muy mal porque esta visión es temporal y todo cuanto es temporal, se halla alejado de Dios y le es ajeno. Si uno toma el tiempo y sólo lo toma en el mínimo, o sea el «ahora», sigue siendo tiempo y se mantiene en sí mismo. En tanto tiene tiempo y espacio y número y multiplicidad y cantidad, el hombre anda muy equivocado y Dios le resulta alejado y ajeno. Por eso Nuestro Señor dice: «Si alguien quiere llegar a ser mi discípulo, debe renunciar a sí mismo» (Cfr. Lucas 9, 23); nadie puede escuchar mi palabra ni mi doctrina a no ser que haya renunciado a sí mismo. Todas las criaturas en sí mismas son la nada. Por eso he dicho: Abandonad la nada y aprehended un ser

perfecto donde la voluntad es recta. El que ha renunciado a su entera voluntad, saborea mi doctrina y escucha mi palabra. Un maestro dice que todas las criaturas toman su ser inmediatamente de Dios; por eso a las criaturas les sucede, de acuerdo con su naturaleza verdadera, que amen más a Dios que a sí mismas. Si el espíritu conociera su puro desasimiento, ya no sería capaz de inclinarse hacia ninguna cosa, tendría que permanecer en su puro desasimiento. Por eso se dice: «Le fue agradable en sus días».

El día del alma se distingue del día de Dios. Donde el alma se halla en su día natural, allí conoce todas las cosas por encima del tiempo y del espacio; ninguna cosa le resulta ni alejada ni cercana. Por eso he afirmado que en tal día todas las cosas son igualmente nobles. Alguna vez dije que Dios crea el mundo en el eterno «ahora» y todas las cosas son igualmente nobles en ese día. Si dijéramos que Dios creó el mundo ayer o lo haría mañana, procederíamos tontamente. Dios crea el mundo y todas las cosas en un «ahora» presente; y el tiempo que pasó hace mil años, se halla tan presente y tan cerca de Dios como el tiempo que pasa actualmente. El Padre engendra a su Hijo unigénito en el alma que se mantiene en un «ahora» presente, y en este mismo nacimiento el alma renace en Dios. Éste es un solo nacimiento: El Padre engendra en el alma a su Hijo unigénito tantas veces como ella renace en Dios.

He hablado de una potencia en el alma (el entendimiento); en su primer efluvio violento esa potencia no aprehende a Dios en tanto que bueno, tampoco lo aprehende en tanto que verdad: ella penetra hasta el fondo y sigue buscando y aprehende a Dios en su unidad y en su desierto; aprehende a Dios en su yermo, en su propio fondo. Por tanto nada la puede satisfacer; ella sigue buscando qué es lo que es Dios en su divinidad y en la propiedad de su propia naturaleza. Ahora bien, dicen que no hay mayor unión que el hecho de que las tres personas sean un solo Dios. Luego, así dicen, no hay ninguna unión mayor que la existente entre Dios y el alma. Cuando acontece que el alma recibe un beso de la divinidad, se yergue llena de perfección y bienaventuranza;

entonces es abrazada por la unidad. En el primer toque con el cual Dios ha tocado y toca al alma en su carácter de no-creada y no creable, el alma es, en cuanto al toque de Dios, tan noble como Dios mismo. Dios la toca según es Él mismo. Alguna vez prediqué en latín, esto fue en el día de la Trinidad, y dije: La diferenciación proviene de la unidad, me refiero a la diferenciación en la Trinidad. La unidad es la diferenciación, y la diferenciación es la unidad. Cuanto mayor es la diferenciación, mayor es la unidad, pues es diferenciación sin diferencia. Si hubiera mil personas, sin embargo, no habría nada más que unidad. Cuando Dios mira a la criatura, le da su ser como criatura; cuando la criatura mira a Dios, recibe su ser como criatura. El alma tiene un ser racional, cognoscitivo; por eso: donde se halla Dios, se halla el alma, y donde se halla el alma, se halla Dios.

Se dice: «Fue hallado en su interior». «Interior» es lo que vive en el fondo del alma, en lo más íntimo del alma, en el entendimiento, y que no sale ni mira a ninguna cosa. Allí todas las potencias del alma son igualmente nobles; allí «fue hallado justo en su interior». Justo es aquello que es igual en el amor y en el sufrimiento, en la amargura y en la dulzura, justo es aquel a quien no lo estorba ninguna cosa para hallarse como uno en la justicia. El hombre justo es uno con Dios. La igualdad es amada. El amor siempre ama a lo igual; por eso, Dios ama al hombre justo como igual a Él mismo.

Que nos ayuden el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo para que nos hallemos en el interior, en el día y en el tiempo del entendimiento, y en el día de la sabiduría y en el día de la justicia y en el día de la bienaventuranza. Amén.

SERMÓN 20⁵⁷

El Alma es como una ciudadela

Adolescens, tibi dico: surge.

Se lee en el Evangelio:

«Nuestro Señor se dirigió a una ciudad, llamada Naín, y con Él iban una muchedumbre y también los discípulos. Cuando llegó al portón de la ciudad estaban sacando de ahí a un joven muerto, hijo único de una viuda. Nuestro Señor se acercó y tocó el féretro donde yacía el muerto, y dijo: “Joven, yo te digo ¡levántate!”. El joven se incorporó y en seguida comenzó a hablar gracias a su inherente semejanza con el Verbo divino, diciendo que había resucitado merced a la Palabra eterna» (Lucas 7, 11 a 15).

Ahora digo yo: «Él se dirigió a la ciudad». Esa ciudad es aquella alma que se encuentra bien ordenada, fortificada y protegida contra las imperfecciones y que ha eliminado toda multiplicidad y está en armonía y bien fortalecida en la salvación por Jesús, mientras está amurallada y cercada por la luz divina. Por eso dice el profeta: «Dios es un muro alrededor de Sión» (Cfr. Isaías 26, 1). Dice la eterna Sabiduría: «Pronto descansaré de nuevo en la ciudad bendecida y santificada» (Eclesiástico 24, 15). Nada descansa ni une tanto como lo semejante; por ende, todo lo semejante se halla adentro, cerca y al lado. Bendita es aquella alma en la que se encuentra sólo Dios y donde ninguna criatura logra su descanso. Por eso dice: «Pronto descansaré de nuevo en la ciudad bendecida y santificada». Toda santidad proviene del Espíritu Santo. La naturaleza no salta por encima de nada; siempre comienza a obrar en la parte más baja y sigue actuando así hasta llegar a lo más elevado. Dicen los maestros⁵⁸ que el aire, si

⁵⁷ En el encabezamiento se lee: «El domingo XVI después de la Santa Trinidad, el cuarto sermón».

⁵⁸ Cfr. Alberto Magno, *De gener. et corrupt.* I tr. 1 c. 25.

primero no se ha vuelto enrarecido y caliente, nunca se convierte en fuego. El Espíritu Santo toma al alma y la purifica en la luz, en la gracia y la atrae hacia arriba hasta lo altísimo. Por eso dice: «Pronto descansaré de nuevo en la ciudad santificada». Lo que descansa el alma en Dios, descansa Dios en ella. Si ella descansa sólo en parte en Él, Él descansa sólo en parte en ella; si ella descansa totalmente en Él, Él descansa totalmente en ella. Por eso dice la Sabiduría eterna: «Pronto descansaré de nuevo».

Algunos maestros⁵⁹ dicen que en el arco iris los colores amarillo y verde se unen el uno al otro tan a la par que no hay ningún ojo dotado de vista tan aguda que sea capaz de percibir la transición; tan parejamente obra la naturaleza, y se parece con ello al primer efluvio violento, al cual los ángeles todavía se parecen en forma tal que Moisés no se animó a escribir sobre ello a causa de la poca comprensión de la gente imperfecta, para que no adorasen a los ángeles: tanto se asemejan al primer efluvio violento. Dice un maestro muy eminente⁶⁰ que el ángel supremo de los espíritus se halla tan cerca del primer efluvio violento y encierra en sí una parte tan grande de la semejanza divina y del poder divino que él creó todo este mundo y además todos los ángeles que se hallan por debajo de él. Esta idea contiene en sí la buena enseñanza de que Dios es tan alto, puro y simple que influye en su criatura más elevada de tal modo que ella obra revestida de su poder, así como un trinchante obra como apoderado del rey y gobierna su país. Dice: «Pronto descansaré de nuevo en la ciudad santificada y bendecida».

El otro día dije que la puerta por donde Dios se derrite hacia fuera, es la bondad. El ser, empero, es lo que se conserva dentro de sí mismo y no se derrite hacia fuera; al contrario, se derrite hacia dentro. Por otra parte, es una unidad lo que se mantiene en sí mismo como uno solo, separado de todas las cosas sin comuni-

⁵⁹ Se refiere a Avicena.

⁶⁰ Avicena y en contra de su opinión cfr. Tomás, *S. theol.* I q. 47 a. 1.

carse hacia fuera. La bondad, empero, es aquello donde Dios se derrite hacia fuera comunicándose a todas las criaturas. El ser es el Padre, la unidad es el Hijo junto con el Padre, la bondad el Espíritu Santo. Ahora bien, el Espíritu Santo toma al alma, «la ciudad santificada», en su punto más puro y elevado y la alza hasta su origen, que es el Hijo, y continúa llevándola hasta su origen, que es el Padre, en el fondo, en lo primigenio donde el Hijo tiene su esencia, allí donde la eterna Sabiduría «pronto descansará de nuevo en la ciudad bendecida y santificada», o sea, en lo más íntimo.

Ahora dice: «Nuestro Señor se dirigió a la ciudad de Naín». «Naín» quiere decir lo mismo que «hijo de la paloma» y significa simplicidad. El alma no ha de descansar jamás en la fuerza potencial hasta que llegue a ser totalmente una en Dios. Naín quiere decir también «un caudal de agua» y significa que el hombre ha de mantenerse quieto frente a los pecados e imperfecciones. «Los discípulos» son la luz divina que debe fluir en abundancia en el alma. «La muchedumbre», éstas son las virtudes de las que hablé el otro día. El alma tiene que ascender con ardientes ansias y sobrepasar en las grandes virtudes buena parte de la dignidad de los ángeles. Allá se llega al «portón», es decir, se entra en el amor y la unidad, o sea «el portón» por donde se sacaba al muerto, el joven, hijo de una viuda. Nuestro Señor se acercó y tocó el féretro donde yacía el muerto. Paso de alto cómo se acercó y cómo tocó, pero no lo que dijo: «Incorpórate, joven!»

El joven era el hijo de una viuda. El padre estaba muerto, de ahí que también el hijo estuviera muerto. El único hijo del alma, esto es la voluntad y lo son todas las potencias del alma; ellas son todas uno en lo más íntimo del entendimiento. El entendimiento, en el alma es el marido. Puesto que el marido está muerto, también está muerto el hijo. A este hijo muerto le dijo Nuestro Señor: «¡Te digo, joven, levántate!» El Verbo eterno y el Verbo vivo en el que viven todas las cosas y que sostiene todas las cosas, infundió vida al muerto, y éste «se incorporó y comenzó a hablar».

Cuando la Palabra habla dentro del alma y ésta contesta en medio de la Palabra viva, entonces el Hijo cobra vida en ella.

Los maestros preguntan⁶¹ ¿qué es lo que es mejor: el poder de las hierbas, el de las palabras o el de las piedras? Hay que reflexionar sobre qué es lo que se elige. Las hierbas tienen gran poder. Oí decir que una víbora y una comadreja luchaban entre ellas. Entonces la comadreja se alejó corriendo, buscó una hierba y la envolvió en otra cosa; la arrojó sobre la víbora y ésta reventó y yacía ahí muerta. ¿Qué le habrá dado semejante inteligencia a la comadreja? El hecho de conocer el poder de la hierba. En esto reside en verdad una gran sabiduría. También las palabras tienen gran poder; uno podría obrar milagros con ellas. Todas deben su poder al Verbo primigenio. También las piedras tienen gran poder a causa de la igualdad que producen en ellas las estrellas y la fuerza del cielo. Si, pues, lo igual es tan poderoso en lo igual, el alma tiene que darse a su luz natural en lo más elevado y puro y entrar así en la luz angelical, llegando con ella a la luz divina, y así ha de estar parada por entre las tres luces en el cruce de caminos, allá en las alturas donde se encuentran las luces. Allá habla el Verbo eterno infundiéndole la vida; allá el alma cobra vida y da su respuesta dentro del Verbo.

Que Dios nos ayude para que nosotros también lleguemos a responder dentro del Verbo. Amén.

⁶¹ Cfr. Aristóteles, *De animalibus* IX t. XX; Alberto Magno, *De animalibus* 1. XXI tr. I c. 2.

SERMÓN 21º

El hombre particular es un accidente de la naturaleza

Haec est vita aeterna.

En el santo Evangelio están escritas estas palabras, y Nuestro Señor Jesucristo dice: «En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu Hijo Jesucristo, a quien has enviado» (Cfr. Juan 17, 3).

Ahora ¡prestad atención! Nadie puede conocer al Padre sino su único Hijo, porque Él mismo dice que: «Nadie conoce al Padre sino su Hijo, y nadie conoce al Hijo sino su Padre» (Cfr. Mateo 11, 27).

Según el nacimiento carnal sois bien distintos, pero en el nacimiento eterno debéis ser uno solo, porque en Dios no hay nada más que un solo origen natural; y por eso no existe ahí nada más que una sola emanación natural del Hijo, no dos sino una. Por tanto, si habéis de ser un único hijo junto con Cristo, habéis de establecer una única emanación junto con el Verbo eterno. Por eso, si el hombre ha de conocer a Dios, en lo cual consiste su eterna bienaventuranza, entonces tiene que ser, junto con Cristo, un hijo único del Padre y, si queréis ser bienaventurados debéis ser un solo hijo, no muchos hijos sino un solo hijo.

¿Cómo puede el hombre llegar a ser un único hijo del Padre? ¡Observad! El Verbo eterno no tomó la naturaleza de este hombre o aquél, sino que asumió una naturaleza humana libre e indivisa que era pura, sin rasgo individual, porque la forma simple de la humanidad carece de rasgos individuales. Y por esto, porque en la asunción la naturaleza humana fue tomada por el Verbo eterno simplemente sin rasgos individuales, la imagen del Padre, que es el Hijo eterno, se convirtió en imagen de la naturaleza humana.

Entonces, si habéis de ser un único hijo, debéis despegaros y separaros de todo cuanto provoca diferencia en vosotros. Porque el hombre particular es un accidente de la naturaleza humana, por

lo tanto separaos de todo cuanto es accidente en vosotros y consideraos de acuerdo con la naturaleza humana libre e indivisa. Y luego, por cuanto la misma naturaleza se ha convertido en Hijo del Padre eterno gracias a la asunción por el Verbo divino, llegaréis cada uno a ser hijo del Padre eterno junto con Cristo, ya que os consideraréis de acuerdo con la misma naturaleza que en Cristo se hizo Dios. Por eso, cuidaos de no consideraros como ese hombre o aquél, sino concebíos de acuerdo con la naturaleza humana libre e indivisa. En consecuencia, si queréis ser un solo hijo, separaos de cualquier «no», porque el «no» produce diferencia. ¿Cómo? Por el hecho de que no seas aquel hombre, el «no» produce una distinción entre tú y aquel hombre. Si queréis carecer de diferenciación, libraos del «no». Porque en el alma hay una potencia separada del «no», ya que no tiene nada en común con cosa alguna, porque en esta potencia no hay nada fuera de Dios. En esta potencia Él arroja, desnudo, su luz.

Así como es verdad que Dios se hizo hombre, también es verdad que el hombre se hizo Dios. Así, la naturaleza humana está transformada en cuanto se ha convertido en la imagen divina, que es la imagen del Padre. Mirad, el hombre que es un solo hijo, recoge el movimiento y el efecto y todo cuanto toma... lo recoge todo en lo suyo propio.

El que el Hijo del Padre, según la eternidad, sea Hijo, lo es a partir del Padre. Mas, cuanto tiene, lo tiene en Él mismo porque es uno con el Padre, según el ser y la naturaleza. Por eso tiene el ser y la esencia totalmente en sí mismo y por ende dice: «Padre, así como yo y tú somos uno, así quiero que ellos sean uno» (Cfr. Juan 17, 11 y 21).

Y del mismo modo que el Hijo es uno con el Padre, según el ser y la naturaleza, así eres tú uno con Él según el ser y la naturaleza, y lo posees todo en tu fuero íntimo como el Padre lo tiene en Él. No lo tienes como préstamo de Dios, porque Dios es tuyo.

Por tanto, todo cuanto tomas, lo tomas de lo tuyo y, las obras que no tomas dentro de lo tuyo, están todas muertas ante Dios, que son las que haces motivado por causas ajenas, fuera de ti, por

eso están muertas, porque vive aquella cosa que recoge el movimiento en lo suyo propio. Por consiguiente, si las obras del ser humano han de vivir, deben ser tomadas de lo suyo propio y no de cosas ajenas, ni fuera de él, sino de dentro de él.

¡Ahora, prestad atención! Si amáis a la justicia, por el hecho de que la justicia está sobre ti o en ti, no amáis a la justicia en cuanto es la justicia, y así no la tomáis ni la amáis tal como es en su simplicidad, sino que la tomáis como separada.

Como Dios es, pues, la justicia, no lo tomáis ni lo amáis de acuerdo con el hecho de que es simple. Por ello, coged la justicia en cuanto es la justicia, porque entonces la tomáis según ella es Dios. Y así, donde opera la justicia, ahí operáis vosotros porque ejercéis la justicia en todo momento. Y aunque el infierno se hallara en el camino de la justicia, vosotros ejerceríais la justicia y aquél no sería para vosotros ninguna pena, os redundaría en alegría ya que vosotros mismos seríais la justicia.

En consecuencia, debéis ejercer la justicia pues, en la medida en que alguna cosa asciende dentro de la comunidad, en esta misma medida es uno con la simpleza de esa comunidad y es proporcionalmente más simple.

Que Dios nos ayude a obtener esta simpleza de la verdad. Amén.

SERMÓN 22^{o62}

Allí, donde Ser es, verdaderamente, Conocer

Nunc scio vere, quia misit dominus angelum suum.

Cuando Pedro, gracias al sumo poder de Dios Altísimo, fue liberado de los vínculos de su cautiverio, dijo: «Ahora sé verdaderamente que Dios me ha enviado su ángel y me ha salvado del poder de Herodes y de las manos de los enemigos» (Hechos 12, 11; cfr. también Salmo 17, 1).

Ahora invertimos estas palabras y decimos: Porque Dios me ha enviado su ángel, conozco verdaderamente. «Pedro» quiere decir lo mismo que «conocimiento». Ya lo he dicho en otras oportunidades: El conocimiento y el entendimiento unen al alma con Dios. El entendimiento penetra en el ser puro, el conocimiento corre a la cabeza, corre adelante y se abre camino para que nazca allí el Hijo unigénito de Dios. Nuestro Señor dice en el evangelio de Mateo que nadie conoce al Padre sino el Hijo (Mateo 11, 27). Los maestros afirman⁶³ que el conocimiento pende de la igualdad. Algunos maestros dicen⁶⁴ que el alma está hecha de todas las cosas porque tiene la facultad de conocer todas las cosas. Parece como una tontería y, sin embargo, es verdad. Los maestros dicen⁶⁵: Lo que he de conocer, debe estar completamente presente para mí y ser igual a mi conocimiento. Los santos afirman⁶⁶ que en el Padre se halla la potencia, en el Hijo la igualdad y en el

⁶² Uno de los códices lleva el encabezamiento: «En la Fiesta de las cadenas de San Pedro».

⁶³ Quint (t. I p. 49 n. 2) trae a colación la sentencia aristotélica: «simile simili cognoscitur», Aristóteles, *De anima* 1 t. 27, en Tomás, *In libro I de anima*, lectio 4.

⁶⁴ Cfr. Aristóteles, *De anima* III c. 8, 431 b 21.

⁶⁵ Cfr. *Liber XXIV philosophorum*, prop. XXIII in commento (ed. Baeumker).

⁶⁶ Tomás, *Summa theologiae* I q. 39 a. 8.

Espíritu Santo la unidad. Dado que el Padre está completamente presente para el Hijo y el Hijo le es completamente igual, nadie conoce al Padre sino el Hijo.

Pues bien, Pedro dice: «Ahora conozco verdaderamente». ¿Por qué se conoce verdaderamente en este caso? Porque se trata de una luz divina que no engaña a nadie. En segundo lugar, porque ahí se conoce desnuda y puramente sin que haya ninguna cosa encubridora. Por eso dice Pablo: «Dios mora en una luz a la cual no hay acceso» (1 Timoteo 6, 16). Dicen los maestros⁶⁷: La sabiduría que aprendemos acá, nos habrá de subsistir allá. Mas Pablo dice que desaparecerá (1 Cor. 13, 8). Afirma un maestro⁶⁸ que el conocimiento puro, aun aquí, en esta vida, encierra en sí un placer tan grande, que el placer de todas las cosas creadas sería de veras como nada en comparación con el placer que abarca el conocimiento puro. Sin embargo, por noble que sea, no es sino una «casualidad»; y tan pequeña como es una frase comparada con todo el mundo, así de pequeña es toda la sabiduría que podemos aprender en esta tierra frente a la verdad desnuda y pura. Por eso dice Pablo que perecerá. Aun perdurando, se convierte de veras en una tonta y es como si no fuera nada frente a la verdad desnuda que allá se conoce. La tercera razón de por qué allá se conoce de verdad, reside en el siguiente hecho: las cosas que acá se ven sometidas al cambio, allá se las conoce como inmutables y se las aprehende allá como son totalmente indivisas y cercanas unas a otras; porque aquello que acá está lejos, allá está cerca, pues allá todas las cosas se hallan presentes. Lo que ha de suceder al primer día y al Día del Juicio, allá está presente.

«Ahora sé verdaderamente que Dios me ha enviado su ángel». Cuando Dios envía su ángel al alma, ella se vuelve realmente cognoscitiva. No fue en vano que Dios le encomendara la llave a San Pedro, porque «Pedro» quiere decir «conocimiento» (Cfr. Mateo 16, 19); pues el conocimiento tiene la llave y abre y

⁶⁷ Tomás, *ibídem* I q. 89 a. 5.

⁶⁸ Aristóteles, *Ethica Nicom.* H c. 12. 1152 b 24 ss.

penetra y atraviesa y encuentra a Dios en su desnudez, y luego le dice a su compañera de juegos, la voluntad, qué es lo de que se ha posesionado por más que ya anteriormente haya tenido la voluntad de hacerlo; porque busco lo que quiero. El conocimiento va a la cabeza. Es un príncipe y busca su reinado en lo más elevado y acendrado, y luego se lo pasa al alma y el alma se lo pasa a la naturaleza y la naturaleza a todos los sentidos corporales. El alma, en su parte más elevada y acendrada, es tan noble que los maestros⁶⁹ no saben encontrarle ningún nombre. La llaman «alma» en cuanto le otorga el ser al cuerpo. Ahora bien, dicen los maestros⁷⁰ que luego del primer efluvio violento de la divinidad, allí donde el Hijo emana del Padre, el ángel está formado lo más inmediatamente a la imagen de Dios. Esto, bien es cierto: el alma está formada a la imagen de Dios en cuanto a su parte más elevada; pero el ángel es una imagen más aproximada a Dios. Todo cuanto hay en el ángel está formado a la imagen de Dios. Por eso, el ángel es enviado al alma para que la traiga de vuelta a la misma imagen según la cual él está formado; porque el conocimiento proviene de la igualdad. Pues bien, como el alma tiene la facultad de conocer todas las cosas, no descansa jamás hasta que se adentra en la imagen primigenia donde todas las cosas son uno, y allí descansa, es decir: en Dios. En Dios ninguna criatura es más noble que otra.

Los maestros dicen⁷¹ que el ser y el conocer son completamente una sola cosa, porque lo que no es, tampoco se conoce; lo que tiene el máximo de ser, se conoce también al máximo. Siendo pues, que Dios tiene un ser superabundante, Él excede también todo conocimiento, según dije anteayer en mi último sermón: que el alma es hecha imagen dentro de la pureza primaria, dentro de la impresión de la esencia acendrada donde saborea a Dios antes de que Él aprehenda para sí la verdad o la cognoscibilidad, allí donde

⁶⁹ Cfr. Alcher de Clairvaux, *De spiritu et anima*, c. 9.

⁷⁰ Cfr. Tomás, *In I Sent.* d. 3 q. 3 a. 1. Alberto Magno, *In II Sent.* d. 2 a. 1.

⁷¹ Tomás, *S. theol.* I q. 16 a 3; ídem, *in met.* 1. 2.

está descartada toda posibilidad de nombrar; allí ella conoce del modo más puro, allí toma el ser con perfecta adecuación. Por eso dice Pablo: «Dios mora en una luz a la cual no hay acceso». Él es una in-habitación (înhangen) en su propia esencia pura en la cual no hay nada adherido. Lo que posee «accidente» (zuoval) debe desaparecer. Él es un puro estar-en-sí-mismo donde no hay ni esto ni aquello; pues lo que hay en Dios, es Dios. Dice un maestro pagano: Las potencias que flotan por debajo de Dios⁷² tienen una inhabitación en Dios y si bien el suyo es un puro estar-en-sí-mismas, habitan, sin embargo, en Aquel que no tiene ni principio ni fin; porque nada ajeno puede caer en Dios. Que el cielo os sirva de testigo: no puede recibir una impresión extraña de modo extraño.

Sucede lo siguiente: cualquier cosa que llega a Dios es transformada; por insignificante que ella sea, cuando la llevamos a Dios, se aleja de sí misma. Para eso os diré un símil: Cuando tengo sabiduría, no la soy yo mismo. Puedo obtener sabiduría, y también puedo perderla. Pero cualquier cosa que se halla en Dios, es Dios; y no se le puede escapar. Es trasladada a la naturaleza divina, porque la naturaleza divina es tan fuerte que cualquier cosa que sea presentada a ella, será trasladada totalmente a ella o quedará afuera por completo. ¡Ahora escuchad con asombro! Como Dios transforma en sí cosas tan insignificantes ¿qué os parece que hará con el alma distinguida por Él como su imagen?

Que Dios nos ayude a obtener este fin. Amén.

⁷² Cfr. *Liber de causis*, prop. 16.

SERMÓN 23º

Del regreso a la simplicidad originaria

Convalescens praecepit eis, ab Ierosolymis ne discederent etc.

Estas palabras que acabo de decir en latín, las leemos en la misa de la Fiesta de hoy; Nuestro Señor las dijo a sus discípulos cuando estaba por ascender al cielo: «Quedaos juntos en Jerusalén sin separaros y esperad el cumplimiento de la promesa que os ha hecho el Padre: que seréis bautizados con el Espíritu Santo luego de estos días que no son muchos sino antes bien pocos» (Cfr. Hechos de los apóstoles 1, 4 a 5).

Nadie puede recibir al Espíritu Santo a no ser que more por encima del tiempo en la eternidad. En las cosas temporales el Espíritu Santo no puede ser ni recibido ni dado. Cuando el hombre se aparta de las cosas temporales y se vuelve hacia su fuero íntimo, distingue allí una luz celestial que viene del cielo. Se halla por debajo del cielo y, sin embargo, es del cielo. En esta luz el hombre queda satisfecho, y, sin embargo, ella es aún corpórea; dicen que es materia. Un trozo de hierro cuya naturaleza consiste en caer hacia abajo, se levanta hacia arriba en contra de su naturaleza y se apega a la piedra imán a causa de la noble influencia que la piedra ha recibido del cielo. Dondequiera se dirija la piedra, hasta ahí se dirige también el hierro. Lo mismo hace el espíritu: no se contenta así sin embargo con esa luz; va avanzando siempre por el firmamento y penetra a través del cielo hasta llegar al espíritu que hace girar al cielo, y debido a la rotación del cielo reverdece y se cubre de hojas todo cuanto hay en el mundo. Pero el espíritu aún no está satisfecho si no avanza hasta la cima y la fuente originaria donde el espíritu tiene su origen. Este espíritu comprende de acuerdo con el número sin número, y semejante número no existe en el tiempo de la caducidad. En la eternidad en cambio, nadie tiene otra raíz, allí nadie carece de número. Este espíritu tiene que ir más allá de todo número atravesando toda

cantidad, y luego es atravesado por Dios; y así como Él me atraviesa, lo atravieso yo, a mi vez. Dios conduce a este espíritu al desierto y a la unidad suya allí donde Él es un Uno puro y sólo brota en sí mismo. Este espíritu ya no tiene porqué; si tuviera algún porqué también debería tener su porqué la unidad. Este espíritu se halla en unidad y en libertad.

Ahora bien, dicen los maestros que la voluntad es tan libre que, a excepción de Dios, nadie es capaz de someterla. Pero Dios no somete a la voluntad sino que la sitúa en la libertad de tal manera que no quiere otra cosa que aquello que es Dios mismo y la misma libertad. Y el espíritu no puede querer otra cosa fuera de lo que quiere Dios; y eso no es falta de libertad sino libertad por excelencia.

Pues bien, ciertas personas dicen: «Si tengo a Dios y el amor de Dios, puedo hacer muy bien todo cuanto quiero». Esta palabra la interpretan mal. Mientras eres capaz de hacer cualquier cosa que esté en contra de Dios y de sus mandamientos, no posees el amor de Dios, por más que engañes al mundo pretendiendo que lo tengas. Al hombre que se halla consolidado en la voluntad y el amor divinos, le resulta satisfactorio hacer todo cuanto le gusta a Dios y dejar todo cuanto está en contra de Dios; y le resulta tan imposible dejar de hacer algo que Dios quiere que se haga, como hacer algo que esté en contra de Dios. Pasa exactamente lo mismo con quien tiene atadas las piernas; tan imposible como sería para él caminar, tan imposible le sería al hombre consolidado en la voluntad divina, hacer algo malo. Dijo alguien: Aunque Dios mismo hubiera mandado hacer el mal y huir de la virtud, yo no sería capaz de hacer el mal. Pues nadie ama a la virtud sino aquel que es la virtud misma. El hombre que ha dejado a sí mismo y a todas las cosas, que no busca nada de lo suyo en cosa alguna y hace todas sus obras sin porqué y por amor, semejante hombre está muerto para todo el mundo y vive en Dios y Dios en él.

Hay, empero, gente que dice: «Nos echáis hermosos sermones, mas nosotros no notamos nada de ello». ¡Yo también me lamento de lo mismo! Este ser es tan noble y tan universal que no necesi-

tas comprarlo ni por un cuarto ni por medio penique. Ten sin embargo una disposición recta y una voluntad libre, entonces lo poseerás. El hombre que ha dejado así a todas las cosas en su ser más bajo y en cuanto son transitorias, las recibe de vuelta en Dios donde son verdad. Todo cuanto aquí está muerto, vive allí, y todo cuanto es materia grosera aquí, allí, en Dios, es espíritu. Es exactamente como si alguien vertiera agua pura en un recipiente limpio, que fuera completamente puro y límpido, y lo dejara sin mover; y si luego una persona pusiera encima su rostro, lo vería en el fondo exactamente como es en sí mismo. Esto se debe al hecho de que el agua es pura y limpia e inmóvil. Lo mismo sucede con todos los hombres que se conservan libres y unidos en sí mismos, y, si reciben a Dios en medio de la paz y tranquilidad, deben recibirlo también en la discordia e intranquilidad; entonces todo anda perfectamente bien. Pero si lo aprehenden menos en la discordia e intranquilidad, que en la tranquilidad y la paz, las cosas andan mal. Dice San Agustín: A quien el día le resulta insoportable y el tiempo se le hace largo, que se dirija hacia Dios donde no hay «tiempo largo» y en quien descansan todas las cosas. Aquel que ama a la justicia, será aprehendido por la justicia y se convertirá en justicia.

Pues bien, dijo Nuestro Señor: «No os he llamado siervos, os he llamado amigos, porque el siervo no sabe qué es lo que quiere su Señor» (Juan 15,15). También mi amigo podría saber algo que yo no sabía, por cuanto no querría comunicármelo. Mas Nuestro Señor dijo: «Todo cuanto he escuchado de mi Padre, os lo he revelado». Me sorprende, pues, que algunos frailes, que pretenden ser muy doctos y grandes frailes, se contenten tan pronto y se dejen engañar. Al referirse a la palabra que dijo Nuestro Señor: «Todo cuanto he escuchado de mi Padre, os lo he revelado»... quieren interpretarla diciendo que nos ha revelado cuanto nos hace falta para nuestra eterna bienaventuranza, mientras «estamos en camino». Yo no opino que se deba interpretar así, porque no es verdad. Dios ¿por qué se hizo hombre? Para que yo mismo naciera como el mismo Dios. Dios murió para que yo muriera

para todo el mundo y todas las cosas creadas. Así hay que interpretar la palabra pronunciada por Nuestro Señor: «Todo cuanto he escuchado de mi Padre, os lo he revelado». ¿Qué es lo que el Hijo escucha de su Padre? El padre no puede sino engendrar, el Hijo no puede sino nacer. Todo cuanto el Padre tiene y cuanto es, o sea la esencia abismal del ser divino y de la naturaleza divina, lo engendra todo en su Hijo unigénito. Esto es lo que el Hijo escucha del Padre, esto es lo que nos ha revelado para que seamos cada uno el mismo hijo. Todo cuanto tiene el Hijo, o sea, el ser y la naturaleza, lo tiene de su Padre, para que seamos cada uno el mismo hijo unigénito. Por otra parte, nadie tiene el Espíritu Santo si no es el hijo unigénito. Pues, allí donde se hace espíritu al Espíritu Santo, lo hacen espíritu el Padre y el Hijo; porque esto es esencial y espiritual. Puedes recibir, por cierto, los dones del Espíritu Santo o la semejanza con el Espíritu Santo; pero no persiste en tu interior, es inestable. Sucede lo mismo cuando una persona se ruboriza por vergüenza y luego palidece; es un accidente y efímero. Mas el hombre que es rubicundo y hermoso por naturaleza, siempre sigue siéndolo. Así también le pasa al hombre que es el hijo unigénito: el Espíritu Santo permanece en él esencialmente. Por eso está escrito en el Libro de la Sabiduría: «Hoy te he engendrado» al reflejo de mi luz eterna, en la plenitud y «en la claridad de todos los santos» (Cfr. Salmos 2,7; 109,3). Lo engendra ahora y «hoy». Ahí se está de parto en la divinidad, ahí se los «bautiza en el Espíritu Santo» —«ésta es la promesa que les ha hecho el Padre»—. «Luego de estos días que no son muchos sino pocos»: esto es la «plenitud de la divinidad» (Cfr. Col. 2, 9) donde no hay ni día ni noche; aquello que se halla a una distancia de mil millas, allí se encuentra tan cerca de mí como el lugar donde estoy de pie ahora, allí hay plenitud y excelsitud de toda la divinidad, allí hay unidad. El alma, mientras percibe aún cualquier diferencia, anda mal; mientras todavía hay algo que mira hacia fuera o hacia dentro, no hay unidad. María Magdalena buscaba a Nuestro Señor en la tumba, buscaba a un muerto y encontró a dos ángeles vivos; por eso se sintió aún desconsolada.

Entonces dijeron los ángeles: «¿De qué te preocupas? ¿Qué estás buscando? Un muerto y encuentras a dos vivos». Entonces dijo ella: «Justamente esto es mi desconsuelo que yo encuentre a dos y, sin embargo, busco a uno solo». (Cfr. Juan 20,11 ss.).

Mientras aún es posible que alguna diferencia de cualquier cosa creada mire al interior del alma, ella sentirá aflicción. Digo, como ya he dicho a menudo: Donde el alma tiene su ser natural creado, allí no hay verdad. Digo que hay algo por encima de la naturaleza creada del alma. Mas, algunos frailes no comprenden que pueda haber algo tan afín a Dios y tan uno con Él. No tiene nada en común con nada. Todo lo creado o creable no es nada; pero a aquello le resulta alejado y extraño toda índole de creado y creable. Es uno solo en sí mismo que no recibe nada desde fuera de sí mismo.

Nuestro Señor ascendió al cielo por encima de toda luz y de todo conocimiento y de toda comprensión. El hombre que es llevado así por encima de toda luz, mora en la eternidad. Por eso dice San Pablo: «Dios mora en una luz a la cual no hay acceso» (Cfr. 1 Timoteo 6,16), y que es, en sí misma, un puro Uno. Por eso el hombre debe estar mortificado y completamente muerto y no ser nada en sí mismo, enteramente desposeído de toda igualdad y ya no ser igual a nadie, entonces es verdaderamente igual a Dios. Porque ésta es la peculiaridad de Dios y su naturaleza: que es sin par y no igual a nadie.

Que Dios nos ayude para que seamos de tal manera uno en la unidad que es Dios mismo. Amén.

SERMÓN 24º

La salida de Dios es su entrada

*Misit dominus manum suam et tetigit os meum et dixit mihi etc.
Ecce constitui te super gentes et regna.*

«El Señor extendió su mano y tocó mi boca y me habló» (Jeremías 1, 9 ss.).

Cuando predico suelo hablar del desapego y del hecho de que el hombre sea libre de sí mismo y de todas las cosas. En segundo lugar suelo decir que uno debe ser in-formado otra vez en el bien simple que es Dios. En tercer término, que uno recuerde la gran nobleza que Dios ha puesto en el alma para que el hombre, gracias a ella, llegue hasta Dios de manera milagrosa. En cuarto término me refiero a la pureza de la natura divina... el resplandor que hay en la naturaleza divina es cosa inefable. Dios es un Verbo, un Verbo no enunciado.

¿Quién puede enunciar este Verbo? No lo hace nadie fuera de quien es este Verbo. Dios es un Verbo que se manifiesta a sí mismo. Donde se encuentra Dios, allí enuncia este Verbo; donde no está, no habla. Dios se ha manifestado y se halla sin manifestar. Agustín dice⁷³: «Toda la Escritura es inútil. Si se dice que Dios es un Verbo, se lo expresa; mas si se dice que Dios no está enunciado, entonces es inefable». Pero resulta que Él es algo. El Padre es una obra enunciativa y el Hijo es un enunciamiento operante. Lo que hay en mi fuero íntimo, sale de mí; aun cuando lo pienso solamente, mi palabra lo revela y, sin embargo, permanece dentro de mí. Igualmente, el Padre enuncia al Hijo, sin hablar, y Este, no obstante, permanece en Él. Todas las criaturas racionales, cuanto más salen de sí mismas en sus obras, tanto más entran en sí mismas. No es así en las criaturas corpóreas: cuanto

⁷³ Cfr. Agustín, *Sermo* 117 c. 5 n. 7; y Agustín, *De doct. christ.* I c. 6. n. 6.

más obran, tanto más salen de sí mismas. Todas las criaturas quieren enunciar a Dios en todas sus obras; hablan todas lo más aproximadamente que pueden, mas a Él no lo saben enunciar. Quiéranlo o no, gústeles o no: todas quieren enunciar a Dios y Él, sin embargo, permanece sin ser enunciado. También he dicho varias veces que la salida de Dios es su entrada. En la misma medida en que yo me encuentro cerca de Dios, Él se enuncia a sí mismo en mi fuero interno.

David dice: «Su nombre es el Señor» (Salmo 68, 5). «Señor» significa lo mismo que la superposición de un señorío; «siervo» implica una sujeción. Algunos nombres son propios de Dios y se hallan desprendidos de todas las otras cosas, como «Dios». «Dios», este nombre es el nombre más propio de Dios, como «hombre» es el nombre del ser humano. Un hombre siempre es un ser humano, por estúpido o sabio que sea. *Seneca* dice⁷⁴: «Es ruin el hombre que no llega más allá del hombre»... Algunos nombres tienen un apego accidental a Dios, como «paternidad» y «filiación». Donde se habla de «padre» se sobreentiende «hijo». No puede haber ningún padre que no tenga hijo, y ningún hijo que no tenga padre; pero ambos contienen en sí, más allá del tiempo, un solo ser eterno... En tercer lugar: algunos nombres significan una elevación hacia Dios y al mismo tiempo una vuelta hacia el tiempo. También en la Escritura se alude a Dios con muchos nombres.

Cuando alguien conoce algo en Dios y le pone un nombre, esto no es Dios. Dios se halla por encima de los nombres y de la naturaleza. Leemos que un hombre bueno suplicaba a Dios en sus rezos queriendo darle un nombre. Entonces dijo un hermano: «¡Cállate, estás deshonrando a Dios!» No sabemos encontrar ningún nombre que le podamos dar a Dios. Mas, nos está permitido usar los nombres con los cuales lo han llamado los santos a quienes Dios ha santificado para ello en sus corazones, inundándolos con divina luz. Y para ello debemos aprender en primer

⁷⁴ Seneca, *Naturales quaestiones* I praef. 5.

lugar cómo hemos de rogar a Dios. Debemos decir: «Señor; te suplicamos y te alabamos con los mismos nombres que Tú has santificado así en los corazones de tus santos, inundándolos con tu luz»... En segundo lugar hemos de aprender a no dar ningún nombre a Dios como si pensáramos que al hacerlo lo hubiésemos alabado y ensalzado suficientemente; porque Dios está «por encima de nombres» y es inefable.

Dice el profeta: «Señor, tú dices una cosa y yo entiendo dos» (Salmo 62, 12). Cuando Dios le habla al fuero íntimo del alma, ella y Él son uno solo; mas, tan pronto como esto cae hacia fuera, queda dividido. Cuanto más ascendemos con nuestro conocimiento, tanto más somos uno en el Hijo. Por ello, el Padre enuncia al Hijo todo el tiempo en la unidad y derrama en Él a todas las criaturas. Estas piden todas entrar otra vez allí de donde emanaron. Toda su vida y su ser, todo esto es un clamor y un volver corriendo hacia aquello de donde salieron. El Padre, a partir de todo su poder, enuncia al Hijo y en Él a todas las cosas. Todas las criaturas son un hablar de Dios. Así como mi boca habla de Dios y lo revela, así lo hace el ser de la piedra, y por la obra se llega a conocer más que por las palabras. La obra realizada por la naturaleza suprema a causa de su poder supremo, no puede ser comprendida por la naturaleza que se halla por debajo de ella. Si obrara lo mismo, ya no se encontraría por debajo de ella: sería igual. Todas las criaturas desean imitar en sus obras el hablar de Dios. Mas, es muy modesto lo que saben revelar. Aun el hecho de que los ángeles supremos asciendan y toquen a Dios, es tan desigual en comparación con aquello que hay en Dios, como el blanco al negro. Es muy distinto lo que han recibido todas las criaturas juntas, sin embargo, desearían expresar lo máximo de lo que son capaces.

El profeta dice: «El Señor ha extendido su mano» (Jerem. 1, 9), y con ello se refiere al Espíritu Santo. También dice: «Ha tocado mi boca» y luego: «Me ha hablado» (Jeremías 1, 9). La boca del alma es la parte suprema del alma, a este hecho se refiere el alma y dice: «Ha puesto su palabra en mi boca» (Jeremías 1, 9)... éste

es el beso del alma: ahí se encuentran boca con boca, ahí el Padre engendra a su Hijo en el alma y ahí se le «habla» a ella. Ahora dice: «Observa que hoy te he elegido y te he colocado sobre el pueblo y los reinos» (Jeremías 1, 10). Dios promete elegirnos «hoy», allí donde no hay nada y donde, sin embargo, existe el «hoy» en la eternidad. «Y te he colocado sobre el pueblo»... esto quiere decir sobre todo el mundo; de él debes estar libre... «y sobre los reinos»... esto quiere decir: Lo que es más de uno, es demasiado porque debes morir para todas las cosas y ser informado otra vez en lo alto donde moraremos en el Espíritu Santo.

Que Dios, el Espíritu Santo, nos ayude a conseguirlo. Amén.

SERMÓN 25º

El Verbo se halla dentro de tí

Praedica verbum, vigila, in omnibus labora.

Hoy y mañana se lee una frase con respecto a Santo Domingo, mi patrono, y San Pablo la escribe en la Epístola, y en lengua vulgar reza así: «¡Predica la palabra, enúnciala, sácala afuera, engéndrala y da a luz a la palabra!» (Cfr. 2 Timoteo 4, 2).

Es muy extraño el hecho de que algo emane y, sin embargo, permanezca adentro. El que la palabra emane y, sin embargo, permanezca adentro, es muy extraño; el que todas las criaturas emanen y, sin embargo, permanezcan adentro, es muy extraño; lo que Dios ha dado y ha prometido dar, es muy extraño, y es incomprensible e increíble. Y está bien que así sea; pues, si fuera comprensible y creíble, no estaría bien. Dios se halla en todas las cosas. Cuanto más está dentro de las cosas, tanto más está fuera de las cosas: cuanto más adentro, tanto más afuera, y cuanto más afuera, tanto más adentro. Ya he dicho varias veces que en este instante (nũ) Dios crea todo el mundo. Todo lo creado alguna vez por Dios, hace seis mil y más años, cuando hizo el mundo, Dios lo está creando ahora todo junto. Él se halla en todas las cosas pero, en cuanto Dios es divino y Dios es razonable, no se encuentra en ninguna parte con tanta propiedad como en el alma y en el ángel, si quieres, en lo más hondo del alma y en lo más elevado del alma. Y cuando digo: «lo más hondo» me refiero a lo más elevado, y cuando digo «lo más elevado» me refiero a lo más hondo del alma. En lo más hondo y en lo más elevado del alma: ahí los concibo a ambos juntos en uno solo. Allí donde nunca entró el tiempo, en donde nunca cayó el brillo de una imagen, en lo más hondo y lo más elevado del alma, crea Dios todo este mundo. Todo cuanto creó Dios hace seis mil años, cuando hizo el mundo, y todo cuanto Dios habrá de crear luego de mil años — con tal de que el mundo exista durante todo ese tiempo— lo crea

Dios en lo más hondo y lo más elevado del alma. Todo lo pasado y todo lo presente y todo lo futuro, lo crea Dios en lo más hondo del alma. Todo cuanto obra Dios en todos los santos, lo obra en lo más hondo del alma. El Padre engendra a su Hijo en lo más hondo del alma, y te engendra a ti junto con su Hijo unigénito y no en condición inferior. Si he de ser hijo, tengo que ser hijo dentro del mismo ser en que Él es Hijo y en ningún otro. Si he de ser hombre, no puedo ser hombre dentro del ser de ningún animal, he de ser hombre dentro del ser de un hombre. Mas, si he de ser este hombre determinado, he de serlo dentro de esta naturaleza determinada. Ahora bien, San Juan dice: «Sois hijos de Dios» (Cfr. 1 Juan 3, 1).

«¡Di la palabra, enúnciala, sácala afuera, engéndrala y da a luz a la palabra!» «¡Enúnciala!» Lo hablado desde fuera hacia dentro, es cosa tosca; mas aquella palabra se pronuncia adentro. «¡Enúnciala!», esto quiere decir: Date cuenta de que esto se halla dentro de ti. Dice el profeta: «Dios dijo una cosa y yo escuché dos» (Cfr. Salmo 61,12). Es verdad: Dios nunca dijo sino una sola cosa. Su expresión no es sino una sola. En esta única expresión pronuncia a su Hijo y al mismo tiempo al Espíritu Santo y a todas las criaturas y, no obstante, no hay sino una sola expresión en Dios. Mas el profeta dice: «Escuché dos», esto quiere decir, escuché a Dios y a las criaturas. Allí donde Dios pronuncia a las criaturas, allí es Dios; mas aquí es criatura. La gente se imagina que Dios sólo se había hecho hombre allí. No es así, pues Dios aquí se ha hecho hombre lo mismo que allí y se hizo hombre a fin de engendrarte a ti como a su Hijo unigénito y no en condición inferior.

Ayer estaba sentado en un lugar y dije una palabra que se halla en el Padrenuestro y que reza: «¡Hágase tu voluntad!» (Mateo 6,10). Mas sería mejor: «¡Hágase tuya la voluntad!»; para que mi voluntad llegue a ser su voluntad, que yo llegue a ser Él: esto es lo que quiere decir el Padrenuestro. Esta palabra tiene dos significados. Uno es: «¡Duerme frente a todas las cosas!», quiere decir, que no habrás de saber nada ni del tiempo ni de las criaturas ni de las representaciones... Dicen los maestros: Si un hombre dormido

profundamente durmiera cien años, no sabría nada de criatura alguna, ni de tiempo ni de imágenes... y entonces podrás percibir qué es lo que Dios obra en ti. Por eso dice el alma en *El Libro de Amor*: «Duermo y mi corazón está de vigilia» (Cantar de los Cant. 5, 2). Por lo tanto, si todas las criaturas duermen en tu interior, podrás percibir qué es lo que Dios obra dentro de ti.

La palabra «¡Esfuérzate en todas las cosas!» comprende a su vez tres significados. Quiere decir más o menos lo siguiente: ¡Obra tu beneficio en todas las cosas!, esto significa: ¡Aprehende a Dios en todas las cosas!, porque Dios se halla en todas las cosas. Dice San Agustín: «Dios creó a todas las cosas y esto no en el sentido de que haya hecho que llegaran a ser mientras Él siguiera por su camino, sino que ha permanecido dentro de ellas». La gente se imagina que tiene más cuando tiene las cosas junto con Dios, que en el caso de que tenga a Dios sin las cosas. Pero, en esto se equivocan; porque todas las cosas añadidas a Dios no son más que Dios solo; y si alguien, teniendo al Hijo y junto con Él al Padre, se imaginara que tenía más que en el caso de tener al Hijo sin el Padre, estaría equivocado. Porque el Padre junto con el Hijo no es más que el Hijo solo, y el Hijo con el Padre tampoco es más que el Padre solo. Por eso, toma a Dios en todas las cosas: ésta es una señal de que te ha engendrado como a su Hijo unigénito y no en condición inferior.

El segundo significado es el siguiente: ¡Obra tu beneficio en todas las cosas! o sea: «¡Amarás a Dios más allá de todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo!» (Cfr. Lucas 10, 27), y éste es un mandamiento dado por Dios. Mas, yo digo que no sólo es un mandamiento sino que Dios, también, lo ha regalado y prometido regalarlo. Si prefieres cien marcos tuyos a los de otro, haces mal. Si prefieres una persona a otra, haces mal; y si amas más a tu padre y a tu madre y a ti mismo que a otra persona, haces mal; y si prefieres la bienaventuranza tuya a la de otro, haces mal. «¡Libreme Dios! ¿Qué estáis diciendo? ¿No he de preferir la bienaventuranza mía a la de otro?» Hay muchas personas instruidas que no comprenden tal cosa y les parece muy difícil; mas no

es difícil, es fácil. Os mostraré que no es difícil. Mirad: la naturaleza persigue dos finalidades con cada miembro para que opere en el hombre. La primera finalidad que el miembro persigue en sus obras, consiste en servir al cuerpo en su totalidad y luego, a cada miembro, por separado, tal como a sí mismo, y no menos que a sí mismo, y en sus obras no se refiere más a sí mismo que a otro miembro. Esto tiene mucha mayor validez para la esfera de la gracia. Dios debe ser la regla y el fundamento de tu amor. La intención principal de tu amor debe dirigirse puramente hacia Dios y luego hacia tu prójimo como a ti mismo y no menos que a ti mismo. Y si amas la bienaventuranza tuya más que la de otro, está mal hecho; pues, si amas la bienaventuranza más en ti que en otro, te amas a ti mismo. Donde te amas a ti, Dios no constituye tu amor puro, y eso está mal hecho. Porque, si amas la bienaventuranza de San Pedro y de San Pablo como en ti mismo, posees la misma bienaventuranza que, también, tienen ellos. Y si amas la bienaventuranza en los ángeles tanto como en ti mismo, y si amas la bienaventuranza de Nuestra Señora tanto como en ti, gozas de la misma bienaventuranza, propiamente dicha, que ella misma; te pertenece lo mismo a ti que a ella. Por eso se dice en *El Libro de la Sabiduría*: «Lo hizo similar a sus santos» (Eclesiástico 45, 2).

El tercer significado de: ¡Obra tu beneficio en todas las cosas! es éste: ¡Amarás a Dios de la misma manera en todas las cosas!; esto quiere decir: Ama a Dios tan gustosamente en la pobreza como en la riqueza, y tenle tanto amor en la enfermedad como en la salud; ámalo tanto en la tentación como sin tentación y en el sufrimiento como sin sufrimiento. Ciertamente, cuanto mayor el sufrimiento, tanto menor el sufrimiento; es como dos baldes: cuanto más pesado es el uno, tanto más liviano es el otro, y cuanto más sacrifica el hombre, tanto más fácil le resulta el sacrificio. A un hombre que ama a Dios, le resultaría tan fácil renunciar a todo este mundo como a un huevo. Cuanto más sacrifica, tanto más fácil le resulta el sacrificio, como fue con los apóstoles: cuanto más pesados eran sus sufrimientos, con tanta más facilidad los soportaban (Cfr. Hechos 5, 41).

«¡Esfuézate en todas las cosas!» quiere decir finalmente: Donde te encuentras centrado en múltiples cosas y en otra parte que no sea el ser desnudo, puro, simple, ahí pon tu tesón, quiere decir: «¡Esfuézate en todas las cosas!»... «cumpliendo con tu ministerio» (Cfr. 2 Tim. 4, 5). Esto equivale a decir: ¡Levanta tu cabeza!, lo cual tiene dos sentidos. El primero es: Despójate de todo lo tuyo y entrégate a Dios, entonces Dios te pertenecerá tal como se pertenece a sí mismo y Él es Dios para ti como es Dios para sí mismo y nada menos. Aquello que es mío, no lo he obtenido de nadie. Pero, si lo he recibido de alguien, no es mío, sino que pertenece a aquel de quien lo he recibido. El segundo significado es: ¡Levanta tu cabeza!, esto es: ¡Dirige todas tus obras hacia Dios! Hay mucha gente que no lo comprende y no me parece sorprendente; porque el hombre que ha de comprenderlo, debe estar muy retirado de todas las cosas y muy por encima de ellas.

Que Dios nos ayude para que lleguemos a esta perfección. Amén.

SERMÓN 26º

De la contemplación pura sin mediación

Intravit Iesus in quoddam castellum, etc. [cf. Lc 10, 38-40]

Nuestro Señor Jesús se dirigió a una pequeña ciudad, escribe San Lucas en el Evangelio; allí lo recibió una mujer, llamada Marta, que tenía una hermana llamada María; ésta se sentó a los pies de Nuestro Señor y escuchaba sus palabras; sin embargo, Marta andaba de un lado para otro y servía al Cristo amado.

Hubo tres cosas que hicieron sentarse a María a los pies de Cristo. La primera fue que la bondad de Dios había abrazado su alma. La segunda fue un deseo inexpresable; deseaba y no sabía el qué y quería sin saber el qué. La tercera fue el dulce consuelo y felicidad que recibía de las palabras eternas que salían de la boca de Cristo.

También hubo tres cosas que empujaban a Marta a andar de un lado para otro y a servir a Cristo. La primera era la edad adulta y un fondo de su ser bien ejercitado hasta el extremo; por lo que pensó que nadie estaba tan bien preparado como ella para la actividad. La segunda era una sabia comprensión que sabía ordenar bien la acción exterior hasta lo más extremo que el amor exige. La tercera fue el alto rango del huésped amado.

Los maestros dicen que Dios está a disposición de cada ser humano para su satisfacción discursiva y sensible, hasta el más alto grado que él desee. Que Dios nos satisfaga según el intelecto, así como según la sensibilidad, puede constatarse muy bien en los amigos queridos de Dios. La satisfacción según lo sensible, esto es, que Dios nos dé consuelo, gozo y contento, estar así cuidado, aleja de los sentidos inferiores a los amigos queridos de Dios. Pero la satisfacción intelectual es según el espíritu. Hablo de la satisfacción espiritual, cuando la cima más alta del alma no se inclina por las alegrías y no se ahoga en el bienestar, sino que permanece poderosa por encima de ellas. Entonces, el hombre no

se encuentra satisfecho intelectualmente, hasta que el cuerpo y el dolor de la criatura no han alcanzado la más alta cima del alma. Llamo «criatura» a todo lo que percibe y ve por debajo de Dios.

Dice Marta entonces: «Señor, dile que me ayude». No lo dijo Marta por indignación, sino más bien por el cariño que la oprimía. ¿Cómo debemos llamarlo: cariño o broma amable? ¿Cómo? ¡Atiende! Ella vio que María se ocupaba con gusto del contento de su alma. Marta conocía mejor a María que María a Marta, pues había vivido más y mejor; pues la vida proporciona el conocimiento más noble. La vida conoce mejor que el placer o la luz todo lo que en esta vida puede conseguirse, si exceptuamos a Dios; en un sentido, la vida conoce en forma más pura que la luz de la eternidad pueda hacerlo. La luz eterna permite conocernos a nosotros mismos y a Dios, pero no a nosotros sin Dios; sin embargo, la vida deja que nos conozcamos sin Dios. Cuando la vida no se ve más que a sí misma, discierne mejor lo semejante de lo que no es semejante. Esto lo muestra San Pablo y también los maestros paganos. San Pablo, en su arrebató, vio a Dios y a sí mismo en Dios según el modo del espíritu y, sin embargo, no conoció en él cada virtud en imágenes, pues aún no las había llegado a ejercitar en las obras. Los maestros paganos, por el ejercicio de las virtudes, llegaron a una contemplación tan alta que conocieron cada una de ellas en sus imágenes, de forma más exacta que San Pablo o cualquier otro santo en su primer arrebató.

Con Marta sucedió algo así. Por eso dijo: «Señor, dile que me ayude», como queriendo decir: a mi hermana, mientras se consue-la junto a ti, le parece que puede hacer lo que quiere. Déjala, entonces, que reconozca si esto es así y llámala para que se levante y te deje. Por otro lado fue un amor delicado, si bien, expresado más allá del sentido habitual. María estaba tan llena de deseo que lo notaba sin saber qué y quería sin saber el qué. Nosotros censuramos a la buena María, porque de alguna manera se sentó allí más que por voluntad de un provecho espiritual por un sentimiento placentero. Por eso dijo Marta: «Señor, dile que se levante», pues temía que se engolfara en la comodidad y no fuera más allá. Cristo le contestó y dijo: «Marta, Marta, te preocupas

por demasiadas cosas, cuando sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que ya nunca se le podrá quitar» [Lc 10, 41-42]. El Señor le dijo a Marta estas palabras sin sentido de censura; más bien le dio el consuelo de la respuesta, de que María llegaría a ser tal como Marta deseaba.

¿Por qué dijo Cristo: «Marta, Marta» y la nombró dos veces? Isidoro dice: No hay duda de que Dios, ni antes ni después del tiempo en que se hizo hombre, jamás ha nombrado por su nombre a nadie que se haya perdido. Pero queda la duda sobre aquéllos a los que no nombró por el nombre. «Ser nombrado por el Cristo», a eso designo yo su saber eterno: estar infaliblemente inscritos, eternamente antes de la creación de todas las criaturas, en el libro vivo del Padre-Hijo-Espíritu Santo. Lo que allí fue llamado por el nombre, y cuando Cristo ha pronunciado tal nombre explícitamente con palabras, de aquellos hombres ninguno se ha perdido. De esto da testimonio Moisés, a quien Dios mismo dijo: «Te conozco por tu nombre» [Ex 33, 12], y Natanael, a quien el buen Cristo dijo: «Te conocí cuando estabas debajo de la higuera» [Jn 1, 50]. La higuera significa Dios, en quien su nombre, Natanael, está escrito desde la eternidad. Y probado está que ninguna de las personas que haya sido nombrada alguna vez por el buen Cristo, Verbo eterno, de su boca humana, se ha perdido ni se perderá.

¿Por qué nombró a Marta dos veces? Daba a entender con ello que Marta poseía completamente todo cuanto una criatura debe poseer en el hecho de un bien temporal y eterno. La primera vez que dijo «Marta» mostró su perfección en las obras temporales. La segunda vez que la nombró, mostró que no le faltaba nada de lo que es necesario para la salvación eterna. Por eso dijo: «Te preocupas», con lo que quería decir: tú estás junto a las cosas y las cosas no están en ti; quienes actúan sin obstáculos en su quehacer están preocupados. Aquellos que ordenan todas sus actividades según el modelo de la luz eterna están libres de trabas; éstos están junto a las cosas, pero no en las cosas. No tienen menos que si estuviesen allí arriba en el círculo de la eternidad pues están muy cerca de ellas. Digo «muy cerca», pues todas las criaturas medianizan. Hay dos tipos de mediación. La primera es aquella sin la

cual no puedo llegar a Dios: es obra y acción en la temporalidad y no empequeñece la salvación eterna. La obra es aquello en lo que uno ejercita las virtudes, desde fuera; pero actuar es cuando se ejercita con aplicación inteligente, desde el interior. La segunda mediación consiste en liberarse de la precedente. Ya que estamos situados en el tiempo para que por una acción temporal correcta lleguemos a estar más cerca de Dios y seamos más semejantes a él. Esto mismo opina San Pablo cuando dice: «Aprovechad el tiempo pues los días son malos» [Ef 5, 16]. «Aprovechad el tiempo» quiere decir ascender a Dios sin cesar en la razón y no según la distinción imaginal; más bien en la verdad llena de vida de la razón. Respecto a los tiempos malos, quiere decir que el día muestra la noche. Si no hubiera ninguna noche, no habría ningún día y tampoco se hablaría de él, entonces todo sería una luz; y justo a eso aspiraba San Pablo, pues es mezquina una vida luminosa en la que todavía puede darse alguna tiniebla que oculte y ensombrezca a un noble espíritu la bienaventuranza eterna. Es lo mismo que pensó Cristo cuando dijo: «Id, mientras tenéis la luz» [Jn 12, 35]. Pues quien actúa en la luz asciende a Dios, libre y desnudo de toda mediación: su luz es su actuar y su actuar es su luz.

Esto fue lo que le sucedió a la querida Marta. Por eso Cristo le dijo que «una cosa es necesaria», no dos. Una vez envueltos de la luz eterna, yo y tú es uno, y ese dos-uno es un espíritu ardiente, situado por encima de todas las cosas y por debajo de Dios en el círculo de la eternidad. Aquél, que no ve a Dios sin mediación, es dos. Su conocimiento y su ser o también la imagen de su conocimiento nunca llegarán a ser uno. Donde Dios es visto espiritualmente, no ven a Dios libre de toda imagen. Uno llega a ser dos, dos es uno; luz y espíritu, esos dos son uno, envueltos de luz eterna.

Presta ahora atención a lo que es el círculo de la eternidad. El alma tiene tres caminos hacia Dios. El primero es buscar a Dios por una acción múltiple, con amor ardiente en todas las criaturas. Es lo que pensaba el rey Salomón cuando dijo: «En todas las cosas he buscado reposo» [Ecl 24, 7]. El segundo es un camino

sin camino, libre y sin embargo sujeto, en donde se es elevado y arrebatado sin voluntad y sin imagen sobre sí mismo y todas las cosas, aunque no sea permanente en su esencia. Cristo se refería a este camino cuando dijo: «Bienaventurado eres, Pedro, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino un ser elevado al intelecto por lo que me dices "Dios": mi Padre que está en los cielos te lo ha revelado» [Mt 16, 17]. San Pedro no vio a Dios desnudo; seguramente fue arrebatado, por la potencia del Padre celestial, más allá de toda comprensión de naturaleza creada al círculo de la eternidad. Digo que fue arrebatado por el Padre celestial, con fuerza impetuosa, en un abrazo amoroso, inconsciente, en un espíritu elevado hacia lo alto, arrebatado por encima de toda comprensión en la potencia del Padre celestial. Allí Pedro fue interpelado desde lo alto con un dulce tono creatural, libre sin embargo de todo disfrute sensual en la verdad única de la unidad del Dios-hombre en la persona del Padre-Hijo celestial. Lo digo temerariamente: si San Pedro hubiera visto a Dios directamente en su naturaleza, sin mediación, como lo hizo más tarde y también Pablo, cuando fue arrebatado al tercer cielo, le habría parecido demasiado grosero incluso el lenguaje del ángel más alto. Pero decía palabras dulces, que al buen Jesús no le habrían hecho falta, pues El ve en el fondo del corazón y del espíritu, pues está ante Dios sin mediación, en la libertad de su verdadero ser ellos. Esto es lo que opina San Pablo cuando dice: «Un hombre fue arrebatado a Dios y oyó palabras secretas que son inefables para los hombres» [2 Cor 12, 3-4]. Debéis comprender por eso que San Pedro estuviera en el círculo de la eternidad y no en la unidad de Dios, contemplando a Dios en su esencia.

El tercer camino se llama «camino» y es un «estar en casa», es decir, contemplar a Dios en su ser propio, sin mediación. El buen Cristo dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» [Jn 14, 6], esto es: un Cristo, una persona; un Cristo, un Padre; un Cristo, un Espíritu Santo, tres uno, tres veces el camino, la verdad y la vida; el buen Jesús en el que todo eso es. Todas las criaturas buscan rodeos y mediaciones fuera de esos caminos. Ser conducido a Dios en esos caminos por la luz de su Verbo y envuelto por el

amor del Espíritu Santo está más allá de lo que puede ser expresado en palabras.

¡Atiende ahora! Qué maravilla estar fuera como dentro, comprender o ser comprendido, ver y al mismo tiempo ser visto, contener y ser contenido: ése es el final en el que el espíritu permanece en paz, en la unidad de la amada eternidad.

Volvamos ahora a nuestro discurso y a cómo la querida Marta y con ella todos los amigos de Dios están junto al cuidado, pero no en el cuidado. Y con ello es tan noble actuar en el tiempo como cualquier estar junto a Dios; pues nos lleva tan cerca de Dios como lo mayor que nos pueda ser concedido, exceptuando la visión de Dios, única en su naturaleza desnuda. Por eso dice Cristo: «Estás junto a las cosas y junto al cuidado», y quiere decir que en los sentidos externos Marta se sentía afectada y afligida por las cosas del mundo, pues no se hallaba cuidada en la dulzura del espíritu, como María. Estaba junto a las cosas, no en las cosas; estaba apartada de ellas y ellas, las cosas, apartadas de ella.

En nuestras obras necesitamos tres cosas: actuar con orden, inteligencia y prudencia. Digo con orden a lo que en todos los lugares corresponde a lo sublime; con inteligencia al no conocer nada mejor en el tiempo; y con prudencia cuando en las obras buenas se encuentra la verdad viva con su presencia benefactora. Allí donde estas tres cosas se dan, conducen tan cerca de Dios y son tan favorables como todas las alegrías de María Magdalena en el desierto.

Cristo dice ahora: «te preocupas por muchas cosas y no por una sola». Lo que significa que cuando sin ninguna acción, en la pureza y simplicidad, el alma es dirigida hacia lo alto en el círculo de la eternidad, entonces se preocupa, cuando a causa de una mediación se halla impedida, de manera que no puede permanecer con placer allí arriba. El hombre es agitado por ese algo en el que sucumbe y en el que permanece junto al cuidado. Sin embargo, Marta estaba liberada de todas las cosas, en un estado de virtud madura y firme y en un espíritu libre. Por eso deseó que su hermana estuviera en su misma situación, pues vio que no lo estaba esencialmente. Era un fondo de madurez lo que le hizo

desear que su hermana se encontrara en todo lo que concierne a la bienaventuranza eterna. Por eso dijo Cristo que «una cosa es necesaria». ¿Qué es eso? Es lo uno y es Dios. Es ese uno necesario a todas las criaturas, pues si Dios retirara lo que es suyo hacia sí mismo, las criaturas quedarían anonadadas. Si Dios retirara del alma de Cristo lo que es suyo, en donde su espíritu está unido a la persona eterna, entonces Cristo sería una simple criatura. Por eso se necesita ese uno. Marta temía que su hermana permaneciera en la comodidad y en la dulzura y deseó que fuera como ella misma. Por eso Cristo aclaró: «Tranquilízate, Marta, ella ha escogido la mejor parte; lo de ahora se perderá. Lo mejor a lo que puede llegar una criatura lo debe obtener; ella será tan bienaventurada como tú».

¡Dejaos instruir ahora sobre las virtudes! Una vida virtuosa depende de tres puntos que tocan a la voluntad. El primero es devolver la voluntad a Dios, pues es indispensable que se cumpla lo que se conoce, sea por la renuncia al mal o por el crecimiento en el bien. Hay tres tipos de voluntad. La primera es una voluntad sensible, la segunda es espiritual y la tercera, una voluntad eterna. La voluntad sensible exige ser educada escuchando a los verdaderos maestros. La espiritual consiste en seguir los pasos de todas las acciones de Jesucristo y de los santos, es decir que palabra, intención y acción estén parejamente dirigidas a lo más alto. Dios, cuando todo esto está cumplido, introduce algo más en el fondo del alma, es decir, una voluntad eterna con la petición llena de amor del Espíritu Santo. Entonces dice el alma: «Señor, dime cuál es tu voluntad eterna». Cuando ha satisfecho de tal manera lo que hemos expuesto antes, si gusta entonces a Dios, el Padre amado dice su palabra eterna en el alma.

Nuestra gente amada dice que se debería ser tan perfecto que ninguna alegría nos turbara y que se fuera imperturbable cualquier alegría y sufrimiento. Se equivocan. Yo digo que no ha habido santo tan grande que no haya sido conmovido alguna vez. Por contra digo que bien participará en esta vida un santo a quien nada le pueda separar de Dios. Os imagináis que mientras haya palabras que os conmuevan o alegren sois imperfectos. Mas no es

así. Incluso para Cristo no era así; es lo que declara cuando dice: «mi alma se aflige hasta la muerte» [Mt 26, 38]. Las palabras hacían tanto daño a Cristo que si el sufrimiento de todas las criaturas hubiera turbado a una sola de ellas, ese sufrimiento no habría sido tan terrible como el de Cristo, en razón de la nobleza de su naturaleza y de la unión santa de su naturaleza divina y humana. Por esto digo que no ha habido todavía un santo, ni puede haberlo, a quien la pena no haya hecho daño o el amor deleitado. Sin duda sucede, por obra del amor, el afecto y la gracia, que alguien haya dicho a otro que de él se dice que es un hereje o algo parecido, y que ese otro sea inundado por la gracia y permanezca impasible en el amor y el sufrimiento. Y sucede por otro lado que un santo, al que nada puede separar de Dios, tenga el corazón roto; si no es ayudado entonces por la gracia, su voluntad permanece simplemente en Dios y dice: Señor, te pertenezco y tú me perteneces. Cualquier cosa que le suceda no es obstáculo para que la bienaventuranza eterna, en cuanto cima más alta del espíritu, no sea afectada allí donde se halla unida con la voluntad siempre amada de Dios.

Dice Jesús: «te turbas por muchas cosas». Marta era tan íntegra que su actuar no la afectaba; la obra y la acción la condujeron más bien a la bienaventuranza eterna. Es cierto que en ello tenía algunas mediaciones, pero tenía una naturaleza noble, una constante aplicación y las virtudes anteriormente citadas. También María fue primero Marta antes de llegar a ser María, cuando se sentó a los pies de Nuestro Señor no era todavía María; lo era según el nombre, mas no en su ser, pues cuando estaba sentada en el gozo y la dulzura, se encontraba totalmente en la escuela y aprendía a vivir. Sin embargo, Marta estaba totalmente realizada; por eso le dijo: «Señor, dile que se levante», queriendo decir: «Señor, no quiero que se siente por comodidad, deseo que aprenda a vivir para que la vida la posea esencialmente. ¡Dile que se levante, para que sea perfecta!». Ella no se llamaba María cuando se sentó a los pies de Cristo. Yo llamo María a un cuerpo bien ejercitado y que obedece a un alma sabia. Obediente llamo a aquello que el juicio ordena y que la voluntad cumple.

Llega a imaginarse nuestra buena gente que la sensualidad actual no significa nada para sus sentidos. Mas esto no les sucede. No conseguiré jamás que un rumor penoso sea agradable a mis oídos como un dulce juego de cuerdas, pero se debe llegar a que una voluntad reflexiva formada según Dios se despoje de todo placer natural y, cuando el juicio se dé cuenta, ordene a la voluntad girarse y que la voluntad diga: «lo hago con placer». Ved, el combate se convierte en un placer entonces, pues lo que el hombre debe obtener por la lucha apenas llega a ser una alegría para el corazón y después se hace fecundo.

Mucha gente quiere llegar a liberarse de sus obras. Pero yo digo que esto no puede ser. Los discípulos empezaron a ejercer las virtudes desde el momento en que recibieron el Espíritu Santo. «María se sentó a los pies del Señor y escuchaba sus palabras» y aprendía, pues estuvo primero en la escuela y aprendió a vivir. Pero cuando ya hubo aprendido y Cristo subió a los cielos y ella recibió el Espíritu Santo, entonces empezó a servir y fue más allá del mar y predicó y enseñó y fue una sirvienta y lavaba la ropa a los discípulos. Los santos empiezan por primera vez a ejercer las virtudes cuando se hacen santos, pues entonces recogen un tesoro para la salvación eterna. Todo cuanto es hecho con anterioridad sólo expía y comporta castigo eterno. De ello encontramos un ejemplo en Cristo: Dios empezó a actuar para nuestra bienaventuranza eterna desde el momento en que se hizo hombre hasta el final, que murió en la cruz. No hubo miembro de su cuerpo que no ejerciera una virtud particular.

Que Dios nos ayude para que en el ejercicio de las virtudes le sigamos verdaderamente.

SERMÓN 27º

Dentro, la paz; fuera, el desasosiego

Populi eius qui in te est, misereberis.

Dice el profeta: «Señor, apiádate del pueblo que está en ti» (Oseas 14, 4). Nuestro Señor contestó: «Todo cuanto está achacoso lo sanaré y lo amaré espontáneamente» (Oseas 14, 5).

Traigo a colación el relato de la Sagrada Escritura que dice: «Un fariseo pidió a Nuestro Señor que comiera con él», y acaba: «Nuestro Señor dijo a la mujer: *vade in pace*; ¡vete en paz!» (Cfr. Lucas 7, 36 a 50). Cuando se parte de la paz y se llega a la paz, está bien, es elogiado; pero es defectuoso. Hay que entrar corriendo en la paz y no se debe comenzar en paz. Dios quiere decir que uno debe ser situado y empujado en la paz y terminar en la paz. Dice Nuestro Señor: «Sólo estando dentro de mí, tenéis paz» (Cfr. Juan 16, 33). Uno se halla en paz exactamente en la medida en que uno está dentro de Dios. La parte de nosotros que se halla en Dios, tiene paz; la que está fuera de Dios, tiene desasosiego. Dice San Juan: «Todo lo que ha nacido de Dios, vence al mundo» (1 Juan 5, 4). Lo que ha nacido de Dios, busca la paz y corre hasta estar en ella. Por eso dijo: «¡*Vade in pace*! ¡Corre hacia la paz!». El hombre que corre y corre sin cesar y lo hace para llegar a la paz, es un hombre celestial. El cielo gira perpetuamente y, dando vueltas, busca la paz.

¡Escuchad ahora! «El fariseo pidió a Nuestro Señor que comiera con él». La comida que yo como, es tan unida a mi cuerpo, como mi cuerpo a mi alma. Mi cuerpo y mi alma están unidos en un ser y no como si se tratara de una obra. No es, pues, como cuando mi alma se une con la vista en una obra, es decir, en el hecho de que ve. Así también la comida que como es unida a mi naturaleza en el ser, mas no en el obrar, y este hecho apunta hacia la gran unión que debemos tener con Dios en el ser, pero no en una obra. Por eso, el fariseo pidió a Nuestro Señor que comiera con él.

«Fariseo» (Pharisêus) significa lo mismo que uno que se halla apartado y no conoce ningún fin. Los accesorios del alma deben ser desprendidos por completo. Cuanto más nobles sean las potencias con tanta mayor fuerza se quitarán los accesorios. Algunas potencias se hallan tan por encima del cuerpo y tan apartadas que actúan con total carácter de separadoras y divisorias. Un maestro dice una hermosa palabra: Nunca logrará entrar allí aquello que, aunque fuera por una sola vez, toque una cosa corpórea. «Fariseo» significa, en segundo lugar, que debemos estar desasidos y separados y recogidos. Se desprende de ello que un hombre iletrado puede obtener y enseñar el saber sólo mediante el amor y el anhelo. En tercer lugar significa que uno no debe tener ningún fin ni estar encerrado en ninguna parte ni apegado a nada, hallándose en paz de manera tal que ya no sepa nada del desasosiego, cada vez que semejante hombre sea transpuesto en Dios mediante las potencias completamente desprendidas. Por eso dijo el profeta: «Señor, apiádate del pueblo que está en ti».

Un maestro⁷⁵ dice: La obra suprema que Dios ha obrado siempre en todas las criaturas es la misericordia. Lo más secreto y escondido y aun aquello que haya obrado alguna vez en los ángeles, es elevado a la misericordia, a la obra de la misericordia como es en sí misma y como es en Dios. Cualquier cosa que obre Dios, el primer efluvio violento lo constituye siempre la misericordia, y no se trata de la misericordia con la que le perdona al hombre su pecado o por la que un hombre se compadece de otro; el maestro quiere decir más bien que la obra suprema que hace Dios es misericordia. Dice un maestro: La obra de la misericordia tiene tal parentesco con Dios que, si bien la verdad y la riqueza y la bondad designan a Dios —aun cuando una de éstas lo designe más que otra— la misericordia es, no obstante, la obra suprema de Dios y significa que Dios coloca al alma en lo más elevado y acendrado que ella es capaz de recibir, a saber, en la extensión, en

⁷⁵ Cfr. Sto. Tomás, *S. theol* I q. 21 a. 4.

el mar, en un mar insondable; allí opera Dios la misericordia. Por eso dijo el profeta: «Dios, apiádate del pueblo que está en ti».

¿Qué pueblo está en Dios? Dice San Juan: «Dios es amor y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él» (1 Juan 4, 16). Aun cuando San Juan dice que el amor une, sin embargo, el amor no nos transpone nunca en Dios; en el mejor de los casos aglutina lo que ya está unido. El amor no une en modo alguno; sólo aquello que ya está unido, lo cose y lo ata. El amor une en una obra, mas no en el ser. Los maestros más insignes dicen que el entendimiento lo monda todo por completo, y aprehende a Dios desnudo, como ser puro que es en sí mismo. El conocimiento irrumpe a través de la verdad y la bondad y se arroja sobre el ser puro y aprehende a Dios desnudo, como es, sin nombre. Mas yo digo: No unen ni el conocimiento ni el amor. El amor aprehende a Dios mismo en tanto que es bueno, y si Dios cayera fuera del nombre «bondad», el amor no lograría avanzar. El amor toma a Dios escondido bajo una piel, bajo una vestimenta. El entendimiento no hace semejante cosa; el entendimiento toma a Dios tal como lo conoce dentro de él; mas jamás lo puede comprender en el mar de su ser insondable. Digo yo: Por encima de estos dos, el conocimiento y el amor, se halla la misericordia; Dios opera la misericordia en lo supremo y en lo más puro que puede obrar.

Un maestro dice una hermosa palabra: afirma que en el alma hay algo muy secreto y escondido que se halla muy por encima de donde emanan las potencias del entendimiento y de la voluntad. San Agustín dice que así como es inefable aquello donde el Hijo en el primer efluvio violento emana del Padre, así existe también algo muy secreto por encima del primer efluvio violento, allí donde emanan el entendimiento y la voluntad. Un maestro que ha hablado del alma mejor que nadie, dice⁷⁶ que todo el saber humano nunca penetra en aquello que es el alma en su fondo. Para comprender lo que es el alma, es necesario un saber sobrenatural.

⁷⁶ Cfr. Agustín, *De Genesi ad litteram* VI c. 29 n. 40.

No sabemos nada de dónde emanan las potencias del alma para entrar en las obras: ciertamente, sabemos algo de ello, pero es poco. De lo que el alma es, en su fondo, de esto nadie sabe nada. El saber que de ello se pueda tener, ha de ser sobrenatural, tiene que ser merced a la gracia: allí obra Dios la misericordia. Amén.

SERMÓN 28º

De los cinco sentidos y de las tres potencias del Alma

Consideravit semitas domus suae et panem otiosa non comedit.

«Una buena mujer alumbró los senderos de su casa y no comió ociosa su pan» (Prov. 31, 27).

Esa casa significa el alma en su totalidad, y los senderos de la casa representan a las potencias del alma. Dice un viejo maestro que el alma está hecha entre uno y dos. Uno es la eternidad que se preserva siempre sola y es uniforme. Dos, empero, es el tiempo que se transforma y multiplica. Con eso quiere decir que el alma, con las potencias más elevadas, toca a la eternidad, o sea, a Dios; y con las potencias inferiores toca al tiempo y por ello es sometida al cambio y se inclina hacia las cosas corporales y, al hacerlo, pierde su nobleza. Si el alma pudiera conocer íntegramente a Dios, como hacen los ángeles, nunca habría entrado en el cuerpo. Si pudiera conocer a Dios sin el mundo, éste nunca habría sido creado a causa de ella. El mundo fue creado a causa de ella con la finalidad de que la vista del alma fuera ejercitada y fortalecida para que fuese capaz de soportar la luz divina. Así como la luz del sol no se proyecta sobre la tierra sin ser envuelta por el aire y diseminada sobre otras cosas, ya que de otra manera la vista humana no la podría soportar, así también la luz divina es fortísima y tan clara que la vista del alma no la podría soportar sin ser fortalecida y elevada por la materia y las parábolas, y de esta manera es conducida hasta la luz divina y aclimatada dentro de ella.

El alma toca a Dios con las potencias supremas; debido a ello está formada a semejanza de Dios. Dios se halla formado a semejanza de sí mismo y tiene su imagen de Él mismo y de nadie más. Su imagen consiste en que se conoce a fondo, no siendo nada más que luz. Cuando el alma lo toca con verdadero conocimiento, ella se le asemeja en esta imagen. Cuando un sello se

imprime en cera verde o colorada o en un lienzo, se produce en todo caso una imagen. Mas cuando el sello traspasa completamente la cera de modo que no sobra ninguna cera que no sea acuñada por el sello, ella constituye una sola cosa con el sello, sin distinción alguna. De la misma manera el alma, cuando toca a Dios con verdadero conocimiento, le es unida totalmente en la imagen y en la semejanza. Dice San Agustín que el alma es tan noble y fue creada tan por encima de todas las criaturas que ninguna cosa perecedera, que perecerá en el Día del Juicio Final, es capaz de hablar ni obrar en el interior del alma sin mediación y sin mensajeros. Éstos son los ojos y los oídos y los cinco sentidos; ellos son los «senderos» por los cuales el alma sale al mundo y el mundo, a su vez, retorna al alma por estos senderos. Dice un maestro que «las potencias del alma han de regresar al alma con grandes ganancias». Cuando salen, siempre traen algo de vuelta. Por ello, el hombre debe vigilar vehementemente sus ojos para que no traigan nada nocivo para el alma. Tengo esta certeza: cualquier cosa que ve el hombre bueno, lo perfecciona. Cuando ve cosas malas, le da las gracias a Dios por haberlo puesto a salvo de ellas, y reza por aquel en quien aparece el mal, para que Dios lo convierta. Mas cuando ve algo bueno, anhela que sea realizado en él.

Esta forma de mirar debe tener carácter doble: que depongamos lo nocivo y suplamos aquello de que carecemos. Ya he dicho en otras ocasiones: Quienes ayunan mucho y pasan mucho tiempo en vela y hacen grandes obras, mas no corrigen sus defectos ni su conducta, en lo cual consiste el verdadero progreso, se engañan a sí mismos y el diablo se burla de ellos. Un hombre poseía un erizo con el que se enriqueció. Vivía cerca de un lago. Cuando el erizo notaba hacia donde soplaba el viento, se le erizaba el cuero y volvía el lomo hacia ese lado. Entonces el hombre iba al lago y decía a los barqueros: «¿Qué queréis darme si yo os indico hacia donde sopla el viento?», y de esta manera vendía el viento y se hizo rico. Así también el hombre de veras se enriquecería de

virtudes, si examinara cuál era su lado más frágil para corregirse y hacer un esfuerzo por superar esa fragilidad.

Así procedió Santa Isabel con gran empeño. «Había contemplado» sensatamente «los senderos de su casa». Por eso «no temía el invierno porque su servidumbre tenía vestimenta doble» (Prov. 31, 21). Pues andaba con ojo avizor respecto a todo cuanto podía perjudicarla. En cuanto a sus debilidades ponía todo su empeño por convertirlas en perfecciones. Por eso «no comió ociosa su pan». También había dirigido hacia Nuestro Dios sus potencias supremas. Son tres las potencias supremas del alma. La primera es el conocimiento; la segunda el entendimiento, el cual es una potencia tendente hacia arriba; la tercera es la voluntad. Cuando el alma se entrega al conocimiento de la recta verdad, o sea la potencia simple en la cual se conoce a Dios, entonces el alma se llama una luz. Y Dios es también una luz y cuando la luz divina se vierte en el alma, ésta es unida a Dios como una luz a otra. Entonces se llama la luz de la fe y esta es una virtud teologal. Y adonde el alma no puede llegar con sus sentidos y potencias, allí la lleva la fe.

La segunda es la potencia tendente hacia arriba; su obra por excelencia es el tender hacia arriba. Así como es propio del ojo ver figuras y colores, y del oído oír dulces sonidos y voces, así es acción propia del alma tender ininterrumpidamente hacia arriba con esta potencia; mas, si mira a un lado, cae víctima del orgullo, lo cual es un pecado. No soporta que haya algo por encima de ella. Creo que ni siquiera puede soportar que Dios se encuentre por encima de ella; cuando Él no se halla dentro de ella, y cuando no las pasa tan bien como Él mismo, no puede descansar nunca. En esta potencia Dios es aprehendido dentro del alma en cuanto sea posible a la criatura, y en este sentido se habla de la esperanza que es también una virtud teologal. En ella, el alma tiene tan grande confianza en Dios que le parece que Dios no tiene nada en todo su ser que no le sea posible recibir. Dice el señor Salomón que «el agua hurtada es más dulce» que otra (Prov. 9, 17). Y afirma San Agustín: Me resultaban más dulces las peras que

robaba que las que me compraba mi madre; justamente porque me estaban prohibidas y vedadas. Así también le resulta más dulce al alma esa gracia que ella conquista con especial sabiduría y tesón antes que aquella que es común a todo el mundo.

La tercera potencia es la voluntad interior que, cual rostro, siempre está vuelta hacia Dios en la voluntad divina y dentro de sí recoge de Dios el amor. Ahí Dios es conducido a través del alma, y el alma es conducida a través de Dios; y esto se llama un amor divino y es también una virtud teologal. La bienaventuranza divina reside en tres cosas: precisamente en el conocimiento con el cual Él se conoce íntegramente, en segundo término, en la libertad de modo que permanece incomprendido e irreductible para toda su creación y finalmente, en la completa suficiencia con la cual es suficiente para Él mismo y para toda criatura. Pues, la perfección del alma reside también en lo siguiente: en el conocimiento y en la comprensión de que Dios la ha aprehendido, y en la unión con el amor cabal. ¿Queremos saber qué es el pecado? Volver la espalda a la bienaventuranza y a la virtud, de esto proviene cualquier pecado. Esos senderos los debe mirar toda alma bienaventurada. Por eso «no teme el invierno porque su servidumbre lleva puesta, también, vestimenta doble», como dice de Isabel la Escritura. Estaba vestida de fortaleza para resistir a toda imperfección, y adornada con la verdad (Prov. 31, 25 a 26). Esta mujer, hacia fuera, ante el mundo, gozaba de riquezas y honores, mas en su fuero íntimo adoraba la verdadera pobreza. Y cuando le faltaba el consuelo externo, se refugiaba con Aquel con quien se refugian todas las criaturas, y ella despreciaba al mundo y a sí misma. Así consiguió superarse a sí misma y despreciaba que la despreciaran, de modo que ya no se preocupaba por ello ni renunciaba a su perfección. Con el corazón puro anhelaba que se le permitiera lavar y cuidar a personas enfermas y sucias.

Que Dios nos ayude para que alumbremos así los senderos de nuestra casa y que no comamos ociosos nuestro pan. Amén.

SERMÓN 29º
De la alegría natural

Gaudete in domino, iterum gaudete etc.

San Pablo dice: «Alegraos todo el tiempo en el Señor y no os preocupéis más; el Señor está cerca; que vuestros pensamientos sean conocidos ante Dios con agradecimiento y súplicas» (Cfr. Fil. 4, 4 ss.).

Ahora bien, él dice: «¡Alegraos!». Jerónimo dice: Nadie puede recibir de Dios saber, sabiduría y alegría sin ser un hombre bueno. Quien no ha cambiado su conducta anterior, no es un hombre bueno; no puede recibir de Dios saber, sabiduría y alegría... Él dice, pues: «¡Alegraos en el Señor!» No dijo: en Nuestro Señor, sino: «en el Señor». Ya he dicho varias veces que el poderío de Dios no consiste sólo en que es el Señor de todas las criaturas; antes bien, su poder consiste en que podría crear mil mundos en tanto que Él seguiría flotando por encima de ellos en su esencia pura: en esto reside su poder.

Pues bien, él dice: «¡Alegraos en el Señor!» Ahí distinguimos dos frases. La primera dice que uno ha de mantenerse continuamente «en el Señor» sin buscar fuera de Él nada que sea conocimiento y placer. Sólo entonces uno se alegra en el Señor. La otra frase es: «¡Alegraos en el Señor!», en su intimidad más honda y en su ser primordial del cual reciben todas las cosas, mas Él no recibe de nadie... Ahora dice: «¡Alegraos en el Señor todo el tiempo!» Los maestros señalan que dos horas no pueden ser simultáneas, ni tampoco dos días. San Agustín dice: Se alegra todo el tiempo quien se alegra sin tiempo, y San Pablo dice: «¡Alegraos todo el tiempo!»; esto quiere decir: por encima del tiempo; y «¡No os preocupéis más: el Señor está acá y cerca!» El alma que ha de alegrarse en el Señor, debe abstenerse, necesariamente, de cualquier preocupación, por lo menos en el momento en que se entrega a Dios. Por eso dice: «¡No os preocupéis; el

Señor está acá, cerca de vosotros!». Esto quiere decir, en nuestro fondo más íntimo, siempre y cuando Él nos encuentre en casa y el alma no haya salido de paseo con los cinco sentidos. El alma debe estar recogida en su fondo más íntimo y en su punto más elevado y puro, permaneciendo siempre adentro sin mirar hacia fuera; entonces «Dios está acá y Dios está cerca».

El otro enunciado reza: «El Señor está acá». Él está consigo mismo y no se aleja. Ahora bien, dice David: «¡Señor, alegra a mi alma porque la he elevado hacia ti!» (Salmo 85, 4). El alma se debe elevar por encima de sí misma con toda su fuerza y ha de ser llevada por encima del tiempo y del espacio hacia la vastedad y la extensión, allí donde Dios está consigo y cerca de sí mismo y no se aleja ni toca nada ajeno. Dice Jerónimo: Tan imposible como es que una piedra tenga sabiduría angélica, tan imposible es que Dios se dirija alguna vez al tiempo o a las cosas temporales. Por eso dice: «El Señor está acá cerca». David afirma: «Dios está cerca de todos cuantos lo alaban y lo enuncian y lo nombran haciéndolo en la verdad» (Cfr. Salmo 144, 18). Paso por alto el modo cómo se lo alaba y enuncia y nombra; me refiero más bien a que él dice: «en la verdad». ¿Qué es la verdad? Sólo el Hijo es la Verdad y no lo son ni el Padre ni el Espíritu Santo, excepto en cuanto son una sola Verdad en su esencia. Es verdad cuando revelo lo que llevo en mi corazón y lo digo con la boca, tal cual lo acojo en mi corazón, sin hipocresía ni ocultamiento. Tal revelación es la verdad. Por eso, el Hijo solo es la Verdad. Todo cuanto el Padre tiene y puede realizar, lo dice íntegramente en su Hijo. Esta revelación y este efecto son verdad. Por eso dice David: «en la verdad».

Ahora bien, dice San Pablo: «¡Alegraos en el Señor!» y luego agrega: «¡Que vuestros pensamientos sean conocidos ante Dios!», esto quiere decir: en esta Verdad (el Hijo) cerca del Padre. La fe queda adherida a la luz del entendimiento, la esperanza a la fuerza esforzada que tiende todo el tiempo hacia lo más elevado y lo más genuino: o sea la Verdad. He dicho algunas veces -¡y, por favor, fijaos en la palabra!- que esta fuerza está tan libre y tan empeñada

en elevarse que no sufre ninguna coacción. El fuego del amor permanece dentro de la voluntad.

Él dice, pues: «¡que vuestros pensamientos» y todas las potencias «sean conocidos ante el Señor con agradecimiento o súplicas!» Si el hombre no tuviera otro trato con Dios fuera de estar agradecido, sería suficiente.

Que Dios nos ayude para que nos alegremos eternamente en el Señor y cerca del Señor en la Verdad y para que nuestros pensamientos sean conocidos por Él y nosotros le estemos agradecidos por todo lo bueno, y para que seamos bienaventurados en Él. Amén.

SERMÓN 30^{o77}

Los tres obstáculos a la Gracia

Impletum est tempus Elizabeth.

«Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz, y tuvo un hijo. Su nombre es Juan. Entonces dijo la gente: ¿Qué maravilla llegará a ser este niño? Porque la mano de Dios está con él» (Lucas 1, 57; 63; 66). En un escrito se dice: Éste es el don máximo, que somos hijos de Dios y que Él engendra en nosotros a su Hijo (véase 1 Juan 3, 1). El alma que pretenda ser hijo de Dios no debe alumbrar nada en sí, y no debe engendrarse nada más en aquella en la que habrá de nacer el Hijo de Dios. La intención máxima de Dios consiste en engendrar. Nunca se contenta, a no ser que engendre en nosotros a su Hijo. El alma tampoco se da por satisfecha en manera alguna, si no nace en ella el Hijo de Dios. Y de ahí surge la gracia. Ahí se infunde la gracia. La gracia no obra; su devenir es su obra. Fluye desde el ser divino y fluye en el ser del alma, mas no en las potencias.

La «gracia» nació cuando llegó el tiempo. ¿Cuándo es la plenitud del tiempo? Cuando ya no existe el tiempo. La «plenitud del tiempo» es cuando uno, en medio del tiempo, ha puesto su corazón en la eternidad y todas las cosas temporales han muerto en su fuero íntimo. Alguna vez dije: Quien se alegra en el tiempo, no se alegra todo el tiempo. San Pablo dice: «¡Estad siempre alegres en el Señor!» (Filip. 4, 4). Quien se alegra por encima del tiempo y fuera del tiempo, éste se alegra todo el tiempo. En un escrito se dice: Hay tres cosas que impiden que el hombre pueda reconocer a Dios de algún modo. La primera es el tiempo, la segunda la corporalidad, la tercera la multiplicidad. Mientras estas tres permanecen dentro de mí, Dios no se encuentra en mi interior ni

⁷⁷ En uno de los manuscritos se lee: «Para la Fiesta del nacimiento de San Juan Bautista».

opera verdaderamente en mi fuero íntimo. San Agustín⁷⁸ dice: el que el alma quiera agarrar y poseer muchas cosas se debe a la concupiscencia y por ello extiende la mano hacia el tiempo y la corporalidad y la multiplicidad y al hacerlo pierde justamente lo que posee. Pues, mientras hay en tu interior más y más cosas, Dios no puede nunca morar ni obrar dentro de ti. Si Dios ha de entrar, esas cosas siempre deben ser expulsadas, a no ser que tú las poseas de forma mejor y más elevada en el sentido de que dentro de ti la multiplicidad se haya convertido en uno. Entonces, cuanto mayor sea la multiplicidad en tu fuero íntimo, tanta más unidad habrá, pues una cosa será trocada en la otra.

En alguna ocasión dije: La unidad une toda la multiplicidad, pero la multiplicidad no une la unidad. Si somos elevados por encima de todas las cosas, y si todo cuanto hay en nuestro interior se halla igualmente elevado, nada nos oprime. Lo que está por debajo de mí, no me oprime. Si yo tendiera con pureza hacia Dios, de modo que no hubiese nada por encima de mí a excepción de Dios, nada me resultaría pesado y yo no me afligiría tan rápidamente. San Agustín dice: Señor, si me dirijo hacia ti, se me quita cualquier molestia, pena y trabajo. Si hemos ido más allá del tiempo y de las cosas temporales, somos libres y siempre alegres, y entonces se da la plenitud del tiempo; entonces el Hijo de Dios nace en ti. Alguna vez dije: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo» (Gal. 4, 4). Si nace en tu interior algo que no es el Hijo, no tienes el Espíritu Santo, y la gracia no opera en ti. El origen del Espíritu Santo no puede emanar ni florecer de ningún lugar que no sea el Hijo. Allí donde el Padre engendra a su Hijo, le da todo cuanto posee en su esencia y naturaleza. El Espíritu Santo emana de este acto de dar. Así también la intención de Dios es darse a nosotros completamente. Sucede lo mismo que cuando el fuego quiere asimilar el leño y asimilarse a su vez al leño, entonces descubre que el leño le es desigual. Por esta razón le hace falta tener tiempo. Primero calienta y caldea al leño y

⁷⁸ Agustín, *Confess.* 1. X c. 41 n. 66.

luego, éste humea y crepita porque es desigual al fuego; y después, cuanto más se caliente el leño, más calmo y tranquilo se pondrá y cuanto más se iguale al fuego, más pacífico será hasta convertirse totalmente en fuego. Si el fuego ha de asimilar al leño, toda desigualdad debe ser expulsada.

Por la verdad que es Dios: si has puesto tus miras en cualquier cosa y no sólo en Dios o si buscas algo distinto a Dios, la obra que realizas no es tuya ni es, por cierto, de Dios. La obra la constituye aquello hacia lo cual apunta tu propósito final. Aquello que obra dentro de mí, es mi padre y yo estoy sometido a él. Es imposible que en la naturaleza existan dos padres; siempre ha de haber un solo padre en la naturaleza. Cuando las demás cosas están expulsadas y «plenas» en su tiempo entonces tiene lugar este nacimiento. Lo que llena por completo, toca todos los extremos y no falta en ninguna parte; tiene anchura y longitud, altura y profundidad. Si tuviera altura mas no anchura ni longitud ni profundidad, no llenaría por completo. San Pablo dice: «Rogad que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura, la altura, la longitud y la profundidad». (Efesios 3, 18).

Estos tres aspectos significan tres clases de conocimiento. El primero es sensitivo: el ojo ve las cosas que están fuera de él hasta muy lejos. El segundo es racional y mucho más elevado. El tercero significa una potencia noble del alma, tan elevada y noble que aprehende a Dios en su propia esencia desnuda. Esta potencia no tiene ninguna cosa en común con nada, de nada hace algo y todo. No sabe nada de ayer ni de anteayer ni de mañana ni de pasado mañana, porque en la eternidad, no existe ni el ayer ni el mañana, allí hay un «ahora» presente; lo que fue hace mil años y lo que sobrevendrá después de mil años, allí se halla presente, e igualmente aquello que se encuentra allende el mar. Esta potencia aprehende a Dios en su vestuario. Un escrito dice: «En Él, por intermedio de Él y por Él» (Cfr. Romanos 11, 36). «En Él», esto es en el Padre, «por intermedio de Él», esto es en el Hijo, y «por Él», esto es en el Espíritu Santo. San Agustín pronuncia una

frase⁷⁹ que parece muy desigual a la anterior y, sin embargo, le resulta del todo igual: Nada es verdad a no ser que encierre en sí toda la verdad. Esta potencia aprehende todas las cosas en la verdad. Para esta potencia no hay cosa encubierta. Dice un escrito: «La cabeza de los varones ha de estar descubierta y la de las mujeres cubierta» (Cfr. 1 Cor. 11, 7 y 6). Las «mujeres» son las potencias inferiores que deben estar cubiertas. El «varón» en cambio, es dicha potencia que ha de estar desnuda y descubierta.

«¿Qué maravilla llegará a ser este niño?» En otra ocasión hice un comentario ante algunas personas que acaso estén presentes también aquí, y dije lo siguiente: No hay nada tan encubierto que no haya de ser descubierto (Mateo 10, 26; Lucas 12, 2; Marcos 4, 22). Todo cuanto es la nada, ha de ser depuesto y encubierto de tal modo que ni siquiera se lo deba pensar jamás. No debemos saber nada de la nada y no hemos de tener nada en común con la nada. Todas las criaturas son pura nada. Lo que no está ni acá ni allá, y donde existe el olvido de todas las criaturas, allí hay plenitud de todo ser. En aquella ocasión dije: En nuestro fuero íntimo no debe haber encubierto nada que no descubramos íntegramente ante Dios, entregándoselo por completo. Sea cual sea el estado en que nos encontremos, sea en la capacidad o en la incapacidad, sea en el amor o en la pena, cualquier cosa hacia la cual nos veamos inclinados, de todo esto debemos despojarnos. En verdad, si le descubrimos a Dios todo, Él, a su vez, nos descubre todo cuanto tiene y en la verdad no nos encubre absolutamente nada de todo cuanto es capaz de ofrecer, ni sabiduría ni verdad ni misterio ni divinidad ni ninguna otra cosa. Esto es tan verdad, ciertamente, como el hecho de que Dios vive, siempre y cuando se lo descubramos todo. Si no se lo descubrimos, no es nada sorprendente que Él tampoco nos descubra nada; pues ha de ser totalmente equitativo: cuanto le hacemos nosotros a Él, tanto nos hace Él a nosotros.

⁷⁹ Agustín, *De trin.* XII c. 7 n. 9 a 10.

Son motivo de lamento ciertas personas que se imaginan haber llegado a un punto muy alto y estar muy unidos con Dios y, sin embargo, todavía no se han desasido en absoluto y aún se aferran a nonadas en el amor y en la pena. Están muy lejos de lo que se imaginan ser. Ambicionan muchas cosas y pretenden otro tanto. Alguna vez dije: Quien busca la nada ¿a quién puede quejarse por haber encontrado nada? Si encontró lo que buscaba. Quien busca o ambiciona una cosa cualquiera, busca y ambiciona la nada, y quien pide una cosa cualquiera recibe la nada. Mas el que no busca ni ambiciona nada fuera de Dios solo, a éste Dios le descubre y da todo cuanto tiene escondido en su corazón divino para que le sea tan propio como es propiedad de Dios, ni más ni menos, con tal de que tienda inmediatamente hacia Dios solo. ¿Es de sorprender que el enfermo no saboree la comida y el vino? Pues no percibe el sabor peculiar del vino y de la comida. La lengua tiene una saburra y una capa con las cuales percibe, y son amargas según el carácter enfermizo de la dolencia. La comida y la bebida no llegan a donde se las debía saborear; al enfermo le parecen amargas y tiene razón, porque han de ser amargas debido a la saburra y la capa. Si no se quita esta capa, nada tiene su sabor propio. Mientras no se nos haya quitado la «capa», no saborearemos a Dios en su peculiaridad, y nuestra vida a menudo nos resultará penosa y amarga.

Cierta vez dije: «Las vírgenes siguen al cordero dondequiera que vaya, inmediatamente» (Apocal. 14, 4). En nuestro caso hay algunas vírgenes, mas otras no son vírgenes y, sin embargo, se imaginan serlo. Las que son vírgenes de verdad, siguen al cordero dondequiera que vaya, tanto en lo penoso como en lo agradable. Algunas le siguen cuando avanza en medio de la dulzura y comodidad; pero cuando marcha hacia el sufrimiento y el infortunio y el trabajo, se dan vuelta y no lo siguen. A fe mía, éstas no son vírgenes, parezcan lo que parezcan. Algunos dicen: Y bien, señor, yo podré llegar allí en medio del honor, de las riquezas y de la comodidad. ¡Por cierto! si el cordero llevaba semejante vida y os precedía así, yo os permito de buen grado que lo sigáis de la

misma manera, mas las vírgenes corren detrás del cordero por los estrechos y las tierras lejanas y por dondequiera que vaya.

Cuando llegó la plenitud del tiempo, nació la «gracia». Que Dios nos ayude para que todas las cosas sean acabadas en nosotros a fin de que la gracia divina nazca en nuestro interior. Amén.

SERMÓN 31º
Del error de decir “yo”

Ecce ego mitto angelum meum etc.

«Mirad, Yo envío a mi ángel delante de tu rostro para que prepare tu camino. En seguida será sacrificado en su templo. ¿Quién conoce el día de su llegada? Es como un fuego que une todo con su soplo» (Mal. 3,1 ss.).

Se dice, pues: «En seguida será sacrificado en su templo aquel a quien esperamos». El alma ha de sacrificarse con todo cuanto es y cuanto tiene, ya sean debilidades, ya sean virtudes: todo esto, lo ha de subir y sacrificar, junto con el Hijo, al Padre celestial. Cuanto amor puede ofrecer el Padre, de tanto amor es merecedor el Hijo. El Padre no ama ninguna cosa a excepción de su Hijo y de todo cuanto encuentra en su Hijo. Por eso, el alma debe elevarse con toda su fuerza y sacrificarse en el Hijo al Padre; y así será amada con el Hijo por el Padre.

Ahora bien, Él dice: «Mirad, envío a mi ángel». Cuando se dice: «Mirad», se entienden tres cosas: una que es grande, u otra que es maravillosa o una tercera que es extraordinaria. «Mirad, envío a mi ángel para que prepare» y purifique al alma a fin de que pueda recibir la luz divina. La luz divina se halla, en todo momento, firmemente insertada en la luz del ángel, y la luz del ángel le resultaría molesta al alma y no le gustaría, si dentro de aquélla no estuviera escondida la luz divina. Dios se esconde en la luz angelical y se cubre con ella esperando continuamente el instante en el que pueda arrastrarse hacia fuera para entregarse al alma. He dicho también en otras ocasiones: Si alguien me preguntara qué es lo que hace Dios en el cielo, diría: Engendra a su Hijo y lo engendra completamente nuevo y fresco, y al hacerlo siente un deleite tal que no hace sino realizar esa obra. Por eso dice: «Mirad, Yo». Aquel que dice «Yo» tiene que hacer la obra de la mejor manera imaginable. Nadie puede articular esta palabra, en

sentido propio, sino el Padre. La obra le es tan propia que nadie sino el Padre es capaz de realizarla. En esta obra Dios opera todas sus obras y de ella penden el Espíritu Santo y todas las criaturas, porque Dios realiza la obra, que es su nacimiento, en el alma; su nacimiento es su obra y el nacimiento es el Hijo. Esta obra la opera Dios en el fondo más interno del alma y tan a escondidas que no lo saben ni los ángeles ni los santos, y el alma no puede ayudar con nada sino sólo sufrirlo; pertenece únicamente a Dios. Por eso dice con propiedad el Padre: «Yo envío a mi ángel». Ahora digo yo: No lo queremos, esto no nos basta. Dice Orígenes: «María Magdalena buscaba a Nuestro Señor; buscaba a un muerto y encontró a dos ángeles vivos (Cfr. Juan 20, 11 ss.) y no le bastó. Tenía razón porque buscaba a Dios».

¿Qué es un ángel? Dionisio habla del principado sagrado de los ángeles donde hay orden divino y obra divina y sabiduría divina y similitud divina o verdad divina en la medida de lo posible. ¿Qué es el orden divino? Del poder divino emite la sabiduría y de los dos emite el amor, éste es el fuego; porque la sabiduría y la verdad y el poder y el amor, o sea el fuego, se hallan en el borde del ser que es un ser sobre-flotante, puro sin naturaleza. Es esta su naturaleza de Dios: carecer de naturaleza. Quien desea reflexionar sobre la bondad o la sabiduría o el poder, encubre el ser y lo oscurece con el pensamiento. Un solo pensamiento añadido encubre el ser. Éste es, pues, el orden divino. Donde Dios encuentra en el alma una similitud respecto a ese orden, ahí el Padre engendra a su Hijo. El alma, con todo su poder, debe penetrar en su luz. Del poder y de la luz surge un fuego, un amor. Así, el alma tiene que penetrar, con todo su poder, en el orden divino.

Ahora hablaremos de este orden del alma. Dice un maestro pagano: la sobre-flotante luz natural del alma es tan pura y tan clara y tan alta que toca la naturaleza angélica; es tan leal y por otra parte tan desleal y hostil a las potencias inferiores que nunca se infunde en ellas ni alumbra dentro del alma, a no ser que las potencias inferiores se hallen subordinadas a las potencias superiores, y las potencias superiores a la suprema Verdad. Cuando un

ejército está ordenado, el criado se subordina al caballero y el caballero al conde y el conde al duque. Todos quieren que haya paz; por eso cada uno le ayuda al otro. Del mismo modo, cada potencia debe estar subordinada a otra y ayudarla en el combate para que haya pura paz y tranquilidad en el alma. Dicen nuestros maestros: «La tranquilidad completa es ser libre de todo movimiento». De esta manera el alma debe elevarse más allá de sí misma al orden divino. Ahí el Padre le da el alma a su Hijo unigénito en pura tranquilidad. Éste es, pues, el primer punto respecto al orden divino.

Pasemos por alto los otros puntos. Sólo diré un poco más sobre el último. Cuando me referí a los ángeles —que poseen mucha similitud con Dios e iluminación—: en la iluminación trepan por encima de sí mismos hasta la similitud divina en la cual continuamente se hallan frente a frente con Dios en la luz divina con tanta similitud que operan obras divinas. Los ángeles así iluminados y símiles a Dios, lo obligan a Dios a entrar en su fuero íntimo y se empapan de Él. He dicho también en otras ocasiones: Si yo estuviera vacío y tuviera un amor acendrado y similitud, lo haría entrar por completo a Dios en mi fuero íntimo. Una luz se esparce e ilumina aquello sobre lo cual se difunde. El que a veces se diga: Éste es un hombre iluminado, no es gran cosa. Pero, cuando la luz dimana e irrumpe en el alma y la asemeja a Dios y la hace deiforme en la medida de lo posible, iluminándola desde dentro, esto es mucho mejor. En la iluminación asciende por encima de sí misma en la luz divina. Cuando ella retorna así a su patria, y se halla unida con Él, es una co-operadora. Fuera del Padre ninguna criatura opera, sólo Él opera. El alma no debe desistir nunca hasta que tenga el mismo poder de obrar que Dios. Así opera junto con el Padre todas sus obras; coopera simple y sabia y amorosamente.

Que Dios nos ayude a cooperar así con Dios. Amén.

SERMÓN 32º

Del conocimiento supraindividual

Nuestro Señor levantó y elevó desde abajo sus ojos...

«Nuestro Señor levantó y elevó desde abajo sus ojos y mirando hacia el cielo, dijo: “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique. A todos cuantos Tú me has dado, otórgales la vida eterna. En esto consiste la vida eterna en que conozcan a ti solo, como Dios uno y verdadero”» (Cfr. Juan 17, 1 ss.).

Lo he dicho ya varias veces: El alma ha de ser despojada de todo cuanto le es accidental a su ser puro, y ser elevada, así de pura, refluendo en el Hijo con la misma pureza con que emanó de Él. Porque el Padre creó al alma dentro del Hijo. Por ello debe adentrarse en Él con tanta pureza como tenía al surgir de Él. En el escrito de un Papa se dice⁸⁰: Cada vez que Nuestro Señor elevó los ojos, estaba pensando en cosas grandes. Afirma el sabio en el *Libro de la Sabiduría* que el alma es elevada hasta Dios por la sabiduría divina (Sabiduría 7, 28). San Agustín dice también⁸¹ que todas las obras y enseñanzas de Dios hecho hombre son un ejemplo y un símil de nuestra vida santificada y de nuestra gran dignidad ante Dios. El alma debe ser purificada y hecha sutil a la luz de la sabiduría y en la gracia, y se le debe quitar y limpiar todo cuanto de extraño hay en el alma, y también una parte de lo que es ella misma.

Los maestros dicen⁸² que los astros derraman toda su fuerza en el fondo de la tierra, en la naturaleza y el elemento del suelo, produciendo allí el oro más puro. En la medida en que el alma llega al fondo y al punto más íntimo de su ser, la fuerza divina se

⁸⁰ Cfr. Innocentius Papa III, *De sacro altaris misterio* IV c. 5.

⁸¹ Cfr. Agustín, *De consensu evangelistarum* I c. 35 n. 53.

⁸² Cfr. Alberto Magno, *Mineral*. I tr. 1 c. 8.

derrama totalmente en ella, y opera muy en secreto y revela obras muy grandes, y el alma se torna muy grande y elevada en el amor divino que se parece al oro puro. Hay dos sentidos cuando se dice: «Levantó y elevó desde abajo sus ojos». El primer sentido implica una demostración de acendrada humildad. Si alguna vez hemos de llegar al fondo de Dios y a su punto más íntimo, debemos, en primer lugar, llegar con acendrada humildad a nuestro propio fondo y a nuestro punto más íntimo.

El segundo sentido de «Él levantó sus ojos», conlleva que el alma debe elevarse humildemente con todas sus imperfecciones y pecados y asentarse e inclinarse por debajo de la puerta de la piedad donde Dios se vierte en su misericordia. Y ha de elevar también todo cuanto de virtud y obras buenas hay en ella y con eso ha de sentarse por debajo de la puerta donde Dios se derrama al modo de su bondad. De tal manera el alma ha de obedecer, poniendo orden en sí misma, según el ejemplo que Él dio cuando «levantó sus ojos».

Luego dice: «Elevó desde abajo sus ojos». Un maestro dice: En Dios que es un ser acendrado, nada se adentra si no es también un ser acendrado. Por ello el alma es un ser que ha llegado directamente hasta Dios y dentro de Dios. Un maestro afirma⁸³: «Quien fuera un vivo y supiera hacerlo, derramaría agua sobre vino de tal modo que la fuerza del vino obrara en el agua; entonces la fuerza del vino cambiaría el agua en vino; y si ésta estuviera bien vertida sobre el vino hasta llegaría a ser mejor que el vino, pero por lo menos será tan buena como el vino. Lo mismo ocurre en el alma que está bien ordenada en el fondo de la humildad, y así se eleva y esalzada hacia arriba en la fuerza divina: ella no descansa nunca, a no ser que llegue directamente hasta Dios y lo toque develado, y ella permanece totalmente adentro, y afuera no busca nada y tampoco está parada al lado de Dios ni con Dios sino continua y directamente en Dios en la pureza del ser; en esto

⁸³ Cfr. Aristóteles, *De gen. et corr.* I t. 39; y además Tomás, *S. theol.* III q. 66 a. 4.

reside también el ser del alma, porque Dios es un ser inmaculado. Por eso dice: «Elevó desde abajo sus ojos mirando hacia el cielo».

Un maestro griego afirma⁸⁴ que el cielo significa lo mismo que una «cabaña del sol». Allí donde el alma encuentra algo de luz divina o de semejanza divina, allí ha de construir su cabaña, o sea, permanecer sin retirarse hasta que otra vez ascienda más. Y así se debe elevar cada vez más en la luz divina y llegar de ese modo, y junto con los ángeles del cielo, más allá de todas las «cabañas» hasta el puro y desnudo rostro de Dios. Por eso, dice él: «Miró al cielo y dijo: “Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a ti”». Sobre cómo el Padre glorifica al Hijo y cómo el Hijo glorifica al Padre, sobre esto es mejor guardar silencio que hablar; quienes deberían de hablar sobre ello, tendrían que ser ángeles.

El cielo vuelca su fuerza en el sol y en los astros, y los astros derraman su fuerza en el centro de la tierra y producen oro y piedras preciosas de modo que las piedras preciosas tienen la fuerza de sufrir efectos maravillosos. Algunas tienen fuerza de atracción para huesos y carne. Si se acercara un hombre, sería atado y no podría irse a no ser que conociese algunos trucos para librarse. Otras piedras preciosas atraen huesos y hierro⁸⁵. Cada piedra preciosa y cada hierba es una casita de los astros, la que abarca en sí una fuerza celestial. Así como el cielo vierte su fuerza en los astros, las estrellas, a su vez, la vierten en las piedras preciosas y en las hierbas y en los animales. Las hierbas son más nobles que las piedras preciosas, porque tienen vida creciente. Las hierbas, empero, no aceptarían crecer bajo el firmamento material, a no ser que hubiera en él una fuerza racional de la que reciben su vida. Así como el ángel más bajo pone su fuerza en el cielo y lo mueve, haciendo que gire y opere, así el cielo vierte muy secretamente su fuerza en todas las hierbas y en los animales. De ahí que cada hierba tiene una cualidad celestial y opera en

⁸⁴ Honorius Augustodunensis, *De imagine mundi* I c. 84.

⁸⁵ Se refiere al imán.

su proximidad al modo del cielo. Los animales se elevan más y poseen vida animal y sensible y, sin embargo, permanecen atados al tiempo y al espacio. Pero el alma, en su luz natural, se eleva en su parte suprema (la chispa) por encima del tiempo y del espacio a la semejanza con la luz del ángel y con ella opera de manera cognoscitiva hasta llegar al cielo. Así, el alma ha de elevarse sin cesar en el obrar cognoscitivo.

Pero digamos algo de la cita que dice: «Todos cuantos Tú me has dado». Para quien se fija en el sentido exacto, significa lo mismo que: «Todo cuanto me has dado»: «*esta* vida eterna» se la doy a ellos, es la misma que tiene el Hijo en la primera emanación violenta y en el mismo fondo y en la misma pureza y en el gozo con el cual posee su propia bienaventuranza y tiene su propio ser: «Esta vida eterna se la doy a ellos» (Juan 10, 28) y otra, no. Oportunamente he expresado este sentido de manera general, pero esta noche lo paso por alto, y corresponde mas bien a la versión latina, como la he citado varias veces. Solicítaselo tú mismo a Él y atrévete a decirlo bajo mi responsabilidad.

Luego dice: «En esto consiste la vida eterna en que te conozcan a ti solo, Dios uno y verdadero». Si un ángel conociera una cosa y ella tuviera para él el valor de diez, y si otro ángel, más noble que aquél, conociera lo mismo, ello sería para él nada más que uno. Si dos hombres conocieran a Dios como «uno», y uno de ellos entendiera por ello la cantidad numérica de mil y el otro conociera a Dios en mayor medida como «uno», por poco que fuera, él conocería a Dios más como «uno» que aquel que conociera la cantidad de mil. Cuanto más se conoce a Dios como «uno», tanto más se lo conoce como «todo». Si mi alma fuera comprensiva y noble y pura, todo cuanto conociera, sería «uno».

Por eso dice: «Para que te conozcan Dios uno y verdadero». No dice ni Dios «sabio» ni Dios «justo» ni Dios «poderoso», sino únicamente «Dios uno y verdadero», y quiere decir que el alma debe apartar y mondar todo cuanto se agrega a Dios en el pensamiento o en el conocimiento, y que se lo tome desnudo tal como es un ser acendrado: así es «Dios verdadero». Por eso dice Nues-

tro Señor: «En esto consiste la vida eterna en que te conozcan a ti solo, Dios uno y verdadero». Por eso San Agustín⁸⁶ dice: Si yo conociera todas las cosas y no a Dios, no habría conocido nada. Mas, si conociera a Dios y no conociese ninguna otra cosa, habría conocido todas las cosas. Cuanto más insistente y hondamente se conoce a Dios como «uno», tanto más se conoce la raíz de la cual han germinado todas las cosas. Cuanto más se conoce como «uno» la raíz y el núcleo y el fondo de la divinidad, tanto más se conocen todas las cosas.

Que Dios nos ayude para que alcancemos a la Verdad que es un ser puro, y que perduremos allí por toda la eternidad. Amén.

⁸⁶ Cfr. *Confess.* 1. V c. 4 n. 7.

SERMÓN 33^{o87}

¿Cuándo resucitarás dentro de tí?

Maria Magdalena venit ad monumentum etc.

«María Magdalena llegó a la sepultura» y buscaba a Nuestro Señor Jesucristo y «se acercó y miró adentro. Vio a dos ángeles» al lado del sepulcro, y «ellos dijeron: “Mujer, ¿a quién buscas?” —“A Jesús de Nazareth”. —“Ha resucitado, no está aquí”». Y ella se calló y no les contestó «y miró hacia atrás y hacia adelante y por encima del hombro y vio a Jesús y Él dijo: “Mujer ¿a quién estás buscando?” —“Oh señor, si lo has llevado, revélame dónde lo has puesto, lo quiero sacar de ahí”. Y Él dijo: “¡María!”» Y como a menudo ella había oído que Él pronunciara esta palabra con gran ternura, lo reconoció y se echó a sus pies y quiso tocarlo. Y Él dio un paso hacia atrás «y dijo: “¡No me toques! Todavía no he llegado a mi Padre”» (Cfr. Juan 20, 1 y 11 a 17; Marcos 16, 6).

¿Por qué dijo: «Todavía no he llegado a mi Padre»? ¿Si nunca se alejó del Padre! Él quiso decir: «Todavía no he resucitado de veras dentro de ti»... ¿Por qué dijo ella: «Muéstrame adónde lo has llevado; lo sacaré de ahí»? Si él lo hubiera llevado a la casa del juez ¿ella lo habría retirado también de allí? «Ciertamente», dijo un maestro⁸⁸, «ella lo habría retirado del castillo del juez».

Ahora podría preguntarse por qué ella, siendo mujer, se acercaba tanto, mientras los varones —uno que amaba a Dios y el otro que era amado por Dios— sentían miedo. Es como si yo hubiera regalado mi capa a una persona y alguien quisiera quitárselo, entonces no sería obligación mía impedirselo ya que pertenecía a quien se lo había dado, según he dicho varias veces. Y dice aquel

⁸⁷ Según uno de los encabezamientos estaba destinado «al día de María Magdalena» y está tomado del Evangelio del jueves de la semana de Pascua de Resurrección.

⁸⁸ Cfr. Pseudo-Orígenes, «*Maria stabat ad monumentum foris plorans*».

maestro⁸⁹: «La razón era que ella no podía perder nada porque se había entregado a Él; y como era suya, no sentía miedo». Ella no sintió miedo por tres razones: primero, porque pertenecía a Él. Segundo, porque se hallaba muy lejos de la puerta de los sentidos y estaba ensimismada. Tercero, porque su corazón estaba junto a Él. Su corazón se encontraba donde Él estaba. Por eso, no tuvo miedo... La segunda razón por la que ella se hallaba tan cerca — así explica el maestro⁹⁰ — era la siguiente: ella anhelaba que vinieran a matarla para que su alma —ya que no podía encontrar a Dios con vida en ninguna parte— hallara a Dios en algún lugar... Esta era la tercera razón por la cual estaba tan cerca: como ella sabía bien que nadie podía ir al cielo antes de que Él mismo hubiera ascendido, y como su alma debía tener algún sostén, entonces, si hubieran venido a matarla, habrían cumplido su deseo para que su alma se hallara en el sepulcro y su cuerpo cerca de la tumba. Es decir su alma adentro y su cuerpo al lado; porque tenía la esperanza de que Dios hubiera atravesado la humanidad de Cristo y que, de esa manera, algo divino hubiera permanecido en el sepulcro. Es como si yo hubiera tenido una manzana en la mano durante algún tiempo; cuando soltara la fruta, algo de ella —tanto como un aroma— perduraría en la mano. Así abrigaba ella la esperanza de que algo divino hubiera permanecido en la tumba... La cuarta razón por la cual se hallaba muy cerca del sepulcro era la siguiente: como ella había perdido a Dios dos veces, vivo en la cruz y muerto en el sepulcro, temía que si ella se alejara del sepulcro, perdería también la tumba. Pues, si hubiera perdido también la tumba, ya no tendría absolutamente nada.

Ahora podría preguntarse por qué estaba de pie ahí y no se sentaba. Si hubiera estado cerca de Él lo mismo hubiera dado estar sentada que de pie. Hay quienes piensan que si estuvieran en un campo llano y extenso, donde no existiese nada para estorbar

⁸⁹ *Ibídem.*

⁹⁰ *Ibídem.*

la vista, ellos verían tan lejos sentados como parados. Pero, las cosas no son como se imaginan. María estaba de pie para poder mirar más lejos en torno suyo por si hubiese acaso un arbusto por debajo del cual estuviera escondido Dios para que ella lo buscara allí... Por otra parte, estaba tan orientada interiormente, con todas sus potencias, hacia Dios, que exteriormente permanecía de pie... En tercer lugar: se hallaba enteramente invadida por el dolor. Pues bien, hay personas que, cuando se les muere su querido superior, se sienten invadidos por el dolor de modo que no son capaces de mantenerse de pie y les hace falta sentarse. Pero como el dolor de María Magdalena se refería a Dios y se fundaba en la constancia, ella no necesitaba sentarse... En cuarto término, estaba de pie para poder aprehender a Dios con mayor rapidez en caso de que lo viera. Algunas veces he dicho que el hombre, estando de pie, es más susceptible de Dios. Mas ahora digo otra cosa: Uno, cuando está sentado con verdadera humildad, recibe más que cuando está de pie, así como anteayer dije que el cielo no puede operar sino en el fondo de la tierra. Así también Dios no puede obrar sino en el fondo de la humildad; pues, cuanto más hondo en la humildad, tanto más susceptible de Dios.

Dicen nuestros maestros: Si alguien tomara una copa y la colocara por debajo de la tierra, aquélla podría recibir más que si se hallara sobre la tierra; aun cuando fuera tan poco que uno apenas lo percibiera, sin embargo, sería algo. Cuanto más hundido está el hombre en el fondo de la verdadera humildad, tanto más se hunde en el fondo del ser divino.

Dice San Gregorio: Si Dios (Cristo) todavía hubiera sido mortal y si hubiera tenido que rehuirla tanto tiempo, a Cristo se le habría destrozado completamente el corazón. Y también dice un maestro⁹¹: Señor ¿qué es lo que has pensado al esquivar por tanto tiempo a esa mujer; qué hizo o cuál era su culpa? Desde aquella vez que tú le perdonaras sus pecados, no hizo nada sino amarte (Cfr. Lucas 7, 44). Mas si hubiera hecho algo, perdónaselo en tu

⁹¹ Cfr. Pseudo-Orígenes, *1. c.*

bondad... Si ella amaba tu cuerpo, sabía, sin embargo, muy bien que la divinidad se hallaba presente. Señor, apelo a tu verdad divina, de que le dijiste que nunca le serías quitado. Tienes razón porque nunca abandonaste su corazón y dijiste: «A quien te ama, lo amarás a tu vez, y te revelarás a quien se levanta temprano» (Cfr. Prov. 8, 17).

Ella buscaba lo que era igual y encontró lo desigual: «Uno a la cabecera, otro a los pies» (Juan 20, 12). Mas, el maestro dice⁹²: El ser uno es la cualidad de Dios. Como ella buscaba allí a uno y encontró a dos no hubo consuelo para ella, según he dicho varias veces. Nuestro Señor dice: «En esto consiste la vida eterna, en que conozcan a ti, un solo Dios verdadero» (Juan 17, 3).

Ahora se plantea la cuestión de ¿por qué ella no vio al Señor cuando se hallaba tan cerca de ella? Acaso podría ser que el llanto hubiera perturbado su vista de modo que no podía verlo con suficiente rapidez. Segundo: que el amor la había cegado de manera que no creía que Él se encontrara tan cerca de ella. Tercero: ella miraba continuamente hacia más allá de donde Él se encontraba; por eso, no lo vio. Buscaba un cadáver y encontró a dos ángeles vivos. Un «ángel» significa lo mismo que un «mensajero», y un «mensajero» lo mismo que «alguien que ha sido enviado»⁹³. Así notamos que el Hijo ha sido enviado y el Espíritu Santo también; mas ellos son iguales. Es, empero, la cualidad de Dios —como dice un maestro⁹⁴— que nada se le iguala.

Que Dios nos ayude para que lo busquemos así y también lo encontremos. Amén.

⁹² *Ibidem*.

⁹³ Véase Isidorus Hispalensis, *Etymologiae* VII c. 5 n. 1 s.

⁹⁴ Cfr. Maimonides, *Dux neutrorum* 1 c. 51.

SERMÓN 34º

Las seis actitudes del buscador

«*María Magdalena se había quedado al lado del sepulcro y lloraba*» (Juan 20, 11).

«El amor la hacía estar de pie, el dolor la hacía llorar»⁹⁵. «Entonces avanzó y miró en el interior del sepulcro». Buscaba a un hombre muerto «y encontró a dos ángeles vivos». (Juan 20, 12). Era un milagro que ella que estaba tan afligida, pudiera llorar. Orígenes dice⁹⁶: Ella estaba ahí. ¿Por qué se quedaba ahí mientras los apóstoles habían huido?... No tenía nada que perder; todo cuanto tenía, lo había perdido con Él. Cuando Él murió, ella murió junto con Él. Cuando lo sepultaron, sepultaron al alma de ella junto con Él. Por eso, nada tenía que perder.

«Entonces avanzó»; entonces Él le salió al encuentro. Dice un maestro⁹⁷: Se le ocultan su llegada y su retirada. Su presencia no se esconde ya que Él es una luz, y a la naturaleza de la luz corresponde revelarse.

«Ella pensó que era un jardinero y dijo: “¿Dónde lo habéis colocado?”» (Cfr. Juan 20, 15). Estaba tan preocupada por Él que sólo recordaba una de las palabras que podría haber dicho: «¿Dónde lo habéis colocado?». Luego Él se le descubrió poco a poco. Si Él se le hubiera revelado de improviso, cuando todavía estaba llena de anhelos, ella habría muerto de alegría. Si el alma supiera cuándo Dios entrará en ella, la alegría la mataría; y si, además, supiera cuándo se separaría de ella, moriría de dolor. No sabe cuándo viene ni cuándo se va. Lo que concibe bien es cuándo está con ella.

⁹⁵ Pseudo-Orígenes, *Homilía super «Maria stabat ad monumentum foris plorans»*.

⁹⁶ *Ibidem*.

⁹⁷ Cfr. Tomás, S. c. *gent.* II c. 79.

María únicamente buscaba a Dios, por eso lo encontró, y no anhelaba nada fuera de Dios. Al alma que ha de buscar a Dios la deben atormentar todas las criaturas. A ella la atormentaba ver a los ángeles. De la misma manera, para el alma destinada a buscar a Dios todas las cosas han de ser como nada.

Si el alma ha de encontrar a Dios, debe tener seis actitudes. Primero, aquello que antes le resultaba dulce, habrá de serle amargo. Segundo, el alma se le tiene que hacer demasiado estrecha de modo que no pueda permanecer dentro de sí misma. Tercero, no ha de desear nada que no sea Dios. Cuarto, que nadie pueda consolarla fuera de Dios. Quinto, que no sea capaz de volver a las cosas perecederas. Sexto, que no tenga descanso interior hasta que Dios vuelva a ser suyo.

Roguemos, etcétera.

SERMÓN 35º

Con el cuerpo no puedes conocer a Dios

Vidi civitatem sanctam Ierusalem novam descendentem de caelo a domino etc.

San Juan vio «una ciudad» (Apocalipsis 21, 2).

Una «ciudad» significa dos cosas. Primero: que está fortificada de modo que nadie puede destruirla; segundo: la armonía entre la gente. «Esa ciudad no tenía oratorio, Dios mismo era el templo. No se necesita ninguna luz, ni del sol ni de la luna; «la claridad de Nuestro Señor la ilumina» (Apocalipsis 21, 22 s.).

Según dice San Pablo: «El alma es un templo de Dios» (Cfr. 1 Cor. 3, 16), esa «ciudad» significa cualquier alma espiritual. Y es tan fuerte, de acuerdo con lo dicho por San Agustín⁹⁸, que nadie puede dañarla a no ser que, por capricho, ella misma se haga daño.

En primer lugar, uno debe fijarse en la paz que ha de reinar en el alma. Por eso, se la llama «Jerusalén». San Dionisio dice⁹⁹: «La paz divina atraviesa, y ordena, y termina todas las cosas; y si la paz no lo hiciera, todas las cosas se dispersarían y no habría orden en ellas»... En segundo lugar: la paz hace que, por amor las criaturas se vuelquen y fluyan, no para dañar... En tercer lugar hace que las criaturas se vuelvan serviciales unas con otras de manera que mutuamente se den quietud. Aquello que una no puede tener por sí misma, lo recibe de otra. Por ello, una criatura proviene de otras... En cuarto lugar, hace que las criaturas vuelvan a su primer origen, es decir, hasta Dios.

⁹⁸ Véase Pseudo-Agustín, *Julianii Sententiae, expressae ex eius opusculis, cum illarum refutatione. Venerabilis Beda presbyter, in praefatione libri in Cantica canticorum* c. 5 n. 9.

⁹⁹ Cfr. Dionysius Areopagita, *De div. nom.* c. 11, 1.

El otro significado se ve cuando dice que la «ciudad» es «santa». San Dionisio dice¹⁰⁰ que la «santidad es total pureza, libertad y perfección». La pureza reside en que el hombre se halla alejado de los pecados; este hecho libera al alma. El goce y la alegría máximos que existen en el cielo, se constituyen en la semejanza; y si Dios entrara en el alma y ella no fuera semejante a Él, ese hecho la atormentaría, pues dice San Juan: «Quien comete el pecado, es siervo del pecado» (Juan 8, 34). Me sorprende que San Juan se haya atrevido alguna vez a decir que existen tres personas divinas a no ser que lo haya visto en el espíritu, cómo el Padre, con toda perfección, se derrama en el Hijo en el nacimiento y se vuelca con bondad en el Espíritu Santo como en un flujo de amor. Podemos aseverar de los ángeles y de los santos que son perfectos, pero de los santos no en sentido pleno, ya que todavía tienen amor a sus cuerpos que yacen aún en cenizas; sólo en Dios hay completa perfección.

En segundo lugar: «santidad» significa «aquello que ha sido tomado de la tierra». El alma, por el hecho de que se vierte sobre el cuerpo, es oscurecida y hace falta que, junto con el cuerpo, sea nuevamente elevada hacia Dios. Cuando el alma está libre de las cosas terrestres, entonces es «santa». Mientras Zaqueo se hallaba al nivel de la tierra, no podía ver a Nuestro Señor (Cfr. Lucas 19, 2 a 4). San Agustín dice¹⁰¹: «Si el hombre desea volverse puro, que deje las cosas terrestres». Dios es un algo y un ser puro, y el pecado es la nada y separa de Dios. Dios creó a los ángeles y al alma de acuerdo con un algo, quiere decir, de acuerdo a su imagen. El alma fue creada como a la sombra del ángel y, sin embargo, ellos comparten una naturaleza común y todas las cosas corpóreas fueron creadas de acuerdo con la nada y distanciadas de Dios.

Es cierto que el hierro se compara con la plata, y el cobre con el oro: pero cuanto más se lo compara el uno con el otro, sin privarlo

¹⁰⁰ *Ibidem* c. 12, 2.

¹⁰¹ Véase Agustín, *Sermo* 216 c. 2 n. 2.

de su naturaleza, tanto mayor es el error. Lo mismo ocurre con el alma. Es fácil señalar las virtudes o hablar de ellas; pero, para poseerlas en verdad, son muy raras. Ya he dicho muchas veces que el alma no puede volverse pura si no es empujada otra vez a su pureza original, tal como Dios la creó; del mismo modo que no se puede hacer oro del cobre que se afina por el fuego dos o tres veces, a no ser que uno lo haga retroceder a su naturaleza primigenia. Porque todas las cosas que se derriten por el calor o se endurecen por el frío, tienen una naturaleza totalmente acuosa. Por lo tanto, hay que hacerlas retroceder del todo al agua, privándolas por completo de la naturaleza en que se hallan en este momento; de tal manera, el cielo y el arte prestan auxilio para que el cobre sea transformado completamente en oro.

En tercer lugar dice que esa «ciudad» es «nueva». Alguna gente, por necia, se imagina que Dios habría hecho eternamente o retenido en Él mismo, las cosas que vemos ahora, y que las dejaría salir a luz en el tiempo. Debemos comprender que la obra divina no implica trabajo, según quiero explicaros: Yo estoy parado aquí, y si hubiera estado parado aquí hace treinta años, y si mi rostro hubiese estado desembozado sin que nadie lo hubiera visto, yo habría estado aquí lo mismo. Y si se tuviera a mano un espejo y lo colocaran delante de mí, mi rostro sin trabajo mío, se proyectaría y dispondría en él. Y si esto hubiera sucedido ayer, sería nuevo y, otra vez, si fuera hoy, sería más nuevo todavía, y lo mismo después de treinta años o en la eternidad, sería eternamente nuevo; y si hubiera miles de espejos, sería sin mi trabajo. Así también Dios contiene en sí, eternamente, todas las imágenes, y esto no como alma o como cualquier criatura, sino como Dios. En Él no hay nada nuevo ni imagen alguna, sino que —tal como he dicho del espejo— en nosotros es tan nuevo como eterno. «Nuevo» se llama aquello que no está ejercitado o está cerca de su comienzo. Dios es nuestro comienzo. Cuando estamos unidos a Él, nos volvemos «nuevos».

Debemos amar correctamente las cosas que nos conducen a Dios; sólo esto es amor junto con el amor divino. Si mi amor se

cifrara en atravesar el mar, y me gustara tener un barco, ello sería tan sólo porque desearía estar allende el mar; y cuando hubiera logrado cruzar el mar, ya no me haría falta el barco. Cuando el cuerpo está preparado, Dios le infunde el alma y la forma de acuerdo con el cuerpo, y ella tiene similitud con él y, a causa de esta semejanza, amor por él. Por eso no existe nadie que no se ame a sí mismo, se engañan a sí mismos quienes se imaginan que no se quieren a sí mismos. Deberían odiarse y ya no podrían existir.

Platón dice: Qué es lo que es Dios, no lo sé —y quiere decir: El alma, mientras se encuentra en el cuerpo, no puede conocer a Dios— pero lo que no es, lo sé bien, como se puede observar en el sol cuyo brillo no lo puede aguantar nadie, a no ser que primero sea envuelto en el aire y que luego alumbre así la tierra. San Dionisio dice: La luz divina aparece en cinco clases de personas. Las primeras no la recogen. Son como los animales, incapaces de recibir, como se puede ver en un símil. Si me acercara al agua y ésta estuviera revuelta y turbia, no podría ver en ella mi cara a causa del desnivel de la superficie del agua... A los segundos se les hace visible sólo un poco de luz, como por ejemplo el destello de una espada cuando alguien la está forjando... Los terceros reciben más de la luz divina, algo así como un fuerte destello que ora es luz y ora oscuridad; son todos aquellos que reniegan de la luz divina, cayendo en pecado... Los cuartos reciben más todavía de ella; pero a veces Dios los elude con su luz sólo para incitarlos y ampliar sus anhelos. Es cierto, si alguien quisiera llenar el regazo de cada uno de nosotros, cada cual ensancharía su regazo para poder recibir mucho. Agustín Dice: Quien quiere recibir mucho, que aumente su anhelo... Los quintos reciben una gran luz, como si fuera de día y, sin embargo, es como si se hubiera colado por una fisura. Por eso dice el alma en El Libro de Amor: «Mi amado me ha mirado a través de una fisura y su rostro era agraciado» (Cfr. Cantar de los Cant. 2, 9 y 14). Él dice también «Si la luz divina ha de alumbrar mi fuero íntimo, tiene que estar insertada en él tal como está insertada mi alma en el cuerpo». Por

ello dice también San Agustín: «Señor, tú das a veces una dulzura tan grande que, si ella se hiciera completa y esto no fuera el reino de los cielos, yo no sabría qué es el reino de los cielos».

Un maestro dice: Quien quiere conocer a Dios sin estar adornado con obras divinas, será echado atrás hacia las cosas malas. Mas ¿no hace falta ningún medio para conocer a Dios por completo?... Ciertamente, de esto habla el alma en *El Libro de Amor*: «Mi amado me miraba a través de una ventana» (Cantar de los Cant. 2, 9) —esto quiere decir: sin obstáculo—, «y yo lo percibía, estaba parado cerca de la pared» —esto quiere decir: cerca del cuerpo que es decadente—, y dijo: «¡Ábreme, amiga mía!» (Cantar 5, 2), esto quiere decir: Ella me pertenece por completo en el amor porque «Él es para mí, y yo soy sólo para él» (Cfr. Cant. 2, 16); «paloma mía» (Cantar 2, 14) —esto quiere decir: simple en el anhelo—, «hermosa mía» —esto quiere decir: en las obras—, «¡Levántate rápido y ven hacia mí! El frío ha pasado» (Cfr. Cantar 2, 10 y 11) por el cual mueren todas las cosas; por otra parte, todas las cosas viven por el calor. «Ha desaparecido la lluvia» (Cantar 2, 11) —ésta es la concupiscencia de las cosas efímeras—. «Las flores han brotado en nuestra tierra» (Cantar 2, 12) —las flores son el fruto de la vida eterna—. «¡Vete, aquilón» que reseca! (Cantar 4, 16) —con ello Dios le manda a la tentación que ya no estorbe al alma—. «¡Ven, auster y sopla por mi jardín para que mis aromas se dispersen!» (Cfr. Cantar 4, 16) —con ello Dios decreta a toda la perfección que se introduzca en el alma.

SERMÓN 36º

Las tres señales del que ha resucitado

Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt etc.

Dice San Pablo: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que están arriba, allí donde Cristo está sentado a la diestra de su Padre, y saboread las cosas que están arriba y no permitáis que os gusten las cosas que se hallan en la tierra» (Colos. 3, 1 s). Luego pronuncia otra palabra: «Estáis muertos y vuestra vida está oculta junto con Cristo en Dios» en el cielo (Colos. 3, 3). En tercer lugar, las mujeres buscaban a Nuestro Señor en la tumba. Entonces, encontraron a un ángel «cuyo semblante era como un relámpago y su vestidura era blanca como la nieve y él dijo a las mujeres: “¿A quién buscáis? ¿Buscáis a Jesús que ha sido crucificado?... no está aquí”» (Cfr. Mateo 28, 1 ss. y Lucas 24, 5 s.). Porque Dios no está en ninguna parte. De lo ínfimo de Dios todas las criaturas están repletas, y su grandeza no se encuentra en ninguna parte. Ellas no le contestaron, pues cuando no hallaron a Dios, el ángel les contrarió. Dios no se halla ni acá ni allá ni en el tiempo ni en el espacio.

Ahora bien, San Pablo dice: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que están arriba». Con respecto a la primera palabra (habéis resucitado) piensa en dos significados. Alguna gente resucita a medias, se ejercita en una virtud y no en otra. Hay otros, poco nobles por naturaleza, que están ávidos de las riquezas. Otros son más nobles por naturaleza y no se fijan en los bienes, pero quieren obtener honores. Dice un maestro que todas las virtudes necesariamente se dan en estrecha unión. Si bien sucede que un hombre esté más dispuesto a ejercitarse en una virtud que en las otras, todas están unidas, necesariamente, como una sola cosa. Ciertas personas resucitan del todo, mas no resucitan con Cristo. Por eso, todo cuanto es propio de uno, tiene que resucitar por completo. Por otra parte, se hallan algunas personas

que resucitan del todo con Cristo; pero quien haya de experimentar un verdadero renacimiento con Cristo, tendrá que ser muy sabio. Los maestros dicen que es verdadera la resurrección cuando una persona ya no muere más. En ninguna parte existe una virtud tan grande como para que no se encuentre alguna gente que la haya puesto en práctica con fuerza natural, porque a menudo la fuerza natural opera signos maravillosos y milagros. Se han visto también en los paganos todas las obras exteriores que alguna vez se han comprobado en los santos. Por eso dice San Pablo: Debéis resucitar con Cristo porque Él se halla arriba, adonde no puede llegar ninguna naturaleza. Aquello que es nuestro, debe resucitar por completo.

Existen tres señales para ver si resucitamos por completo. La primera: si buscamos «las cosas que están arriba». La segunda: si nos gustan «las cosas que están arriba». La tercera: si no nos gustan «las cosas que están en la tierra». Ahora bien, San Pablo dice: «Buscad las cosas que están arriba». Pues ¿dónde y cómo? El rey David dice: «Buscad el rostro de Dios» (Salmo 104, 4). Aquello que ha de existir junto con muchas cosas, forzosamente debe hallarse arriba. Aquello que produce el fuego, tiene que estar, forzosamente, por encima de lo que enciende, como el cielo y el sol. Nuestros más insignes maestros opinan que el cielo es el lugar de todas las cosas y, sin embargo, él mismo no tiene lugar, ningún lugar natural, y da lugar a todas las cosas. Mi alma es indivisa y, no obstante, se encuentra del todo en cada uno de los miembros. Donde ve mi ojo, no oye mi oído; donde oye mi oído, no ve mi ojo. Lo que yo veo u oigo físicamente, se me infunde espiritualmente. Mi ojo recibe el color con la luz; pero éste no entra en el alma porque aquello que entra en el alma es una reducción del color. Todo cuanto reciben los sentidos exteriores, para que sea introducido espiritualmente, viene de arriba, de parte del ángel: éste lo estampa en la parte superior del alma. Ahora bien, nuestros maestros afirman: Aquello que se halla arriba, ordena y coloca lo inferior. Santiago dice al respecto: «Todos los dones buenos y perfectos descienden desde arriba» (Santiago 1,

17). La señal de que alguien ha resucitado por completo con Cristo, consiste en que busca a Dios por encima del tiempo. Busca a Dios por encima del tiempo quien busca sin tiempo.

Ahora dice San Pablo: «Buscad las cosas que están arriba». ¿Dónde se busca? «Allí donde Cristo está sentado a la diestra de su Padre». ¿Dónde está sentado Cristo? No está sentado en ninguna parte. Quien lo busca en algún lugar, no lo encuentra. Su parte menor se halla por doquier, su parte superior no está en ningún lugar. Dice un maestro: Quien conoce alguna cosa, no conoce a Dios. «Cristo» significa lo mismo que un «ungido» que está ungido con el Espíritu Santo. Los maestros dicen: El estar sentado significa lo mismo que paz, e implica: allí donde no hay tiempo. Aquello que da vueltas y cambia, no tiene paz; en segundo término: la paz no agrega nada. Nuestro Señor dice: «Yo soy Dios y no cambio» (Malaquías 3, 6).

Cristo está sentado a la diestra de su Padre. El mayor bien que puede ofrecer Dios, lo constituye su mano derecha. Cristo dice: «Yo soy una puerta» (Juan 10, 9). La primera irradiación violenta y la primera fusión, allí donde Dios se funde, sucede cuando se funde en su Hijo y allí, Éste vuelve a fundirse en el Padre. Yo dije un buen día que la puerta es el Espíritu Santo: a través de ella se funde en su bondad en todas las criaturas. Donde hay un hombre natural, éste comienza a obrar con «la mano derecha». Dice un maestro que el cielo recibe inmediatamente de Dios. Otro maestro dice que no es así: porque Dios es un espíritu y una luz genuina; por eso, aquello que ha de recibir inmediatamente de Dios, ha de ser, con necesidad, un espíritu y una luz genuina. Dice un maestro: Es imposible que alguna cosa corpórea sea susceptible de la primera irradiación violenta allí donde emana Dios, si no es una luz o un espíritu genuino. El cielo se halla por encima del tiempo y es la causa del tiempo. Un maestro dice que el cielo, en su naturaleza, es tan noble que no puede degradarse a ser la causa del tiempo. En su naturaleza no puede ser causa del tiempo; pero, en su trayectoria es la causa del tiempo, es decir, en la defección de la naturaleza del cielo, mas él mismo es atemporal. Mi color no es

mi naturaleza, antes bien, es una defección de mi naturaleza, y nuestra alma se halla muy por encima y «está oculta en Dios». Entonces no digo solamente: por encima del tiempo, sino «oculta en Dios». ¿Es esto lo que significa el cielo? Todo cuanto es corpóreo es una defección y un azar y una degradación. El rey David dice: «Ante la vista de Dios, mil años son como un día que ha pasado» (Salmo 89, 4); porque todo cuanto es futuro y cuanto ha pasado se halla todo allá en un solo «ahora».

Que Dios nos ayude para que lleguemos a ese «ahora». Amén.

SERMÓN 37¹⁰²

De la órbita de la Tierra

Spiritus domini replevit orbem terrarum etc.

«El Espíritu del Señor ha llenado la órbita de la tierra» (Sab. 1, 7).

Mirad, un maestro griego¹⁰³ dice que Dios contiene a todas las criaturas como si fuera por medio de una rienda para que obren a su semejanza. Por eso, en todo momento la naturaleza opera mirando a lo más elevado que es capaz de hacer. La naturaleza no querría producir sólo al hijo, y si le fuera posible produciría al padre. Y por ende, si la naturaleza obrara de manera atemporal, no tendría defectos contingentes. A esto se refiere un maestro griego cuando dice¹⁰⁴: Como la naturaleza obra en el tiempo y en el espacio se distinguen el hijo y el padre. Un maestro¹⁰⁵ dice: Un carpintero que construye una casa, la tiene prefigurada en su fuero íntimo y si la madera obedeciera a su voluntad, la casa existiría tan rápido como él quisiera; y si no hubiera materia, no habría más diferencia que la existente entre el engendrar y lo nacido inmediatamente. Pero en Dios no es así, ya que en Él no hay ni tiempo ni espacio, por eso el Padre y el Hijo son uno en Dios y no hay otra distinción allí que la existente entre el derramamiento y el derramar.

Un maestro¹⁰⁶ dice: Todas las criaturas llevan en sí mismas un sello de naturaleza divina de la cual se derraman de manera tal que querrían obrar según la naturaleza divina de la que han fluido. Las criaturas se derraman de dos modos. El primero, se realiza en

¹⁰² En un encabezamiento se dice: «En el santo día de Pentecostés».

¹⁰³ Averroes, *Met.* XII com. 18.

¹⁰⁴ Cfr. Aristóteles, *Ars reth.* I c. 4; *De gen. et corr.* I t. 51.

¹⁰⁵ Avicena, *De an.* V c. 1.

¹⁰⁶ Boethius, *De trinitate*.

su raíz, así como el árbol surge de las raíces. El otro, se realiza de una manera unitiva.

También el derramamiento de la naturaleza divina se opera de dos modos. Un derramamiento es el del Hijo desde el Padre, se realiza al modo de un nacimiento. El otro derramamiento se hace de modo unitivo en el Espíritu Santo; este derrame se da por el amor del Padre y del Hijo, éste es el Espíritu Santo, pues ambos se aman mutuamente en Él. Tal hecho lo prueban todas las criaturas en el sentido de que han emanado fluyendo de la naturaleza divina y en sus obras llevan un rasgo de ello.

Sólo Él es «Señor» y «Espíritu». Digo que es «Espíritu», nuestra bienaventuranza consiste en que nos aúna consigo. Lo más noble que opera Dios en todas las criaturas es el ser. Mi padre, si bien me da mi naturaleza, no me da mi ser. A éste lo engendra exclusivamente Dios. Por ello, todas las cosas que existen tienen un placer razonable por su ser. Observad que —como he dicho en varias ocasiones sin que se me haya interpretado correctamente— Judas en el infierno no querría ser otro que en el reino de los cielos. Porque si hubiera de ser distinto debería aniquilarse en lo que es en esencia. Esto no puede ocurrir porque el ser no reniega de sí mismo. El ser del alma es susceptible del influjo de la luz divina, mas no tan pura ni clara como Dios puede darla sino en una envoltura. Es cierto que se ve la luz del sol ahí donde se irradia sobre un árbol u otra cosa pero dentro del sol no se la puede aprehender. Así sucede con los dones divinos, hay que medirlos no de acuerdo con quien los da sino según sea quien habrá de recibirlos.

«El Espíritu del Señor.» ¿Por qué se llama «Señor»? A fin de que nos llene. ¿Por qué se llama «Espíritu»? A fin de que nos una consigo. El señorío se conoce por tres cosas.

Una consiste en que el señor es rico. Es rico aquello que lo tiene todo sin insuficiencia alguna. Soy un hombre y soy rico pero por eso no soy otro segundo hombre. Si fuera todos los hombres no sería empero, un ángel. Pero si yo fuera ángel y hombre, no sería sin embargo todos los ángeles. Por eso, nada es verdaderamente

rico a excepción de Dios que mantiene encerradas en sí con simplicidad todas las cosas. De ahí que pueda dar en todo momento, éste es el otro aspecto de la riqueza. Un maestro¹⁰⁷ dice: Dios se ofrece a todas las criaturas para que cada una tome cuanto quiera. Yo digo que Dios se me ofrece como al más elevado de los ángeles y si yo estuviera tan dispuesto como éste, recibiría lo mismo que él. Os he dicho también varias veces que Dios desde la eternidad se ha comportado como si se esforzara por hacerse agradable al alma. El tercer aspecto de la riqueza consiste en que se da sin esperar reciprocidad, pues no es completamente rico quien da algo por alguna cosa. Por eso, la riqueza de Dios se demuestra por el hecho de que da todos sus dones gratuitamente. De ahí que el profeta dice: «Le dije a mi Señor: Tú eres mi Dios porque no necesitas de mis bienes» (Salmo 15, 2).

Como Dios es espíritu, por eso es más noble la cosa más insignificante que es espíritu, que lo más elevado que es corpóreo. En consecuencia, el alma es más noble que todas las cosas corpóreas por nobles que sean. El alma fue creada como en un punto entre el tiempo y la eternidad, tocando a ambos. Con las potencias más elevadas toca la eternidad, pero con las potencias inferiores, el tiempo. De tal manera obra en el tiempo; no según el tiempo sino según la eternidad. Esto lo tiene de común con los ángeles.

Dice un maestro¹⁰⁸: Dios es la medida de todas las cosas y, un hombre en cuanto acoge en su fuero íntimo una mayor parte de Dios tanto más sabio, noble y mejor es que el otro. Tener más de Dios no es otra cosa que asemejarse más a Dios, cuanto más semejanza con Dios hay en nuestro interior tanto más espirituales somos. Dice un maestro¹⁰⁹: Donde terminan los espíritus más bajos, allí comienzan las cosas corporales más elevadas. Si una piedra recogiera en sí el fuego, obraría de acuerdo con la potencia del fuego; mas, cuando el aire recoge en sí la luz del sol no

¹⁰⁷ Alcher de Clairvaux, *De spiritu et anima* c. 6; y a Dionisio Areopagita, *De div. nom.* c. 5.

¹⁰⁸ Averroes, *Met.* X com. 7; y Tomás, *S. theol.* I q. 3 a. 5 ad 2.

¹⁰⁹ Cfr. Dionysius Areopagita, *De div. nom.* c. 7, 3.

aparece ninguna luz fuera del aire alumbrado. Ello se debe a la penetrabilidad que éste tiene para con la luz; aun cuando en una milla de espacio cabe más aire que en media milla. Debido a la gran unión que tiene el alma con el cuerpo, el alma es tan perfecta en el miembro más insignificante como en todo el cuerpo.

Un maestro dice: El espíritu es un trineo que lleva la vida a todos los miembros a causa de la gran unión que el alma tiene con el cuerpo. A pesar de que el espíritu sea racional y realice toda la obra que se efectúa en el cuerpo, no se debe decir: Mi alma conoce o hace esto o aquello, sino que hace falta decir: Yo hago o conozco esto o aquello a causa de la gran unión que hay entre ambos; porque los dos juntos son un solo hombre. Con referencia a ello Agustín¹¹⁰ dice: Si ya es tan grande la unión existente entre cuerpo y alma, es mucho más grande la unión en la cual el espíritu se une con el espíritu. Por esta razón es «Señor» y «Espíritu», para que nos haga felices en la unión con Él.

Ahora bien, por qué se llama «órbita de la tierra» el alma y cómo ha de ser el alma que habrá de ser elegida, eso no ha sido tratado. Pero, a este respecto, recordad que así como Él es «Señor» y «Espíritu», así nosotros debemos ser «tierra» espiritual y «una órbita» que ha de ser «colmada» por el «Espíritu del Señor».

Hay una pregunta difícil de contestar: ¿Cómo es posible que el alma soporte sin morir cuando Dios la aprieta dentro de sí? Todo cuanto Dios le da, se lo da dentro de Él por dos razones: una es que si le diera alguna cosa fuera de Él, ella la rechazaría. La otra es que ella, por el hecho de que le dé algo dentro de Él lo puede recibir y soportar en lo que es de Él y no de ella; porque lo de Él pertenece a ella. Cuando Él la ha sacado de lo de ella, lo de Él tiene que pertenecer a ella, y lo de ella es, en sentido propio, lo de Él. Así es capaz de conservarse en la unión con Dios. Este es el «Espíritu del Señor» que ha «llenado la órbita de la tierra».

Rogamos a Nuestro querido Señor que se nos llene así con este espíritu que es «Señor» y «Espíritu». Amén.

¹¹⁰ Agustín, *De trin.* VIII c. 7.

SERMÓN 38¹¹¹

Dios no reconoce nada fuera del Ser

In occisione gladii mortui sunt.

Se lee de los mártires que «murieron al filo de la espada» (Hebreos 11, 37). Nuestro Señor dijo a sus discípulos: «Bienaventurados sois si sufrís algo por mi nombre» (Cfr. Mateo 5, 11 y 10, 22).

Ahora bien, se dice que «murieron». Esto de que «murieron» significa en primer lugar que se acaba cualquier cosa sufrida en este mundo y en esta vida. San Agustín dice que toda pena y cualquier obra trabajosa se acaban, pero la recompensa que Dios da por ellas es eterna. En segundo lugar, significa que debemos tener presente que esta vida entera es mortal de modo que, dado que se acabarán, no hemos de temer todas las penas y trabajos que nos puedan sobrevenir. En tercer lugar, que para que no nos afecte ni lo agradable ni lo penoso debemos comportarnos como si estuviéramos muertos. Un maestro dice que nada es capaz de tocar al cielo, y esto quiere decir que aquel para quien todas las cosas no valen tanto como para afectarlo es un hombre celestial. Un maestro dice que como todas las criaturas son tan ruines, ¿a qué se debe que puedan apartar al hombre tan fácilmente de Dios; y eso que el alma, en su parte menos valiosa, es más preciosa que el cielo y todas las criaturas? Él dice que se debe a que aprecia poco a Dios. Sería casi imposible que el hombre cayera alguna vez, si apreciara a Dios como debería hacerlo. Y es una enseñanza buena la de que el hombre debe comportarse en este mundo como si estuviera muerto. San Gregorio dice que nadie, que no esté muerto hasta el fondo para este mundo, puede poseer a Dios en grado considerable.

¹¹¹ En el encabezamiento del código consta; «En la Fiesta de los santos mártires Juan y Pablo».

La cuarta enseñanza es la mejor de todas. Dice que «murieron». Sin embargo, la muerte les otorga un ser. Un maestro¹¹² afirma que la naturaleza nunca destruye nada a no ser que dé algo mejor. Cuando el aire se convierte en fuego, entonces es algo mejor; pero, cuando el aire se convierte en agua, es una destrucción y un error. Si incluso la naturaleza actúa así, cuánto más lo hace Dios: nunca destruye sin dar algo mejor. Los mártires están muertos, perdieron una vida pero, en cambio, recibieron un ser. Un maestro¹¹³ dice que lo más noble son el ser, la vida y el conocimiento. El conocimiento es más sublime que la vida o el ser, pues en el hecho de conocer posee a la vez la vida y el ser. Mas luego, la vida es más noble que el ser o el conocer, como en el caso del árbol que vive, en tanto que la piedra sólo tiene el ser. Por otra parte, si, tal como es en sí mismo, concebimos al ser como puro y acendrado, entonces el ser es más sublime que el conocimiento o la vida. Han perdido una vida y encontrado un ser. Un maestro¹¹⁴ dice que nada se asemeja tanto a Dios como el ser; una cosa se asemeja a Dios en tanto en cuanto tiene ser. Un maestro dice que el ser es tan puro y tan elevado que todo cuanto es Dios, es ser. Dios no reconoce nada fuera del ser, no sabe nada fuera de su ser, el ser es su anillo. Dios no ama nada fuera de su ser, no piensa en nada fuera de su ser. Yo digo que todas las criaturas son un solo ser. Un maestro¹¹⁵ dice que ciertas criaturas están tan cerca de Dios y poseen tanta luz divina impresa en ellas, que dan el ser a otras criaturas. Esto no es cierto, pues el ser es tan elevado, tan puro y tan afín a Dios, que nadie puede dar el ser sino sólo Dios en sí mismo. La esencia más propia de Dios es el ser. Un maestro dice que una criatura bien puede darle vida a otra. Por eso, justa-

¹¹² Cfr. Alberto Magno, *De generatione et corruptione* I tr. 1 c. 25 ad 3.

¹¹³ Cfr. *S. theol* I q. 4 a. 2; Agustín, *De libero arbitrio* II c.3, n.7.

¹¹⁴ Tomás, *De causis*, lect. 18.

¹¹⁵ *Liber de causis* prop. 3 (ed. Bardenhewer) y, con respecto a ello: Tomás, *De causis*, lect. 3; Avicena, *Met.* IX c. 4; Tomás, *S. theol.* I q. 65 a. 3; q. 45 a. 5.

mente, todo cuanto es de alguna manera, está fundamentado tan sólo en el ser. Ser es un nombre primigenio. Todo lo que es defectuoso, es un abandono del ser. Nuestra vida completa debería ser un ser. Nuestra vida es un ser, en tanto en cuanto está en Dios. Nuestra vida es afín a Dios en la medida en que está recogida en el ser. Por mezquina que nuestra vida sea, si se la aprehende en cuanto es ser, es más noble que cualquier cosa que alguna vez haya logrado vivir. Estoy seguro de que si un alma conociera lo más insignificante que tiene ser, no le daría la espalda ni por un solo momento. Lo más pobre que se conociera dentro de Dios, aunque sólo se conociera una flor tal como tiene su ser en Dios, sería más noble que todo el mundo. Lo más insignificante que está en Dios, en cuanto es un ser, es mejor que un ángel si lo llegara a conocer alguien.

Se haría de noche si el ángel se dirigiera hacia las criaturas para conocerlas. San Agustín¹¹⁶ dice que cuando los ángeles llegan a conocer a las criaturas sin Dios, hay un crepúsculo vespertino, pero cuando llegan a conocer a las criaturas en Dios, hay un crepúsculo matutino. El mediodía reluciente es si conocen a Dios como Él es ser, puramente en sí mismo. Yo digo que el hombre debería comprender y conocer lo noble que es el ser. No hay criatura tan insignificante que no apetezca el ser. Cuando caen de los árboles, las orugas suben penosamente por una pared para conservar su ser. ¡Tan noble es el ser! Alabamos la muerte sufrida junto a Dios para que Él nos traslade a un ser mejor que la vida: un ser en el cual vive nuestra vida, ahí donde nuestra vida se convierte en ser. El hombre ha de entregarse a la muerte de buen grado y morir para obtener un ser mejor.

Digo a veces que un leño es superior al oro; esto es muy sorprendente. Una piedra en cuanto tiene ser, es más noble que Dios y su divinidad sin ser, en el caso de que se le pudiera quitar el ser. Una vida en la que las cosas muertas cobran vida y en la que aun la muerte llega a ser vida, ha de ser muy vigorosa. Para Dios no

¹¹⁶ Cfr. Agustín, *De Genesi ad litteram* 1. IV c. 23 n. 40.

muere nada: todas las cosas viven en Él. Dice la Escritura «están muertos» con respecto a los mártires y se hallan trasladados a una vida eterna, aquella vida donde la vida es ser. Debemos estar muertos a fondo, de manera que no nos afecten ni lo agradable ni lo penoso. Todo cuanto hay que conocer debe conocerse en su causa. Si no la conocemos en su causa, nunca podemos conocer una cosa como es verdaderamente en sí misma. Un conocimiento jamás puede ser verdadero si no conoce una cosa en su causa evidente. Del mismo modo, la vida nunca puede ser acabada, si no se la refiere a su causa evidente, ahí donde la vida es un ser que el alma recibirá cuando muera hasta el fondo para que vivamos en la vida donde la vida es ser. Un maestro señala lo que nos impide perseverar en esta disposición cuando dice que se debe al hecho de que toquemos el tiempo. Todo lo que toca el tiempo, es mortal. Un maestro¹¹⁷ dice que el curso del cielo es eterno; es bien cierto que el tiempo proviene de él, pero esto sucede por una desviación. Mas, en su curso es eterno; no sabe nada del tiempo, lo que implica que el alma ha de ser puesta en un ser puro. El segundo impedimento se da cuando algo contiene en sí su contrario. ¿Qué es un contrario? Lo agradable y lo penoso, lo blanco y lo negro, constituyen contrarios y éstos no permanecen en el ser.

Un maestro¹¹⁸ dice que el alma ha sido dada al cuerpo para su purificación. El alma, cuando se halla separada del cuerpo, no tiene ni entendimiento ni voluntad: es una sola cosa, no sería capaz de reunir suficiente fuerza para volverse hacia Dios; posee el entendimiento y la voluntad, es cierto, en su fondo, por cuanto éste es su raíz, pero no en su actuación. El alma es purificada en el cuerpo para que reúna lo que está disperso y llevado afuera. Si entra de nuevo en el alma aquello que los cinco sentidos llevan afuera, el alma tiene una fuerza en la cual todo se vuelve uno. Por otra parte, el alma es purificada en el ejercicio de las virtudes,

¹¹⁷ En uno de sus textos latinos Eckhart remite a «Agustín XII confessionum».

¹¹⁸ Según Eckhart: «Avicena, *De anima* p. I último capítulo».

cuando trepa a una vida que está unificada. La pureza del alma consiste en que fue purificada de una vida dividida y entra en una vida unificada. Todo lo que está dividido en las cosas inferiores, es unido cuando el alma trepa a una vida en la cual no existe contrario. El alma no sabe nada del contrario cuando llega a la luz del entendimiento. Aquello que se desprende de esta luz, cae en la mortalidad y muere. En tercer lugar, la pureza del alma reside en que no está inclinada hacia nada. Aquello que se inclina hacia otra cosa, cualquiera que sea, muere y no puede perdurar.

Rogamos a Dios, Nuestro querido Señor, que nos ayude a pasar de una vida dividida a una vida unificada. Que Dios nos ayude a lograrlo. Amén.

SERMÓN 39¹¹⁹

¡Hágase en mí según Tu voluntad!

Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est..

Santiago en la Epístola dice: «El don y la perfección óptimos descienden desde arriba, del Padre de las luces» (Santiago 1, 17).

Así pues, ¡prestad atención! Tenéis que saber lo siguiente: los hombres que se entregan a Dios y que buscan con todo empeño sólo hacer su voluntad, cualquier cosa que Dios da a semejante hombre es la mejor; con la misma certeza que tienes con respecto a la existencia de Dios, has de saber que así debe ser lo mejor de todo y que no podría ser de otro modo mejor. Aunque alguna otra cosa parezca mejor, para ti no sería tan buena, porque Dios quiere justamente este modo y no otro, y este modo ha de ser, necesariamente, el mejor para ti. Sea así, enfermedad o pobreza o hambre o sed o lo que sea, lo que Dios te imponga o no te imponga o lo que Dios te dé o no te dé, para ti todo esto es lo mejor; aun cuando no tengas ni recogimiento ni fervor, ninguno de los dos, y lo que tengas o no tengas: disponte sin embargo a tener bien presente en todas las cosas la gloria de Dios y luego, cualquier cosa que te haga, será la mejor.

Entonces podrías decir acaso: ¿Por qué sé que es o no la voluntad de Dios? Sabed pues: si no fuera la voluntad de Dios, tampoco sería. No tienes ningún padecer ni otra cosa alguna sin que lo quiera Dios. Y ya que sabes que es la voluntad de Dios, debería darte tanto placer y contento, que no consideraras ninguna pena como pena; cierto, si la pena llegase al punto máximo y tú sintieras alguna pena o sufrimiento, aun en este caso sería un error completo; así debes aceptarlo de Dios como lo mejor de todo ya que por necesidad ha de ser lo más ventajoso para ti. Pues el ser

¹¹⁹ Este sermón corresponde al IVº domingo después de Pascua de Resurrección.

de Dios depende de que quiere lo mejor. Por ello yo también debo quererlo y ninguna otra cosa ha de darme más contento. Si hubiera una persona a la cual yo quisiera agradar con todo ahínco y si supiera con seguridad que yo a ese hombre le gustaba más con un vestido gris que con cualquier otro por bueno que fuese, no dudaría de que este vestido me gustaría más y lo elegiría a cualquier otro aunque fuera bueno. Llegada la ocasión de que quisiera complacer a todos: yo haría la cosa y ninguna otra de la cual sabría que a alguien le gustaba, ya sea en palabras u obras. Pues bien ¡ahora analizaos vosotros mismos sobre cuál es el carácter de vuestro amor! Si quisierais a Dios, nada podría resultaros más regocijante que lo que a Él le gustara ante todo y que su voluntad se hiciera en nosotros más que ninguna otra cosa. La pena o el infortunio, aunque parezcan pesados, si tú al sufrirlos no sientes un gran bienestar, entonces no está bien.

Con frecuencia acostumbro a decir una frase y ésta es verdad: Todos los días exclamamos y gritamos en el Padrenuestro: «¡Señor, hágase tu voluntad!» (Mateo 6, 10). Pero luego, cuando se hace su voluntad, tenemos ganas de irritarnos y su voluntad no nos complace. Ahora bien, cualquier cosa que Él hiciera, debería gustarnos más que nada. Quienes lo aceptan así como lo mejor, permanecen en perfecta paz con respecto a todas las cosas. Entonces, a veces pensáis y decís: «Ay, si las cosas hubieran ocurrido de otro modo, sería mejor», o: «Si esto no hubiera acontecido así, quizá habría resultado mejor». Mientras tengas esas ideas, nunca obtendrás la paz. Tú debes aceptarlo como lo mejor de todo. Este es el primer significado de este pasaje de la Epístola.

Hay además otro significado ¡pensadlo celosamente! Santiago dice: «Todo don». Sólo lo bueno y lo más sublime son dones por excelencia y en sentido propio. No existe ninguna cosa que Dios dé con tanto gusto como dones grandes. Una vez dije en este lugar que Dios incluso prefiere perdonar pecados grandes antes que pequeños. Y cuanto mayores son, con tanto más agrado y rapidez los perdona. Y así sucede lo mismo con la gracia y el don

y la virtud: cuanto más grandes sean, con tanto mayor placer los dará; pues su naturaleza pende del hecho de que otorgue cosas grandes. Y por ello, cuanto más valor tienen las cosas, tanto más hay de ellas. Las criaturas más nobles son los ángeles y ellos son puramente espirituales y no tienen corporeidad, y ellos son mayoría y hay más de ellos que la infinidad de las cosas corpóreas. Las cosas grandes se llaman en sí «dones» y le pertenecen a Él de la manera más propia y entrañable.

Dije alguna vez: Lo que en sentido propio puede expresarse por palabras, debe salir de adentro y moverse por la forma interior y no ha de entrar desde fuera: al contrario, debe emerger desde dentro. Ello vive por excelencia en lo más hondo del alma. Allí tienes presentes a todas las cosas y ellas viven y buscan en el fuero íntimo, hallándose allí en lo óptimo y lo más elevado. ¿Por qué no notas nada de ello? Porque ahí no estás en tu casa. Cuanto más noble es una cosa, tanto más universal es. Los sentidos los tengo en común con los animales, y la vida con los árboles. El ser me resulta todavía más íntimo, lo tengo en común con todas las criaturas. El cielo es más abarcador que todo cuanto está por debajo de él; por eso es también más noble. Cuanto más nobles son las cosas, tanto más contenedoras y universales son. El amor es noble por lo universal que es.

Se estima difícil aquello que mandó el Señor: que uno debe amar al hermano en Cristo como a sí mismo (Cfr. Marcos 12, 31; Mateo 22, 39). Las personas de mentalidad grosera suelen decir que la idea es ésta: uno debería amar a los hermanos en Cristo con miras al mismo bien por el cual uno se ama a sí mismo. No, no es así. Uno debe amarlos tanto como a sí mismo y esto no es difícil. Si queréis pensarlo bien, el amor antes que mandamiento es premio. El mandamiento parece difícil, pero la retribución es apetecible. El que ama a Dios como ha de amarlo y también debe amarlo, quiéralo o no, y como lo aman todas las criaturas, tiene que amar a su semejante como a sí mismo, y complacerse de sus alegrías como de sus propias alegrías, y debe ansiar la honra del otro tanto como la suya propia y amar al forastero tanto como al

pariente. Y procediendo de esta manera, el hombre se halla siempre en un estado de alegría, honra y ventaja, y así está en verdad como en el reino de los cielos y siente alegría más a menudo que si se complaciera solo de su propio bien. Y sabed por cierto: si tu propia honra te hace más feliz que la de otro, eso está mal.

También sabe que cuando quiera que busques de algún modo lo tuyo, no encontrarás jamás a Dios, porque no buscas a Dios con pureza. Buscas alguna cosa por medio de Dios y actúas con exactitud como si convirtieras a Dios en una vela para buscar algo con ella; y cuando uno encuentra las cosas buscadas, arroja la vela. Así es exactamente lo que haces: cualquier cosa que busques por medio de Dios, no es nada, sea lo que fuere, provecho o recompensa o recogimiento o lo que sea; buscas la nada y por lo tanto encuentras la nada. El que encuentres la nada, no es sino que buscas la nada. Todas las criaturas son pura nada. No digo que sean nimias o que sean algo: son pura nada. Lo que no tiene ser no es nada. Todas las criaturas no tienen ser, porque su ser pende de la presencia de Dios. Si Dios se apartara por un solo momento de todas las criaturas, se abatirían. He dicho a veces, y es verdad: El que tomara junto con Dios todo el mundo, no tendría más que si tuviera a Dios solo. Sin Dios, todas las criaturas no tienen más ser del que tendría una mosca sin Dios, con exactitud lo mismo, ni más ni menos.

Así pues bien, ¡oíd ahora una palabra verdadera! Si un hombre donara mil marcos de oro para que se construyeran con este dinero iglesias y conventos, esto sería una gran cosa. Sin embargo, hubiera dado mucho más quien fuese capaz de considerar como nada los mil marcos; éste hubiera hecho considerablemente más que aquél. Cuando Dios creó todas las criaturas, eran tan triviales y estrechas que Él no pudo moverse en ellas. Pero al alma se la igualó tanto a Él y la hizo tan a su imagen como para poder entregarse a ella; así lo demás que Él podría darle, ella lo considera como nada. Dios tiene que dárseme a mí Él mismo tal como se pertenece a sí mismo, de otro modo no recibo nada y

nada me satisface. Quien ha de recibirlo así, íntegramente, debe haber renunciado del todo a sí mismo y haber salido de sí mismo; esa persona recibe de Dios todo cuanto Dios tiene, con la misma propiedad con que la tienen Él mismo y Nuestra Señora y todos cuantos están en el reino de los cielos: todo esto pertenece a dicha gente del mismo modo y con igual propiedad. Quienes se han desprendido de tal forma, desistiendo de sí mismos, se les dará también en la misma proporción y nada menos.

La tercera parte de nuestro texto habla «del Padre de las luces». Por la palabra «Padre» se entiende la filiación, e indica una generación pura y es igual a decir: una vida de todas las cosas. El Padre engendra a su Hijo en el conocimiento eterno, y exactamente de la misma forma el Padre engendra a su Hijo en el alma como en su propia naturaleza y lo engendra para que pertenezca al alma, y su ser depende de que —le guste o no— engendre a su Hijo en el alma. En alguna ocasión me preguntaron ¿qué era lo que hacía el Padre en el cielo? Entonces dije: Engendra a su Hijo y esta actividad le resulta tan placentera y le gusta tanto que no hace nunca otra cosa que engendrar a su Hijo, y los dos hacen florecer de sí al Espíritu Santo. Donde el Padre engendra dentro de mí a su Hijo, allí soy el mismo Hijo y no otro; es cierto que somos diferentes en el ser-hombre, mas allí soy el mismo Hijo y no otro. «Donde somos hijos, somos todos legítimos» (Romanos 8, 17). El que conoce la verdad sabe bien que la palabra «Padre» contiene la generación pura y el tener hijos. Por ello somos hijo en este sentido y somos el mismo Hijo.

Ahora poned también atención a la palabra «Descienden de arriba». No hace mucho que os dije: Quien quiere recibir desde arriba, necesariamente debe estar abajo con verdadera humildad. Y sabedlo con toda verdad: a quien no se halla por completo abajo, nada le viene en suerte y tampoco recibe nada por insignificante que sea. Si de algún modo has puesto tus miras en ti mismo o en alguna cosa o en alguien, no te hallas abajo y tampoco recibes nada, mas, si te encuentras completamente abajo, recibes también completa y perfectamente. El dar es propio de la

naturaleza de Dios y su ser depende de que nos dé cuando nos encontremos abajo. Si no es así y no recibimos nada, le hacemos fuerza y lo matamos. Aun cuando no podemos hacérselo a Él mismo, lo hacemos a nosotros y en cuanto a nosotros se refiere. Para dárselo todo a Él como cosa suya, cuida de someterte a Dios con verdadera humildad y de enaltecer a Dios en tu corazón y tu conocimiento. «Dios, nuestro Señor, envió a su Hijo al mundo» (Gal. 4, 4). Alguna vez dije aquí mismo: En la plenitud del tiempo Dios envió a su Hijo: lo envía al alma una vez que ella haya ido más allá del tiempo. Así que el alma se ha liberado del tiempo y del espacio, el Padre envía a su Hijo al alma. Pues bien, esto significa la palabra «El don y la perfección óptimos descienden desde arriba del Padre de las luces». Que el Padre de las luces nos ayude para que seamos propensos a recibir la gracia óptima. Amén.

SERMÓN 40º

Un día y lugar innominados

Fue al atardecer de aquel día.

«Fue al atardecer de aquel día que Nuestro Señor se presentó a sus discípulos, y, hallándose en medio de ellos, dijo: “¡La paz sea con vosotros!”» (Cfr. Juan 20, 19).

San Juan dice, pues: «Fue al atardecer de aquel día». Cuando el calor del mediodía se infiltra en el aire calentándolo, luego se le añade aún el calor de la tarde y el calor aumenta todavía: entonces, al atardecer, por el calor que se añade, hace más calor que nunca. De la misma manera, el año tiene también su atardecer, éste es agosto, es entonces cuando más calor hace en el año. De tal modo atardece en un alma amante de Dios. Allí hay puro silencio cuando uno está bien penetrado y totalmente inflamado por el amor divino. «Fue al atardecer de aquel día». En semejante día la mañana y el mediodía y la tarde permanecen unidos unos con otros, y nada se pierde; pero en el día de este tiempo la mañana y el mediodía pasan y les sigue el atardecer. Así no es con el día del alma; ahí todo sigue siendo uno. La luz natural del alma, ésta es la mañana. Cuando el alma penetra hasta lo más elevado y puro de esta luz, entrando así en la luz del ángel, entonces es de media mañana en esta luz; y así el alma sube con la luz del ángel, entrando en la luz divina, éste es el mediodía; y el alma permanece en la luz de Dios y en el silencio del descanso puro, éste es el atardecer. Es entonces cuando hace más calor en el amor divino. Ahora bien, San Juan dice: «Fue el atardecer de aquel día». Este es el día en el alma.

«El patriarca Jacob llegó a un lugar y al atardecer, cuando el sol se había puesto, quiso descansar» (Cfr. Gén. 28, 10 s.). Se dice: en un lugar, sin nombrarlo. El lugar es Dios. Dios no tiene nombre propio y es un lugar y un asiento de todas las cosas y es el lugar natural de todas las criaturas. El cielo en su parte más

elevada y genuina, no tiene lugar; antes bien, en su declive, en su efecto, es lugar y asiento de todas las cosas corpóreas que se hallan por debajo de él. Y el fuego es el lugar del aire y el aire es el lugar del agua y de la tierra. Lugar es aquello que me rodea, en cuyo medio estoy. Así el aire rodea a la tierra y al agua. Cuanto más sutil es una cosa, tanto más vigorosa es; por eso es capaz de obrar dentro de las cosas que son más groseras y se hallan por debajo de ella. El elemento tierra no es capaz de ser lugar en el sentido propio, porque es demasiado grosera y es también el más bajo de los elementos. El agua, en parte, es lugar; por ser más sutil es más vigorosa. Cuanto más vigoroso y sutil es el elemento, tanto más se presta para ser asiento y lugar de otro. Así el cielo es el lugar de todas las cosas corpóreas y él mismo no tiene lugar que sea físico; mas aún: su lugar y su orden y su asiento lo constituye el ángel más bajo, y así siempre hacia arriba; cada ángel, que es más noble, se constituye en lugar y asiento y medida de otro, y el ángel supremo se constituye en lugar y asiento y medida de todos los demás ángeles que se encuentran por debajo de él, y él mismo no tiene lugar ni medida. Pero Dios tiene su medida y es su lugar y el ángel es espíritu puro. Mas Dios no es espíritu, pues según San Gregorio todas las palabras que enunciamos sobre Dios, son un balbuceo sobre Dios. Por eso dice la Escritura: «Llegó a un lugar». El lugar es Dios que da su asiento y orden a todas las cosas. He dicho algunas veces: Lo mínimo de Dios llena a todas las criaturas y en ello viven y crecen y se renuevan, y lo máximo de Él no se halla en ninguna parte. Mientras el alma se encuentra en alguna parte, no está en lo máximo de Dios, que no se halla en ninguna parte.

Ahora bien, él dice: «quiso descansar en el lugar». Toda la riqueza y pobreza y bienaventuranza residen en la voluntad. La voluntad es tan libre y tan noble que no recibe ningún impulso de las cosas corpóreas, sino que opera su obra por su propia libertad. El entendimiento, ciertamente, recibe la influencia de las cosas corpóreas; en este aspecto la voluntad es más noble; pero sucede en cierta parte del entendimiento, en un mirar hacia abajo y en

una bajada, que este conocimiento recibe la imagen de las cosas corpóreas. Mas, en la parte suprema, el entendimiento obra sin añadido de las cosas corpóreas. Dice un gran maestro: Todo cuanto es traído a los sentidos, no llega al alma ni a la potencia suprema del alma. Dice San Agustín, y también lo dice Platón, un maestro pagano, que el alma posee en sí misma, por naturaleza, todo el saber; por eso no hace falta que empuje el saber hacia dentro, sino que mediante el estudio del saber externo, se revela el saber que, por naturaleza, se halla escondido en el alma. Es como sucede con un médico que, si bien me limpia el ojo y quita el obstáculo que me impide ver, no otorga la vista. La potencia del alma que obra en el ojo por naturaleza, sólo ella presta la vista al ojo, una vez quitado el estorbo. De la misma manera, no le da luz al alma todo cuanto como imágenes y formas es ofrecido a los sentidos, sino que únicamente prepara y purifica al alma para que, en su parte más elevada, pueda recoger puramente la luz del ángel, y junto con ella la luz divina.

Ahora bien, se dice: «Jacob quiso descansar en el lugar». Este lugar es Dios y el ser divino que otorga a todas las cosas lugar y vida y ser y orden. En este lugar el alma debe descansar en lo más elevado y más íntimo del lugar. Y en el mismo fondo donde Él tiene su propio descanso, nosotros debemos conseguir y poseer junto con Él nuestro propio descanso.

Este lugar es sin nombre, y de él nadie puede decir una palabra verdadera. Cualquier palabra que sepamos pronunciar sobre él, es más bien una negación acerca de lo que Dios no es, en vez de ser un enunciado de lo que es. Así lo reconoció un gran maestro y opinaba que cualquier cosa que él fuera capaz de decir con palabras sobre Dios, en absoluto estaría dicha con propiedad, ya que siempre contendría algún error. Por eso, se callaba y no quiso decir nunca palabra alguna, por más que otros maestros se mofaran de él. Por lo tanto, vale mucho más callar sobre Dios que hablar.

Ahora dice también: «Fue al atardecer de aquel día que Nuestro Señor se presentó a sus discípulos, diciendo: “¡La paz sea con vosotros!”».

Que nos ayude el Espíritu Santo para que lleguemos a la paz eterna y al «lugar» innominado que es el ser divino. Amén.

SERMÓN 41º

De los cinco maridos y los dos hijos

Vir meus servus tuus mortuus est.

«Una mujer le dijo al profeta: “Señor, mi marido, tu siervo, está muerto. Ahora se presentan aquellos con quienes tenemos deudas y se llevarán a mis dos hijos y les harán servirles por su deuda, y yo no tengo nada excepto un poco de aceite”. El profeta dijo: “Entonces pide prestados unos recipientes vacíos y vierte un poco en cada uno; esto crecerá y aumentará. Véndelo y salda tu deuda y redime a tus dos hijos. Con lo que sobre, aliméntate a ti y a tus dos hijos”» (Cfr. 4 Reyes 4, 1 ss.).

La chispa del entendimiento es la cabeza del alma y se la puede llamar el «marido» del alma, y es algo así como una chispa de la naturaleza divina, una luz divina, un rayo y una imagen infundida de naturaleza divina. Leemos sobre una mujer que le pidió un don a Dios (Cfr. Juan 4, 7 y 15). El primer don que da Dios, es el Espíritu Santo; en Él Dios da todos sus dones: esto es «agua viva. A quien la doy, nunca jamás tendrá sed» (Cfr. Juan 4, 10 y 13). Esta agua es gracia y luz y surge en el alma y surge adentro y se eleva y «salta hasta la eternidad» (Cfr. Juan 4, 14). «Entonces dijo la mujer: “¡Señor, dame de esa agua!” (Cfr. Juan 4, 15). Entonces dijo Nuestro Señor: “¡Tráeme a tu marido!” Entonces dijo ella: “Señor, no tengo ningún marido”. Entonces dijo Nuestro Señor: “Tienes razón; no tienes ninguno; pero has tenido cinco y el que ahora tienes, no es tuyo”» (Juan 4, 16 ss.). San Agustín opina: «¿Por qué dijo Nuestro Señor: “Tienes razón”? Él quiere decir: Los cinco maridos son los cinco sentidos; te poseyeron en tu juventud según su entera voluntad y sus apetitos. Ahora, a tu edad madura, tienes uno que no es tuyo: es el entendimiento al que no obedeces». Cuando este «marido» está muerto, las cosas andan mal. El que el alma se separe del cuerpo causa gran dolor; pero el que Dios se separe del alma, duele sobremanera. Así como el

alma le da vida al cuerpo, así Dios le da vida al alma. Del mismo modo que el alma se derrama por todos los miembros, Dios se introduce fluyendo en todas las potencias del alma y las franquea en forma tal que ellas siguen derramándole a Dios con bondad y amor sobre todo cuanto se halla cerca de ellas, para que todo esto lo perciba. Así, Él sigue fluyendo todo el tiempo, quiere decir, por encima del tiempo en la eternidad y en aquella vida en la cual viven todas las cosas. Por eso, Nuestro Señor le dijo a la mujer: «Doy el agua viva. Quien beba de esta agua, nunca jamás volverá a tener sed y vivirá la vida eterna» (Juan 4, 13 s.).

Ahora bien, dice la mujer: «Señor, mi marido, tu siervo, está muerto». «Siervo» significa lo mismo que alguien que recibe y conserva algo para su señor. Si lo guardara para sí mismo, sería un ladrón. El entendimiento es «siervo» en sentido propio antes que la voluntad o el amor. La voluntad y el amor se dirigen hacia Dios en cuanto es bueno, y si no fuera bueno, no se fijarían en Él. El entendimiento, empero, espolea hacia arriba, hacia la esencia, antes de pensar en la bondad o el poder o la sabiduría o cualquier cosa que sea contingente. No tiene en cuenta las cosas que se han añadido a Dios; lo toma a Él en Él; se hunde en el ser y toma a Dios tal como es ser puro. Y aunque Él no fuera ni sabio ni bueno ni justo, lo tomaría, no obstante, tal como es ser puro. En esto el entendimiento se parece al orden supremo de los ángeles, que contiene los tres coros: los Tronos que recogen en ellos a Dios y lo conservan en sí y Dios descansa en ellos; los Querubines que conocen a Dios y persisten en ello; los Serafines que son el fuego. A éstos se asemeja el entendimiento y conserva a Dios en sí mismo. Junto con estos ángeles, el entendimiento piensa a Dios en su vestuario, desnudo, tal como es Uno sin distinción.

Pues bien, la mujer dice: «Señor, mi marido, tu siervo, está muerto. Se presentan aquellos con quienes tenemos deudas y se llevarán a mis dos hijos». ¿Qué es lo que son los «dos hijos» del alma? San Agustín —y junto con él otro maestro pagano— habla de los dos rostros del alma. Uno está dirigido hacia este mundo y el cuerpo; en él el alma obra la virtud y el arte y la vida santifican-

te. El otro rostro está dirigido derechamente hacia Dios. En él reside perennemente la luz divina y ésta obra allí adentro por más que el alma no lo sepa, porque no se halla en su casa. Si la chispa del alma se toma pura en Dios, entonces el «marido» vive. Ahí se da el nacimiento, ahí nace el Hijo. Este nacimiento no ocurre una vez por año ni una vez por mes ni una vez por día, sino en todo momento, es decir, por encima del tiempo, en la vastedad donde no existen ni acá ni instante ni naturaleza ni pensamiento. Por eso, decimos «hijo» y no «hija».

Ahora hablaremos de los «dos hijos» en sentido diferente; quiere decir, del conocimiento y la voluntad. El conocimiento irrumpe, él primero, del entendimiento y luego, la voluntad sale de ambos. ¡De esto, nada más!...

Ahora nos referiremos en otro sentido a los «dos hijos» del entendimiento. Uno es la posibilidad, el otro es la actividad. Resulta que un maestro pagano dice: «El alma tiene en esta potencia (el entendimiento posible) la capacidad de llegar a ser espiritualmente todas las cosas». En la fuerza operante se parece al Padre y obra todas las cosas con destino a un nuevo ser. Dios hubiera querido imprimirle la naturaleza de todas las criaturas; pero ella no existía antes que el mundo. Antes de que este mundo fuera creado en sí mismo, Dios había creado todo este mundo espiritualmente en cada uno de los ángeles. El ángel posee dos conocimientos. Uno es una luz matutina, el otro una luz vespertina. La luz matutina consiste en que el ángel ve todas las cosas en Dios. La luz vespertina consiste en que ve todas las cosas a su luz natural. Si él saliera, introduciéndose en las cosas, se haría de noche. Pero resulta que él se mantiene adentro en la luz y por eso se la llama luz vespertina. Decimos que los ángeles se alegran cuando el hombre hace una buena obra. Nuestros maestros preguntan si los ángeles se afligen cuando el hombre comete un pecado. Nosotros decimos: ¡No!, porque ellos miran la justicia de Dios y ahí perciben con su mirada las cosas tales como son en Dios. Por ello no se pueden afligir. Ahora bien, el entendimiento, en cuanto potencia posible, se parece a la luz natural de los

ángeles, que es la luz vespertina. Con la fuerza operante levanta todas las cosas hasta Dios y es todas las cosas a la luz matutina.

Pues bien, la mujer dice: «Se presentan aquellos con quienes tenemos deudas y tomarán a mis dos hijos como criados». A lo cual dice el profeta: «¡Pídeles a tus vecinos unas vasijas vacías!» Estos «vecinos» son todas las criaturas y los cinco sentidos y todas las potencias del alma —y el alma abarca en sí muchas potencias que obran muy secretamente— y también los ángeles. A todos estos «vecinos» les debes «pedir prestados unas vasijas vacías».

Que Dios nos ayude para que pidamos «prestadas» muchas «vasijas vacías» y que todas ellas sean llenadas con la divina sabiduría a fin de que podamos «saldar» nuestras «deudas» y vivir eternamente con «lo que sobre». Amén.

SERMÓN 42^{o120}

Dios no es un objeto que pueda ser pensado

Quasi vas auri solidum ornatum omni lapide pretioso.

Acabo de pronunciar en latín una frase que hoy se lee en la Epístola¹²¹ y la podemos aplicar a San Agustín y a cualquier alma buena y santa: muestra cómo se asemejan a un recipiente de oro que es firme y duradero y encierra en sí la nobleza de todas las piedras preciosas (Eclesiástico 50, 10). Se debe a la nobleza de los santos el que no sea posible caracterizarlos con una sola analogía; por eso se los compara con los árboles y el sol y la luna. Y así se asimila aquí a San Agustín con un recipiente de oro que es firme y durable y encierra en sí la nobleza de todas las piedras preciosas. Y lo mismo puede decirse, conforme a la verdad, de cualquier alma buena y santa que ha renunciado a todas las cosas y las toma allí donde son eternas. Quien deja las cosas en cuanto son accidentes, las posee allí donde son eternas y substancia pura.

Cualquier recipiente posee dos características: recibe y contiene. Los recipientes espirituales y los recipientes materiales son diferentes. El vino se halla en el barril, mas el barril no se encuentra en el vino, y éste tampoco está en el barril, es decir, en las duelas; pues si estuviera en el barril, o sea, en las duelas, no se lo podría beber. ¡Muy distintas son las cosas con respecto al recipiente espiritual! Todo cuanto se recibe ahí, está dentro del recipiente, y el recipiente se halla en ello, y ello es el recipiente mismo. Todo cuanto recoge el recipiente espiritual es de su naturaleza. La naturaleza de Dios consiste en entregarse a toda alma buena, y la naturaleza del alma consiste en recibir a Dios; y esto se puede afirmar con propósito a lo más noble que el alma es

¹²⁰ En los encabezamientos se dice: «Para el día de San Agustín o en el día de un confesor».

¹²¹ En el misal de la Orden de los Predicadores.

capaz de realizar. Ahí, el alma lleva la imagen de Dios y es igual a Dios. No puede haber imagen sin igualdad, pero sí puede haber igualdad sin imagen. Dos huevos son igualmente blancos y, sin embargo, uno no es la imagen del otro; pues aquello que ha de ser la imagen de otro, debe haber surgido de su naturaleza, la del otro, y haber nacido de él y ser igual a él.

Toda imagen tiene dos propiedades: una consiste en que recibe su ser en forma inmediata, espontánea, de aquello cuya imagen es, pues tiene natural salida y brota de la naturaleza como la rama del árbol. Cuando el rostro se ubica delante del espejo, tiene que ser reflejado por él, quiéralo o no. Mas, la naturaleza no se configura en la imagen del espejo; pero sí la boca y la nariz y los ojos y toda la formación del rostro, éstos sí se reflejan en el espejo. Mas Dios se ha reservado para sí solo —cualquiera que sea la cosa en la cual refleja su imagen— que allí refleje de una sola vez y espontáneamente la imagen de su naturaleza y de todo cuanto Él es y que puede realizar, porque la imagen le fija una meta a la voluntad, y la voluntad sigue a la imagen, y la imagen es la primera en emanar de la naturaleza y atrae hacia su interior todo cuanto pueden realizar la naturaleza y el ser; y la naturaleza se derrama por completo en la imagen y, sin embargo, permanece totalmente en sí misma. Porque los maestros no ubican la imagen en el Espíritu Santo sino en la persona del medio, ya que el Hijo constituye el primer efluvio violento desde la naturaleza; por eso se llama propiamente una imagen del Padre, pero no es así con el Espíritu Santo. Éste es solamente un florecimiento que parte del Padre y del Hijo y posee, sin embargo, una sola naturaleza con ambos. Y, pese a ello, la voluntad no es mediadora entre la imagen y la naturaleza; Ciertamente, en este aspecto ni el conocimiento ni el saber ni la sabiduría pueden ser mediadores, porque la imagen divina prorrumpe inmediatamente de la fecundidad de la naturaleza. Pero sí existe en este caso un mediador de la sabiduría, lo es la imagen misma. Por eso, el Hijo se llama en la divinidad la Sabiduría del Padre.

Debéis saber que la simple imagen divina, que está impresa en el alma en lo más íntimo de la naturaleza, se recibe inmediatamente; y lo más íntimo y lo más noble que existe en la naturaleza divina, se configura por excelencia en la imagen del alma, y allí no es mediadora ni la voluntad ni la sabiduría, como dije antes: si allí la sabiduría es mediadora, entonces es la imagen misma. Allí, Dios se halla sin mediación en la imagen, y la imagen se encuentra sin mediación en Dios. Mas, Dios se halla en la imagen mucho más noblemente de lo que la imagen se encuentra en Dios. Allí, la imagen no toma a Dios en su carácter de Creador sino en cuanto ser racional, y lo más noble de la naturaleza divina se configura por excelencia en la imagen. Es ésta una imagen natural de Dios que Él imprimió de modo natural en todas las almas. Ahora bien, más que esto no le puedo conceder a la imagen; si le concediera algo más tendría que ser Dios mismo, y esto no es así porque entonces Dios no sería Dios.

La segunda propiedad de la imagen la debéis percibir en la igualdad de la imagen. Y a este respecto fijaos especialmente en dos puntos. Uno consiste en que la imagen no existe por sí misma ni está para sí misma. Así como la imagen percibida por la vista, no proviene de la vista y no tiene su ser en el ojo, sino que depende únicamente de aquello cuya imagen es y a lo que está apegado. Por eso no existe ni por sí misma ni está para sí misma, sino que proviene por antonomasia de aquello cuya imagen es, y le pertenece totalmente, y toma de ello su ser y es el mismo ser.

¡Prestad atención! Aquello que es en verdad una imagen, lo debéis percibir por cuatro puntos; es posible que haya más. La imagen no existe por sí misma, no está para sí misma; proviene únicamente de aquello cuya imagen es, y le pertenece con todo cuanto es. No pertenece a lo que es ajeno a aquello cuya imagen es, ni proviene de ello. La imagen toma su naturaleza inmediatamente de aquello cuya imagen es, y constituye con ello un solo ser, y es el mismo ser. Al decirlo no he hablado de las cosas que han de explicarse exclusivamente en el colegio universitario; uno

puede expresarlas muy bien también desde el púlpito con fines didácticos.

Os preguntáis frecuentemente cómo debéis vivir. Habéis de conocerlo aquí con todo empeño. Escucha: debes vivir exactamente así como acabo de decir de la imagen. Debes existir por Él y para Él y no debes hacerlo por ti ni para ti ni para nadie. Ayer, cuando llegué a este convento vi una cripta donde crecían salvia y otras hierbas, y entonces pensé: Aquí yace el querido amigo de una persona y por ello ésta quiere mucho más a este sitio. Quien quiere a un amigo, ama todo cuanto pertenece a él y no le gusta lo que es desagradable a su amigo. Tomad, por ejemplo, un perro que no es sino un animal irracional. Le tiene tanta lealtad a su amo que odia todo cuanto es desagradable a su señor, y quiere a quien es amigo de su amo sin fijarse en la riqueza o la pobreza de aquél. Por cierto, si hubiera un perro ciego adicto a su amo, le tendría más amor que a un rey o emperador que fuera desagradable para su señor. Digo de acuerdo con la verdad: Si fuera posible que el perro con una mitad de su ser pudiera ser desleal a su amo, tendría que odiarse a sí mismo con la otra mitad porque tiene que odiar todo cuanto es desagradable para su señor.

Pero algunas personas se duelen que Dios no les dé ni ensimismamiento ni recogimiento ni dulzura ni consuelo especial. De veras, esa gente aún anda muy equivocada; uno bien puede dejarlo pasar, mas no es lo mejor. Digo conforme a la verdad: Mientras se está configurando en tu interior algo que no es el Verbo eterno o que, desde el Verbo eterno, mira hacia fuera, por bueno que sea, realmente está mal. Por ello es un hombre justo solamente aquel que ha aniquilado todas las cosas creadas y se halla orientado en línea recta hacia el Verbo eterno, sin dirigir en absoluto las miradas hacia fuera, y que está configurado en el Verbo eterno y tiene configurada su imagen según la justicia. El hombre recibe allí donde recibe el Hijo y es el hijo mismo. Dice un escrito: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mateo 11, 27) y, en consecuencia, si queréis conocer a Dios, debéis no sólo asemejaros al Hijo, sino ser el Hijo mismo.

Mas, algunas personas pretenden mirar a Dios con su propia vista como miran una vaca, y quieren amar a Dios como aman una vaca. A ésta la amas por la leche y los quesos y por tu propio provecho. Así hacen todos aquellos que aman a Dios por las riquezas exteriores o por el consuelo interior; y éstos no aman a Dios como corresponde, sino que aman su propio provecho. Además digo en verdad: Todo aquello que pretendes en tus pensamientos, lo que deseas y que no es Dios en sí mismo, nunca puede ser tan bueno como para no ser un impedimento en tu aproximación a la suprema verdad.

Y según afirmé antes: Así como San Agustín es comparado con un recipiente de oro que está cerrado por debajo y abierto hacia arriba, ¡mira!, así debes ser tú: si quieres hallarte junto a San Agustín y en medio de la santidad de todos los santos, tu corazón debe estar cerrado para cuanto tiene cualidad de creado y aprehender a Dios tal como es en sí mismo. Por eso, los varones son equiparados a las potencias superiores, porque están todo el tiempo con la cabeza descubierta, y las mujeres a las potencias inferiores, porque tienen la cabeza siempre cubierta. Las potencias superiores se hallan por encima del tiempo y del espacio y se originan en la esencia del alma; y a causa de ello se las parangona con los varones, ya que se mantienen siempre descubiertas. De ahí que su obra sea eterna. Dice un maestro¹²² que todas las potencias inferiores del alma, en cuanto han tocado el tiempo o el espacio, han perdido en la misma medida su pureza virginal y nunca pueden ser desnudadas y cernidas tan perfectamente para que lleguen a entrar alguna vez en las potencias superiores; sin embargo, obtienen una impresión de esa imagen parecida.

Debes ser constante y firme, esto significa: debes mantenerte ecuánime en el amor y el dolor, en la dicha y la desdicha, y debes poseer la nobleza de las gemas, eso quiere decir, que todas las virtudes tienen que hallarse en tu corazón y emanar de ti según su esencia. Tú habrás de atravesar y sobrepasar todas las virtudes y

¹²² Cfr. Avicena, *De anima* IV c. 2.

tomarás la virtud sólo en ese fondo primigenio donde es una sola con la naturaleza divina. Y cuanto más te halles unido con la naturaleza divina que el ángel, tanto más habrá de recibir él por tu intermedio. Que Dios nos ayude a que lleguemos a ser uno. Amén.

SERMÓN 43¹²³

Del verdadero desapego

Qui audit me.

Las palabras que acabo de pronunciar en latín, las dice la eterna Sabiduría del Padre, y rezan así: «Quien me escucha a mí, no se avergüenza» —si se avergüenza de algo, entonces se avergüenza de avergonzarse—. «Quien obra en mí no peca. Quien me revela e irradia, obtendrá la vida eterna» (Eclesiástico 24, 30 y 31). De estas tres frases que acabo de decir, cada una daría margen para un sermón.

Me referiré primeramente al hecho de que la Sabiduría eterna dice: «Quien me escucha a mí, no se avergüenza». Quien ha de escuchar la eterna Sabiduría del Padre, tiene que hallarse adentro y estar en su casa y ser una sola cosa, luego podrá escuchar la eterna Sabiduría del Padre.

Tres son las cosas que nos impiden escuchar la palabra eterna. La primera es la corporalidad, la segunda la multiplicidad, la tercera la temporalidad. Si el hombre hubiera ido más allá de estas tres cosas, viviría en la eternidad y en el espíritu y en la unidad y en el desierto, y allí escucharía la palabra eterna. Nuestro Señor dice ahora: «Nadie escuchará mi palabra ni mi doctrina si no ha renunciado a sí mismo» (Cfr. Lucas 14, 26). Pues, quien ha de escuchar la palabra de Dios, debe estar completamente desasido. Lo mismo que escucha, es lo mismo que es escuchado en la Palabra eterna. Todo lo que enseña el Padre eterno, es su esencia y su naturaleza y su entera divinidad; todo esto nos lo revela a la vez en su Hijo unigénito y nos enseña que somos el mismo hijo. El hombre que se hubiera desasido tanto de sí mismo que fuese el hijo unigénito, poseería lo que posee el Hijo unigénito. Cuanto

¹²³ En un encabezamiento se dice: «En la Fiesta de la Concepción o del Nacimiento de Nuestra Señora».

obra Dios y cuanto enseña, lo obra y enseña todo en su Hijo unigénito. Dios hace todas sus obras para que seamos el hijo unigénito. Cuando Dios ve que somos el hijo unigénito, Dios se inclina afanosamente hacia nosotros y se apresura y hace como si su ser divino se quisiera quebrar y deshacer en sí mismo, para revelarnos todo el abismo de su divinidad y la plenitud de su ser y de su naturaleza; Dios está apurado para que eso sea propiedad nuestra tal como lo posee Él. Ahí Dios siente el gozo y el deleite en su plenitud. Tal hombre se halla inmerso en el conocimiento y el amor de Dios y no será sino lo que es Dios mismo.

Amas a todos los hombres como a ti mismo, si te amas a ti mismo. Mientras tienes menos amor a un solo hombre que a ti mismo, nunca has llegado a amarte de veras, con tal de que no ames a todos los hombres como a ti mismo, a todos los hombres en un solo hombre: y este hombre es Dios y hombre. De modo que está en el buen camino el hombre que se ama a sí mismo y ama a todos los hombres como a sí mismo; éste sí va por buen camino. Pero algunos dicen: Prefiero a mi amigo que me hace el bien, a otro hombre. Eso está mal, es una imperfección. Sin embargo, hay que dejarlo pasar, así como alguna gente cruza el mar a medio viento y llega también a destino. Así sucede con las personas que prefieren un hombre a otro; es natural. Si yo lo amara en verdad como a mí mismo, cualquier cosa que le pasara, fuera alegría o pena, ya fuera muerte o vida, todo esto me gustaría tanto si me acaeciera a mí como a él, y ésta sería verdadera amistad.

Por eso San Pablo dice: «Quisiera estar apartado eternamente de Dios por amor de mi amigo y de Dios» (Cfr. Romanos 9, 3). Apartarse de Dios por un instante significa estar apartado de Dios eternamente; y apartarse de Dios implica una pena infernal. ¿Qué insinúa, pues, San Pablo con esta palabra, diciendo que quería estar apartado de Dios? Los maestros se preguntan si San Pablo en ese momento sólo estaba en camino hacia la perfección o si ya era del todo perfecto. Digo que su perfección ya era completa; de

otro modo no habría podido decirlo. Voy a interpretar esa palabra dicha por San Pablo según la cual quería estar apartado de Dios.

Renunciar a Dios por amor de Dios es lo más elevado y extremo a lo que puede renunciar el hombre. Pues bien, San Pablo renunció a Dios por amor de Dios, renunció a todo cuanto podía tomar de Dios y renunció a todo cuanto Dios podía darle y a todo cuanto podía recibir de Dios. Renunció a Dios por amor de Dios, cuando renunció a ello, y entonces Dios quedó para él tal como es esencialmente en sí mismo y no según su modo de ser recibido o conquistado, sino en su esencia primigenia que es Dios en sí mismo. Él nunca le dio nada a Dios, ni recibió jamás nada de Dios; se trata de una sola cosa y una unión pura. Allí, el hombre es hombre verdadero y en tal hombre no entra ninguna pena, como tampoco puede entrar en el ser divino; según ya he dicho varias veces que hay en el alma un algo tan afín a Dios que es uno sin estar unido. Es uno, no tiene nada en común con nada, ni le resulta común ninguna cosa de todo cuanto ha sido creado. Todo lo creado es una nada. Esto de que hablo está alejado de toda criaturidad y le resulta ajeno. Si el hombre fuera exclusivamente así, sería completamente increado e increable; si todo lo que es corpóreo y achacoso, se hallara así comprendido en la unidad, no se distinguiría de la unidad misma. Si estuviera por un solo instante en este ser, cuidaría tan poco de mí mismo como de un gusanito de estiércol.

Dios provee a todas las cosas en igual medida, y así como emanar de Dios son iguales. Verdaderamente, en su primera emanación los ángeles y los hombres y todas las criaturas fluyen de Dios como iguales. Así pues, quien tomara las cosas en su primera emanación, las tomaría todas como iguales. Si son así iguales en el tiempo, son todavía mucho más iguales en Dios, en la eternidad. Cuando se toma una mosca en Dios, en cuanto tomada en Dios es más noble que el ángel supremo en sí mismo. Así resulta que en Dios todas las cosas son iguales y son Dios mismo. En esa igualdad, Dios se complace tanto que su naturaleza y su ser se desahogan completamente en la igualdad consigo mismo. Le

resulta tan placentero como si alguien dejara correr un corcel por una campiña verde que fuera totalmente lisa y llana: correspondería a la naturaleza del corcel que se desahogara por completo y con toda su fuerza mientras corriera por la campiña; le sería placentero y estaría de acuerdo con su naturaleza. Del mismo modo es placentero para Dios y le da satisfacción encontrar la igualdad. Le resulta placentero verter su naturaleza y su ser por completo en la igualdad, ya que Él es la igualdad misma.

Con respecto a los ángeles se suele preguntar, si los que viven con nosotros y nos sirven y nos guardan, si tienen de algún modo menos igualdad en cuanto a sus alegrías que aquellos que se hallan en la eternidad, o si, debido a su actividad de guardarnos y servirnos, experimentan alguna pérdida. Yo digo: ¡No, en absoluto! Su alegría y su igualdad por ello no son menores; porque la obra del ángel es la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios es la obra del ángel; por eso no sufre ningún menoscabo en cuanto a su alegría, a su igualdad y a sus obras. Si Dios le mandara al ángel que se fuera a un árbol y le quitara las orugas, el ángel estaría dispuesto a quitar las orugas y eso constituiría su felicidad y sería la voluntad divina.

El hombre que de ese modo se conserva apegado a la voluntad de Dios, no quiere nada fuera del ser divino y de la voluntad de Dios. Si estuviera enfermo, no querría estar sano. Toda pena es una alegría para él, toda multiplicidad es para él una sencillez y unidad, siempre y cuando se conserve apegado a la voluntad de Dios como es debido. Así, aunque se vinculara a ello el suplicio infernal, sería para él una alegría y una felicidad. Es libre y se ha desasido de sí mismo y debe ser libre de todo cuanto ha de recibir. Para que mi ojo vea el color, debe ser libre de todo color. Si veo el color azul o el blanco, entonces la vista que ve el color, o sea justo aquello que ve, es lo mismo que es visto por el ojo. El ojo con el cual veo a Dios, es el mismo ojo con el cual me ve Dios; mi ojo y el de Dios son un solo ojo y una sola visión y un solo conocer y un solo amar.

El hombre que se conserva así apegado al amor de Dios, debe haber muerto para sí mismo y para todas las cosas creadas, de tal modo que se fija tan poco en sí mismo como en alguien que se encuentra a más de mil millas de distancia. Tal hombre permanece en la igualdad y permanece en la unidad y permanece completamente igual: dentro de él no cabe ninguna desigualdad. Este hombre debe haberse desasido de sí mismo y de todo este mundo. Si hubiera un hombre a quien perteneciera todo este mundo y él lo dejara por amor de Dios tan desnudo como lo había recibido, a tal hombre Nuestro Señor le devolvería todo este mundo y le daría también la vida eterna. Y si hubiera otra persona que no poseyera nada más que una buena voluntad y pensara: Señor, si este mundo fuera mío y si tuviera otro más y un tercero —serían tres en total— y si expresara el deseo: Señor, voy a desasirme de éstos y de mí mismo con la misma desnudez con que los he recibido de ti, a tal hombre Dios le daría exactamente lo mismo que si lo hubiera ofrecido todo con sus manos. Pero otro hombre que no poseyera nada, ni corpóreo ni espiritual, para renunciar a ello u ofrecerlo, éste habría renunciado a más que ningún otro. Quien renunciara a sí mismo del todo por un instante, a éste se le daría todo. Si, en cambio, un hombre se hubiera desasido durante veinte años y volviera a agarrarse a sí mismo por un solo instante, entonces resultaría que nunca se había desasido. El hombre que ha renunciado y está desasido y que nunca jamás por un solo instante mira aquello a que ha renunciado, y que persevera, inmóvil, en sí mismo e inmutable, sólo este hombre está desasido.

Que Dios y la eterna Sabiduría nos ayuden para que seamos tan perseverantes e inmutables como el Padre eterno. Amén.

SERMÓN 44º

Del correcto desapego a la voluntad propia

Qui mihi ministrat, me sequatur, et ubi ego sum, illic et minister meas erit.

Nuestro Señor Jesucristo dijo estas palabras: «Quien me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará mi servidor junto conmigo» (Cfr. Juan 12, 26). En estas palabras se pueden notar tres cosas.

Una consiste en que se ha de seguir y servir a Nuestro Señor por cuanto Él dice: «Quien me sirve, que me siga». Por ello, dice Crisóstomo¹²⁴: Estas son palabras duras para quienes se inclinan hacia este mundo y las cosas corpóreas, las cuales, para ellos, son una posesión muy dulce y les es amargo y difícil dejarlas. En esto se puede ver lo arduo que resulta a algunas personas, que no conocen las cosas espirituales, renunciar a las materiales. Las palabras de este pasaje de Juan vienen a propósito para San Segundo, cuyo nombre dice lo mismo que «el que sigue a Dios»¹²⁵, pues San Segundo dejó sus bienes y vida, por amor de Dios. Así, todos cuantos quieren seguir a Dios, tendrán que dejar cuanto puede ser un obstáculo para su trato con Dios. Como he dicho muchas veces: ¿Por qué a los oídos no les gustan las cosas dulces lo mismo que a la boca? Porque no están hechos para ello. Por la misma razón, el hombre carnal no conoce las cosas espirituales, ya que no tiene la disposición correspondiente. Pero a un hombre conocedor de las cosas espirituales, le resulta fácil dejar las cosas corpóreas.

Como ya he contado varias veces, un maestro le enseñó a su discípulo cómo podía llegar a conocer las cosas espirituales. Entonces dijo el discípulo: «Maestro, tu instrucción me ha enalte-

¹²⁴ Cfr. Chrysostomus, *Tractatus super Oratione Dominica* n. 4.

¹²⁵ Cfr. Isidorus Hispalensis, *Etymologiae* X n. 257.

cido y sé que todas las cosas materiales son como un barquito que se mece en el mar, y como un pájaro que vuela por el aire». Porque todas las cosas espirituales están por encima de las materiales; cuanto más elevadas están, tanto más se extienden y van comprendiendo a las cosas materiales. Por eso, las cosas materiales son pequeñas frente a las espirituales; y cuanto más elevadas son las cosas espirituales, tanto más grandes son; y cuanto más vigorosas son en las obras, tanto más puras son en su esencia. San Dionisio dice¹²⁶ que Dios pone en venta su reino de los cielos; y no hay cosa de tan poco valor como el reino de los cielos cuando está en venta, y nada es tan noble y su posesión hace tan feliz con tal de que se lo tenga merecido. Se dice que es de poco valor porque se le da a cada cual por cuanto él sea capaz de administrar. Por ello, el hombre ha de dar todo cuanto posee a cambio del reino de los cielos: sobre todo, su propia voluntad. Mientras conserva algo de su propia voluntad, no tiene merecido el reino de los cielos. A quien renuncia a sí mismo y a su propia voluntad, le resulta fácil dejar todas las cosas materiales. Lo he dicho varias veces también, y es cierto y un enunciado verdadero: Si un hombre estuviera muriendo de hambre y si se le ofreciese la mejor de las comidas, sin que hubiera en ella semejanza con Dios, él, antes de probar o gustar la comida, se moriría de hambre. Y, si el hombre sintiera un frío mortal y se le ofreciese cualquier clase de vestimenta, sin que en ella hubiera semejanza con Dios, él no podría echarle mano ni ponérsela. Esto se refiere al primer punto de cómo hay que dejar todas las cosas y seguir a Cristo.

Segundo: de qué manera debemos servir a Nuestro Señor. El señor David dice: «Dios es mi Señor, quiero servirlo» (Cfr. Josué 24, 18 y 24), porque Él me ha servido y en todos sus servicios no me necesitaba, sino que lo ha hecho sólo para mi provecho; así yo he de servirlo por mi parte, únicamente buscando su gloria. Otros señores no proceden así; buscan su propio beneficio al prestarnos servicios, porque nos sirven sólo para aprovecharse de nosotros.

¹²⁶ Dionysius Areopagita, *De div. nom.* c. 5 § 2.

Por eso, no estamos obligados a prestarles grandes servicios; la retribución debe ser proporcional a la magnitud y nobleza del servicio. San Agustín también dice¹²⁷: «Un servidor leal es aquel que no busca en todas sus obras nada más que sólo la gloria de Dios».

El tercer punto consiste en que nos fijemos en esa recompensa, o sea en lo que dice Nuestro Señor: «Donde estoy yo, mi servidor habrá de estar conmigo » (Cfr. Juan 12, 26). Cuando Nuestro Señor se transfigurara en la montaña y les mostrara un símil de la claridad que hay en el cielo, San Pedro pidió a Nuestro Señor que permanecieran allí eternamente (Cfr. Mateo 17, 1 a 4; Marcos 9, 1 a 4; Lucas 9, 28 a 33). Deberíamos tener un anhelo desmedidamente grande de llegar a la unión con Nuestro Señor y Dios. Esta unión con Nuestro Señor y Dios se ha de conocer sobre la base de la siguiente instrucción: Así como Dios es trino en las personas, así es uno por naturaleza. De ese modo también hay que comprender la unión de Nuestro Señor Jesucristo con su Padre y con el alma.

¿Dónde está la morada de Nuestro Señor Jesucristo? Ella se halla en el ser-uno con su Padre. Es una recompensa demasiado grande el que todos cuantos lo sirven, habrán de habitar en unión con Él. Por eso San Felipe dijo, cuando Nuestro Señor hablara de su Padre: «Señor, muéstranos a tu Padre y nos basta» (Cfr. Juan 14, 8), como si quisiera afirmar que le bastaba la mera visión. Debemos sentirnos mucho más contentos empero por habitar en unión con Él.

Así como se distingue entre el blanco y el negro —el uno no puede tolerar al otro, el blanco no es negro— también así ocurre con el algo y la nada. Nada es aquello que no puede tomar nada de nada; algo es aquello que recibe algo de algo. Exactamente así sucede con Dios: aquello que es algo, se halla siempre en Dios, allí no falta nada de ello. Cuando el alma es unida a Dios, tiene en Él todo cuanto es algo, en su entera perfección. Allí, el alma se

¹²⁷ Cfr. Agustín, *Confess. X* c. 26 n. 37.

olvida de sí misma —tal como es en sí misma— y de todas las cosas y se reconoce como divina en Dios, por cuanto Dios se encuentra en ella; y hasta ese punto se ama en Él a sí misma como divina y está unida con Él sin diferencia de modo que no goza ni se alegra de nada a excepción de Él. ¿Qué más quiere querer o saber el hombre cuando se halla unido con Dios con tanta felicidad? Dios creó al hombre para esta unión.

Cuando el señor Adán infringiera el mandamiento, fue echado del paraíso. Entonces, Nuestro Señor puso delante del paraíso a dos custodios: un ángel y una espada llameante que era de doble filo (Cfr. Génesis 3, 23 ss.). Esto significa dos cosas mediante las cuales el hombre puede volver al cielo así como cayó de él. La primera: por medio de la naturaleza del ángel. San Dionisio dice¹²⁸: «La naturaleza angelical es lo mismo que la revelación de la luz divina». Con los ángeles, y por medio de los ángeles y la luz divina, el alma ha de dirigirse otra vez hacia Dios hasta que regrese al origen primigenio... Segundo: por medio de la espada llameante, esto quiere decir que el alma ha de volver por medio de buenas obras y divinas, hechas con amor ardiente por Dios y el hermano en Cristo¹²⁹.

Que Dios nos ayude para que nos ocurra esto. Amén.

¹²⁸ Se remite a Dionysius Areopagita, *De cael. hier.* c. 3 § 2; c. 4 § 2.

¹²⁹ Eckhart habla otra vez del «co-cristiano» = «ebenkristen».

SERMÓN 45º

Quien no lo comprenda ¡que no se preocupe!

Dice un maestro: si faltara cualquier medio separador entre yo y el muro, entonces estaría yo junto al muro, mas no me hallaría dentro del muro. En las cosas espirituales no es así, porque una cosa siempre se encuentra dentro de otra; lo que recibe es lo que es recibido, porque no recibe nada fuera de sí mismo. Éste es un asunto sutil. A quien lo entiende ya no le hacen falta los sermones. Mas diré un poco más de la imagen del alma.

Son muchos los maestros que opinan que esta imagen ha nacido de la voluntad y del conocimiento, mas no es así; antes bien, digo que esta imagen es expresión de sí misma sin la voluntad y sin el conocimiento. Os traeré a relación un símil: que pongan un espejo delante de mí: me reflejo en el espejo, quiéralo o no, sin voluntad ni conocimiento de mí mismo. Esta imagen no proviene del espejo y tampoco proviene de sí misma, esta imagen se fundamenta más que nada en aquel de quien tiene su esencia y su naturaleza. Cuando el espejo ya no se halla delante de mí, no me reflejo más en él, porque yo mismo soy la imagen.

Otro símil más: Cuando una rama brota de un árbol, lleva tanto el nombre como la esencia del árbol. Aquello que brota es lo mismo que permanece adentro, y aquello que permanece adentro es lo mismo que brota. Así pues, la rama es la expresión de sí misma.

Lo mismo digo también de la imagen del alma: Aquello que sale es lo mismo que lo que permanece dentro, y aquello que permanece dentro es lo mismo que lo que sale. Esta imagen es el Hijo del Padre y esta imagen soy yo mismo y esta imagen es la sabiduría. Dios sea alabado por ello ahora y por siempre jamás. Amén. Quien no lo comprenda ¡que no se preocupe!

SERMÓN 46¹³⁰

Ni has de hacer ni dejar de hacer...

Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quae suxisti.

Se lee hoy en el Evangelio que «una mujer, una hembra, dijo a Nuestro Señor: “Bienaventurado es el seno que te llevó y bienaventurados son los pechos que mamaste”. A lo cual respondió Nuestro Señor: “Dices la verdad. Bienaventurado es el seno que me llevó y bienaventurados son los pechos que mamé. Pero, mayor aún es la bienaventuranza del hombre que oye mi palabra y la guarda”» (Cfr. Lucas 11, 27 ss.).

¿Qué es lo que oye «quien escucha la palabra divina»? Dos cosas se encuentran unidas en la persona de Cristo: Dios verdadero y hombre verdadero, un solo Cristo: es ésta la palabra que escucha íntegramente quien escucha la palabra de Dios y la guarda con toda perfección. Escucha a Cristo nacido del Padre en completa igualdad con el Padre y habiendo adoptado nuestra humanidad.

Ahora fijaos atentos en esta palabra que dijo Cristo: «Mayor es la bienaventuranza del hombre que escucha mi palabra y la guarda; antes que el seno que me llevó y de los pechos que mamé». Si yo hubiera dicho estas palabras y fueran las mías propias, según las cuales es más bienaventurado aquel que escucha la palabra de Dios y la guarda, de lo que lo es María a causa del Nacimiento por el cual es la madre carnal de Cristo... repito, si yo lo hubiera dicho la gente se sorprendería. Pero resulta que lo dijo Cristo mismo. Por eso hay que creérselo a Él en cuanto verdad, porque Cristo es la Verdad.

¹³⁰ En el encabezamiento de un manuscrito se dice: «Para la Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora».

San Gregorio nos da cuatro puntos¹³¹ que debe guardar el hombre que ha de «escuchar y guardar la palabra de Dios». El primero es que se debe haber mortificado él mismo con respecto a todo deseo carnal, habiendo destruido en su fuero íntimo todas las cosas perecederas y él mismo también debe estar muerto para todo lo perecedero. Segundo, que se halle totalmente y para siempre elevado hasta Dios con conocimiento, amor y con ternura verdadera e íntegra. El tercer punto consiste en que no le haga a nadie lo que le apenaría que se lo hicieran a él. El cuarto punto implica que sea generoso en cuanto a las cosas materiales y bienes espirituales, que generosamente lo dé todo.

Hay muchas personas que aparentan dar y en verdad no lo hacen. Son aquellos que dan sus dones a quienes tienen más que ellos del don que dan, donde acaso ni se apetece ese regalo o, donde aspiran que a cambio de su don se les haga algún servicio o se les devuelva algo en cambio o se les reverencie. El don de semejante gente se llamaría más propiamente una petición en vez de un don porque, en verdad no dan nada. Jesucristo Nuestro Señor era libre y pobre en todos sus dones que caritativamente nos dio. En todos sus dones no buscó nada suyo, es más, aspiraba sólo a la loa y gloria del Padre y a nuestra bienaventuranza y, por el amor verdadero se entregó Él mismo a la muerte. El hombre, pues, que quiere dar por amor de Dios, ha de dar los bienes materiales puramente por Dios, de modo que no piense en recibir ni un servicio ni una retribución ni honras perecederas; y que no busque para sí nada que no sea la loa y la honra de Dios, y que por amor de Dios ayude a su prójimo necesitado de alguna cosa para su sustento. Y del mismo modo habrá de dar también los bienes espirituales allí donde sabe que su hermano en Cristo los recibe de buen grado para corregir así su vida por amor de Dios, y no ha de apetecer ni agradecimiento ni recompensa de ese hombre ni ventaja alguna y tampoco debe pedir ninguna recompensa de parte de Dios por el servicio prestado, excepto que Dios sea

¹³¹ Cfr. Gregorio Magno, *Hom in Evang.* I hom. 18 n. 1.

alabado. De tal modo debe mantenerse libre con respecto a su donación, tal como Cristo permaneció libre y pobre con respecto a todos sus dones que nos dio. Dar de este modo significa dar en realidad. Quien cumple con estos cuatro puntos, puede confiar de veras en que ha escuchado y también guardado la palabra de Dios.

Toda la santa Cristiandad le atribuye gran honra y dignidad a Nuestra Señora por haber sido la madre carnal de Cristo y así debe ser. La santa Cristiandad implora su gracia y ella puede obtenerla de Dios y esto corresponde. Mas, tanta honra e incontablemente más recibe el hombre que escucha y guarda la palabra divina. Si la santa Cristiandad le rinde honores tan grandes a Nuestra Señora, como corresponde, mucha más alabanza y honor puede rendir la santa Cristiandad a aquel hombre que ha escuchado y guardado la palabra divina porque, según dijo Cristo mismo, él es todavía más bienaventurado de lo que es Nuestra Señora por el mero hecho de ser la madre carnal de Cristo.

Este preámbulo os lo he dicho para que os concentréis. Perdonadme por haberos detenido. Ahora voy a predicar sobre tres pasajes del evangelio. El primero dice: «Bienaventurado aquel que escucha y guarda la palabra de Dios». El otro afirma: «Si el grano de trigo no cae a tierra y no muere allí, queda solo. Pero, si cae a tierra y muere allí, produce cien veces más fruto» (Juan 12, 24 ss.). El tercero, en el que Cristo dice: «Entre los hijos nacidos de mujer, nadie es mayor que Juan Bautista» (Cfr. Mateo 11, 11).

De momento hablo del primer pasaje. Y dijo Cristo: «Bienaventurado es aquel que escucha y guarda la palabra de Dios». ¡Prestad atención! El Padre mismo no escucha nada fuera del susodicho Verbo, no conoce nada más que este Verbo, no dice nada más que este mismo Verbo, no engendra nada más que este mismo Verbo. En este mismo Verbo escucha el Padre y conoce el Padre y engendra a sí mismo y también a este mismo Verbo y a todas las cosas y a su divinidad totalmente hasta el fondo, a sí mismo de acuerdo con la naturaleza, y a este Verbo con la misma naturaleza en otra persona. En esta vida, el padre carnal le comunica su

naturaleza a su hijo, mas no le da su propia vida ni su propio ser porque el hijo tiene otra vida y un ser distinto del que tiene el padre. Este hecho se demuestra por lo siguiente: El padre puede morir y el hijo, vivir; o el hijo puede morir y el padre vivir. Si los dos tuvieran una sola vida y un solo ser tendría que suceder necesariamente que ambos muriesen o viviesen juntos, ya que la vida y el ser de ambos sería uno solo. Pero no es así. Y por eso, cada uno es ajeno al otro y están diferenciados en cuanto a vida y ser. Si saco el fuego de un lugar y lo coloco en otro, por más que sea fuego, se halla dividido: éste puede arder y aquél apagarse, o éste puede apagarse y aquél arder; y por ende, no es ni uno solo ni eterno. Pero, el Padre en el reino de los cielos te da su Verbo eterno y en el mismo Verbo te da su propia vida y su propio ser y su divinidad toda, porque el Padre y el Verbo son dos personas y una sola vida y un solo ser indiviso.

Cuando el Padre te recoge en esta misma luz para que tú contemples, de modo cognoscitivo, a esta luz en esta luz de acuerdo con la misma peculiaridad con la cual Él, con su poder paterno, se conoce en este Verbo a sí mismo y a todas las cosas así como conoce al mismo Verbo, según la razón y la verdad, entonces te da poder para engendrar, junto a Él, a ti mismo y a todas las cosas y te concede su propio poder igual que a este mismo Verbo. Así pues, estás engendrando sin cesar, junto con el Padre por la fuerza del Padre, a ti mismo y a todas las cosas en un «ahora» presente. Dentro de esta luz, el Padre no conoce ninguna diferencia entre Él y tú y ninguna ventaja, ni menor ni mayor, que entre Él y su mismo Verbo. Porque el Padre y el mismo Verbo y tú mismo y todas las cosas son uno dentro de la luz.

¡Fijaos ahora en este modo de hablar! El Padre enuncia racionalmente con fecundidad su propia naturaleza íntegra en su Verbo eterno. No es que pronuncie el Verbo voluntariamente como un acto de voluntad, como cuando se dice o se hace algo a fuerza de voluntad y a causa de esa misma fuerza uno también podría omitirlo si quisiera. Así no son las cosas con el Padre y con su Verbo eterno sino que Él, quiéralo o no, debe pronunciar y

engendrar sin cesar este Verbo, porque se halla de manera natural junto al Padre como una raíz de la Trinidad, dentro de la naturaleza del Padre tal como es el Padre mismo. Por ello, el Padre pronuncia el Verbo voluntariamente y no por fuerza de la voluntad y naturalmente y no por fuerza de la naturaleza. En este Verbo el Padre enuncia mi espíritu, y tu espíritu, y el espíritu de cada hombre como igual al mismo Verbo. En este mismo acto de hablar tú y yo somos cada uno un hijo, por naturaleza, de Dios como lo es el mismo Verbo. Así pues, según dije antes: El Padre no conoce nada fuera de este mismo Verbo y de sí mismo y de toda la naturaleza divina y de todas las cosas en este mismo Verbo, y todo cuanto conoce en Él es igual al Verbo y es, por naturaleza, el mismo Verbo en la Verdad. Cuando el Padre te da y te revela este conocimiento, te da de veras y del todo su vida y su ser y su divinidad en la Verdad.

Ahora, voy a referirme al segundo pasaje pronunciado por Nuestro Señor: «Si el grano de trigo no cae a tierra y no muere allí, queda solo y no produce fruto. Pero, si cae a tierra y muere allí, da cien veces más fruto». «Cien veces» en sentido espiritual, significa innumerables frutos. Pero ¿qué es el grano de trigo que cae a tierra, y qué es la tierra en la cual ha de caer? Este grano de trigo es el espíritu al que se llama alma humana, y la tierra en la que ha de caer es la bendita humanidad de Jesucristo; porque ésta es el campo más noble que haya sido creado jamás de tierra o preparado para cualquier fecundidad. A este campo lo han preparado el mismo Padre y este mismo Verbo y el Espíritu Santo. ¿Cuál era el fruto de este precioso campo de la humanidad de Jesucristo? Era su alma noble, desde el momento en que sucedió que por la voluntad divina y el poder del Espíritu Santo, la noble humanidad y el noble cuerpo fueron formados en el seno de Nuestra Señora para la salvación de los hombres; y que fue creada el alma noble, de modo que el cuerpo y el alma en un solo instante fueron unidos con el Verbo eterno. Esta unión se hizo tan rápida y verdaderamente que, tan pronto como el cuerpo y el alma se enteraron de que Cristo estaba, en ese mismo momento Él se

comprendió como naturalezas humana y divina unidas, como Dios verdadero y hombre verdadero, un solo Cristo que es Dios.

¡Fijaos en el modo de su fecundidad! Esta vez llamo a su alma un grano de trigo que caído a la tierra de su noble humanidad, pereció por el sufrimiento y la acción, por la aflicción y la muerte, según dijo Él mismo, cuando debía padecer, con estas palabras: «Mi alma está entristecida hasta la muerte» (Mateo 26, 38; Marcos 14, 34). Entonces no se refirió a su noble alma según la manera como ella contempla de modo cognoscitivo el bien supremo, con el cual se halla unido en la persona y que es Él mismo según la unión y según la persona: este bien lo contemplaba sin cesar con su potencia suprema en medio del sufrimiento máximo, tan de cerca y exactamente como lo hace ahora. Ahí adentro no podía caer ninguna tristeza ni pena ni muerte. Verdaderamente es así, porque en momentos en los que el cuerpo moría en la cruz atrozmente, su noble espíritu vivía en tal contemplación. Pero, en la medida en que el noble espíritu se hallaba racionalmente unido a los sentidos y a la vida del santo cuerpo, hasta ese punto Nuestro Señor llamaba alma a su espíritu creado, por cuanto le daba vida al cuerpo y estaba la facultad intelectual unida con los sentidos. En ese aspecto y hasta ese punto su alma «estaba entristecida hasta la muerte» junto con el cuerpo, porque el cuerpo debía morir.

Ahora hablaré de esta destrucción que el grano de trigo, su noble alma, pereció en el cuerpo de dos maneras. Primero, dio vida al cuerpo y se hallaba relacionada con los sentidos, entonces estaba junto al cuerpo cargada de trabajos y penas y molestias y angustias «hasta la muerte», de modo que ella junto al cuerpo y el cuerpo junto a ella, nunca consiguieron descanso ni comodidad ni satisfacción sin caducidad, mientras el cuerpo era mortal. Y ésta es una manera por la cual el grano de trigo, el alma noble, pereció así en cuanto a descanso y comodidad. La otra manera de su destrucción en la tierra, en el cuerpo, ocurrió cuando el alma noble, junto con el Verbo eterno, tenía una contemplación cognoscitiva de toda la naturaleza divina. A partir del primer momen-

to en que Él fue creado y unido con su naturaleza divina, el alma de Cristo pereció en la tierra, en el cuerpo, de modo que ya no tenía nada que ver con él, es decir, con su cuerpo, fuera de estar unida a él y de vivir con él. Pero su vida, si bien se realizaba con el cuerpo, estaba por encima del cuerpo en Dios, inmediatamente, sin freno alguno. De tal manera pereció en la tierra, en el cuerpo, de modo que ya nada tenía que ver con éste, fuera de estar unida a él.

¡Fijáos ahora en el fruto céntuplo e innumerable de este grano de trigo! El primer fruto consiste en que todo el sufrimiento fecundo de su santa humanidad, que soportó en esta vida por el hambre, la sed, el calor, los vientos, las lluvias, los granizos, la nieve, por muchas penas y además, por su muerte amarga; todo esto lo ofreció para honrar al Padre divino. Esto redundaba en gloria para Él mismo y en fecundidad para todas las criaturas que, con la gracia de Cristo, quieren imitarlo en su vida poniendo todos sus esfuerzos. Mirad, ésta es una forma de fecundidad de su santa humanidad y del grano de trigo que es su alma noble, la cual en esa condición se ha hecho fértil para gloria de Él mismo y para la bienaventuranza de la naturaleza humana.

La otra manera es la siguiente: ha dado loa y gloria al Padre y a toda la naturaleza divina por el hecho de que Él, con sus potencias superiores, no se apartó, ni por un momento ni por un punto de la contemplación del bien supremo, ni por causa de todo cuanto debía realizar la facultad intelectual ni por todo cuanto tenía que sufrir el cuerpo. A pesar de todo, seguía contemplando sin cesar a la divinidad con ininterrumpida alabanza, otra vez engendrada, de la dominación paterna. Esta es otra de las maneras de la fecundidad del grano de trigo desde la tierra de su noble humanidad.

Ahora acabáis de escuchar cómo el alma noble de Nuestro Señor Jesucristo se ha vuelto fecunda en su santa humanidad. Observar además cómo también el hombre ha de llegar a esta meta. Aquel hombre que intenta arrojar su alma, o sea el grano de trigo, al campo de la humanidad de Jesucristo, para que muera ahí y se vuelva fecunda, también debe perecer de dos modos. Un

modo tiene que ser espiritual, otro corpóreo. El modo espiritual que se refiere a la fecundidad del espíritu, o sea el grano de trigo, es éste: toda el hambre espiritual y la amargura, en las que lo sumerge Dios, lo habrá de soportar todo pacientemente; y aun cuando hace todo cuanto es capaz de hacer interior y exteriormente, no debe apetecer nada en recompensa. Y si Dios quisiera aniquilarlo o arrojarlo al infierno, no debería querer ni desear que Dios lo conservara en su ser o que lo librara del infierno, sino que debe dejar que Dios haga con él todo cuanto Él quiere o como si tú ni siquiera existieras: Dios ha de ser tan poderoso en todo cuanto eres tú, como en su propia naturaleza increada. Otra cosa más debe tenerse en cuenta: en el caso de que Dios te librara de la pobreza interior y te donara riqueza íntima y mercedes y te uniera con Él mismo en un grado tan alto como es capaz de experimentar tu alma, entonces deberías mantenerte tan libre de la riqueza y rendirle honor sólo a Dios, tal como tu alma se mantuvo libre cuando Dios la creó como algo desde la nada. Esta es una forma de la fecundidad que el grano de trigo, o sea el alma, ha recibido de la tierra que es la humanidad de Jesucristo, la que se mantuvo libre, por alta que fuera su fruición del sumo bien, como dijo Él mismo en contra de los fariseos: «Si buscara mi gloria, mi gloria no sería nada; busco la gloria de mi Padre que me ha enviado» (Cfr. Juan 8, 54 y 50).

Al otro modo, el corpóreo hay que entenderlo así: cuanto sufre a causa del hambre, de la sed, del frío, del calor y de que se lo desprecie y tenga que soportar muchos sufrimientos inmerecidos, cualquiera que sea la manera en que Dios lo disponga, todo esto lo habrá de aceptar de buen grado, alegremente, justo como si Dios no lo hubiera creado para nada que no fuese padecimiento e infortunio y trabajo, y no habrá de buscar y apetecer en ello cosa alguna para sí mismo, ni en el cielo ni en la tierra, y todo su sufrimiento le tendrá que parecer poco, como una gota de agua en comparación con el mar embravecido. Debes considerar tu sufrimiento así de pequeño frente al gran padecimiento de Jesucristo. De esta manera se vuelve fecundo el grano de trigo, o sea

tu alma, en el noble campo de la humanidad de Jesucristo, y perece en él de forma tal que se abandona totalmente a sí mismo. Éste es el otro de los modos, de la fecundidad del grano de trigo que ha caído al campo y a la tierra de la humanidad de Jesucristo.

La tercera parte de este sermón se refiere a lo que Nuestro Señor dijo: «Juan Bautista es grande; es el mayor que alguna vez haya nacido por entre todos los hijos de las mujeres. Pero, si alguien fuera inferior a Juan, sería mayor que él en el reino de los cielos» (Cfr. Mateo 11, 11). ¡Observad ahora lo maravillosas y peculiares que son estas palabras de Jesucristo con las que elogiaba la grandeza de Juan, que sería el mayor que hubiera nacido alguna vez del seno de una mujer! y, sin embargo dijo: «Si alguien fuera inferior a Juan, sería mayor que él en el reino de los cielos». ¿Cómo se entiende esto?

Nuestro Señor no contradice su propia palabra. Cuando elogiaba a Juan por ser mayor, quería decir que era pequeño a causa de su verdadera humildad, ésta era su grandeza. Lo sabemos por el hecho de que Cristo mismo dijera: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11, 29). Todo cuanto en nosotros son virtudes, en Dios es ser puro y su propia naturaleza. Por ello Cristo dijo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Por humilde que Juan fuera, su virtud tenía, sin embargo, una medida, y más allá de esa medida no era ni más humilde ni mayor ni mejor de lo que era. Luego Nuestro Señor dijo: «Si alguien fuera inferior a Juan, sería mayor que él en el reino de los cielos», como si quisiera decir: Si hubiera alguien que sobrepasara esa humildad, aunque fuera por un pelo o por cualquier cosa, y fuese proporcionalmente más humilde que Juan, ése sería mayor en el reino de los cielos por toda la eternidad.

¡Ahora fijaos! En el reino de los cielos no hay ningún santo tan santo ni perfecto que su vida en esta tierra, en cuanto a sus virtudes, no se haya realizado dentro de determinada medida, y según esa medida es también la jerarquía de su vida eterna, y toda su perfección en el cielo corresponde por completo a esa medida. Ni Juan ni ninguno de todos los santos nos han sido mostrados como

fin que debemos perseguir, o como meta limitada por debajo de la cual hemos de permanecer. Sólo Cristo, Nuestro Señor, es nuestro fin, a Él hemos de seguir y Él es nuestra meta por debajo de la cual hemos de permanecer y a la que debemos ser unidos, iguales a Él en toda su gloria, así como nos corresponde la unificación. Si existiera un solo hombre que sobrepasara la medida correspondiente al santo más destacado que ha vivido virtuosamente y recibido por ello su bienaventuranza... si existiese pues, un solo hombre que sobrepasara en algo esa medida de la virtud, él sería en la manifestación de la virtud todavía más santo y más bienaventurado que aquel santo lo haya sido jamás. Digo por Dios — y es tan verdadero como que Dios vive—: No hay ningún santo tan perfecto en el cielo que tú no pudieras sobrepasar el grado de su santidad con tu santidad y tu forma de vida, y que no pudieses llegar más alto que él en el cielo y permanecer así por la eternidad.

Por eso digo: Si alguien fuera más humilde que Juan e inferior a él, habría de ser eternamente mayor que Juan en el reino de los cielos. La verdadera humildad es esta: que un hombre con todo cuanto es por naturaleza, como ser creado de la nada, no se empeñe en nada, ni en el hacer ni en el dejar de hacer, fuera de esperar la luz de la gracia. Que uno sea prudente en su hacer y dejar de hacer, ésta es la verdadera humildad de la naturaleza. La humildad del espíritu consiste en el hecho de que el hombre se adjudique o atribuya tan poco de todo el bien que continuamente Dios le hace, como hacía cuando aún no existía.

Que nos ayude Dios para que lleguemos a ser tan humildes. Amén.

SERMÓN 47º

La eternidad es “ahora”

In illo tempore missus est angelus Gabriela deo: ave gratia plena, dominus tecum.

Estas palabras las escribe San Lucas: «En aquel tiempo, Dios envió al ángel Gabriel». ¿En qué tiempo? «En el sexto mes» en el que Juan Bautista se hallaba en el vientre de su madre (Cfr. Lucas 1, 26 y 28).

Si alguien me preguntara: ¿Por qué rezamos, por qué ayunamos, por qué hacemos todas nuestras obras, por qué somos bautizados, por qué se hizo hombre Dios, lo cual fue el hecho más excelso?, yo diría: A fin de que Dios naciera en el alma y el alma naciera en Dios. Por esta razón se escribió toda la Escritura, por ello creó Dios el mundo y toda la naturaleza angélica: para que Dios naciera en el alma y el alma naciera en Dios. La naturaleza de cualquier grano tiene el trigo por objeto, y la naturaleza de todo tesoro tiene el oro por objeto, y todo alumbramiento tiene el ser humano por objeto. Por ello dice un maestro: No se encuentra ningún animal que no tenga algo en común con el hombre.

«En aquel tiempo.» Al principio, cuando la palabra es recibida por mi entendimiento, ella es tan genuina y sutil que es una palabra verdadera antes de ser conformada en mi pensamiento. En tercera instancia es pronunciada exteriormente por la boca y luego no es sino una manifestación de la palabra interior. Así también, la palabra eterna es pronunciada interiormente en el corazón del alma, en lo más íntimo, en lo más acendrado, en la cabeza del alma, de la que hablé el otro día, o sea en el entendimiento: ahí adentro se realiza el nacimiento. Quien no tuviera nada fuera de una idea plena y una esperanza de que así fuese, tendría ganas de saber cómo se realiza ese nacimiento y qué es lo que ayuda para que tenga lugar.

San Pablo dice: «En la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo» (Gal. 4,4). San Agustín explica qué es «la plenitud del tiempo». «Allí, donde ya no hay tiempo, se da “la plenitud del tiempo”.» Cuando ya no queda nada del día, el día está en su plenitud. Esta es una verdad esencial: cuando comienza este nacimiento, todo el tiempo debe haber desaparecido, porque no hay nada que ponga tantos impedimentos a ese nacimiento como el tiempo y las criaturas. Es una verdad segura que el tiempo no puede tocar ni a Dios ni al alma en cuanto a su naturaleza. Si el alma pudiera ser tocada por el tiempo, no sería alma, y si Dios pudiese ser tocado por el tiempo, no sería Dios. Pero, si fuera posible que el tiempo tocara al alma, Dios nunca podría nacer en ella, y ella no podría nacer jamás en Dios. Cuando Dios ha de nacer en el alma, todo cuanto es tiempo la debe haber abandonado, o ella debe haberse escapado del tiempo con su voluntad o sus anhelos.

He aquí otro significado de «plenitud del tiempo». Si alguien tuviera la destreza y el poder de modo que pudiese concentrar en un «ahora» presente el tiempo y todo cuanto jamás ha sucedido en el tiempo, durante seis mil años, y lo que todavía habrá de acontecer hasta el fin, esto sería «plenitud del tiempo». Ese es el «ahora» de la eternidad en el que el alma conoce en Dios todas las cosas como nuevas y lozanas y presentes, y con el placer con que conozco las cosas que tengo presentes ahora mismo. El otro día leí en un libro —¡ojalá alguien supiera escudriñarlo a fondo!— que Dios hace al mundo ahora como en el primer día cuando creó al mundo. En este aspecto Dios es rico y esto es el reino de Dios. El alma en la cual Dios habrá de nacer, debe ser dejada por el tiempo y escaparse del tiempo, y ha de elevarse y mantenerse con la mirada fija en esta riqueza divina: ahí hay extensión sin extensión y anchura sin anchura; ahí el alma conoce todas las cosas y las conoce perfectamente.

Los maestros escriben que sería inverosímil si se afirmara cuál es la extensión del cielo: pero la menor potencia que se halla en mi alma es más extensa que el extenso cielo; por no hablar del

entendimiento que es extenso sin extensión. En la cabeza del alma, o sea en el entendimiento, me hallo tan cerca del lugar que se encuentra a más de mil millas de allende el mar, como del lugar que ocupo ahora. En esa extensión y en esa riqueza de Dios conoce el alma, ahí nada se le escapa y ahí ya no espera nada.

«El ángel fue enviado.» Dicen los maestros que la cantidad de ángeles constituye un número más allá de todo número. Su cantidad es tan grande que ningún número los puede abarcar; tampoco es posible imaginar su número. Para quien fuese capaz de concebir la diferenciación sin número y sin cantidad, ciento sería lo mismo que uno. Aunque hubiera cien personas en la divinidad: aquel que supiera distinguir sin número ni cantidad, no conocería más que un solo Dios. La gente incrédula y algunas personas cristianas ignorantes se sorprenden de ello, incluso algunos frailes saben al respecto tan poco como una piedra: entienden por tres, tres vacas o tres piedras. Pero quien sabe concebir la diferenciación en Dios sin número ni cantidad, éste conoce que tres personas son un solo Dios.

El ángel tiene también muy alto nivel: los más distinguidos de los maestros dicen que cada ángel posee una naturaleza entera. Es como si hubiera un hombre que tuviese todo cuanto todos los hombres juntos han poseído alguna vez, lo que poseen ahora y habrán de poseer en cualquier momento, en lo que a poder y sabiduría y todas las cosas se refiere, esto sería un milagro y, sin embargo, él no sería nada más que un hombre, porque ese hombre poseería todo cuanto tienen todos los hombres y, no obstante, se hallaría lejos de los ángeles. Así, pues, cualquier ángel posee una naturaleza entera para sí y se halla separado de otro, como un animal de otro que es de diferente especie. Dios es rico en esa cantidad de ángeles, y quien llega a conocer este hecho, conoce el reino de Dios. Tal cantidad de ángeles representa el reino de Dios, así como un señor es representado por la cantidad de sus caballeros. Por ello se llama: «Un señor-Dios de los ejércitos» (Isaías 1, 24 et passim). Toda esa cantidad de ángeles, por excelsos que sean, colaboran y ayudan para que Dios nazca en el alma, es

decir: sienten placer y alegría y complacencia por el nacimiento; mas no obran nada. Ahí no existe ninguna obra de las criaturas, pues Dios opera, Él solo, el nacimiento: en este aspecto les corresponde sólo una obra servil a los ángeles. Todo cuanto coopera en ello, constituye una obra servil.

El ángel se llamaba «Gabriel». Hizo también lo que decía su nombre. En el fondo se llamaba tan poco Gabriel como Conrado. Nadie puede conocer el nombre del ángel. Allí donde el ángel recibe su nombre, no ha llegado nunca ningún maestro ni inteligencia alguna; acaso sea sin nombre. El alma tampoco tiene nombre; así como no se puede hallar ningún nombre propiamente dicho para Dios, tampoco se puede encontrar ningún nombre propiamente dicho para el alma, si bien se han escrito gruesos libros sobre este tema. Pero, en cuanto el alma fija sus miradas en las obras, se le da un nombre. Un carpintero: éste no es su nombre, pero recibe el nombre por la obra en la cual manifiesta ser maestro. El nombre «Gabriel» lo tomó de la obra cuyo encomendado era, porque «Gabriel» significa «fortaleza» (Cfr. Lucas 1, 35). En tal nacimiento, Dios opera fuertemente o produce fortaleza. ¿A qué cosa tiende toda la fuerza de la naturaleza?... a que ella quiere engendrar a sí misma. ¿A qué tiende toda la naturaleza que actúa en el nacimiento?... a que quiere engendrar a ella misma. La naturaleza de mi padre quería, en su naturaleza de padre, engendrar a un padre. Cuando eso no fue posible, quiso engendrar un algo que le fuera parecido en todo. Cuando tampoco le alcanzó la fuerza para tal cosa, produjo lo más parecido de que era capaz: esto era un hijo. Mas, cuando la fuerza alcanza para menos aún o hay otro contratiempo, produce un hombre menos parecido aún. Pero en Dios, hay plena fuerza; por eso produce su vivo retrato en su nacimiento. Todo lo que es Dios, en cuanto a poder y verdad y sabiduría, lo engendra íntegramente en el alma.

San Agustín dice: «El alma se iguala a aquello que ama. Si ama cosas terrestres, se vuelve terrestre. Si ama a Dios» —podría preguntarse— «¿se convierte entonces en Dios?» Si yo dijera tal cosa les parecería increíble a quienes tienen la inteligencia dema-

siado pobre y no lo comprenden. Pero San Agustín dice: «Yo no lo digo, antes bien os remito a la Escritura que expresa: “He dicho que sois dioses”» (Salmo 81, 6). Quien poseyera un poco sólo de la riqueza a la que me he referido antes, sea que le haya echado una mirada, o sea que tenga sólo una esperanza o convicción respecto a ella, ¡éste sí lo comprendería bien! Nunca cosa alguna llegó a ser tan vinculada ni tan igual ni tan unida por un nacimiento, como le sucede al alma para con Dios en ese nacimiento. Si se ocasiona algún obstáculo, de modo que ella no se le asemeja en todo sentido, no es culpa de Dios; en la medida en que se pierden sus carencias, en esta misma medida Él se la iguala. El hecho de que el carpintero no pueda hacer una casa hermosa con madera apolillada, no es culpa suya, la falla reside en la madera. Lo mismo sucede con la operación divina en el alma. Si el ángel más humilde pudiera configurarse o nacer en el alma, todo el mundo no sería nada en comparación; porque gracias a una sola chispa del ángel, se restablece, se cubre de hojas y resplandece todo cuanto hay en el mundo. Mas, este nacimiento lo obra Dios mismo; ahí el ángel no puede realizar ninguna obra fuera de una obra servil.

«Ave», esto quiere decir, «sin dolor». Quien se abstiene de las criaturas, se halla «sin dolor» y sin infierno, y quien es y tiene criatura en un grado mínimo, tiene un mínimo de dolor. He dicho algunas veces: Quien posee lo menos del mundo, lo posee en grado máximo. A nadie el mundo le pertenece tanto como a aquel que ha dejado a todo el mundo. ¿Sabéis por qué razón Dios es Dios? Dios es Dios porque carece de criatura. Él nunca se nombró en el tiempo. En el tiempo hay criaturas y pecado y muerte. En cierto sentido éstos tienen un vínculo, y como el alma ahí se ha escapado del tiempo, no hay en esa situación ni dolor ni pena; ahí hasta el infortunio se le convierte en alegría. Todo cuanto se puede imaginar jamás de placer y de alegría, de complacencia y de cosas dignas de ser amadas, si se lo compara con el goce inseparable a ese nacimiento, no es alegría.

«Llena de gracia.» La más insignificante de las obras de la gracia es más elevada que todos los ángeles en su naturaleza. Dice San Agustín que una obra de gracia, hecha por Dios —por ejemplo, que convierte a un pecador y hace de él un hombre bueno—, es más grande que si creara un mundo nuevo. A Dios le resulta tan fácil darles vuelta el cielo y la tierra, como es para mí darle vuelta una manzana en mi mano. Donde hay gracia dentro del alma, allí todo es tan puro y tan semejante y afín a Dios, y la gracia carece tanto de obra como no la hay en el nacimiento del cual he hablado antes. La gracia no realiza ninguna obra. San «Juan nunca hizo ningún prodigio» (Juan 10, 41). La obra, empero, que el ángel opera en Dios es tan sublime que nunca maestro o intelecto alguno podrían llegar a comprenderla. Pero, de esa obra cae una astilla —como cae una astilla de una viga que se desbasta— o sea un resplandor; eso sucede allí donde el ángel con su parte más baja toca el cielo; por ello se renueva y florece y vive todo cuanto hay en este mundo. A veces hablo de dos manantiales. Aunque parezca extraño, hemos de hablar según nuestra mentalidad. Un manantial del que surge la gracia, se halla allí donde el Padre engendra a su Hijo unigénito; de ese manantial surge la gracia, y allí ella emana de esa misma fuente. Otro manantial es aquel donde las criaturas emanan de Dios; aquella fuente dista tanto de la otra, donde surge la gracia, como el cielo de la tierra. La gracia no opera. Allí donde el fuego se halla en su naturaleza ígnea, allí no perjudica ni enciende. El ardor del fuego es lo que enciende acá abajo. Mas, aun donde el ardor se encuentra en la naturaleza del fuego, no enciende y es manso. Pero, allí donde el ardor se halla dentro del fuego, allí dista tanto de la verdadera naturaleza del fuego como el cielo de la tierra. La gracia no realiza ninguna obra; es demasiado sutil para ello; obrar le resulta tan alejado como dista el cielo de la tierra. Internarse en Dios y un apego a Él y una unión con Él, esto es la gracia, y ahí «Dios está contigo», porque esto sigue de inmediato luego de la salutación.

«Dios contigo»... ahí se opera el nacimiento. A nadie le debe parecer imposible llegar hasta ese punto. Por más difícil que sea ¿qué me importa, ya que Él opera? Todos sus mandamientos me resultan fáciles de observar. Si Él me da su gracia, que me mande todo cuanto quiera, lo considero nadería y todo me resulta poca cosa. Algunos dicen que no tienen nada de esto; a lo cual digo yo: «Lo lamento. Pero ¿es que lo deseas?»... «¡No!»... «Lo lamento más aún». Cuando uno no puede tenerlo, que abrigue por lo menos el deseo de poseerlo. Y cuando uno no puede tener el deseo, entonces que anhele tener el deseo. Dice David: «He anhelado desear tu justicia, Señor» (Salmo 118, 20).

Que Dios nos ayude para que deseemos que Él quiera nacer en nosotros. Amén.

SERMÓN 48º

Los invitados al ágape nocturno

Homo quidam fecit cenam magnam.

En su Evangelio escribe San Lucas: «Un hombre había preparado una cena o un gran banquete nocturno» (Lucas 14, 16). ¿Quién la preparó? Un hombre. ¿Qué significa que lo llame una cena? Un maestro dice que significa un gran amor porque Dios no permite el acceso a nadie que no sea íntimo de Dios. En segundo lugar da a entender lo puros que deben ser quienes disfrutan de esta cena. Mas nunca llega el anochecer sin que le haya precedido un día entero. Si no hubiera sol, nunca se haría de día. Cuando sale el sol hay luz matutina; luego brilla cada vez más hasta que llega el mediodía. Del mismo modo en el alma surge la luz divina para iluminar cada vez más las potencias del alma hasta que llegue el mediodía. Si el alma no ha recibido una luz divina, de ninguna manera se hace jamás de día en el alma, hablando espiritualmente. En tercer lugar nos da a entender que tiene que llegar al anochecer quienquiera que desee participar dignamente de esta cena. Cada vez que fenece la luz de este mundo, se hace de noche. Mas dice David: «Él asciende hacia el anochecer y su nombre es el Señor» (Salmo 67, 5). Es lo que hizo Jacob: cuando era de noche, se acostó y se durmió (Cfr. Génesis 28, 11). Esto significa el descanso del alma. En cuarto lugar el pasaje de la Escritura da a entender, según dice San Gregorio¹³², que después de la cena ya no hay más comida. A quien Dios da esta comida, le sabe tan dulce y deliciosa que no apetece nunca más otra comida. San Agustín¹³³ dice: Dios es de tal índole que aquel que la comprende, no puede descansar jamás en otra cosa. Y también dice: Señor, si nos quitas a ti, danos otro tú, o no descansaremos nunca; no

¹³² Gregorio M., *Hom. in Evang.* II hom. 36 n. 2.

¹³³ Cfr. Agustín, *Confess.* 1. I c. 1.

queremos nada más que a ti. Ahora bien, un santo dice con respecto a un alma amante de Dios, que obliga a Dios a hacer todo lo que ella quiere y lo seduce completamente de modo que Él no le puede negar nada de todo cuanto Él es. De un modo se retiró y de otro se entregó; se retiró en cuanto Dios y hombre y se entregó en cuanto Dios y hombre como otro sí mismo en un pequeño recipiente secreto. No nos gusta permitir que una gran reliquia sea tocada o vista desvelada. Por eso, se vistió bajo la forma del pan, exactamente como la comida material es transformada por mi alma, de tal modo que no haya rincón en mi naturaleza que no se le una. Porque en la naturaleza hay una fuerza que desprende lo más burdo y lo echa afuera; y lleva hacia arriba lo más noble para que en ninguna parte quede tanto como la punta de una aguja que no le sea unido. Lo que comí hace quince días, está tan unido a mi alma como aquello que recibí en el vientre materno. Lo mismo le sucede a quien recibe con pureza esta comida; se une tan verdaderamente con ella, como la carne y la sangre son uno con mi alma.

Era «un hombre», ese hombre no tiene nombre porque ese hombre es Dios. Mas, con referencia a la causa primigenia, dice un maestro¹³⁴ que está por encima de las palabras. La deficiencia reside en la lengua. Ello se debe a la excesiva pureza del Ser de Dios. Se puede hablar de las cosas de tres maneras: la primera, por medio de aquello que se encuentra por encima de las cosas; la segunda, por medio de las semejanzas de las cosas y la tercera, mediante el efecto de las cosas. Traeré a colación un símil: La fuerza del sol que hace subir desde la raíz hasta las ramas la savia más noble produciendo así la flor, permanece, sin embargo, por encima. Exactamente del mismo modo, digo yo, obra la luz divina en el alma. Aquello con lo cual el alma enuncia a Dios, no encierra en sí, sin embargo, nada de la verdad propia de su ser: sobre Dios nadie sabe decir en sentido propio lo que es. A veces se dice: Una cosa se asemeja a otra. Así pues, como todas las

¹³⁴ Cfr. *Liber de causis* prop. 6.

criaturas encierran en sí poco menos que nada de Dios, tampoco saben revelar nada de Él. El arte del pintor que ha creado un cuadro perfecto, se conoce por este último. Sin embargo, no es posible conocerlo por él íntegramente. Todas las criaturas juntas no son capaces de expresar a Dios, porque no son susceptibles de lo que Él es. Este Dios y hombre, pues ha preparado la cena, este hombre inefable para el cual no existe palabra alguna. Dice San Agustín¹³⁵: Todo cuanto se enuncia de Dios no es verdad, y lo que no se enuncia de Él, esto es verdad. Cualquier cosa de la que se dice que es Dios, no lo es; lo que no se enuncia de Él, es más verdad que aquello de lo cual se dice que lo es. ¿Quién ha preparado este banquete? «Un hombre»: el hombre que es Dios. Ahora bien, dice el rey David: «Cuán grande y múltiple es tu banquete, oh Señor, y el sabor de la dulzura preparada para quienes te aman, no para aquellos que te temen» (Salmo 30, 20). San Agustín¹³⁶ reflexionaba sobre esta comida, entonces se estremeció y no le gustaba. En eso, escuchó una voz de arriba, cerca de él, que dijo: «Yo soy una comida para gente mayor, crece y hazte grande y cómete. Pero no creas que yo voy a ser transformado en ti: tú serás transformado en mí». Cuando Dios obra en el alma, aquello que hay de desigual en el alma luego es transformado en el ardor del fuego y arrojado afuera. ¡Por la verdad acendrada! el alma penetra más en Dios de lo que entra cualquier comida en nosotros, más aún: el alma es transformada en Dios. En el alma hay una potencia que va rezumando lo más burdo y es unida con Dios: ésta es la chispita del alma. Mi alma se une con Dios más que la comida con mi cuerpo.

¿Quién ha preparado este banquete? «Un hombre». ¿Sabes cómo se llama? El hombre innominado. Este hombre envió a su criado. Y San Gregorio dice¹³⁷: A este criado lo representan los predicadores. Interpretándolo en otro sentido, los ángeles son este

¹³⁵ Agustín, *De trinit.* VIII c. 2 n. 3.

¹³⁶ *Confessiones* 1. VII c. 10 n. 16.

¹³⁷ Gregorio Magno, *Hom. in Evang.* XXXVI, 2.

criado. En tercer lugar, a mí me parece que este criado es la chispita del alma, que fue creada por Dios y es una luz impresa desde arriba y una imagen de la naturaleza divina que siempre está luchando contra todo lo que no es divino, y no es una potencia del alma, como opinaban algunos maestros, y es propensa a lo bueno siempre, incluso en el infierno es propensa a lo bueno. Dicen los maestros¹³⁸ que esta luz tiene una naturaleza tal que posee un afán constante y se llama *sindéresis*, y esto significa una relación y un apartamiento. Tiene dos actuaciones: Una consiste en una hostilidad empedernida contra todo cuanto no es puro; la otra actuación consiste en que persuade continuamente a dirigirse hacia lo bueno; y esto lo lleva el alma inmediatamente impreso... incluso en quienes están en el infierno. Por eso, es una cena grande.

Entonces le dijo al criado: «Ve y diles a los invitados que vengan, que todo está preparado» (Lucas 14, 17). El alma recibe todo cuanto Él es. Cuanto apetece el alma, está ahora preparado. Cualquier cosa que da Dios, siempre se ha encontrado en estado de devenir; en este momento, su devenir es nuevo y fresco y completo dentro del «ahora» eterno. Un gran maestro¹³⁹ dice: Lo que veo es purificado y espiritualizado dentro de mi vista, y la luz que llega a mis ojos no llegaría jamás al alma de no existir la potencia que se halla por encima. San Agustín dice que la chispita está más adentrada en la verdad que todo cuanto el hombre pueda aprender. Una luz está encendida. Ahora bien, se dice que una cosa es encendida por otra. Si esto debe suceder, se necesita que se halle arriba lo que arde. Es como si alguien tomara un cirio apagado que ardiera aún sin llama y echara humo, y lo acercase a otro cirio, entonces la llama humearía hacia abajo y encendería al otro. Dicen que un fuego enciende a otro. Esto lo rebato. Un fuego se encenderá a sí mismo. El que ha de encender a otro, debe

¹³⁸ Cfr. Tomás, *Sent.* II d. 39 q. 3 a. 1; Buenaventura, *Sent.* II d. 39 a. 2 q. 2 c.

¹³⁹ Aristóteles.

estar por encima de él; así como el cielo no arde y es frío, y sin embargo, enciende el fuego y esto sucede gracias al toque del ángel. Así también el alma se prepara con el ejercicio. Gracias a él es encendida desde arriba. Esto se debe a la luz del ángel.

Así pues, dice al criado: «Sal y diles a los invitados que vengan; que todo está preparado» (Lucas 14, 17). Entonces dijo uno: «He comprado un campo, no puedo ir» (Lucas 14, 18). Ahí se trata de gente que de alguna forma está aún pegada a las preocupaciones: nunca probarán esta cena. Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes» (Lucas 14, 19). En verdad, me parece que estas cinco yuntas se refieren a los cinco sentidos; pues cada sentido está dividido en dos partes, también la lengua es doble en sí (la lengua y el paladar). Por ello, según dije anteayer, cuando Dios le dijo a la mujer: «Tráeme a tu marido», ella contestó: «No tengo marido». Entonces dijo Él: «Tienes razón; pero has tenido cinco y el que tienes ahora no es tu marido» (Juan 4, 16 a 18). Esto quiere decir que quienes viven de acuerdo con los cinco sentidos, verdaderamente no probarán jamás esta comida. El tercero dijo: «Acabo de casarme, no puedo ir» (Lucas 14, 20). El alma, cuando está dirigida hacia Dios es enteramente varón. Cuando se dirige hacia abajo, se la llama mujer; mas cuando uno llega a conocer a Dios en su propio fuero íntimo y busca a Dios en casa de uno, entonces el alma es varón. Ahora bien, en la Vieja Alianza estaba prohibido que ningún hombre se pusiera vestimenta de mujer, ni las mujeres vestimenta de hombre. El alma es varón siempre y cuando penetre en Dios con simplicidad y sin mediación.

Pero, cuando mira de cualquier manera hacia fuera, luego es mujer. Entonces dijo el Señor: «¡En verdad! Nunca probarán mi comida», y le dijo al criado: «Sal a las calles angostas y anchas, a los cercados y a los caminos espaciosos» (Lucas 14, 21 y 23 a 24). Cuanto más angosto, tanto más ancho. «A los cercados»: ciertas potencias están cercadas con vallados en determinado lugar. Con la potencia con la cual veo, no oigo, y con la que oigo, no veo. Lo mismo sucede con las demás. Sin embargo, el alma es

entera en cualquier miembro, pero alguna potencia no está ligada a ninguna parte.

Por lo tanto ¿qué es el criado? Lo son los ángeles y los predicadores. Pero, a mí me parece que el criado es la chispita. Ahora bien, él le dijo al criado: «Sal a los cercados y haz entrar a la fuerza a las siguientes clases de gentes: ciegos y tullidos, enclenques y enfermos. ¡Ciertamente! ningún otro probará jamás mi cena». Que Dios nos ayude a deshacernos de esas tres cosas indicadas arriba para que así lleguemos a ser «varones». Amén.

SERMÓN 49º
Dios y la Divinidad

Nolite timere eos qui corpus occidunt, animam autem occidere non possunt (Mat., 10, 28).

“No temáis a los que quieren mataros en el cuerpo.” Pues el espíritu no puede matar al espíritu, el espíritu da la vida al espíritu. Los que quieren mataros, son la sangre y la carne; pero lo que es sangre y carne muere todo junto. Lo más noble que hay en el hombre es la sangre, cuando su voluntad es recta. Lo peor que hay en el hombre es la sangre, cuando su voluntad es mala. Cuando la sangre domina a la carne, el hombre es humilde, paciente y casto y tiene todas las virtudes. Pero si la carne vence sobre la sangre, el hombre se vuelve orgulloso, colérico, impúdico y tiene todos los vicios.

Y ahora voy a decir lo que nunca antes he dicho.

Cuando Dios creó el cielo, la tierra y todas las criaturas, no obró; no había nada que obrar y en él no había tampoco ninguna clase de operación. Entonces Dios dijo: “Hagamos el hombre a nuestra imagen”. Fabricar algo es fácil; se hace cuándo y cómo se quiere. Pero lo que produzco al procrear, lo hago yo mismo, conmigo mismo y en mí mismo y le imprimo completamente mi imagen. “Hagamos alguien a nuestra imagen, según nuestra semejanza: ni tú el Padre, ni tú el Hijo, ni tú el Espíritu Santo, sino nosotros, en el consejo de la santa Trinidad. Nosotros hacemos a alguien a nuestra imagen, a semejanza nuestra.” Cuando Dios hizo así al hombre, operó en el alma sin operación propia, igual a sí mismo y continuamente operante. Esta operación era tan grande que no se convirtió en otra cosa que en el alma; pero el alma no fue nada más que la operación de Dios. La naturaleza de Dios, su esencia su Deidad dependen de la necesaria operación que él efectúe en el alma. Bendito, bendito sea Dios por esta operación. Es porque El opera en el alma por lo que Dios la ama

igualmente como su obra. Donde quiera que esté el alma es donde Dios opera su obra, esta operación es tan grande, que no es otra cosa que amor; pero el amor no es otra cosa que Dios. Dios se ama a sí mismo, ama su naturaleza, su esencia y su deidad. Pero en el amor con que Dios se ama a sí mismo, ama también a todas las criaturas, no en tanto que criaturas, sino en tanto que ellas son Dios. En el amor con que Dios se ama a Sí mismo, ama al mundo.

Dios goza de Sí mismo. En este goce que tiene de sí mismo, goza de todas las criaturas; todo lo que toca con su vivo resplandor, lo atrae a sí mismo, pero sin perder su fuerza luminosa. Cojamos una cubeta llena de agua, coloquemos en ella un espejo y expongámoslo al sol; el sol proyecta igualmente su vivo resplandor hasta el fondo de la cubeta y no solamente la imagen de su propio disco y sin embargo este resplandor no se debilita. La reflexión del espejo expuesto al sol, como se hace al sol, es a decir verdad el mismo sol y el espejo no deja de ser lo que es. Lo mismo ocurre con Dios. Dios está en el alma, con su naturaleza, su esencia y su deidad y sin embargo no es el alma. Al operarse en Dios la reflexión del alma, es, hablando propiamente, igualmente Dios mismo, y no deja ella de ser lo que es.

Dios y la Deidad son realidades tan distintas como el cielo y la tierra. Incluso diría que entre el hombre interior y el hombre exterior hay la misma infinita diferencia que entre el cielo y la tierra. Es cierto que Dios está aún a miles de leguas; pero el mismo Dios viene y pasa. Pero volvamos a mi hombre interior y exterior. Miro los lirios del campo, su luminoso resplandor, su color y todas sus hojas. Pero su perfume, yo no lo veo. Y además: lo que yo digo está en mí y hablando lo hago salir de mí. Mi hombre exterior ama a todas las criaturas simplemente en tanto que criaturas, en tanto que vino, pan y carne. Pero mi hombre interior no las ama en tanto que criaturas, sino como dones de Dios. Pero mi hombre más íntimo no las ama como Dones de Dios, sino en tanto que ellas son eternas y siempre eternas y aún eternas.

“Dios” sólo aparece cuando todas las criaturas lo enuncian. Cuando yo residía aún en el fondo y en el lecho, en el riachuelo y en la fuente de la Deidad, allí nadie me preguntaba hacia dónde me dirigía ni lo que hacía; en realidad, no había nadie para interrogarme. Pero cuando salí de allí por emanación, todas las criaturas se pusieron a decir: “¡Dios!” Si me preguntaran: “¿Hermano Eckhart, cuándo salisteis de casa?” — “Estaba allí hace tan sólo un instante.” Todas las criaturas hablan pues de Dios. ¿Y por qué no hablan de la Deidad? Todo lo que está en la Deidad es Unidad y no se puede decir nada de ello. Dios opera, pero la Deidad no opera; ella no tiene por lo demás ninguna obra que efectuar; no hay operación en ella; y nunca ha puesto los ojos en ninguna operación. Dios y la Deidad difieren como la operación y la No-operación. Cuando vuelvo hacia Dios sin permanecer en él y me vuelvo a la Deidad, esta apertura es mucho más noble que mi salida. Solamente yo hago salir a todas las criaturas de su razón de ser, a fin de que en mí ellas sean unidad. Cuando yo llego al Fondo y al Lecho, al Riachuelo y a la Fuente de la Deidad, nadie me pregunta de dónde vengo, ni dónde he estado. Allí, nadie se ha percatado de mi ausencia, pues es allí donde “Dios” desaparece:

Feliz aquel que ha comprendido este sermón. Si no hubiera habido nadie aquí, habría predicado para el cepillo. Hay algunas pobres gentes que volverán a sus casas diciendo: “Me quedaré allí donde me encuentre bien, comeré mi pan y serviré a Dios”. Lo digo por la eterna Verdad: esas gentes sólo podrán permanecer en su extravío; nunca adquirirán ni conquistarán lo que obtienen los otros, los que siguen a Dios en la indigencia y en el exilio. Amén

SERMÓN 50º
Amar sin porqué

Qui sequitur iustitiam, diligetur a domino. Beati, qui esuriunt, et sitiunt iustitiam: quoniam ipsi saturabuntur.

He sacado una frase de la Epístola que se lee hoy con referencia a dos santos, y otra palabra del Evangelio. Hoy, el rey Salomón dice en la Epístola: «Quienes siguen a la justicia, a éstos los ama Dios» (Prov. 15, 9). La otra frase la pronuncia mi señor, San Mateo: «Bienaventurados son los pobres y quienes tienen hambre y sed de justicia» y «la siguen» (Mateo 5, 6).

Prestad atención a esta palabra: «Dios ama». Para mí constituye una recompensa grande, y más que grande, en caso de que lo ansiemos —como ya he dicho varias veces— que Dios me ama a mí. ¿Qué es lo que ama Dios? Dios no ama nada a excepción de sí mismo y de aquello que se le asemeja, en la medida en que lo encuentra en mí y me halla a mí dentro de Él. Está escrito en el Libro de la Sabiduría: «Dios no ama a nadie sino a aquel que mora en la sabiduría» (Sab. 7, 28). En la Escritura se encuentra también otra palabra que es mejor todavía: «Dios ama a quienes siguen a la justicia» «en la sabiduría» (Prov. 15, 9). Los maestros están todos de acuerdo en que la sabiduría de Dios es su Hijo unigénito. Aquella palabra dice: «quienes siguen a la justicia» «en la sabiduría», y por lo tanto, ama a quienes lo siguen a Él, porque no ama nada en nosotros sino en cuanto nos halla en Él. El amor de Dios y lo amado por nosotros se hallan a gran distancia, uno de otro. Nosotros amamos solamente en la medida en la que hallamos a Dios en lo que amamos. Aun habiendo jurado otra cosa yo no podría amar sino a la bondad divina. Dios, empero, ama sólo en cuanto Él es bueno —no es pues, que Él descubra en el hombre alguna cosa digna de amarla, fuera de su propia bondad— y con nosotros lo hace en la medida en que nos hemos adentrado en

Él y en su amor. Esta es la recompensa; esto es lo que nos da su amor: que nos hallemos en Él y «moremos en la sabiduría».

San Pablo dice: «Somos trasladados en su Hijo en el amor» (Cfr. Colos. 1, 13). Observad esta palabra: «Dios ama». ¡Qué milagro! ¿Qué es el amor de Dios? Su naturaleza y su ser, éste es su amor. Quien le quitara a Dios el amor a nosotros, le quitaría su ser y su divinidad, porque su ser depende de que Él me ama. Y de esta manera emana el Espíritu Santo. ¡Por la gracia de Dios! ¡qué milagro es éste! Si Dios me ama con toda su naturaleza —porque ésta pende de ello— Dios me ama exactamente como si dependiesen de ello su devenir y su ser. Dios no tiene sino un solo amor: con el mismo amor con el cual el Padre ama a su Hijo unigénito, me ama a mí.

Veamos ahora otro significado. Observadlo bien: La Escritura es muy irrefutable para quien la descubre y está dispuesto a descifrarla a fondo. Él dice: «quienes siguen a la justicia» «en la sabiduría». Al hombre justo la justicia le hace tanta falta que no puede amar nada fuera de la justicia. Si Dios no fuera justo, él no se fijaría en Dios, según ya he dicho varias veces. La sabiduría y la justicia son una sola cosa en Dios y quien ahí ama la sabiduría, ama también la justicia; y si el diablo fuera justo, este hombre lo amaría en cuanto fuera justo y ni un pelo más. El hombre justo no ama en Dios ni esto ni aquello; y si Dios le diera toda su sabiduría y todo cuanto puede ofrecer fuera de Él mismo, no le daría importancia y no le gustaría porque no quiere nada ni busca nada, pues no conoce ningún porqué por el cual haría alguna cosa, así como obra Dios sin porqué y no conoce ningún porqué. Tal como obra Dios, obra también el justo, sin porqué; y así como la vida vive por ella misma y no busca ningún porqué por el cual vive, así también el justo no conoce ningún porqué por el cual haga alguna cosa.

Ahora prestad atención a la frase que dice: «Tienen hambre y sed de justicia». Nuestro Señor dice: «Quienes me coman tendrán más hambre; quienes me beban tendrán más sed» (Eclesiástico 24, 29). Esto ¿cómo hay que entenderlo? Porque no sucede lo

mismo con las cosas corpóreas; cuanto más se come de ellas, tanto más se sacia uno. Pero, con respecto a las cosas espirituales, no hay saciedad; pues, cuanto más se tiene de ellas, tanto más se las apetece. Por ello dice esta palabra: «Habrán de tener más sed aún quienes me beban, y más hambre quienes me coman». Esos tienen tanta hambre de que se cumpla la voluntad de Dios, y ella les sabe tan bien que todo cuanto Dios les inflige, los contenta y les gusta tanto que no serían capaces de querer ni de pretender otra cosa. Mientras el hombre tiene hambre, la comida le gusta; y cuanto mayor sea el hambre, tanto más placer le dará comer. Lo mismo sucede a quienes tienen hambre de que se cumpla la voluntad de Dios: a éstos, la voluntad de Dios les gusta tanto, y todo cuanto Él quiere y les inflige los satisface tanto, que aun si Dios les quisiera ahorrar el infortunio, no querrían que así se hiciese; tanto les gusta esa primera voluntad de Dios. Si yo quisiera congraciarme con una persona y gustarle a ella sola, entonces preferiría a cualquier otra cosa todo cuanto fuera gustoso a esa persona y con lo cual yo le resultaría agradable. Y si sucediera que yo le gustara más con un vestido sencillo que con uno de terciopelo, indudablemente preferiría el vestido sencillo a cualquier otro. Lo mismo sucede con aquel a quien le gusta la voluntad de Dios; todo cuanto le da Dios, sea enfermedad o pobreza o lo que fuera, lo prefiere a cualquier otra cosa. Justamente, porque lo quiere Dios, le resulta más sabroso que nada.

Ahora bien, os gusta decir: «¿Qué sé yo si es la voluntad de Dios?» Yo contesto: Aunque por un solo instante no fuera la voluntad de Dios, tampoco sería; ha de ser siempre su voluntad. Entonces, si te gustara la voluntad de Dios, te hallarías exactamente como en el reino de los cielos con lo que te sucediera o no sucediera; y quienes quieren otra cosa que no sea la voluntad de Dios, tienen su merecido porque viven siempre con lamentaciones y desdicha; siempre se les vuelve a hacer fuerza e injusticia, y por doquier tienen penas. Y es justo que sea así, porque hacen como si vendieran a Dios, tal como lo vendió Judas. Aman a Dios por una cosa cualquiera que no es Dios. Y luego, si reciben lo que

aman, no piensan en Dios. Ya sea devoción o placer o cualquier cosa que te venga bien, todo lo creado no es Dios. Dice un Escritor: la Escritura: «El mundo está hecho por Él y lo que ha sido hecho, no lo conoció» (Cfr. Juan 1, 10). Quien se imaginara que, agregando mil mundos a Dios, se poseería en algún modo más que a Dios solo, no conocería a Dios ni sabría un pelo más que es Dios, y sería un patán. Por ello, el hombre no debe fijarse en nada fuera de Dios. Quien busca alguna cosa en Dios, no sabe qué es lo que busca, según he dicho varias veces.

El Hijo nace en nosotros del siguiente modo: cuando no conocemos ningún porqué y, por nuestra parte, volvemos a nacer en el Hijo. Orígenes anota una palabra muy noble y si yo la pronunciara os parecería increíble. «No nacemos solamente en el Hijo, sino que nacemos hacia fuera y otra vez nacemos en Él y nacemos de nuevo y nacemos inmediatamente en el Hijo. Digo —y es verdad—: En cualquier pensamiento bueno o buena intención u obra buena, todo el tiempo nacemos de nuevo en Dios». Por ello —según dije el otro día— El Padre no tiene sino un único Hijo, y en la medida en que pongamos menor intención o atención en otra cosa que no sea Dios, y miremos menos hacia alguna cosa de afuera, en la misma medida seremos transformados en la imagen del Hijo y en la misma medida nacerá el Hijo en nosotros y nosotros naceremos en el Hijo y llegaremos a ser un solo Hijo: Nuestro Señor Jesucristo es el único Hijo del Padre y Él sólo es hombre y Dios. Ahí no hay sino un solo Hijo en una sola esencia, y ésta es esencia divina. De este modo, nosotros llegamos a ser uno en Él, siempre y cuando fijemos nuestra mente sólo en Él. Dios siempre quiere estar solo; ésta es una verdad necesaria y no puede ser de otro modo: tenemos que fijar la mente siempre en Dios solo.

Es cierto que Dios infundió suficiencia y placer en las criaturas; pero la raíz de toda suficiencia y la esencia de todo placer se las ha reservado Dios en Él solo. Escuchad una analogía: El fuego, es cierto, arroja junto con el calor su raíz en el agua, pues, cuando se quita el fuego, el calor permanece por un rato en el agua y tam-

bién en la madera; después de la presencia del fuego, el calor permanece tanto tiempo como ha sido poderoso el fuego. Mas el sol, si bien ilumina el aire dejándolo traslúcido, no arroja en él su raíz; pues cuando el sol ya no se halla presente, tampoco tenemos luz. Así procede Dios con las criaturas: arroja el resplandor de su suficiencia en las criaturas; pero la raíz de toda suficiencia la mantiene sólo en Él mismo porque quiere que existamos únicamente para Él mismo y para nadie más. Dios se adorna, pues, para el alma y se le ofrece y se ha esforzado con toda su divinidad para resultarle agradable al alma; porque Dios quiere gustar, Él solo, al alma y no quiere tener rival. Dios no tolera ninguna limitación; tampoco quiere que se anhele o apetezca ninguna otra cosa fuera de Él.

Ahora sucede que algunas personas se imaginan que son muy santas y perfectas, y pretenden hacer grandes cosas y usar grandes palabras y, sin embargo, anhelan y apetecen muchísimo y también quieren poseer mucho y se fijan mucho en sí mismas y en esto y aquello, y piensan que son propensas al recogimiento, y no obstante no son capaces de aceptar ninguna palabra sin objetar. Por cierto, tened la seguridad de que se hallan lejos de Dios y fuera de la unión mencionada. Dice el profeta: «Vertí mi alma dentro de mí» (Salmo 41, 5). Mas San Agustín pronuncia una palabra superior, él dice: Vertí mi alma por encima de mí. Si el alma ha de ser uno con el Hijo, es necesario que llegue por encima de sí misma; y cuanto más salga de sí misma, tanto más será uno con el Hijo. Dice San Pablo: «Hemos de ser transformados en la misma imagen que es Él» (Cfr. 2 Cor. 3, 18).

Dice un Escrito: La virtud nunca es virtud a no ser que provenga de Dios o por Dios o en Dios; una de estas tres cosas debe haber siempre. Si le pasara algo distinto, no sería virtud; porque aquello que se anhela sin Dios, es demasiado pequeño. La virtud es Dios o se halla inmediatamente en Dios. Mas cuál sería lo mejor, de esto no quiero deciros nada por el momento. Ahora podríais preguntar: «Decid, señor, ¿cómo es esto? ¿cómo podríamos hallarnos inmediatamente en Dios de modo que no anhelá-

ramos ni buscáramos nada más que Dios, y como podríamos ser tan pobres y renunciar a todo? ¡Es una afirmación muy dura decir que no debiéramos desear ninguna recompensa!... Tened la certeza de que Dios no dejará de dárnoslo todo; y aunque hubiera renegado de hacerlo, no podría renunciar a ello, tendría la obligación de dárnoslo. Le hace mucha más falta a Él darnos que a nosotros recibir; pero no debemos anhelarlo; porque, cuanto menos lo deseemos y apetezcamos, tanto más dará Dios. Pero, con ello Dios no pretende sino que lleguemos a ser mucho más ricos y que recibamos mucho más.

A veces cuando he de rezar, suelo decir la siguiente frase: «¡Señor, aquello que te pedimos es tan pequeño! Si alguien me lo solicitara, se lo haría, y a ti te resulta cien veces más fácil, que a mí, y también lo harías con mayor gusto. Y, si sucediera que te pidiésemos algo más importante, te resultaría fácil concederlo; y cuanto mayor sea, lo darás con mayor gusto». Porque Dios está dispuesto a dar grandes cosas con tal de que seamos capaces de renunciar a todas las cosas en la justicia.

Que Dios nos ayude para que así «sigamos a la justicia» «en la sabiduría» y «tengamos hambre y sed» para que «se nos satisfaga». Amén.

SERMÓN 51º

Somos la causa de todos nuestros impedimentos

In hoc apparuit charitas dei in nobis, quoniam filium suum unigenitum misit Deus in mundum ut vivamus per eum.

Nos dice San Juan: «En esto se nos ha manifestado el amor de Dios: en que ha enviado al mundo a su Hijo para que vivamos por Él» (1 Juan 4, 9) y con Él, y de esta forma la naturaleza humana se encuentra inconmensurablemente enaltecida por el hecho de que el Altísimo haya llegado, adoptando su misma naturaleza humana.

Dice un maestro: «Cuando pienso en el hecho de que nuestra naturaleza está enaltecida por sobre las criaturas y sentada en el cielo por encima de los ángeles, siendo adorada por ellos, he de regocijarme en lo más hondo de mi corazón, pues Jesucristo, mi querido Señor, me ha otorgado en propiedad todo cuanto Él tiene en sí mismo». El maestro¹⁴⁰ dice también que el Padre con todo cuanto alguna vez le ha dado a su Hijo Jesucristo en su naturaleza humana, antes bien me miró a mí, amándome más a mí que a Él y dándomelo a mí antes que a Él. ¿Cómo es esto? Se lo dio por amor de mí porque me hacía falta. Por eso, con cuanto le dio, pensó también en mí y me lo dio al igual que a Él; no hago ninguna excepción de nada, ni de unión ni de santidad de la divinidad ni de cosa alguna. Todo cuanto, en algún momento, le dio a Él en su naturaleza humana, no me resulta ni más extraño ni más distante que a Él. Pues Dios no puede dar poca cosa; tiene que dar todo o nada. Su gracia es completamente simple y perfecto, sin división, y no en el tiempo sino todo en la eternidad; y tenedlo por tan cierto como el hecho de que vivo: si hemos de recibir de Él en la manera señalada, debemos estar en la eternidad, elevados por encima del tiempo. En la eternidad todas las cosas

¹⁴⁰ Parece remitirse a *S. theol.* III q. 57 a. 5.

están presentes. Lo que está por encima de mí, se me hace tan cerca y tan presente como lo que tengo conmigo aquí; y allí recibiremos de Dios lo que Él nos ha destinado. Tampoco conoce Dios nada fuera de sí, por cuanto su mirada sólo está dirigida hacia Él mismo. Lo que ve, lo ve todo en Él. Por eso, Dios no nos ve cuando estamos en pecado. De ahí: Dios nos conoce en la medida en que estemos dentro de Él, es decir, en cuanto estemos sin pecado. Y todas las obras hechas por Nuestro Señor en cualquier momento, me las ha dado a mí como propias en forma tal que son para mí no menos dignas de recompensa que mis propias obras que hago. De este modo, como toda su nobleza nos pertenece y se nos acerca en igual medida a mí como a Él ¿por qué no recibimos lo mismo? ¡Ah, entendedlo! Si uno pretende obtener esa donación de modo que reciba ese bien en la misma medida, así como la naturaleza humana y universal que está por igual cerca de todos los hombres, entonces —así como en la naturaleza humana no hay nada extraño ni cosa más lejana o más cercana—, así es necesario que tú te halles en unión con los hombres de forma equidistante, no más cerca de ti mismo que de otra persona. Has de amar y querer y considerar a todos los hombres como iguales a ti mismo; lo que ocurre a otro, sea malo o bueno, debe ser para ti como si te ocurriera a ti mismo.

Ahora bien, el segundo significado es éste: «Lo ha enviado al mundo». Comprendamos pues, que se trata del gran mundo en cuyo interior miran los ángeles. ¿Cómo hemos de ser? Debemos estar allí con nuestro amor lleno y con todo nuestro anhelo, según dice San Agustín: «En aquello que el hombre ama, se transforma con el amor». ¿Hemos de decir, pues: Cuando el hombre ama a Dios se transforma en dios? Esto suena a incredulidad. En el amor que brinda un hombre no hay dos sino sólo uno y unión, y en el amor, antes que hallarme en mí mismo, soy más bien dios. Dice el profeta: «He dicho que sois dioses e hijos del Altísimo» (Salmo 81, 6). Suena extraño cuando se dice que el hombre de tal forma puede llegar a ser dios en el amor; pero, es verdad dentro de la verdad eterna. Nuestro Señor Jesucristo tenía esta unión.

«Lo ha enviado al mundo.» En una de sus acepciones «mundum» significa «puro». ¡Poned atención! Dios no tiene ningún lugar más propio que un corazón puro y un alma pura; allí el Padre concibe a su Hijo, tal como lo concibe en la eternidad, ni más ni menos. ¿Qué es un corazón puro? Es puro aquel que se encuentra apartado y separado de todas las criaturas, porque todas ellas ensucian ya que son una nada; pues la nada es una carencia y ensucia al alma. Todas las criaturas son pura nada; ni los ángeles ni las criaturas son algo. Agarran todo en todo y lo ensucian porque están hechos de la nada; son y fueron nada. Lo que les repugna a todas las criaturas y les produce disgusto, es la nada. Si yo pusiera un carbón ardiente en mi mano, me dolería. Esto se debe solamente al «no», y si estuviéramos libres del «no», seríamos puros.

Por lo tanto, «vivimos en Él» con Él. Nada hay que se desee tanto como la vida. ¿Qué es mi vida? Lo que, desde dentro es movido por sí mismo. Lo que es movido desde fuera, no vive. Si vivimos, de esta manera, con Él, debemos cooperar también con Él desde dentro, de modo que no obremos desde fuera, sino que hemos de ser movidos por lo que nos hace vivir, es decir: por Él. Mas podemos y debemos obrar desde dentro con lo nuestro propio. Si hemos de vivir, pues, en Él y por Él, Él debe pertenecernos y nosotros tenemos que actuar con lo nuestro propio. Así como Dios obra todas las cosas con lo suyo y por sí mismo, así debemos hacer también con lo nuestro que es Él dentro de nosotros. Él nos pertenece por completo y en Él todas las cosas nos pertenecen. Todo cuanto tienen los ángeles y todos los santos y Nuestra Señora, lo poseo yo en Él y no me resulta más extraño ni más alejado que lo que tengo yo mismo. En Él poseo todas las cosas de igual manera; y si hemos de llegar a esta posesión de modo que todas las cosas nos pertenezcan, debemos aprehenderlo de igual forma en todas ellas, en una no más que en otra, porque Él es igual en todas las cosas.

Nos encontramos con gente a la que gusta Dios de una manera, pero de otra no, y se empeñan en poseerlo sólo en una forma de

devoción y no en otra. Lo dejo pasar, pero es todo un error. Quien ha de aceptar a Dios de manera correcta, debe tomarlo de igual modo en todas las cosas, en la aflicción como en el bienestar, en el llanto como en la alegría; en todo debe ser el mismo para ti. Si tú no tienes devoción ni fervor, sin haberlo provocado por un pecado mortal, y deseas tener devoción y fervor, y, si entonces crees que justamente por no tenerlos, tampoco tienes a Dios y ello te da pena, esto es precisamente, en ese momento, tu devoción y fervor. Por ello no debéis insistir en ningún modo, porque Dios no es en absoluto ni esto ni aquello. De ahí que los que tomen a Dios de la manera descrita, proceden mal con Él. Toman el modo, pero no a Dios. Además recordad esta palabra: Debéis pensar puramente en Dios y buscarlo a Él. El modo que resulte luego, ¡contentaos con él! Pues vuestra intención ha de estar dirigida puramente hacia Dios y a ninguna otra cosa. Después estará bien lo que os guste o no os guste, y sabed que otra cosa estaría completamente mal. Quienes pretenden tener muchos modos, empujan a Dios por debajo de un banco. Ya sean llantos o suspiros o muchas otras cosas por el estilo: todo esto no es Dios. Si os sucede, aceptadlo y contentaos; si no sucede, contentaos de igual forma y tomad lo que Dios os quiere dar en ese momento y conservad siempre un humilde aniquilamiento y el rebajamiento de vosotros mismos. Y siempre ha de pareceros que sois indignos de recibir cualquier bien que Dios podría haceros si quisiera. Así hemos interpretado pues, la palabra escrita por San Juan: «En esto se nos ha manifestado a nosotros el amor de Dios». Si fuéramos así, este bien se manifestaría dentro de nosotros. La culpa de que esté escondido para nosotros no la tiene nadie más que nosotros. Somos la causa de todos nuestros impedimentos. Cuídate de ti mismo y te has cuidado bien. Y si resulta que no queremos tomarlo, sin embargo, Él nos ha escogido para ello. Si no lo tomamos, tendremos que arrepentimos y sufriremos gran reprimenda. Nosotros tenemos la culpa de que no arribemos adonde se recibe este bien, no la tiene Él.

SERMÓN 52º

La alegría está dentro de ti

Euge, serve bone et fidelis, etcétera (Mateo, 25, 33.).

En el Evangelio podemos leer: “Está bien, servidor bueno y fiel, entra en la alegría de tu Señor. Porque has sido fiel en las cosas pequeñas, yo te estableceré sobre todo mi bien”. Y bien! observad con atención estas palabras: “ ¡buen servidor!” En otro Evangelio, a un joven que lo interpelaba llamándolo bueno, Nuestro Señor respondió: “¿Por qué me llama bueno? ¡Pues nadie es bueno, sino Dios!” Y, ciertamente, es la verdad; pues todo lo que viene de la criatura no es bueno, en tanto sólo reposa sobre sí. Nada es bueno fuera de Dios. ¿Se contradice Dios en sus propias palabras? No.

Cuando el hombre renuncia a sí mismo por amor de Dios y está unido a Dios, es más Dios que criatura. Cuando el hombre está completamente despojado de sí mismo por amor de Dios, cuando ya no pertenece a nadie que no sea Dios y no vive más que para Dios, es verdaderamente, por gracia, lo que Dios es por naturaleza y Dios mismo no ve ya diferencia entre él y este hombre. Yo digo, es cierto, “por gracia”. Dios es bueno y este hombre, también, es bueno; pero así como Dios es bueno por naturaleza, este hombre es bueno por gracia, pues la Vida y el Ser de Dios están completamente en él. Por esto es por lo que Dios ha llamado bueno a semejante hombre y es esto lo que Nuestro Señor entendía cuando dijo: “buen servidor”, pues este servidor sólo es bueno ante Dios por la Bondad por la que Dios es bueno en sí.

La Vida y el Ser de Dios se encuentran igualmente en una piedra o en otras criaturas que sin embargo no poseen la bienaventuranza. Pero, en este servidor, Dios está de una forma que vuelve a este servidor bienaventurado y bueno; pues está en él para la alegría de éste, vive en él y con él, alegre y razonablemente, como en sí mismo y consigo mismo. Es por esto por lo que este servidor

es bienaventurado y es también por esto por lo que Nuestro Señor le dice: “Servidor bueno y fiel, entra en la alegría de tu Señor”.

En verdad, Nuestro Señor ha dicho: “Servidor bueno y fiel, porque tú has sido fiel en las cosas pequeñas, te estableceré sobre todo mi bien”. Y bien! prestad atención y preguntaron qué son estas pequeñas cosas en que este servidor ha sido fiel. Todo lo que Dios ha creado en el cielo y en la tierra y que no es El mismo es pequeño, si se compara con El. Es en todo esto en lo que este buen servidor ha sido fiel. ¿Cómo? os lo voy a exponer. Dios ha colocado a este servidor entre el tiempo y la eternidad. Este servidor no se ha inclinado ni hacia el uno, ni hacia el otro, ha permanecido libre en su razón y su voluntad, incluso frente a todas las cosas. Razonablemente, ha pasado a través de todas las cosas que Dios ha creado; voluntariamente ha renunciado a todas las cosas y a sí mismo y, de manera general, a todo lo que Dios ha creado y que no es Dios mismo. Solamente a la luz de la razón ha recibido estas cosas, ha rendido homenaje a Dios por ello, las ha devuelto a Dios y a su Naturaleza infinita, se ha devuelto también a sí mismo a Dios puesto que él no es más que una criatura. Ahí, ha renunciado a sí mismo y a todas las cosas, de manera que nunca más ha rozado con su voluntad creada ni a sí mismo, ni nada que haya sido creado. ¡Verdaderamente! Y con cualquiera que le sea tan fiel, Dios tendrá una alegría indeciblemente grande. El que le quite esta alegría, le arrebatara su Vida, su Ser, ver su total Deidad.

No os asustéis. Pues esta alegría está cercana a vosotros ¡está en vosotros! ¡Ninguno de vosotros tiene el espíritu bastante grosero, ni la inteligencia tan débil, ninguno está tan lejos de Dios, como para no poder encontrar esta alegría en él, tal como es en realidad, con su placer y su conocimiento, incluso antes de salir de esta iglesia, incluso en este instante en que aún estoy predicando! Puede encontrarla, vivirla y tenerla en él tan realmente como Dios es Dios y que yo soy hombre. Estad seguros de ello, pues es cierto y la Verdad misma lo dice. Os lo voy a probar con una parábola del Evangelio.

Nuestro Señor estaba sentado un día en el borde de una fuente, pues estaba cansado. Vino una mujer que era samaritana, de religión pagana; ella traía un cántaro y una cuerda y quería sacar agua. Nuestro Señor le dijo: “Mujer, dame de beber”. Pero ella respondió: “¿Por qué me pides de beber? ¿No eres judío, y yo samaritana? ¿Y nuestra creencia y vuestra creencia no tienen nada en común!” Y Nuestro Señor le respondió: “Si supieras quién te pide de beber y si conocieras la gracia de Dios, quizá me pedirías tú a mí de beber y yo te daría el agua viva. Pues el que bebe el agua de esta fuente no tardará en tener sed; pero el que beba del agua que yo le diera no tendrá sed nunca más y brotará en él una fuente de la vida eterna”. La mujer escuchaba atentamente las palabras de Nuestro Señor (pues no le gustaba venir muy a menudo a la fuente) y dijo: “¡Señor, dame a beber de esa agua, para que nunca más tenga sed!” Entonces Nuestro Señor continuó: “Ve y trae a tu marido”. Ella dijo: “Señor, yo no tengo marido”. Entonces Nuestro Señor replicó: “Mujer, dices la verdad; has tenido cinco maridos y el que tienes en este momento no es el tuyo”. Entonces la mujer dejó caer el cántaro y la cuerda y gritó: “¿Señor, quién eres? Veo que eres un profeta. Ahora comprendo lo que está escrito: Cuando venga el Mesías, al que llaman Cristo, nos instruirá en todas las cosas y nos hará conocer la verdad”. Entonces Nuestro Señor dijo: “Mujer, soy yo, el que te habla”, y esta palabra llenó el corazón de la mujer. Ella preguntó: “Señor, nuestros padres rezaban en esta montaña; vosotros los judíos decís que hay que rezar en Jerusalén, en el templo. Señor, ¿cuáles adoran más verazmente a Dios y qué corazón es el mejor? Dímelo”. Nuestro Señor respondió: “Mujer, el tiempo vendrá y ya está aquí, en que los verdaderos adoradores no adorarán solamente en el templo o en la montaña, sino que es en espíritu y en verdad como ellos adorarán al Padre y a esos adoradores es a los que busca el Padre”. Entonces la mujer se puso tan llena de Dios, tan desbordante y tan hirviente de su plenitud, que se puso a predicar y a hablar en voz muy alta; y a todos los que veía con sus

ojos quería llevarlos a Dios y darles la plenitud de Dios que sentía en ella misma. Es lo que ocurrió cuando llevó a su marido.

Jamás Dios se da ni se manifiesta completamente al alma en tanto ella no lleve a su “marido”: su libre voluntad. Es por lo que Nuestro Señor ha dicho: “Mujer, dices la verdad; has tenido cinco maridos; están muertos”. ¿Cuáles eran estos cinco maridos? Eran los cinco sentidos con los cuales había pecado y es por lo que estaban muertos. “Y el marido que tienes ahora no es el tuyo.” Este último, era su libre voluntad; éste no le pertenecía, pues estaba prisionero de los pecados mortales y ella no tenía ningún poder sobre él; es por lo que no era el suyo. En efecto, todo aquello sobre lo que el hombre no tiene ningún poder no es suyo; pertenece al que tiene poder sobre ello.

Cuando el hombre recibe en la gracia autoridad sobre su libre voluntad, de manera que pueda unirla enteramente a la voluntad de Dios en la unicidad de la Unidad, sólo tiene que decir lo que esta mujer: “Señor, muéstrame dónde debo rezar y lo que debo hacer, lo que en verdad te es más querido”. Y Jesús responde; es decir, El se revela verdadera y absolutamente tal y como es y llena al hombre de una abundancia tal que borbotea y desborda de la demasiado rica plenitud de Dios, así como en un tiempo muy corto ocurrió a la mujer cerca del pozo, mientras que ella estaba no obstante muy poco preparada. Es por lo que repito lo que he dicho precedentemente: Nadie aquí es de espíritu tan grosero, de inteligencia pobre o tan mal preparada que no pueda, por la gracia de Dios, unir pura y totalmente su voluntad a la Voluntad de Dios; en su deseo, no tiene más que volver a decir las palabras de esta mujer: “Señor, muéstrame tu más querida Voluntad y dame la fuerza de realizarla”, y Dios lo hace, tan cierto como que El vive y nos da con tanta plenitud, de forma total y tan perfectamente como no ha dado nunca a no importa qué mujer. Y, observadlo bien, el más simple, el menor de entre vosotros puede recibir este don de Dios, antes de salir de esta iglesia e incluso mientras que yo predico aún, muy seriamente, tan cierto como que Dios vive y

que yo soy hombre. Y es por lo que yo digo: ¡No os asustéis! esta alegría no está lejos de vosotros, si la buscáis según la sabiduría.

“Te estableceré sobre todo mi bien”. Considerad pues atentamente esta hermosa frase: “sobre todo mi bien”. ¿Cuál es el bien del Señor? Es la bondad, en tanto es extendida y repartida sobre todas las cosas y todas las criaturas que sólo son buenas por su bondad, en el cielo y en la tierra: éste es el bien del Señor. Pues nadie es bueno, ni tiene nada de bien ni ninguna bondad que no venga solamente de El. Es por esto por lo que es su bien. Y todo lo que se puede enunciar de Dios mismo, todo lo que nuestra razón es capaz de comprender o de explicar de El, de exponer o de demostrar de cualquier forma, todo esto es también el bien del Señor y sobre todo esto es donde El quiere establecer a su servidor, porque El también es bueno y se ha mostrado fiel en las cosas pequeñas. Y más allá de todo este bien, el mismo Señor es aún otro bien, un nuevo bien, y El lo es sin embargo El mismo y es algo que no es ni esto ni aquello, que no está ni aquí ni allá. Es en este sentido como Nuestro Señor ha dicho: “Te estableceré sobre todo mi bien”, como si quisiera decir: “Deja todo bien creado, dividido y troceado, por encima de todo esto te estableceré en el bien increado, individido, incompartido, que soy Yo mismo”. También es por esto por lo que ha dicho: “¡Entra en la alegría de tu dueño!”, absolutamente como si quisiera decir: “Deja toda alegría que sea una alegría dividida y que no tenga su ser de por sí y entra en la alegría individida, que es de por sí y en sí todo lo que es”, y esta alegría es la alegría del Señor.

¿Qué es la alegría del Señor? ¿Cómo se podría interpretar o expresar lo que nadie puede ni comprender ni conocer? ¡Pero qué importa! Escuchad al menos algo sobre este tema. La alegría del Señor, es el Señor mismo y nada más; y el Señor es la razón viva, esencial y existente, que se comprende a sí misma, que sólo es y vive absolutamente en sí misma y eternamente permanece la misma. Al decir esto, no le he atribuido ningún modo, por el contrario lo he despojado de todo modo, como El mismo es modo sin modo, tal como vive y se regocija en ser lo que es. He aquí la

alegría del Señor; es el Señor mismo y es a esto a lo que invitaba a su servidor cuando dijo: “Entra, buen y fiel servidor, en la alegría de tu Señor. Porque has sido fiel en las cosas pequeñas, te estableceré sobre todo mi bien”.

¡Que Dios nos ayude a fin de que podamos, nosotros también, llegar a ser buenos y fieles y que Nuestro Señor nos diga igualmente de entrar y quedarnos para siempre en El y que El viva en nosotros! Amén.

SERMÓN 53¹⁴¹

Dios desea que salgas de ti mismo

In hoc apparuit caritas Dei in nobis.

«En esto se nos ha manifestado y hecho visible el amor de Dios hacia nosotros, en que Dios ha enviado al mundo a su Hijo unigénito para que vivamos con el Hijo y en el Hijo y por el Hijo» (1 Juan 4, 9); porque caminan mal, por cierto, todos aquellos que no viven por medio del Hijo.

Si en algún sitio hubiera un rey rico que tuviese una hija hermosa y la desposara con el hijo de un hombre pobre, entonces serían elevados y ennoblecidos por este hecho todos los integrantes de su linaje. Dice, pues, un maestro¹⁴²: «Dios se hizo hombre y gracias a ello todo el género humano ha sido elevado y ennoblecido». Con razón debemos regocijarnos de que Cristo, nuestro hermano, por fuerza propia haya ascendido al cielo por encima de todos los coros angelicales, y esté sentado a la diestra del Padre. Este maestro ha dicho palabras acertadas, pero yo por cierto, no daría gran cosa por ello. ¿De qué me serviría tener un hermano que fuese un hombre rico mientras yo fuera pobre? ¿De qué me serviría tener un hermano que fuera un hombre sabio mientras yo fuera un necio?

Digo otra cosa que va más al grano: Dios no sólo se hizo hombre, sino que aceptó la naturaleza humana.

Los maestros dicen¹⁴³ por lo general que todos los hombres tienen nobleza igualmente en su naturaleza. Pero yo digo conforme a la verdad: Todo el bien que han tenido los santos y María, la Madre de Dios, y Cristo, en cuanto a su humanidad, me pertenece

¹⁴¹ En los encabezamientos se hace referencia al 1º domingo después de Pascua de Resurrección, al primer domingo después de la Santa Trinidad y a Navidad, respectivamente.

¹⁴² Cfr. Tomás, *S. theol.* III q. 57 a. 5.

¹⁴³ Tomás, *II Sent.* d. 32 q. 2 a. 3.

también a mí en esta naturaleza. Entonces podríais preguntarme lo siguiente: Como yo en esta naturaleza poseo todo cuanto Cristo puede realizar según su humanidad ¿a qué se debe entonces que enaltezcamos a Cristo venerándolo como Nuestro Señor y Nuestro Dios? Esto se debe al hecho de que haya sido un mensajero de Dios enviado a nosotros, y nos haya traído la salvación. La salvación que trajo era nuestra. Allí donde el Padre engendra a su Hijo en el fondo más entrañable, allí entra también volando esta naturaleza humana. Ella es una y simple. Puede ser que alguna cosa se deje entrever o se apegue, pero no es lo Uno.

Ahora digo otra cosa que es aún más complicada: Quien ha de vivir de inmediato en la desnudez de esta naturaleza, debe haberse apartado de todo lo personal, de modo que le desee tantas cosas buenas a un hombre allende el mar, a quien nunca vieron sus ojos, como al hombre que se halla junto a él y es su amigo íntimo. Mientras deseas más bienes para tu propia persona que para el hombre que nunca viste, andas mal por cierto, y nunca observaste ni por un solo instante este fondo simple. Es bien posible que hayas visto la verdad en una imagen deducida al modo de un símil: pero no ha sido lo óptimo.

Por otro lado, debes tener el corazón puro, pues sólo es puro aquel corazón que ha destruido todo rastro de ser creado. En tercer lugar debes mantenerte libre del «no». Se suele preguntar ¿qué es lo que quema en el infierno? Los maestros dicen¹⁴⁴ por regla general: Esto lo hace la propia voluntad. Pero yo digo conforme a la verdad, que lo que quema en el infierno es el «no». ¡Escucha entonces, un símil!: Que tomen un carbón ardiente y me lo pongan en la mano. Si yo dijera entonces que el carbón me quemaba la mano, le haría una gran injusticia. Mas si he de decir con acierto qué es lo que me quema, afirmaré que lo hace el «no», porque el carbón contiene algo que no contiene mi mano. Mirad, justamente este «no» es lo que me quema. Mas, si mi mano contuviera todo cuanto es el carbón y lo que éste puede hacer,

¹⁴⁴ Cfr. Tomás, *S. theol.* Suppl. q. 70 a. 3.

entonces ella poseería toda una naturaleza de fuego. Entonces, si alguien cogiera todo el fuego que hubiese ardido jamás y lo pusiera sobre mi mano, no me podría doler. De igual forma digo: Como Dios y todos cuantos se mantienen en la contemplación de Dios, poseen en la verdadera bienaventuranza algo que no tienen aquellos que están apartados de Dios, este «no» solo aflige a las almas en el infierno, más que la voluntad propia o cualquier fuego. De cierto digo: Eres imperfecto en la medida en que te queda apegado el «no». Así, si queréis ser perfectos, debéis ser libres del «no».

Es por lo que dice la frase que os he citado: «Dios ha enviado a su Hijo unigénito al mundo»; esto no lo debéis interpretar con miras al mundo exterior, cómo comía y bebía con nosotros; tenéis que comprenderlo con respecto al mundo interior. Así como es verdad que el Padre en su naturaleza simple engendra a su Hijo en forma natural, también lo es que lo engendra en lo más entrañable del espíritu y esto es el mundo interior. Ahí el fondo de Dios es mi fondo, y mi fondo el de Dios. Ahí vivo de lo mío, así como Dios vive de lo suyo. Para el que mirase alguna vez en este fondo, aunque fuera por un solo instante, para ese hombre mil marcos de oro en monedas valdrían lo mismo que un maravedí falso. Desde este fondo más entrañable has de hacer todas tus obras sin ningún porqué. Digo ciertamente: Mientras hagas tus obras por el reino de los cielos o por Dios o por tu eterna bienaventuranza, es decir, desde fuera, realmente andarás mal. Pueden aceptarte tal cual, pero no es lo mejor. En verdad, quien piense que recibe más de Dios en el ensimismamiento, la devoción, el dulce arrobamiento y en mercedes especiales, que cuando está cerca de la lumbre o en el establo, hace como si tomara a Dios, le envolviera la cabeza con una capa y lo arrojara por debajo de un banco. Así, quien busca a Dios mediante determinado modo, toma el modo y pierde a Dios que está escondido en él. Pero quien busca a Dios sin modo lo aprehende tal como es en sí mismo; y semejante persona vive con el Hijo y Él es la vida misma. Si alguien durante mil años preguntara a la vida: «¿Por qué vives?»... ésta, si fuera

capaz de contestar, no diría sino: «Vivo porque vivo». Esto se debe a que la vida vive de su propio fondo y brota de lo suyo; por eso vive sin porqué, justamente porque vive para sí misma. Si preguntara alguien entonces a un hombre veraz, uno que obra desde su propio ser: «¿Por qué haces tus obras?»... él, si respondiera bien, solo diría: «Obro porque obro».

Allí donde acaba la criatura, ahí Dios comienza a ser. Pues bien, lo único que Dios te exige, es que salgas de ti mismo, en cuanto a tu índole de criatura, y que permitas a Dios serlo dentro de ti. La imagen más pequeña de lo creado, que en algún momento se forma dentro de ti, es tan grande como Dios. ¿Por qué? Porque te impide tener un Dios entero. Justamente allí donde entra la imagen, Dios debe retirarse así como toda su divinidad. Mas, donde sale la imagen, allí entra Dios. Él desea tanto que tú salgas de ti mismo, en cuanto a tu índole de criatura, como si de ello dependiera toda su bienaventuranza. Entonces, mi querido hombre, ¿qué daño te hace si le permites a Dios que sea Dios dentro de ti? Abandona por completo tu sí mismo por amor de Dios, entonces Dios saldrá por completo de sí mismo por amor de ti. Cuando estos dos salen, lo que queda es un Uno simple. En este Uno el Padre engendra a su Hijo dentro del manantial más íntimo. Allí sale floreciendo el Espíritu Santo y surge dentro de Dios una voluntad que pertenece al alma. La voluntad es libre mientras no se halla afectada por ninguna criatura y por nada que sea criatural. Cristo dice: «Nadie asciende al cielo sino Aquel que ha bajado del cielo» (Juan 3, 13). Todas las cosas fueron creadas de la nada; por eso su verdadero origen es la nada, y en cuanto esta noble voluntad se inclina hacia las criaturas, en tanto se derrama con ellas en su nada.

Entonces podemos preguntarnos: Esta noble voluntad ¿se esparce hasta un punto tal que nunca puede volver? Los maestros dicen¹⁴⁵ por regla general que nunca volverá, en cuanto se haya derramado junto con el tiempo. Mas yo digo: Una vez que esta

¹⁴⁵ Cfr. Tomás, *S. theol.* III q. 89 a. 6.

voluntad se aparte de sí misma y de toda criatura, tomando por un solo instante hacia su origen primero, se presentará otra vez en su recta índole libre y es libre; y en ese momento se recupera todo el tiempo perdido.

Con frecuencia la gente me dice: ¡Rogad por mí! Entonces pienso: ¿Por qué os mostráis? ¿Por qué no permanecéis dentro de vosotros mismos y echáis mano de vuestro propio bien? Si portáis dentro toda la verdad en su esencia.

¡Que Dios nos ayude a permanecer verdaderamente adentro del modo señalado, y a poseer toda la verdad inmediatamente y sin distinción en la verdadera bienaventuranza! Amén.

SERMÓN 54¹⁴⁶

Del nombre escrito en la frente

Vidi supra montem Syon agnum stantem etc.

San Juan vio a un cordero de pie sobre el monte Sión, que tenía escrito en la frente su nombre y el nombre de su Padre y con Él estaban ciento cuarenta y cuatro mil. Dice que eran todos vírgenes y cantaban una canción nueva que no podía cantar nadie sino ellos y seguían al cordero dondequiera que iba (Apoc. 14, 1 a 4).

Los maestros paganos dicen que Dios ha ordenado a las criaturas de tal modo que una se halla siempre por encima de la otra, y que las de más arriba tocan a las de más abajo, y las de más abajo a las de más arriba. Lo que dijeron esos maestros con palabras ocultas, otro lo dice muy claramente, señalando que la cadena áurea es la naturaleza pura, acendrada, que está elevada hacia Dios y para la cual nada tiene sabor fuera de Él, y ella aprehende a Dios. Toda criatura toca a otra y la de más arriba tiene puesto el pie sobre el vértice de la de más abajo¹⁴⁷. Las criaturas no tocan a Dios en cuanto a su criaturidad, y lo creado ha de ser roto para que salga lo bueno. Para que salga la carne de la nuez la cáscara ha de quebrarse. Todo esto significa que uno debe emanciparse de lo creado porque, cuando se halla fuera de esa naturaleza desnuda, el ángel no sabe más que esta madera [señalando al atril]. Ciertamente, sin esa naturaleza, el ángel no tiene más ser del que tiene una mosca sin Dios.

San Juan dice: «sobre el monte». ¿Qué debe hacerse para llegar a tal pureza? Eran vírgenes y se hallaban arriba, sobre el monte, y estaban desposadas con el cordero y enajenadas de todas las criaturas y seguían al cordero dondequiera que iba. Algunas

¹⁴⁶ Según uno de los encabezamientos, el sermón corresponde a la Fiesta de los Niños Inocentes.

¹⁴⁷ Cfr. Macrobius, *Comm. in Somnium Scipionis* I c. 14 n. 15.

personas siguen al cordero mientras les va bien; pero regresan cuando las cosas no suceden según su voluntad. Mas, ésta no es la idea, porque él dice: «Seguían al cordero dondequiera que iba». Si eres una virgen y desposada con el cordero y te has enajenado de todas las criaturas, entonces sigues al cordero adondequiera que vaya, y cuando, como consecuencia de alguna tentación, te sobrevenga un sufrimiento por tus amigos o por ti mismo no puede ser que pierdas la serenidad.

Él dice: Estaban arriba. Lo que está arriba, no sufre por lo que está debajo, sino únicamente cuando por encima hay algo más elevado. Un maestro gentil dice¹⁴⁸: Mientras el hombre está con Dios, es imposible que sufra. El hombre que se halla en lo alto y se ha enajenado de todas las criaturas, estando desposado con Dios, este hombre no sufre; y si sufriera, ello afectaría al corazón de Dios.

Estaban sobre el monte Sión. «Sión» significa lo mismo que «contemplar». «Jerusalén» significa «paz». Según dije el otro día en San Mergarden (La huerta de Santa María): Estas dos cosas obligan a Dios; si las posees, Él habrá de nacer en tu fuero íntimo. Os contaré la mitad de una historia: Nuestro Señor iba una vez rodeado de una muchedumbre. En eso llegó una mujer y dijo: «Si pudiera tocar el borde de su vestimenta, sanaría». Entonces dijo Nuestro Señor: «¿Quién me ha tocado?». «¡Válgame Dios! —dijo San Pedro— ¿cómo puedes decir, Señor, que te tocaron? las gentes te aprietan y te oprimen ». (Cfr. Lucas 8, 43 a 45).

Un maestro¹⁴⁹ dice que vivimos de la muerte. Si he de comer un pollo o un novillo, debe haber muerto antes. Hay que cargar con el sufrimiento y seguir al cordero en lo penoso y en lo agradable. Los apóstoles cargaron tanto con lo penoso como con lo agradable, por eso todo cuanto sufrían les resultaba dulce; la muerte les gustaba tanto como la vida (Cfr. Fil. 1, 20).

¹⁴⁸ En *In Genesim* I n. 228 Eckhart remite a A. Gellius.

¹⁴⁹ En *In Genesim* I n. 126 Eckhart remite a Séneca: 1. X *Declamationum*.

Un maestro pagano equipara las criaturas a Dios. La Escritura dice que debemos llegar a ser semejantes a Dios (1 Juan 3, 2). «Semejante», esto es malo y engañoso. Si me asemejo a un hombre y si encuentro a un hombre que se asemeja a mí, este hombre se comporta como si él fuera yo y no lo es y es un engaño. Algunas cosas se asemejan al oro, engañan y no son oro. Así también, todas las cosas pretenden ser semejantes a Dios y mienten y no lo son. La Escritura dice que debemos ser semejantes a Dios. Ahora bien, dice un maestro pagano¹⁵⁰ que alcanzó este conocimiento mediante el simple pensamiento natural: Dios no puede tolerar lo semejante como no puede tolerar no ser Dios. La semejanza es algo que no existe en Dios; hay más bien ser-uno en la divinidad y en la eternidad, pues la semejanza no es uno. Si yo fuera uno, no sería semejante. No hay nada extraño en la unidad; sólo se da ser-uno en la eternidad, mas no el ser-semejante.

Dice: «Tenían escritos en la frente su nombre y el nombre de su Padre». ¿Cuál es nuestro nombre y cuál es el nombre de nuestro Padre? Nuestro nombre es que debemos nacer, y el nombre del Padre es engendrar allí donde la divinidad sale resplandeciendo de su primera pureza que es plenitud de toda pureza, según dije en San Mergarden. Felipe dijo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Juan 14, 8). En primer lugar esto significa que debemos ser padre; en segundo lugar, hemos de ser «gracia» porque el nombre del Padre es «engendrar». Él engendra en mí su imagen. Si veo una comida y me resulta adecuada, nace un apetito; o si veo una persona que se me asemeja, surge una simpatía. Así es exactamente: el Padre celestial engendra en mí su imagen y de la semejanza surge un amor que es el Espíritu Santo. Quien es el padre engendra al hijo por naturaleza: quien saca al niño de la pila bautismal, no es su padre. Dice Boecio¹⁵¹: Dios es un bien inmóvil que mueve todas las cosas. El hecho de que Dios sea constan-

¹⁵⁰ Eckhart habría pensado en Avicena, IX *Metaphysicae* c. 1.

¹⁵¹ *De consolat. philosophiae* III m. IX.

te, pone en marcha todas las cosas. Existe algo muy gozoso que mueve y empuja y pone en marcha a todas las cosas para que retornen hacia donde emanaron, mientras que este algo permanece inmóvil en sí mismo. Y cuanto más noble sea una cosa, tanto más constante será su correr. El fondo primigenio las empuja a todas. La sabiduría y la bondad y la verdad añaden algo; lo Uno no añade sino el fondo del ser.

Pues bien, dice: «Y en su boca no se encontró mentira » (Apocal. 14, 5). Mientras yo poseo a la criatura y la criatura me posee a mí, hay una mentira, y en su boca no se encuentra ninguna. Es señal de que un hombre es bueno cuando elogia a la gente buena. Si, por otra parte, una persona buena me elogia a mí, me ha elogiado de veras; en cambio, si me elogia un malvado, me ha insultado de veras. Pero si me insulta una persona mala, en verdad me ha elogiado. «De lo que rebosa el corazón habla la boca » (Cfr. Mateo 12, 34). Es característico de un hombre bueno que le guste hablar de Dios, pues a la gente le gusta hablar de aquello en que se ocupa. Quienes se ocupan de trabajos manuales, gustan hablar de los trabajos manuales; a quienes se ocupan de los sermones, les agrada hablar de sus sermones. A un hombre bueno no le agrada hablar de nada que no sea Dios.

En el alma hay una potencia de la cual he hablado varias veces... si el alma entera fuera como ella, sería increada e increable. Pero las cosas no son así. Con la parte restante el alma ha puesto sus miras en el tiempo y le adhiere y al hacerlo toca la criaturidad y es creada... Estoy hablando del entendimiento: para esta potencia nada se halla ni lejos ni fuera. Lo que se encuentra allende el mar o a mil millas de distancia, lo conoce y lo tiene presente tan esencialmente como este lugar donde me hallo. Esta potencia es una virgen y sigue al cordero adonde vaya. Esta potencia aprehende a Dios desnudo en su ser esencial; es una sola en la unidad, mas no semejante en la semejanza.

Que Dios nos ayude para que nos suceda tal cosa. Amén.

SERMÓN 55¹⁵²

En el “ahora” no hay tinieblas

Eratis enim aliquando tenebrae.

San Pablo dice: «Anteriormente erais tinieblas, pero ahora sois una luz en Dios» (Efesios 5, 8).

Los profetas, que ambulaban en la luz, conocieron y encontraron la verdad secreta bajo la influencia del Espíritu Santo. A veces fueron movidos a dirigirse hacia fuera y a hablar de las cosas conocidas por ellos para salvación nuestra, a fin de que nos enseñaran a conocer a Dios; mas, por la diferencia en comparación con la verdad, echaban mano de la materia burda y pretendían enseñarnos a conocer a Dios por medio de las cosas inferiores de la criatura.

Otra vez les sucedió que callaron, de modo que no podían hablar y esto se debía a tres razones. Primero: el bien que veían y conocían en Dios era tan grande y tan oculto que no podía configurarse en su conocimiento, porque todo cuanto podía establecerse era tan desigual a lo que veían en Dios y era tan falso frente a la verdad que no querían mentir y se callaban... Segundo: todo cuanto veían en Dios era tan grande y noble que no eran capaces de tomar de ello ni una imagen ni una forma para hablar de lo visto... Tercero: porque enmudecieron, miraban dentro de la verdad oculta y encontraban el arcano en Dios, que no sabían expresar con palabras.

Ahora bien, dice Pablo: «Anteriormente erais tinieblas, pero ahora sois una luz en Dios». «Aliquando» (anteriormente). Para quien sabe entender bien esta palabra, significa lo mismo que «en algún momento» y se refiere al tiempo que nos impide llegar a la luz, porque a Dios nada le repugna tanto como el tiempo; y no

¹⁵² El texto bíblico fue tomado de la Epístola del tercer domingo de cuaresma.

sólo el tiempo, se refiere también al apego al tiempo; tampoco se refiere sólo al apego al tiempo, sino también al hecho de rozar el tiempo. Y no sólo al hecho de rozar el tiempo, sino también a un perfume y un gusto del tiempo... así como en el lugar donde estaba una manzana, persiste un olor, así debes entender el roce del tiempo.

Los más destacados de nuestros maestros dicen¹⁵³ que el firmamento corpóreo y el sol y también los astros tienen que ver tan poco con el tiempo que lo rozan meramente. Yo, en este contexto, me refiero finalmente al hecho de que el alma está creada muy por encima del cielo y que ella, en su punto más puro y alto, no tiene nada que ver con el tiempo. Ya me he referido varias veces a la obra en Dios y al nacimiento en el cual el Padre engendra a su Hijo unigénito, y de esta emanación florece el Espíritu Santo, de modo que el Espíritu va proviniendo de ambos, y en esta emanación se origina el alma emanando a su vez; y la imagen de la divinidad se encuentra estampada en el alma, y en la emanación y en el reflujo de las tres personas, el alma refluye también y es otra vez in-formada en su primera imagen sin imagen.

Los maestros dicen que las cosas penden de su nacimiento de modo que miran allí lo más acendradamente, en el interior del ser. Pues, allí donde el Padre engendra al Hijo, allí hay un «ahora» presente. Desde el nacimiento eterno, donde el Padre engendra a su Hijo, el alma ha nacido en su ser, y la imagen de la divinidad está estampada en el alma. En esto piensa Pablo cuando dice: «Pero ahora una luz en Dios». No dice «sois una luz», sino «pero ahora una luz en Dios». Él quiere decir esto: Quien quiere conocer las cosas, debe conocerlas en su causa.

En el colegio discutían, y dijeron algunos maestros que Dios había estampado la imagen en el alma como quien pinta un cuadro en una pared y éste se desvanece. Contra esta opinión hubo protestas. Otros maestros se expresaron mejor y dijeron que Dios había estampado la imagen en el alma como inmortal, como

¹⁵³ Agustín, *Confess.* 1. XII (c. 9 n. 9.).

una idea perdurable en el alma... como, por ejemplo, yo tengo hoy determinada voluntad y mañana tengo la misma idea y preservó la imagen por medio de mi influencia representante. Y conforme a ello dijeron que las obras divinas son perfectas. Pues, si el carpintero fuera perfecto en su obra, no necesitaría de la materia; porque, tan pronto como pensara en la casa, ella estaría hecha. Así son las obras en Dios: tan pronto como las piensa, las obras están hechas en un «ahora» presente. Entonces intervino el quinto maestro y él se expresó mejor que todos, diciendo: Allí no hay devenir, sino que se trata de un «ahora», un devenir sin devenir, un ser nuevo sin renovación, y el devenir es su ser de Dios. En Dios hay una sutileza tal que ninguna renovación puede entrar. Igualmente, hay en el alma una sutileza tan pura y tan tierna que ahí tampoco puede entrar ninguna renovación; porque todo cuanto hay en Dios, es un «ahora» presente sin renovación.

Querría haber hablado de cuatro cosas: de la sutileza de Dios y de la sutileza del alma y de la obra en Dios y de la obra del alma. Ahora, no lo haré.

SERMÓN 56°
La visión de San Juan

En una visión San Juan vio un corderito de pie.

San Juan, en una visión, vio un cordero de pie sobre el monte Sión y con él estaban cuarenta y cuatro¹⁵⁴, que no eran terrestres ni tenían nombre de mujer. Eran todos vírgenes y se hallaban lo más cerca del cordero, y adonde se dirigía el cordero lo seguían y cantaban todos una canción especial junto al cordero y llevaban escritos en la frente de su cabeza su nombre y el de su Padre (Cfr. Apocal. 14,1-4).

Pues bien, dice Juan que vio un cordero de pie sobre el monte. Yo digo: el mismo Juan era el monte sobre el cual vio al cordero, y quien quiere ver al cordero divino tiene que ser, él mismo, el monte y llegar a lo más elevado y acendrado de su ser. En segundo lugar, si él dice que vio al cordero sobre el monte resulta que cualquier cosa que está parada sobre otra, toca con su parte más baja la más alta de la de abajo. Dios toca todas las cosas, mas Él permanece intacto. Sobre todas las cosas Dios es una permanencia en Él mismo y su permanencia en sí mismo sostiene a todas las criaturas. Todas las criaturas tienen una parte superior y otra inferior. Pero no lo tiene Dios. Él se halla sobre todas las cosas y nada lo toca en ninguna parte. Cualquier criatura está buscando siempre fuera de sí, en las otras, aquello que no tiene, mas Dios no procede así. Dios no busca nada fuera de Él. Todo aquello que tienen todas las criaturas, lo tiene Él dentro de sí. Él es el suelo y el anillo o vínculo de todas las criaturas. Es cierto que una es anterior a otra o por lo menos que una nace de otra. Sin embargo, ésta no le entrega su propio ser, retiene algo de lo suyo. Mas Dios

¹⁵⁴ El número equivocado se habría originado quizás por la dificultad que significaba para el escriba reproducir el número exacto de los 144.000 elegidos.

es una simple «permanencia», un «asentamiento» en sí mismo. De acuerdo con lo noble de su naturaleza, toda criatura se brinda tanto más hacia fuera cuanto más se asienta en sí misma. Una piedra sencilla, por ejemplo, una toba, no da testimonio de nada fuera de que es una piedra. Mas una piedra preciosa que tiene gran fuerza a causa de su «permanencia», de su «asentamiento» en sí misma, levanta al mismo tiempo la cabeza y mira en su derredor. Dicen los maestros que ninguna criatura tiene tanto «asentamiento» en sí misma como lo tienen el cuerpo y el alma, y eso que nada sale tanto de sí mismo como el alma en su parte superior.

Ahora dice: «Vi el cordero de pie». De ello podemos sacar cuatro enseñanzas buenas. La primera: el cordero da comida y vestimenta y lo hace de muy buen grado, esto debe estimular nuestra comprensión de que hemos recibido mucho de Dios y que Él lo da con tanta bondad; nos ha de incitar a que no busquemos en todas nuestras obras nada más que su loa y su gloria. La segunda: el cordero estaba de pie. Nos hace muy bien cuando un amigo está de pie junto a su amigo. Dios nos socorre y permanece de pie junto a nosotros¹⁵⁵, siempre y sin moverse.

Ahora bien, él dice: Con él estaban muchos, cada uno de los cuales tenía escrito en la frente de su cabeza su nombre y el nombre de su Padre. Por lo menos el nombre de Dios debe estar inscrito en nosotros. Hemos de llevar en nuestro interior la imagen de Dios y su luz ha de alumbrar dentro de nosotros si queremos ser «Juan».

¹⁵⁵ Juego de palabras irreproducible en castellano entre «stân» = «estar de pie, encontrarse» y «bîstan» = «socorrer».

SERMÓN 57º

¡Levántate! desapégate de los sentidos

Adolescens, tibi dico: surge.

En el Evangelio, escrito por mi señor San Lucas, se lee sobre «un joven que estaba muerto. Entonces, Nuestro Señor llegó hasta él y se acercó y se compadeció de él y lo tocó y dijo: “Joven, te digo y te ordeno: ¡levántate!”» (Cfr. Lucas 7, 12 ss.).

Ahora habéis de saber: En todas las personas buenas Dios se halla por entero y hay un algo en el alma en cuyo interior vive Dios, y hay un algo en el alma donde el alma vive en Dios. Y cuando el alma se vuelve hacia fuera, hacia las cosas exteriores, entonces muere y Dios muere también para el alma. Pero por eso no muere en absoluto en Él mismo, sino que sigue viviendo en sí mismo. Cuando el alma se separa del cuerpo, el cuerpo está muerto y el alma vive en sí misma; de igual modo Dios está muerto para el alma y vive en sí mismo. Sabedlo, pues: hay una potencia en el alma, que es más extensa que el cielo —que es increíblemente extenso y tan extenso que no es posible enunciarlo bien— mas, esa misma potencia todavía es mucho más extensa.

¡Vamos, esforzaos mucho y prestad atención! Resulta que el Padre celestial, en esta potencia noble, le dice a su Hijo unigénito: «¡Joven, levántate!» Hay una unión tan grande entre Dios y el alma que es increíble, y Dios en sí mismo es tan alto que no puede llegar hasta allí ningún conocimiento ni anhelo alguno. El anhelo llega más lejos que todo aquello que se puede aprehender por el conocimiento. Aquél es más extenso que todos los cielos y que todos los ángeles, y eso que todo cuanto hay en la tierra, vive por una chispa del ángel. El anhelo es extenso, desmedidamente extenso. Todo cuanto el conocimiento puede aprehender y el anhelo puede desear, no es Dios. Ahí donde terminan el conocimiento y el anhelo, ahí está oscuro, ahí luce Dios.

Nuestro Señor dice, pues: «¡Joven, te digo: levántate!» Ojo, si he de escuchar en mi interior el habla de Dios, tengo que haberme extrañado tan completamente de todo cuanto es mío —en especial, en el reino de lo temporal— como me resulta extraño aquello que se halla más allá del mar. El alma es, en sí misma, tan joven como cuando fue creada, y la edad que le corresponde, sólo vale respecto al cuerpo, por cuanto ella actúa en los sentidos. Dice un maestro: «Si un hombre anciano tuviera los ojos de un joven, vería tan bien como un joven». Ayer estaba sentado en un lugar y dije allí una palabra que suena bastante increíble... dije, pues, que Jerusalén queda tan cerca de mi alma, como el lugar en donde estoy ahora. Ciertamente, con toda verdad: aquello que dista de Jerusalén más de mil millas, queda tan cerca de mi alma como mi propio cuerpo, y de ello estoy tan seguro como del hecho de ser hombre, y es cosa fácil de comprender para los frailes doctos. ¡Sabadlo: mi alma es tan joven como cuando fue creada, ¡ah sí! y mucho más joven todavía! Y ¡sabadlo!: si mañana fuera más joven que hoy, no me sorprendería.

El alma tiene dos potencias que nada tienen que ver con el cuerpo; y éstas son el entendimiento y la voluntad: ellas operan por encima del tiempo. ¡Ojalá estuvieran abiertos los ojos del alma de modo que el conocimiento mirara claramente la verdad! ¡Sabadlo: a tal hombre le resultaría tan fácil renunciar a todas las cosas como a un garbanzo o una lenteja o una nadería; por mi alma, todas estas cosas serían nadería para semejante hombre! Ahora bien, hay algunas personas que se despojan de estas cosas por amor, pero consideran muy grandes las cosas que han dejado. Pero aquel hombre que reconoce en la verdad que, si bien renuncia a sí mismo y a todas las cosas, esto no es nada aún... por cierto, el hombre que vive así, posee en la verdad todas las cosas.

En el alma hay una potencia para la cual todas las cosas son igualmente dulces; además, lo peor y lo mejor de todo le resultan completamente iguales a esta potencia; ella toma a todas las cosas por encima de «aquí» y «ahora». «Ahora»... esto es tiempo, y «aquí»... esto es lugar, el lugar donde me encuentre ahora. Mas,

si hubiera salido totalmente de mí mismo, desasiéndome por completo, entonces ¡albricias! el Padre engendraría a su Hijo unigénito en mi espíritu con tanta pureza que el espíritu volvería a darlo a luz. Ciertamente, lo digo con toda verdad: Si mi alma estuviera tan dispuesta como el alma de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre obraría en mi interior tan puramente —y nada menos— como en su Hijo unigénito; porque me ama a mí con el mismo amor con el que se ama a sí mismo. San Juan dice: «Al comienzo era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y Dios era el Verbo» (Juan 1, 1). Bien, aquel que ha de escuchar el Verbo en el Padre —allí reina gran silencio— debe estar muy tranquilo y apartado de todas las imágenes y de todas las formas. Por tanto, este hombre debería vincularse a Dios con tanta lealtad que todas las cosas juntas no fueran capaces de alegrarlo ni entristecerlo. Ha de recibir todas las cosas en Dios, tales como son en Él.

Ahora dice: «¡Joven, te digo: levántate!». Él mismo quiere hacer la obra. Si alguien me mandara que transportase una sola piedra, lo mismo me podría ordenar transportar mil piedras en vez de una, siempre y cuando él mismo quisiera llevarlas. O, si mandara a alguien que transportase un quintal, lo mismo podría ordenar que transportara mil quintales en vez de uno, siempre y cuando él mismo quisiera llevarlos. Dios mismo quiere hacer esta obra, el hombre sólo ha de obedecer y no oponerse. Si el alma sólo se dispusiera a vivir adentro, tendría presentes todas las cosas. Hay una potencia en el alma y no sólo una potencia sino una esencia, y no sólo una esencia, sino algo que desliga de la esencia... esto es tan genuino y tan elevado y tan noble en sí mismo que ninguna criatura puede entrar sino sólo Dios que mora ahí. Ciertamente, lo digo con plena verdad: Dios mismo no puede entrar tampoco, en cuanto tiene modo de ser ni en cuanto es sabio ni en cuanto es bueno ni en cuanto es rico. Dios no puede entrar ahí con ningún modo de ser. Dios puede entrar ahí sólo con su desnuda naturaleza divina.

Daos cuenta, pues, que dice: «¡Joven te digo!». Y ¿qué es el «decir» de Dios? Es la obra de Dios, y esta obra es tan noble y tan

elevada que sólo Dios la hace. Sabed pues: toda nuestra perfección y toda nuestra bienaventuranza dependen de que el hombre atraviese y sobrepase toda criaturidad y toda temporalidad y toda esencia, y vaya al fondo carente de fondo.

Pedimos a Dios, Nuestro querido Señor, que logremos ser uno y moremos adentro y que Dios nos ayude a llegar a ese mismo fondo. Amén.

SERMÓN 58º

Los obstáculos a la verdadera espiritualidad

Expedit vobis, ut ego vadam, etcétera (Juán, 16, 7.).

Leemos en el santo Evangelio que Nuestro Señor dijo a sus discípulos: “Es bueno para vosotros que os deje; pues si yo no os dejo, no podréis recibir al Espíritu Santo”. Y esto se aplica a tres clases de impedimentos, por los cuales se dejan detener tres tipos de gentes.

Los primeros son los pecadores que se dejan detener por las criaturas, gozando de ellas contra Dios pero siguiendo sus deseos. Esos no siguen el camino que lleva a Dios, aunque las criaturas sean, ellas también, un camino que lleva a Dios. Es por lo que dice San Agustín: “Malditos sean los que se engañan creyendo seguir las vías que llevan a Dios”.

El segundo obstáculo que impide a otra clase de gentes bien intencionadas alcanzar la verdadera espiritualidad, son los siete sacramentos. Sacramento significa símbolo. Pero no alcanza la verdad interior aquel que se apega al símbolo y toma placer en él; pues estos siete sacramentos nos encaminan hacia la única y misma verdad. El matrimonio, por ejemplo, simboliza la unión de la Naturaleza divina y de la naturaleza humana, la unión que se establece entre el alma y Dios. El que sólo se apega al símbolo se cierra la vía hacia la única Verdad. No tenéis que imaginaros que la vida del matrimonio consiste en que el marido y la mujer se unan, obedezcan a sus sentidos carnales y sigan sus pasiones; eso no es en absoluto la vida conyugal. Lo que constituye la verdadera vida conyugal, es la observancia de los preceptos del matrimonio o las siete horas espirituales de la jornada y las obras de misericordia.

Hay gentes honradas que se crean obstáculos ellos mismos, porque están demasiado apegados al remordimiento y a la confesión; ellos también se quedan apegados al signo y no se esfuerzan

en llegar a la Verdad pura. Contra ellos dice Nuestro Señor: “El que se ha bañado ya, sólo necesita lavarse los pies”. En otros términos, el que se ha lavado una vez con un arrepentimiento completo y una confesión sin reticencia, no necesita confesar de nuevo sus antiguos pecados; le basta con lavarse los pies, es decir, purificar sus deseos y su conciencia, confesándose de sus faltas cotidianas.

Otras gentes honradas se crean también ellos mismos los obstáculos buscando celosamente el santo sacramento de la Eucaristía, de tal forma que no pueden recibirlo con las disposiciones interiores deseadas. Dan demasiado cuidado exterior a cosas superfluas y no se dedican a la verdad interior; ahora bien, la verdad es algo interior y no se la puede encontrar en sus manifestaciones exteriores. Es por esto por lo que no reciben dignamente el cuerpo de Nuestro Señor; pues todos los sacramentos nos encaminan únicamente hacia la única y misma Verdad. Así, no debemos pararnos en el símbolo, sino penetrar en la Verdad interior. Los que quieren interesarse en espíritu en la divina Verdad deben rezar en espíritu y en verdad. En este sentido es como habló Cristo a la mujer que sacaba agua de la fuente en Samaria y que le preguntó dónde se debía rezar, si en la montaña donde habían rezado sus padres o bien allí donde los judíos rezaban a esa hora. Y Nuestro Señor le respondió: “El tiempo vendrá y ya está aquí, en que los verdaderos adoradores no adorarán solamente en el templo o en la montaña, sino en espíritu y en la verdad de Dios”. Lo que hay que considerar a este propósito es que no se debe adorar a Dios solamente en el templo o en la montaña, sino que se ha de rezar sin cesar y en todo lugar y en todo tiempo. De donde la súplica de San Pablo: “Hay que regocijarse en todo momento y dar gracias a Dios en toda ocasión y rezar sin cesar”. Pero rezan sin cesar aquellos que, en un amor siempre igual, realizan sus obras por amor de Dios, salen de su propio yo sin buscar el menor goce, se inclinan humildemente ante Dios y lo dejan actuar solo. La santa Iglesia no ha instituido la oración de los labios más que para permitir al alma recogerse, despegándose de las cosas exteriores,

donde se había dispersado a través de la multiplicidad de los bienes perecederos. Y cuando se concentra después en las potencias superiores, es decir en la razón, la voluntad y la memoria, se espiritualiza; y cuando el espíritu se adhiere a Dios entonces en plena unión de la voluntad, es divinizado.

Hay verdaderos espirituales que se ponen obstáculos a sí mismos en la vía de la verdadera perfección, porque los deseos de su espíritu permanecen apegados a la imagen de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Otros aun se cortan el camino abandonándose a demasiadas visiones; ven entonces en su mente formas y apariciones, ya sean hombres o ángeles o la forma humana de Nuestro Señor Jesucristo, y prestan fe a las palabras que oyen en sus mentes. Creen por ejemplo que se les dice que ellos son los preferidos de Dios, que otros tienen tales enfermedades o tales virtudes, que Dios realizará algún milagro privado en intención a ellos. ¿Cuántas veces no son engañados? Pues en suma, Dios no hace nada por amor a ninguna criatura, sino que lo hace todo por amor a su propia bondad. ¿Todas las oraciones de la cristiandad no se terminan con la fórmula: “Señor, hazlo por el amor de tu Hijo único Jesucristo”? ¿No ha inculcado El mismo a sus discípulos: “Es bueno para vosotros que yo me vaya”? Tenía a la vista no solamente a los discípulos de entonces sino a todos los que se convertirían en discípulos suyos y querrían seguirle hacia la alta perfección. Pues para ellos también su forma humana es un obstáculo, desde que se apegan a ella con dilección; deben en efecto seguir a Dios en todas sus vías; no deben pues meterse en el camino de su humanidad, que nos guía solamente hacia la vía de la Deidad. ¿No ha dicho el mismo Jesucristo: “Yo soy la vía, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino es por mí. Y el que quiere entrar por otra puerta es un asesino y merecedor de la muerte eterna”? Estas palabras están dirigidas a todos los que se imaginan poder realizar cualquier obra buena por sus propias fuerzas, o que creen que Dios hará cualquier cosa por ellos, mientras que el Cristo ha dicho de El que no era nada por sí mismo. Y la eterna Sabiduría ha dicho de ella misma: “El que me

ha creado descansa en mi tienda”, ella que sin embargo es increada. Pues Dios es la Sabiduría que no ha nacido. Entended esta fórmula en relación al Eterno nacimiento; el Hijo, en efecto, ha salido del Padre según su modo de nacimiento; pero ser no significa en general que haya sido creado. En consecuencia, la Sabiduría eterna ha nacido de la Potencia del Padre, es el Hijo el que es esta Sabiduría y el Espíritu Santo (su amor recíproco) es la bondad; son Uno en la naturaleza divina, pero distintos como personas. ¿Y cuál es la tienda de la que habla la Sabiduría? Es la Humanidad de Jesucristo, donde el Padre ha repasado con el Hijo; pues ellos son iguales en naturaleza, ellos son Dios en persona, pero Deidad en naturaleza. Esta “tienda” de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, nosotros debemos adorarla únicamente en razón de su unión con la Deidad; pues el hombre es verdaderamente Dios y Dios es verdaderamente hombre. Es por lo que no debemos tener ninguna preocupación por las criaturas, sino solamente por Jesucristo, que es nuestro socorro y la única vía que lleva al Padre.

Sin embargo, incluso cuando nos separamos de todas las criaturas y entramos en la vía de la verdad que es Jesucristo, no somos aún plenamente bienaventurados, aunque nuestra mirada se sumerja en la verdad divina. En efecto, mientras que aún estamos ocupados en mirar, no somos uno con lo que miramos. Mientras algo sea aún el objeto de nuestra intuición, no somos aún uno en el Uno. Pues allí donde no hay más que el Uno, no se ve más que el Uno. Es por lo que sólo se puede ver a Dios por la ceguedad, conocerle por el no-conocimiento, comprenderle por la insensatez. Es en este sentido como dijo San Agustín que ningún alma puede llegar a Dios, a menos que vaya hacia El dejando toda criatura y lo busque dejando todo símbolo. Cristo nos lo indica él mismo por estas palabras: “Quita primero la viga de tu ojo, limpia después el polvo que hay en el ojo de tu vecino”. Imaginemos que toda criatura es comparable a una viga en el ojo del alma, puesto que, por su naturaleza de criatura, es un obstáculo a la unión con Dios. Así, puesto que queda aun en el alma algo de la criatura, es

preciso que se proyecte fuera de sí; más aún, debe rechazar hasta a los santos y a los ángeles e incluso a la santísima Virgen, porque todos ellos son aún criaturas.

El alma debe permanecer en su desnudez, sin ninguna necesidad; es así como con la ayuda de la igualdad consigue llegar a Dios. De hecho, nada une más que la Igualdad; pues Dios también está en su desnudez y sin ninguna necesidad. En otros términos: “Despojada de la materia es como el alma ha llegado a Dios”. Sólo así consigue unirse a la santa Trinidad. Pero su felicidad puede llegar a ser aún más grande, si busca a la Deidad completamente desnuda, pues la Trinidad no es más que una manifestación de esta Deidad. En la Deidad pura no hay ya absolutamente ninguna actividad; además el alma sólo alcanza la bienaventuranza perfecta arrojándose en el desierto de la Deidad, allí donde no hay ni operaciones ni formas, para sumergirse y perderse en el desierto, donde su yo se aniquila y donde ella no se preocupa de nada, como en el tiempo en que aún no era. Solamente entonces está muerta en sí misma y sólo vive en Dios; lo que está muerto así es reducido a la nada. Entonces el alma no es alma para nada y su sepultura es la Deidad. Y de éstos es de los que San Pablo decía: “Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida en Dios con el Cristo”.

Hay quienes se imaginan haber sido transformados en la santa Trinidad, aunque nunca hayan salido aún de ellos mismos. No les gusta renunciar a su propio yo, quieren un beneficio personal en abundancia, placer y dulzura para su corazón; y tendrían que renunciar sin embargo a todo eso, tanto en pensamiento como en deseo. Gentes de esta especie no son verdaderos imitadores de Nuestro Señor Jesucristo quien, en todas sus obras no buscó nunca la dulzura, sino únicamente el dolor y la amargura. No ha dicho él mismo: “Mi alma está triste hasta la muerte”. El quería hablar no de su alma noble, sino de su vida corporal, que estaba triste hasta la muerte esperando que se realizara todo lo que era necesario para nuestra salvación y que nuestra muerte fuera matada. También nuestra alma debe estar triste hasta la muerte,

hasta que sea matado en nosotros lo que hay en ella de egoísmo, de voluntad personal y de amor al bienestar. Cuando el alma es matada de esta forma en la vida de sus deseos y de su egoísmo y enterrada en Dios, está escondida para todas las criaturas, les es desconocida y no hay más tristeza para ella.

Escuchad ahora en qué puede reconocerse que ha sido uno incluido en la santa Trinidad. Sobre todo en esto: la contemplación del Espíritu Santo purifica el alma de toda falta, de forma que se olvida de sí misma y se olvida de todas las cosas.

Después en esto: lo que recibe de la Deidad, es la Sabiduría eterna del Padre, el conocimiento y la inteligencia de todas las cosas. De esta forma, no está reducida a la apariencia, a la conjetura, a la fe, pues ella ha llegado a la verdad. Y todo lo que ha creído hasta entonces y conocido con la ayuda de simples palabras y de simples demostraciones; todo lo que está representado en forma de símbolos, ya se trate de hombres o de espíritus, no necesita preguntárselo a nadie, como deben hacer tantas gentes que no han recibido la verdad. Esos, cuando la pura Verdad les es revelada, quieren comprender por medio de los sentidos humanos, lo que sobrepasa el entendimiento de todos los ángeles. Es por lo que interrogan a otra gente; y si les aportan la Verdad tal y como la han recibido con sus sentidos groseros, los otros la reciben también en un sentido grosero tal y como la han entendido de ellos; después pretenden que lo que han entendido es falso e inconciliable con la fe cristiana; lo tienen por erróneo, pues lo creen conforme a la idea que se han hecho de él, pero la verdad se les escapa por completo.

El alma noble que, en unión con el verbo, es incluida en la santa Trinidad, obtiene en un instante fuerza y potencia del Padre, para que le sea posible efectuar todo. Es lo que expresa San Pablo: “Yo tomo todas las cosas de aquel que me fortifica”. Entonces no es ya el alma la que actúa, conoce y ama, es Dios el que actúa, conoce y ama en ella. Es lo que proclama Jeremías: “Verdaderamente sois dioses en cuanto que conocéis y amáis a Dios”.

¡Que Dios nos ayude a obtener esta verdad! Amén.

SERMÓN 59º

De los mercenarios y siervos de sus propias obras

Iustus in perpetuum vivet et apud dominum est merces eius etc.

En la Epístola de hoy leemos una frase, el sabio dice: «El justo vive eternamente» (Sab. 5, 16).

En alguna ocasión expliqué lo que es un hombre justo mas, ahora digo otra cosa en sentido diferente. Un hombre justo es aquel que está formado en la justicia y transformado en su imagen. El justo vive en Dios y Dios en él; pues Dios nace en el justo y el justo en Dios, ya que Dios nace a causa de cualquier virtud del justo, y cualquier virtud del justo le da alegría. Y no sólo cualquier virtud del justo sino también cualquier obra del justo por insignificante que sea, siempre que la haga en justicia, con ella Dios se alegra y la alegría hasta penetra en Él; porque no queda nada en su fondo que no reciba un estremecimiento de alegría. Tal hecho lo deben creer las personas de mentalidad burda, mientras los iluminados han de saberlo.

El justo no intenta conseguir nada con sus obras; pues, quienes intentan conseguir algo con sus obras o también aquellos que obran a causa de un porqué, son siervos y mercenarios. Por eso, si quieres ser in-formado en la justicia y transformado en su imagen, no pretendas nada con tus obras y no te construyas ningún porqué, ni en el siglo ni en la eternidad ni con miras a una recompensa o a la bienaventuranza o a esto o a aquello; porque semejantes obras de veras están todas muertas. Ciertamente, aun cuando configuras en tu interior la imagen de Dios, todas las obras que hagas con esa finalidad, están muertas, y las buenas obras las echas a perder. Y no sólo echas a perder las buenas obras, sino que cometes también un pecado; pues procedes exactamente como un jardinero que debía plantar un jardín y luego talaba los árboles y, para colmo, requería su paga. De la misma manera echas a perder las obras buenas. Por eso, si quieres vivir y aspiras

a que vivan tus obras, debes estar muerto y aniquilado para todas las cosas. Es propio de la criatura hacer algo de algo; mas, es propio de Dios hacer algo de nada. Por eso, si Dios ha de hacer algo en tu interior o contigo, debes haberte aniquilado antes. Y por ende, entra en tu propio fondo y obra ahí; y las obras que haces ahí, serán todas vivas. Y por eso dice el sabio: «El justo vive». Porque obra por ser justo y sus obras viven.

Ahora dice el sabio: «Su recompensa está con el Señor». Hablemos un poco de esto. Cuando dice «con» significa que la recompensa del justo está allí donde está Dios mismo; pues la bienaventuranza del justo y la bienaventuranza de Dios son una sola bienaventuranza, ya que el justo es bienaventurado allí donde lo es Dios. Dice San Juan: «El Verbo estaba con Dios» (Juan 1, 1). Él también dice «con» y por ello el justo se parece a Dios, porque Dios es la justicia. Y por lo tanto: quien está en la justicia, está en Dios y es Dios.

Ahora seguiré hablando de la palabra «justo». No dice: «el hombre justo», ni tampoco: «el ángel justo», sino tan sólo: «el justo». El Padre engendra a su Hijo como el justo, y al justo como hijo suyo, porque toda virtud del justo y cualquier obra realizada a causa de la virtud del justo, no forman sino el hecho de que el Hijo es engendrado por el Padre. Y por eso, el Padre no descansa nunca; antes bien, persigue e invita en todo momento para que nazca en mí su Hijo, según se dice en un Escrito: «No me callo a causa de Sión ni descanso a causa de Jerusalén, hasta que se revele el justo y luzca como un relámpago» (Isaías 62, 1). «Sión» significa el apogeo de la vida y «Jerusalén» el apogeo de la paz. Ciertamente, Dios no descansa jamás ni a causa del apogeo de la vida ni a causa del apogeo de la paz; sino que persigue e incita en todo momento para que se revele el justo. En el justo no ha de obrar ninguna cosa sino únicamente Dios. Pues, si algo fuera de ti te impulsa a obrar, de veras, todas esas obras están muertas; y aún en el caso de que Dios te estimule desde fuera para que obres, por cierto, todas esas obras están muertas. Mas, si tus obras han de vivir, Dios tiene que impelerte en tu interior, en lo más genuino

del alma, si han de vivir realmente porque allí se halla tu vida y sólo allí vives. Y yo digo: Si una virtud te parece mayor que otra, y si tú la estimas más que a otra, no la amas tal como es en la justicia, y Dios todavía no obra en ti. Pues, mientras el hombre aprecia o ama más a determinada virtud, no ama las virtudes ni las toma como son en la justicia, ni tampoco es justo; porque el justo toma o ama y obra todas las virtudes en la justicia así como son la justicia misma.

Dice un pasaje de un Escrito: «Antes del mundo creado Yo soy» (Eclesiástico 24, 14). Dice «antes soy Yo», esto significa: donde el hombre está elevado por encima del tiempo a la eternidad, ahí realiza una sola obra con Dios. Algunas personas preguntan cómo puede ser que el hombre haga las obras que Dios operó hace mil años y que va a hacer después de mil años, y no lo comprenden. En la eternidad no existe ni antes ni después. Por eso, lo que sucedió hace mil años y lo que será luego de mil años y lo que sucede ahora, no es sino una sola cosa en la eternidad. Por eso, lo que Dios hizo y creó hace mil años y lo que hará y creará luego de mil años y lo que hace ahora, no es nada más que una sola obra. Por ende, el hombre que ha sido elevado por encima del tiempo a la eternidad, opera con Dios aquello que Dios hizo hace mil años y que hará luego de mil años. También este hecho es para gente sabia un asunto para saberlo y para las mentes burdas un asunto para creer.

Dice San Pablo: «Nos eligió en la eternidad en el Hijo» (Cfr. Efesios 1, 4). Por eso no debemos descansar nunca hasta que lleguemos a ser lo que hemos sido en Él en la eternidad (Cfr. Romanos 8, 29), porque el Padre impulsa y hostiga para que nazcamos en el Hijo y lleguemos a ser lo mismo que el Hijo. El Padre engendra a su Hijo, y de este acto de engendrar saca tanta paz y placer que consume en él toda su naturaleza. Porque cualquier cosa que hay en Dios lo mueve a engendrar, Ciertamente, el Padre es movido a engendrar por su fondo, por su esencia y por su ser.

Ahora ¡presta atención! Dios nace dentro de nosotros cuando todas las potencias de nuestra alma, que antes estaban atadas y presas, llegan a ser desatadas y libres y se realiza en nuestro fuero interno un silencio carente de toda intención y nuestra conciencia ya no nos amonesta; entonces el Padre engendra en nosotros a su Hijo. Cuando esto sucede, debemos preservarnos desnudos y libres de todas las imágenes y formas, tal como es Dios, y debemos aceptarnos tan desnudos, sin semejanza, como Dios es desnudo y libre en Él mismo. Cuando el Padre engendra en nosotros a su Hijo, conocemos al Padre junto con el Hijo, y en los dos, al Espíritu Santo y el espejo de la Santa Trinidad y en él todas las cosas, como son pura nada en Dios... Ahí no existen ni número ni cantidad. El ser divino no sufre ni actúa; la naturaleza, en cambio, actúa mas no sufre.

A veces, se dejar ver una luz en el alma, y el hombre se imagina que es el Hijo, pero no es sino una luz. Pues donde el Hijo se revela en el alma, ahí se revela también el amor del Espíritu Santo. Por eso digo que la naturaleza del Padre consiste en engendrar al Hijo, y la naturaleza del Hijo en que yo nazca en Él y luego de Él; y la naturaleza del Espíritu Santo consiste en que yo sea quemado y completamente fundido en Él y que llegue a ser todo amor. Quien vive así en el amor, siendo todo amor, éste se imagina que Dios no ama a nadie fuera de él; y no sabe de nadie que ame o sea amado por nadie, fuera de Él.

Algunos educadores opinan que el espíritu consigue su bienaventuranza en el amor; otros afirman que la obtiene en la contemplación de Dios. Mas yo digo: No la consigue ni en el amor ni en el conocer ni en el contemplar. Podría preguntarse, pues: ¿El espíritu no tiene contemplación de Dios en la vida eterna? ¡Sí y no! En cuanto ha nacido, ya no tiene la mirada elevada hacia Dios ni la contemplación de Él. Pero en cuanto habrá de nacer aún, tiene contemplación de Dios. Por eso, la bienaventuranza del espíritu reside allí donde ha nacido y no donde todavía está por nacer, porque vive donde vive el Padre, es decir, en la sencillez y en la desnudez del ser. Por eso, dales la espalda a todas las cosas y

tómate puro en el ser; porque cuanto está fuera del ser, es «accidente» y todos los accidentes producen un por qué.

Que Dios nos ayude para que «vivamos eternamente». Amén.

SERMÓN 60¹⁵⁶

De la humildad

Surge illuminare iherusalem etc.

Estas palabras que acabo de pronunciar en latín, están escritas en la Epístola que ha sido leída en la misa. El profeta Isaías dice: «Levántate Jerusalén y elévate y llega a ser iluminada» (Is. 60, 1). En este texto deben captarse tres significados. ¡Rogad a Dios por que os dé su gracia!

«Levántate Jerusalén y elévate y llega a ser iluminada». Los maestros y los santos dicen por lo general que el alma tiene tres potencias en las cuales se asemeja a la Trinidad. La primera es la memoria, que significa un saber secreto y escondido; ésta designa al Padre. La segunda se llama inteligencia, ésta es una representación, un conocimiento, una sabiduría. La tercera potencia se llama voluntad, o sea un flujo del Espíritu Santo¹⁵⁷. En esto no queremos detenernos porque no es un asunto nuevo.

«Levántate Jerusalén y llega a ser iluminada.» Otros maestros que también dividen el alma en tres partes, dicen lo siguiente: A la potencia más elevada llaman potencia iracunda; la comparan con el Padre. Ella siempre hace la guerra y siente ira hacia el mal. La ira ciega al alma y el amor subyuga a los sentidos (...). La primera potencia repercute en el hígado, la segunda en el corazón, la tercera en el cerebro. Dios lleva una guerra contra la naturaleza de tal modo que (...) la primera potencia no descansa hasta llegar a lo más elevado; si hubiera algo más elevado que Dios, no querría a Dios. La segunda no se contenta sino con lo mejor de todo; si hubiera algo mejor que Dios, no querría a Dios. La tercera no se contenta con nada que no sea bueno; si hubiera algo mejor

¹⁵⁶ Quint señala (tomo I p. 227 ss.) que este sermón fue pronunciado en el convento de las monjas benedictinas de Los Santos Macabeos en Colonia «Para el día de los Tres Reyes Magos».

¹⁵⁷ Se trata de la fórmula agustiniana de la Trinidad.

que Dios, no querría a Dios. No descansa sino en un bien duradero en el cual se contienen todos los bienes de modo que en él constituyen uno solo. Dios mismo no descansa donde Él es el comienzo de todo ser; descansa donde Él es fin y comienzo de todo ser.

«Jerusalén» significa lo mismo que una altura, como dije en el convento de Mergarden. A aquello que está en lo alto se le dice: ¡Desciende! A aquello que está abajo, se le dice: ¡Asciende! Si tú estuvieras abajo y yo estuviese por encima de ti, tendría que bajar hacia ti. Lo mismo hace Dios; cuando tú te humillas, Dios baja desde arriba y entra en ti. La tierra es la cosa más alejada del cielo y se ha acurrucado en un rincón y está avergonzada y le gustaría huir del hermoso cielo, de un rincón a otro. ¿Cuál sería entonces su morada? Si huye hacia abajo, llega al cielo, si huye hacia arriba, tampoco lo puede eludir, él la empuja hacia un rincón y le imprime su fuerza y la hace fecunda. ¿Por qué? Lo más elevado desemboca en lo más bajo. Una estrella que está por encima del sol, es el astro más elevado; éste es más noble que el sol: derrama su luz sobre el sol y lo alumbra, y toda la luz que tiene el sol, la recibe de ese astro. Así pues ¿qué significa que el sol no brille tanto de noche como de día? Significa que el sol por sí solo no es fuerte; el que haya una cierta deficiencia en el sol se percibe por el hecho de que está oscuro en un extremo, y de noche la luna y las estrellas le quitan su luz, y lo empujan hacia otra parte; entonces brilla en otra parte, en otro país. Aquel astro más elevado derrama su luz no sólo sobre el sol, sino que atraviesa el sol y todos los astros y se derrama en la tierra fecundándola. Exactamente lo mismo sucede con el hombre verdaderamente humilde que ha puesto por debajo de sí todas las criaturas y se acurruca por debajo de Dios. En su bondad, Dios no deja de derramarse completamente en semejante hombre; es obligado a hacerlo necesariamente. Luego, si quieres ser elevado y levantado, has de ser rebajado, lejos de la corriente de la sangre y de la carne, porque la soberbia escondida y disimulada es la raíz de todos los pecados y

máculas y le siguen sólo pena y dolor. La humildad, en cambio, es raíz de todo lo bueno... y lo sigue.

En París, en el colegio universitario, dije que todas las cosas concluirán en el hombre verdaderamente humilde. En la comparación anterior el sol corresponde a Dios: lo más elevado en su divinidad sin fondo, corresponde a lo más bajo en la profundidad de la humildad. El hombre verdaderamente humilde no necesita rogar a Dios, puede mandar a Dios, porque la altura de la divinidad no mira sino la hondura de la humildad, como dije en el convento de los Macabeos. El hombre humilde y Dios son uno; el hombre humilde tiene tanto poder sobre Dios como sobre sí mismo, y todo cuanto hay en todos los ángeles, le pertenece; lo que obra Dios, lo obra el hombre humilde, y él es lo que es Dios: una sola vida y un solo ser; y por ello dijo Nuestro querido Señor: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11, 29).

Si un hombre fuera verdaderamente humilde, Dios tendría que perder su divinidad y despojarse totalmente de ella, o tendría que verterse y esparcirse totalmente en el hombre. Anoche pensé que la majestad de Dios depende de mi humildad; en donde yo me rebajara Dios sería enaltecido. Jerusalén será iluminada, dicen la Escritura y el profeta (Isaías 60, 1). Mas anoche que pensé Dios debería ser des-enaltecido, no de modo absoluto sino interiormente, y este des-enaltecimiento mediante la interiorización significa un «Dios des-enaltecido», lo cual me gustaba tanto que lo anoté en mi cuaderno. Significa pues, un «Dios des-enaltecido», no absolutamente sino interiormente para que nosotros fuésemos enaltecidos. Lo que estaba arriba, se convirtió en interno. Tú has de interiorizarte por ti mismo en ti mismo para que Él more dentro de ti. No es que tomemos algo de aquello que está por encima de nosotros, debemos tomarlo en nuestro fuero interno y debemos tomarlo de nosotros en nosotros.

Dice San Juan: «A quienes lo recibieron, les dio poder de hacerse hijos de Dios. Quienes son hijos de Dios no traen su origen de la carne ni de la sangre: han nacido de Dios» (Juan 1, 12 ss.), no

hacia fuera, sino hacia dentro. Nuestra Señora querida dijo : «¿Cómo podrá ser que llegue a ser madre de Dios?» Entonces dijo el ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti» (Cfr. Lucas 1, 34 ss.). David dijo: «yo te he engendrado hoy» (Salmo 2, 7). ¿Qué es hoy? La eternidad. Yo he engendrado eternamente, a mí como tú, y a ti como yo. Pero, el hombre humilde y noble no se contenta con ser el hijo unigénito, engendrado eternamente por el Padre: también quiere ser Padre y adentrarse en la misma igualdad de la paternidad eterna y engendrar a Aquel de quien fui engendrado desde la eternidad. Según dije en el convento de Mergarden: Dios entra ahí en lo suyo. Entrégate a Dios, entonces Dios llega a ser tuyo, tanto como se pertenece a sí mismo. Lo que me es engendrado, permanece. Dondequiera que el hombre se dirija, Dios nunca se separa de él. El hombre puede separarse de Dios, pero por más que el hombre se aleje de Dios, Él se mantiene firme y lo espera y se le cruza en el camino antes de que él lo sepa. Si quieres que Dios sea tuyo debes ser suyo como para mí lo son la lengua o la mano, de modo que yo pueda hacer con lo mío lo que quiera. Así como yo no puedo hacer nada sin Él, Él tampoco puede obrar nada sin mí. Si quieres, pues, que Dios te pertenezca de ese modo, hazte propiedad de Él y no retengas en tu intención nada que no sea Él; entonces Él será el comienzo y el fin de todas tus obras así como su divinidad consiste en que es Dios. El hombre que de ese modo no pretende ni ama en sus obras nada que no sea Dios, a ése Dios le da su divinidad. Todo cuanto obra el hombre (...) lo obra Dios, pues mi humildad le da a Dios su divinidad. «La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la han comprendido» (Juan 1, 5); esto significa que Dios es no sólo el comienzo de nuestras obras y de nuestro ser, sino que es también el fin y el descanso para todo ser.

Que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos ayude para que aprendamos de Jesucristo la lección de humildad. Amén. Deo gracias (sic).

SERMÓN 61¹⁵⁸

El desapego al fruto de la propia búsqueda espiritual

Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam...

Estas palabras están escritas en el Evangelio y dicen en lengua vulgar: «Un hombre noble marchó a un país lejano, apartándose de sí mismo, y regresó enriquecido» (Lucas 19, 12). Ahora bien, leemos en uno de los Evangelios que Cristo dijo: «El que no venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío» y haya renunciado a sí mismo sin retener nada para sí mismo (Cfr. Lucas 14, 27); y tal hombre posee todas las cosas ya que no poseer nada equivale a tenerlo todo. Someterse a Dios con ansias y de todo corazón y poner la voluntad enteramente en la voluntad de Dios sin echar ninguna mirada a la criaturidad, quien haya «salido» así de sí mismo, verdaderamente será devuelto a sí mismo.

Ser bueno en sí, o sea la bondad, no tranquiliza al alma; atrae al alma y se mantiene ahí y mira hacia fuera, es la buena disposición hacia todo lo que es bueno en conjunto, y la gracia permanece junto al anhelo. Si Dios me diera alguna cosa ajena a su voluntad, yo no la apreciaría; porque la menor cosa que Dios me da dentro de su voluntad me hace bienaventurado.

Las criaturas en su totalidad han emanado de la voluntad de Dios. Si yo fuera capaz de aspirar solamente a la bondad de Dios, esta voluntad sería tan noble que emanaría inmediatamente de ella el Espíritu Santo. De la superabundancia de la bondad divina emana todo bien. Y la voluntad de Dios me gusta solamente en la unidad, allí donde se halla la quietud de Dios para la bondad de todas las criaturas, y donde descansa la bondad como su último fin, y todo cuanto alguna vez obtuvo ser y vida; allí debes amar al Espíritu Santo tal como es en la unidad; no en Él mismo sino allí

¹⁵⁸ Este sermón habría sido pronunciado en Colonia en el convento de la Huerta de Santa María de las monjas cistercienses.

donde se le saborea únicamente junto con la bondad de Dios, en la unidad, allí donde toda bondad emana de la superabundancia de la bondad divina. Semejante hombre retorna más rico que cuando salió. Aquél que hubiera «salido» así de sí mismo, sería restituido a sí mismo en el sentido más propio. Y cuantas cosas ha abandonado en la multiplicidad, le serán devueltas en la simplicidad, porque se encuentra a sí mismo y a todas las cosas en el «ahora» presente de la unidad. Y quien hubiera «salido» así, volvería mucho más ennoblecido que cuando «salió». Tal hombre vive entonces con una libertad más independiente y en una desnudez pura, porque no debe preocuparse de nada ni emprender cosa alguna, ni mucho ni poco, porque todo cuanto posee Dios, lo posee él.

El sol es análogo a Dios: la parte más alta de su profundidad insondable responde a lo bajísimo en la hondura de la humildad. Por cierto, al hombre humilde no necesita pedir nada a Dios sino que bien puede mandarle, porque la altura de la divinidad no puede tender sino hacia la hondura de la humildad; pues el hombre humilde y Dios son uno y no dos. Este hombre humilde tiene tanto poder sobre Dios como sobre sí mismo; y todo el bien que hay en todos los ángeles y en todos los santos, le pertenece enteramente del mismo modo que pertenece a Dios. Dios y este hombre humilde son completamente uno y no dos; porque lo que Dios obra, él también lo obra, y lo que Dios quiere, él también lo quiere, y lo que Dios es, él también lo es: una sola vida y un solo ser. Por Dios, si este hombre estuviese en el infierno, Dios tendría que reunirse con él en el infierno, y el infierno tendría que ser para él un paraíso. Necesariamente él debe proceder así, estaría obligado a hacerlo de modo que tendría que hacerlo; porque en este caso el hombre es la esencia divina y la esencia divina es el hombre. Porque ahí se besan la unidad de Dios y del hombre humilde, pues la virtud llamada humildad es una raíz en el fondo de la divinidad en donde está plantada para que tenga su esencia sólo en el eterno Uno y no en otra parte. En el colegio universitario de París dije que todas las cosas son acabadas en el hombre

verdaderamente humilde. Y por eso digo que al hombre verdaderamente humilde no le puede dañar ni perturbar ninguna cosa, pues no existe nada que no huya de aquello que lo pueda destruir: de esto huyen todas las cosas creadas, porque en sí mismas no son nada. Y por ello, el hombre humilde huye de todo lo que le pueda hacer dudar de Dios. Por ello huyo del carbón ardiente dado que quiere aniquilarme, pues está dispuesto a robarme mi ser.

Dijo: «Un hombre se marchó». Aristóteles, con el propósito de hablar de todas las cosas, planeó escribir un libro¹⁵⁹. Prestad atención a lo que dice Aristóteles con respecto a este hombre. «Homo» quiere decir un hombre al que está añadida una forma y ésta le da un ser y una vida comunes con todas las criaturas, las racionales y las irracionales: irracionales con las criaturas corpóreas, y racionales con los ángeles. Y Aristóteles dice: Así como todas las criaturas con sus imágenes primigenias (ideas) y formas son aprehendidas racionalmente por los ángeles y los ángeles conocen racionalmente cada cosa en su diferenciación — lo cual le da tanto gozo al ángel que sentirlo y saborearlo para quienes no lo hubieran hecho sería un milagro— exactamente así conoce el hombre racionalmente la imagen y forma de cada criatura en su diferenciación. Esto lo atribuyó Aristóteles al hombre: que el hombre es «hombre» por el hecho de conocer todas las imágenes primigenias y formas; a causa de ello el hombre sería «hombre». Esta era la suprema interpretación mediante la cual Aristóteles sabía determinar al hombre.

También yo expondré ahora lo que es «un hombre». «Homo» quiere decir lo mismo que un hombre a quien se le ha concedido una «sustancia» que le otorga ser, y vida y un ser dotado de inteligencia. Un hombre racional es quien se entiende a sí mismo con la razón y se halla desasido en sí mismo de todas las materias y formas. Cuanto más desasido esté de todas las cosas y cuanto más recogido en sí mismo, tanto más clara y racionalmente

¹⁵⁹ La *Metafísica*.

conocerá en su interior todas las cosas sin dirigirse hacia fuera: tanto más «hombre» es.

Ahora digo: ¿Cómo puede ser esto: que el desasimiento del conocimiento conozca en sí mismo todas las cosas sin forma ni imagen, sin que se dirija hacia fuera y se transforme él mismo? Proviene de su simplicidad, porque el hombre, cuanto más puramente simplificado se halla en sí mismo, con más simplicidad conoce toda la multiplicidad en él mismo y se mantiene inmutable en sí mismo. Dice Boecio¹⁶⁰: Dios es un bien inamovible que se mantiene tranquilo en sí mismo, intacto e inmóvil, y que mueve todas las cosas. Un conocimiento simple es tan puro en sí mismo que comprende de inmediato al ser divino, puramente desnudo. Y por esta influencia del ser divino recibe naturaleza divina al igual que los ángeles, lo que a ellos les da gran alegría. Por poder ver a un solo ángel, uno querría pasar mil años en el infierno. Este conocimiento es tan puro y tan claro en sí mismo, que todo cuanto se viera a esta luz, se convertiría en ángel.

Fijaos atentamente en que Aristóteles se refiere a los espíritus apartados en el libro llamado *Metafísica*. El más ilustre de los maestros que hablara jamás de las ciencias naturales, habla de esos espíritus apartados y dice que no son la forma de ninguna cosa y que reciben su ser como fluyendo inmediatamente de Dios; y del mismo modo vuelven a fluir hacia dentro y reciben la emanación inmediatamente de Dios, por encima de los ángeles, y miran el puro ser de Dios, sin diferenciación. A este ser puro y desnudo, Aristóteles lo llama un «qué»¹⁶¹. Esto es lo más elevado que jamás dijo Aristóteles sobre las ciencias naturales, y ningún maestro es capaz de enunciar nada más elevado a no ser que hable inspirado por el Espíritu Santo. Yo digo ahora que este «hombre noble» no se contenta con el ser que los ángeles aprehenden

¹⁶⁰ Boecio, *De consol. phil.* III m. IX.

¹⁶¹ El «quod quid erat esse» de los escolásticos. Cfr. Tomás, *S. theol.* I q. 57 a. 1.

carente de forma y del que dependen inmediatamente; él se contenta tan sólo con lo Uno único.

Otras veces he hablado del principio primigenio y del último fin. El Padre es el principio de la divinidad porque se comprende a sí mismo en sí mismo. El Verbo eterno, permaneciendo dentro, sale de Él y el Espíritu Santo emana de los dos permaneciendo dentro; y el Padre no lo engendra porque es un fin de la divinidad y de todas las criaturas, que permanece dentro y en el que hay un descanso puro y un reposo de todo aquello que alguna vez obtuviera ser. El principio es a causa del fin, porque en el último fin descansa todo cuanto alguna vez obtuviera ser racional. El último fin del ser es la oscuridad o el desconocimiento de la divinidad oculta para el cual brilla esta luz, pero «esas tinieblas no la han comprendido» (Cfr. Juan 1, 5). Por eso dijo Moisés: «El que es, me ha enviado» (Exodo 3, 14); Él, que carece de nombre, que es una negación de todos los nombres, y que nunca obtuvo nombre alguno. Por ello dijo el profeta: «Verdaderamente, tú eres el Dios escondido» (Isaías 45, 15) en el fondo del alma, allí donde el fondo de Dios y el fondo del alma son un solo fondo. Cuanto más te busque uno, menos te encontrará. Debes buscarle de tal manera que no le halles en ninguna parte. Si no le buscas, le encontrarás. Que Dios nos ayude a buscarle de modo tal que permanezcamos eternamente junto a Él, amén.

SERMÓN 62º

Allí, donde todas las cosas son Uno

Hec (sic) dicit dominus: honora patrem tuum etc.

Esta palabra que acabo de pronunciar en latín está escrita en el Evangelio y la dice Nuestro Señor, y en lengua vulgar reza así: «Honrarás a tu padre y a tu madre» (Mateo 15, 4; cfr. Exodo 20, 12). Y Dios, Nuestro Señor, pronuncia otro mandamiento más: «No apetezcas los bienes de tu prójimo, ni su casa ni su finca ni ninguna otra cosa que sea suya» (Cfr. Exodo 20, 17). El tercer pasaje se refiere al pueblo que fue a ver a Moisés diciéndole: «Habla tú con nosotros, porque nosotros no podemos escuchar a Dios» (Cfr. Exodo 20, 18 ss.). Según el cuarto pasaje, Dios, Nuestro Señor, dijo: «Moisés, debes hacerme un altar de tierra y sobre la tierra, y cuanto se sacrifique en él, lo habrás de quemar todo» (Cfr. Exodo 20, 24). El quinto pasaje es: «Moisés penetró en la niebla» y fue subiendo a la montaña; «allí encontró a Dios» y en las tinieblas halló la luz verdadera (Cfr. Exodo 20, 21).

Dice mi señor, San Gregorio¹⁶²: «Donde el cordero se hunde hasta el fondo, ahí nadan el buey o la vaca, y donde nada la vaca, ahí camina adelantándosele el elefante y el agua le cubre la cabeza». Esta afirmación encierra un significado muy hermoso; de ello se pueden deducir muchas cosas. Dice mi señor, San Agustín¹⁶³, que las Escrituras son un profundo mar y el pequeño corderito significa un hombre simple y humilde, capaz de indagar las Escrituras. Por el buey, no obstante, que nada ahí, entendemos unos hombres de mentalidad tosca; cada cual de ellos saca de ello lo que le basta. Mas, por el elefante que se adelanta caminando por el agua, hemos de entender a la gente entendida que investiga

¹⁶² Gregorio Magno, *Moralia in Iob* Ep. c. 4.

¹⁶³ Ambrosio, *Ep.* 2 n. 3; y Gregorius M., *Hom. in Ezechielem* I hom. 6 n. 13, donde el mar se compara con las Escrituras.

las Escrituras y las recorre caminando. Me maravilla que la Sagrada Escritura sea tan enjundiosa que los maestros¹⁶⁴ digan que es imposible interpretarla según su sentido develado. Y ellos dicen: Si hay en ella una cosa de sentido burdo, hace falta interpretarla; pero, para hacerlo se necesita del símil. Al primero el agua le llegó hasta el tobillo, al segundo le llegó hasta la rodilla, al tercero le llegó hasta su cintura, al cuarto le llegó más allá de su cabeza, y él se hundió del todo.

Ahora bien, ¿qué significa esto? Todo cuanto podemos escuchar aquí en esta tierra y todo cuanto saben decirnos, tiene en la Escritura un segundo sentido oculto. Pues, todo cuanto comprendemos en esta tierra, es tan diferente a lo que es en sí mismo y a lo que es en Dios, como si no existiera. Dice San Agustín¹⁶⁵: Al principio, la Escritura le sonríe a la gente menuda y atrae al niño; pero, al final, cuando uno quiere ahondar en ella, se burla de los sabios; y nadie tiene la mentalidad tan simple, que no encuentre en ella lo adecuado para él y, por otra parte, nadie es tan sabio que, cuando quiere profundizar en ella, no la descubra cada vez más profunda y con más cosas ocultas.

Ahora volvemos a la palabra: «Honrarás a tu padre y a tu madre». Si hay que honrar a aquellos de quienes se han recibido bienes exteriores, hay que honrar en proporción mucho mayor a aquellos de los que se ha recibido todo. Cuanto allí en el primer caso se tiene exteriormente, como multiplicidad, aquí en el segundo caso todo es interior y una sola cosa. Ahora ya os daréis cuenta de que esta analogía corresponde al Padre. Anoche pensé que todos los símiles sólo existen a fin de corresponder al Padre. En su sentido básico se refiere al padre y a la madre a quienes se debe honrar; además, a todos cuantos tienen poder espiritual, a éstos se les debe honrar rindiéndoles honores algo mayores, así como a aquellos de los que tienes todos los bienes perecederos.

¹⁶⁴ Cfr. Agustín, *De Genesi ad litteram* 1. II c. 5; y Tomás, *S. theol.* I q. 1 a. 10 ad 3.

¹⁶⁵ Cfr. Agustín, *Confess.* I. XII c. 14 n. 17.

En este sentido se puede traspasar y tocar fondo; sin embargo, es muy poco lo que hemos recibido de ellos.

«Honrarás a tu Padre», es decir, tu Padre celestial del cual recibiste tu ser. ¿Quién honra al Padre? Esto no lo hace nadie fuera del Hijo: Él solo lo honra. Por otra parte, nadie honra tampoco al Hijo sino sólo el Padre. Todo el placer del Padre y sus conversaciones y sus sonrisas son sólo para el Hijo. El Padre no conoce nada fuera del Hijo. Es tan grande el placer que siente en el Hijo, que no necesita nada más que engendrar a su Hijo, porque Éste es una semejanza perfecta y una imagen acabada del Padre.

La naturaleza que es de Dios, no busca nada que se halle fuera de ella; pues la naturaleza que se halla dentro de sí misma, no tiene nada que ver con el aspecto externo, porque la naturaleza que es de Dios, no busca nada que no sea la semejanza con Dios. La naturaleza enseña —y me parece muy justo— que debemos explicar a Dios mediante analogías, ya sea ésta, ya sea aquélla. Sin embargo, Él no es ni esto ni aquello, y por lo tanto el Padre no se contenta con ello, antes bien, regresa a lo primigenio, a lo más íntimo, al fondo y al núcleo del ser-Padre donde ha estado adentro eternamente en sí mismo, en la paternidad, y donde disfruta de sí mismo, el Padre como Padre, de sí mismo en el Hijo único. Allí, todas las hierbecillas y la madera y las piedras y todas las cosas son uno. Esto es lo mejor de todo y yo estoy loco por ello. Por eso, todo cuanto la naturaleza es capaz de efectuar, lo añade a ello y esto va cayendo en la paternidad, para que sea uno y que sea un solo Hijo y crezca más allá de todo lo demás y sea del todo uno en la paternidad y, si no puede ser uno, que sea por lo menos un signo de lo uno. Nuestros maestros dicen: Todo lo que llega a conocer o todo lo que nace, es una imagen; y ellos dicen en consecuencia: Si el Padre ha de engendrar a su Hijo unigénito, tiene que engendrar su propia imagen como permaneciendo en Él mismo en el fondo. La imagen, ya que ha existido eternamente en Él (*forme illius*), es su forma que permanece en Él mismo.

Anoche pensé que todo símil no es sino una alquería. El ojo no contiene el color, sino que recibe el color, pero no así el oído. El

oído, a su vez, recibe el sonido y la lengua el gusto. Cada uno de todos ellos tiene aquello que pertenece a la misma especie. Y lo que nos ocupa, o sea, la imagen del alma y la imagen de Dios, tiene una sola esencia; allí donde somos hijos. Aun en el caso de que yo no tuviera ni vista ni oído, tendría sin embargo, el ser. Si alguien me quitara un ojo, con ello no me quitaría ni mi ser ni mi vida, porque la vida reside en el corazón. Si alguien quisiera darme un golpe en el ojo, interpondría rápidamente la mano y ésta recibiría el golpe. Pero, si alguien quisiera darme un golpe en el corazón, yo utilizaría todo el cuerpo para protegerlo. Si alguien quisiera cortarme la cabeza, interpondría rápidamente el brazo para conservar mi vida y mi ser. Yo no puedo ver ninguna cosa que no se me asemeje, ni puedo conocer cosa alguna que no se me iguale. Dios abarca en sí todas las cosas de manera secreta, mas no como ésta o aquella en su diferencia, sino como lo uno en la unidad.

¿Quién «honra» a Dios?... Aquel que en todas las cosas piensa en la gloria de Dios. A menudo he dicho que la cáscara debe romperse y tiene que salir a luz lo que está adentro; pues, si quieres tener la nuez, debes romper la cáscara. Y, en consecuencia, si quieres hallar a la naturaleza desnuda, se deben romper todos los símiles, y cuanto más penetre uno adentro, tanto más se acercará a la esencia. Cuando el alma halla lo Uno donde todo es uno, entonces persevera en lo único.

Este grano tiende a ser centeno; aquél tiene en su naturaleza la disposición de hacerse trigo; por eso no descansa hasta obtener justamente esa misma naturaleza. El grano de trigo contiene en su naturaleza la disposición de poder ser todas las cosas; por lo tanto paga el precio y se entrega a la muerte para llegar a ser todas las cosas. Y ese metal, que es cobre, tiene en su naturaleza la disposición de poder llegar a ser plata, y la plata a su vez tiene en su naturaleza la disposición de poder llegar a ser oro, por eso no descansa nunca hasta que obtenga justamente esa naturaleza. Ciertamente, esta madera posee en su naturaleza la disposición de poder llegar a ser piedra; digo aún más: Hasta será capaz de

mudarse en todas las cosas; se entrega al fuego y se deja quemar para ser transformada en la naturaleza del fuego y se hace una con lo uno, y tiene eternamente un solo ser. Así, la madera, y la piedra, y los huesos y todas las hierbecillas, allí en el comienzo originario, fueron todos y cada uno una sola cosa. Hace muchos años, yo aún no existía: un poco más tarde mi padre y mi madre comieron carne y pan y verduras que crecían en el jardín, y con ello me hice hombre. En esto, mi padre y mi madre no podían colaborar sino que Dios hizo mi cuerpo sin mediación y creó mi alma de acuerdo con el Altísimo. Ahí llegué a poseer mi vida (possedi me). Si así procede esta naturaleza terrenal, ¿qué no hará aquella naturaleza que está toda desnuda en sí misma, que no busca ni esto ni aquello, sino que, por el contrario, crece más allá de todo lo demás y va corriendo hacia la pureza primigenia!

Anoche pensé que hay multitud de cielos. Ahora resulta que hay algunas personas incrédulas que no creen que el pan sobre este altar pueda ser transformado de manera tal que llegue a ser el Cuerpo de Nuestro Señor, o sea que Dios sea capaz de hacerlo... ¡Oh, qué gente mala, porque no son capaces de creer que Dios pueda hacer tal cosa! Pero, si Dios le concedió a la naturaleza la capacidad de llegar a ser todas las cosas, ¡mucho más realizable le resulta a Dios que este pan sobre el altar se convierta en su Cuerpo! Y si hasta la naturaleza débil consigue hacer un hombre de una hierbecilla, tanto más posible le resulta a Dios transmutar el pan en su Cuerpo. ¿Quién «honra» pues a Dios?... Aquel que en todas las cosas busca la honra de Dios. Esta interpretación es todavía más clara, aun cuando la primera es mejor.

El cuarto significado: «Se mantenían alejados y le decían a Moisés: “Moisés, habla tú con nosotros porque nosotros no podemos escuchar a Dios”». Es que «estaban alejados» y esto era la cáscara que les impedía escuchar a Dios. «Moisés penetró en la niebla y fue subiendo a la montaña» y entonces vio la luz divina (Cfr. Exodo 20, 21). En verdad, en las tinieblas uno encuentra la luz, por lo tanto, cuando tenemos padecimientos e infortunios, esta luz se encuentra más cerca de nosotros que nada. Que Dios

haga lo mejor o lo peor que pueda: Él tiene que darse a nosotros aunque fuera a través de infortunios y trabajos.

Había una mujer santa que tenía muchos hijos a los que querían matar. Entonces se rió y dijo: «No debéis apenaros y tenéis que ser alegres y pensad en Vuestro Padre celestial, porque de mí no habéis recibido nada» (Cfr. 2 Macabeos 7, 20 ss.). Fue como si hubiera querido decir exactamente: «Vuestro ser lo tenéis inmediatamente de Dios». Esto encuadra bien en nuestro contexto. Nuestro Señor dijo: «Tus tinieblas» —es decir, tu sufrimiento— «serán transformadas en clara luz» (Cfr. Isaías 58, 10). Sin embargo, yo no debo anhelar ni pretender el sufrimiento. En otro lugar dije: Las tinieblas ocultas de la luz invisible de la eterna divinidad son desconocidas y nunca serán conocidas. Y «la luz del Padre eterno ha brillado eternamente en estas tinieblas, y estas tinieblas no comprenden a la luz» (Cfr. Juan 1, 5).

Pues bien, que Dios nos ayude para que lleguemos a esta luz eterna. Amén.

SERMON 63º

Tu hora es «ahora»

Mulier, venit hora et nunc est, quando veri adoratores adorabunt patrem in spiritu et veritate.

Así está escrito en el Evangelio de San Juan. Del largo relato saco una frase. Dijo Nuestro Señor: «Mujer, llegará la hora, y ha llegado ahora, cuando los auténticos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, y a tales adoradores busca el Padre» (Juan 4, 23).

Ahora fijaos en la primera frase que dice: «Llegará la hora, y ha llegado ahora». Quien quiere adorar al Padre tiene que reubicarse con su deseo y su confianza en la eternidad. Hay una parte suprema del alma que se alza por encima del tiempo y no sabe nada del tiempo ni del cuerpo. Todo cuanto sucedió alguna vez hace mil años, el día que fue hace mil años, en la eternidad no se halla más lejos que esta hora en la que vivo ahora, o el día que habrá de llegar en mil años, o en el tiempo más lejano que puedas contar, todo esto en la eternidad no queda más lejos que esta hora en la que vivo.

Pues bien, dice Él: «que los auténticos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad». ¿Qué es la verdad? La verdad es tan noble que, si fuera posible que Dios se apartara de la verdad, yo querría seguir a la verdad y abandonar a Dios; porque Dios es la Verdad y todo cuanto se halla en el tiempo y todo cuanto fue creado alguna vez por Dios, no es la Verdad.

Ahora dice: «Adorarán al Padre». ¡Ay, cuántos hay que adoran un zapato o una vaca u otra criatura y se preocupan por ellos; es gente muy necia! Tan pronto como ruegas a Dios por amor de las criaturas, solicitas tu propio perjuicio porque la criatura, en cuanto tal, lleva en sí amargura y perjuicio y mal y molestia. Y por eso le sirve bien a la gente que tenga molestias y amarguras. ¿Por qué? Las han pedido.

He dicho a veces: Quien busca a Dios y busca alguna cosa junto con Dios, no encuentra a Dios; en cambio, aquel que busca sólo a Dios, de veras, encuentra a Dios y no halla nunca a Dios solo, porque todo cuanto Dios es capaz de hacer, lo halla junto con Dios. Si buscas a Dios y lo buscas a causa de tu propio beneficio y de tu propia bienaventuranza, por cierto, no buscas a Dios. Por eso dice que los auténticos adoradores adoran al Padre y lo dice muy bien. Si alguien dijera a un hombre bueno: «¿Por qué buscas a Dios?» —«Porque es Dios». «¿Por qué buscas a la verdad?» —«Porque es la verdad». «¿Por qué buscas a la justicia?» —«Porque es la justicia»: semejantes personas están bien orientadas. Todas las cosas que se encuentran en el tiempo, tienen un porqué. Es como si alguien preguntara a un hombre: «¿Por qué comes?» —«Para tener fuerza». «¿Por qué duermes?» —«Con el mismo fin»; y así son todas las cosas que se hallan en el tiempo. Pero quien preguntara a un hombre bueno: «¿Por qué amas a Dios?» —«No lo sé, por amor de Dios». «¿Por qué amas la verdad?» —«Por amor de la verdad». «¿Por qué amas la justicia?» —«Por amor de la justicia». «¿Por qué amas la bondad?» —«Por amor de la bondad». «¿Por qué vives?» —«¡De veras, no lo sé! Me gusta vivir».

Dice un maestro: Quien una sola vez es tocado por la verdad, por la justicia y por la bondad, no podrá apartarse nunca más de ellas por un solo instante aunque dependieran de ello todas las penas del infierno. Además dice: Cuando un hombre es tocado por estas tres —la verdad, la justicia y la bondad— a semejante hombre le resulta tan imposible apartarse de estas tres como le resulta imposible a Dios apartarse de su divinidad.

Dice un maestro que el bien tiene tres ramas. La primera rama es la utilidad, la segunda rama es el gozo, la tercera rama es la honestidad. Por eso dice: «adorarán al Padre». ¿Por qué dice: «al Padre»? Si buscas al Padre, o sea a Dios solo, encuentras junto con Dios todo cuanto Él puede realizar. Es una verdad cierta y una verdad necesaria y una verdad confirmada por escrito, y aunque no estuviera escrito, sin embargo, sería verdadero: Si Dios

tuviera aún más, no podría escondértelo y debería revelártelo y Él te lo da; yo he dicho a veces: Te lo da y te lo da al modo de un nacimiento.

Dicen los maestros que el alma tiene dos rostros, y el rostro superior contempla a Dios en todo momento y el inferior mira un poco hacia abajo y guía a los sentidos; y el rostro superior es lo más elevado del alma, se conserva en la eternidad y no tiene nada que ver con el tiempo y no sabe nada ni del tiempo ni del cuerpo. Y he dicho algunas veces que en este rostro yace velado algo así como la fuente de todo bien y como una luz resplandeciente que alumbra en todo momento, y como un fuego ardiente que arde todo el tiempo y el fuego no es otra cosa que el Espíritu Santo.

Los maestros dicen que dos potencias fluyen desde la parte suprema del alma. Una se llama voluntad, la otra, entendimiento, y la perfección de estas potencias se da en la potencia suprema llamada entendimiento: éste no puede reposar nunca. No tiende hacia Dios en cuanto Espíritu Santo, y en cuanto Hijo, huye del Hijo. Tampoco tiende hacia Dios en cuanto Dios. ¿Por qué? Porque ahí tiene un nombre. Y si existiesen mil dioses, el entendimiento siempre se abriría paso porque lo quiere encontrar allí donde no tiene nombre alguno: quiere algo más noble, algo mejor de lo que es Dios en cuanto tiene nombre. Entonces ¿qué quiere? No lo sabe; lo quiere en cuanto es Padre. Por eso dice Felipe: «Señor, haznos ver al Padre, y ya nos basta» (Juan 14, 8). Lo quiere en cuanto es la médula de donde surge la bondad; lo quiere en cuanto es un grano del cual emana bondad; lo quiere en cuanto es una raíz, una vena, de la cual brota la bondad, y sólo allí es Padre.

Ahora bien, dice Nuestro Señor: «Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y nadie conoce al Hijo, sino el Padre» (Mateo 11, 27). En verdad, si hemos de llegar a conocer al Padre, debemos cada uno ser hijo. En alguna ocasión pronuncié tres frases, comedlas como si fueran tres nueces moscadas picantes y luego tomad un trago. Primero: si queremos cada uno ser hijo debemos tener un padre, porque nadie puede decir que es hijo, a no ser que tenga un padre,

y nadie es padre, a no ser que tenga un hijo. Si el padre ha muerto, uno dice: «Era mi padre». Si el hijo ha muerto, uno dice: «Era mi hijo», porque la vida del hijo pende del padre y la vida del padre pende del hijo; y por eso nadie puede decir: «Soy hijo», a no ser que tenga un padre; y en verdad es hijo el hombre que hace todas sus obras por amor... Otra cosa que más que nada convierte al hombre en hijo, es la imparcialidad. Si está enfermo, que le guste tanto estar enfermo como sano y sano como enfermo. Si se le muere su amigo... ¡sea en el nombre de Dios! Si le vacían un ojo... ¡sea en el nombre de Dios!... La tercera cosa que debe tener un hijo radica en que no puede inclinar su cabeza sobre algo que no sea el Padre. ¡Oh, cuán noble es esa potencia que se halla elevada por encima del tiempo, y que se mantiene sin tener lugar! Porque al encontrarse por encima del tiempo, tiene encerrado en sí todo el tiempo, y es todo el tiempo. Mas, aun cuando fuera poco lo que uno poseyese de aquello que se halla elevado por encima del tiempo, se habría enriquecido con gran rapidez; porque lo que se encuentra al otro lado del mar, no está a mayor distancia de esa potencia que aquello que ahora está presente.

Y por eso dice: «A tales adoradores busca el Padre» (Juan 4, 23). ¡Mirad! Así nos mima Dios, así nos implora, y Dios siente ansias hasta que el alma se aparte y se libere de la criatura, y es una verdad cierta y una verdad necesaria el que Dios tenga tanta necesidad de buscarnos como si toda su divinidad dependiera de ello, y en efecto es así. Y Dios no puede prescindir de nosotros tan poco como nosotros de Él; pues, incluso si pudiéramos apartarnos de Dios, Dios nunca podría apartarse de nosotros. Digo yo que no quiero pedirle a Dios que me dé nada; tampoco quiero glorificarlo porque me ha dado algo, sino que le quiero pedir que me haga digno de recibir, y quiero glorificarlo porque pertenece a su naturaleza y a su ser el que tenga que dar. Quien quisiera quitarle esto a Dios, le quitaría su propio ser y su propia vida.

Que nos ayude la Verdad, de la cual acabo de hablar, para que de dicha manera lleguemos verdaderamente cada uno a ser hijo. Amén.

SERMÓN 64º

De la Luz y de la Gracia

Adolescens, tibi dico: surge.

Se lee en el Evangelio «sobre una viuda que tenía un único hijo que estaba muerto. Entonces se le acercó Nuestro Señor y dijo: “¡Joven, te digo: levántate!” y el joven se incorporó» (Cfr. Lucas 7, 12 ss.).

Por esta «viuda» entendemos el alma. Como estaba muerto el «marido», también estaba muerto el «hijo». Por el «hijo» concebimos indirectamente el entendimiento que en el alma es el «marido». Como la viuda no vivía con el entendimiento, el «marido» estaba muerto y por eso era «viuda». «Junto a la fuente Nuestro Señor le dijo a la mujer: “¡Vete a casa, tráeme a tu marido!”» (Cfr. Juan 4, 16). Él pensaba: como ella no vivía con el entendimiento, que es el «marido», por eso no le caía en suerte «el agua viva» (Cfr. Juan 4, 10) que es el Espíritu Santo; Este se brinda sólo allí donde se vive con el entendimiento. El entendimiento es la parte suprema del alma donde, junto con los ángeles, tiene una coexistencia y un estar en la naturaleza angélica. A la naturaleza angélica no la toca tiempo alguno; lo mismo sucede con el entendimiento que es el «marido» dentro del alma; no lo toca tiempo alguno. Si no se vive con el entendimiento, muere el «hijo». Por eso, era «viuda». ¿Por qué «viuda»?... No existe ninguna criatura que no tenga algo bueno y al mismo tiempo algo defectuoso por lo cual se renuncia a Dios. El defecto de la «viuda» residía en que tenía muerta la facultad de dar a luz; por eso pereció también el fruto.

En otro aspecto «viuda» dice lo mismo que una persona que «está abandonada» (Cfr. 1 Tim. 5, 5), y ha abandonado. Por lo tanto debemos dejar y apartar a todas las criaturas. Dice el profeta: «La mujer estéril tiene más hijos que la parturienta» (Cfr. Isaías 54, 1). Lo mismo sucede con el alma que da a luz espiri-

tualmente: sus alumbramientos son mucho más numerosos; da a luz en cualquier momento. El alma que posee a Dios, es parturienta en todo instante. Dios tiene que hacer necesariamente todas sus obras. Dios está obrando siempre en un «ahora» en la eternidad, y su obrar consiste en engendrar a su Hijo; lo engendra en todo momento. De este nacimiento provinieron todas las cosas y Él se complace tanto con este nacimiento que consume en él todo su poder. Cuanto más se conozca todo, tanto más perfecto será el conocimiento; mas, entonces parece como si no fuera nada lo que se sabe. Porque Dios engendra a sí mismo de sí mismo en Él mismo y vuelve a engendrar a sí mismo en sí mismo. Cuanto más perfecto es el nacimiento, tanto mayor es la procreación. Digo yo: Dios es completamente Uno; se conoce sólo a sí mismo. Dios procrea su ser por completo en su Hijo; Dios enuncia todas las cosas en su Hijo. Por ello dice: «¡Joven, te digo: levántate!»

Dios aplica todo su poder en su nacimiento, y esto es necesario para que el alma vuelva a Dios. Y de una manera es alarmante ver que el alma tan a menudo deserte de aquello en donde Dios aplica todo su poder; pero esto último es necesario para que el alma recupere su vida. Dios hace todas las criaturas con un solo pronunciamiento; pero, para que el alma cobre vida, Dios expresa todo su poder en su nacimiento. Por otra parte, es consolador que el alma de esta manera sea traída de vuelta. En el nacimiento cobra vida y Dios hace nacer a su Hijo en el alma para que ella cobre vida. Dios se pronuncia a sí mismo en su Hijo. Por el pronunciamiento con el cual se expresa en su Hijo, por este mismo pronunciamiento le habla al interior del alma. Es característico de todas las criaturas engendrar. Una criatura sin nacimiento, tampoco existiría. Por eso dice un maestro: Esta es una señal de que todas las criaturas son emanadas por el nacimiento divino.

¿Por qué dijo «joven»? El alma no tiene nada en donde Dios pueda hablar fuera del entendimiento. Algunas potencias son tan bajas que Él no puede hablar en ellas. Es cierto que habla, mas ellas no lo oyen. La voluntad, en cuanto voluntad, no recoge nada en modo alguno. «Marido» no significa ninguna potencia fuera

del entendimiento. La voluntad, en cambio, sólo se dirige hacia fuera.

«Joven». Todas las potencias pertenecientes al alma, no envejecen. Las potencias pertenecientes al cuerpo, se gastan y empequeñecen. Cuanto más conozca el hombre, tanto más conocerá. Por eso se dice «joven». Afirman los maestros: Joven es aquello que se halla cerca de su comienzo. En el entendimiento uno es joven por completo: cuanto más uno opere en esta potencia, tanto más cerca está de su nacimiento. La primera irradiación vehemente del alma es el entendimiento, luego sigue la voluntad, y después todas las demás potencias.

Él dice, pues: «¡Joven, levántate!» ¿Qué significa: ¡levántate!?... «¡Levántate» de la obra y «levántate» colocándote sobre el alma en sí misma! Una sola obra que opera Dios a la luz simple del alma es más hermosa que todo el mundo, y le es más placentera a Dios que todo cuanto haya obrado jamás en todas las criaturas. Los necios toman por bueno lo malo, y por malo lo bueno. Pero, cuando se lo comprende bien, una sola obra operada por Dios en el alma, es mejor y más noble y más elevada que todo el mundo.

Por encima de la luz se halla la gracia; ésta no entra nunca en el entendimiento ni en la voluntad. Si la gracia hubiera de entrar en el entendimiento, entonces el entendimiento y la voluntad tendrían que llegar más allá de sí mismos. Tal cosa no puede ser, porque la voluntad es tan noble en sí misma que no se la puede llenar sino con el amor divino. El amor divino opera obras muy grandes. Mas, por encima hay todavía una parte que es el entendimiento: éste es tan noble en sí mismo que no puede ser perfeccionado sino por la verdad divina. Por eso dice un maestro: Hay algo muy secreto que se halla por encima, esto es la cabeza del alma. Ahí se realiza la auténtica unión entre Dios y el alma. La gracia no ha operado jamás obra alguna, pero sí emana en el ejercicio de una virtud. La gracia no conduce jamás a la unión en una obra. La gracia es un habitar y un cohabitar del alma con Dios. Para ello es demasiado bajo todo cuanto alguna vez se haya

llamado obra, ya sea exterior, ya sea interior. Todas las criaturas buscan algo semejante a Dios; cuanto más bajas son, tanto más externa es su búsqueda como, por ejemplo, el aire y el agua: éstos se dispersan. Pero el cielo que es más noble, busca una semejanza más cercana a Dios. El cielo gira perennemente y en su trayectoria trae afuera a todas las criaturas; en esto se asemeja a Dios, pero no es su intención hacerlo sino que busca algo más elevado. Por otra parte: en su trayectoria busca la paz. Al cielo nunca se le ocurre obra alguna para servir a una criatura que se halla por debajo de él. Por este hecho se asemeja más a Dios. Para el que Dios nazca en su Hijo unigénito, todas las criaturas son insensibles. Sin embargo, el cielo tiende hacia aquella obra que Dios opera en sí mismo. Si el cielo y otras criaturas más bajas que el cielo ya proceden así, cuánto más noble es el alma que el cielo.

Dice un maestro: El alma nace en sí misma y nace fuera de sí misma y vuelve a nacer en sí misma. Es capaz de hacer milagros a su luz natural; es tan vigorosa que puede separar lo que es uno. El fuego y el calor son uno. Si este hecho es concebido por el entendimiento, él debe separarlo. En Dios la sabiduría y la bondad son uno; si la sabiduría entra en el entendimiento, ella ya no piensa en la bondad. El alma, de sí misma, da a luz a Dios de Dios en Dios; lo da a luz bien de sí misma; lo hace porque da a luz a Dios en aquella parte donde es deiforme: ahí es una imagen de Dios. He dicho también en otras ocasiones: Una imagen, en cuanto imagen, y aquello cuya imagen es, nadie los puede separar a uno de otro. Cuando el alma vive en aquello en que es imagen de Dios, entonces da a luz; en esto reside la verdadera unión, y todas las criaturas no la pueden separar. ¡A despecho de Dios mismo, a despecho de los ángeles y a despecho de las almas y de todas las criaturas, digo yo que allí donde el alma es imagen de Dios, no la podrían separar de Dios! Esta es la unión genuina, en ella reside la verdadera bienaventuranza. Algunos maestros buscan la bienaventuranza en el entendimiento. Yo digo: La bienaventuranza no mora ni en el entendimiento ni en la voluntad sino por encima de ellos: la bienaventuranza reside allí donde se

halla la bienaventuranza en cuanto bienaventuranza, y no como entendimiento, y donde Dios se encuentra como Dios y el alma como imagen de Dios. Hay bienaventuranza allí donde el alma toma a Dios como es Dios. Allí el alma es alma y la gracia, gracia y la bienaventuranza, bienaventuranza y Dios, Dios.

Rogamos a Nuestro Señor nos conceda que nos unamos con Él de esta manera. ¡Que Dios nos asista! Amén.

SERMÓN 65º

Orar es trepar hacia Dios

Sta in porta domini et loquere verbum.

Nuestro Señor dice: «¡Permanece parado en la puerta de la casa de Dios y pronuncia la palabra y predica la palabra!» (Jer. 7, 2). El Padre celestial dice una Palabra y la dice eternamente y en este Verbo consume todo su poder y en esta Palabra enuncia toda su naturaleza divina y todas las criaturas. La Palabra yace escondida en el alma de modo que ni se la conoce ni oye, a no ser que se le asigne un lugar en el fondo del corazón; antes no se la oye. Además, deben desaparecer todas las voces y los sonidos y debe haber tranquilidad pura, silencio. De este significado ya no quiero decir más.

Por lo tanto: «¡Permanece parado en la puerta!» Quien está parado, tiene los miembros ordenados. Quiere decir que la parte suprema del alma se debe hallar firmemente erguida. Todo lo que está ordenado, tiene que haberse subordinado a aquello que está por encima de ello. Todas las criaturas no agradan a Dios cuando no las alumbra la luz natural del alma, de la que reciben su ser, y cuando la luz del ángel no alumbra la luz del alma y la prepara y dispone para que la luz divina pueda operar en ella; porque Dios no opera en las cosas corpóreas, tan sólo opera en la eternidad. Por eso el alma ha de estar recogida y elevada y tiene que ser espíritu. Allí opera Dios, allí todas las obras le agradan a Dios. No hay obra alguna que jamás le plazca a Dios a no ser que se realice allí.

Por lo tanto: «¡Permanece parado en la puerta de la casa de Dios!» ¡La «casa de Dios» es la unidad de su ser! A lo que es uno, le conviene conservarse totalmente solo antes que nada. Por eso, la unidad permanece parada junto a Dios y mantiene unido a Dios sin agregar nada. Allí Él está sentado en lo que le es más propio, en su *esse*, enteramente en sí mismo, y en ninguna parte fuera de

Él. Pero donde se derrite lo hace hacia fuera. Su derretimiento es su bondad, como dije hace poco, con respecto al conocimiento y al amor. El conocimiento desapega, porque el conocimiento es mejor que el amor. Pero dos es mejor que uno solo, ya que el conocimiento contiene en sí al amor. El amor está loco por la bondad, se le pega firmemente, y en el amor permanezco en la «puerta», y si no existiera el conocimiento, el amor sería ciego. Una piedra también tiene amor y su amor busca el suelo. Si permanezco pegado a la bondad allí en el derretimiento primero, y lo aprehendo a Él en tanto que es bueno, entonces tomo la «puerta», mas no a Dios. Por eso, el conocimiento es mejor ya que guía al amor. El amor, sin embargo, despierta al apetito, al anhelo. El conocimiento, en cambio, no agrega ni un solo pensamiento, antes bien desprende y se separa y se adelanta corriendo y toca a Dios en su desnudez, y lo aprehende únicamente en su ser.

«Señor, conviene a tu casa», en la cual te dan loa, «que sea santa», y que sea una casa de oración «a lo largo de los días» (Salmo 92, 5). No me refiero a los días terrestres. El «largor sin largor» es el largor verdadero; un «ancho sin ancho» es el ancho verdadero. Si digo «todo el tiempo» quiero significar: por encima del tiempo; aún más: muy por encima del tiempo, como dije hace poco, allá donde no existe ni «aquí» ni «ahora».

Una mujer preguntó a Nuestro Señor dónde se debía de orar. Entonces Nuestro Señor dijo: «Vendrá el tiempo, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores han de rezar en espíritu y en verdad. Porque Dios es espíritu hay que rezar en espíritu y en verdad». (Juan 4, 23 y 24). Lo que la Verdad misma es, no lo somos nosotros; somos verdaderos, es cierto, pero hay en ello una parte de mentira. Así no son las cosas en Dios. Antes bien, el alma debe permanecer en el primigenio efluvio violento, allí donde emana y nace la Verdad, o sea en la «puerta de la casa de Dios», y debe pronunciar y predicar la palabra. Todo lo que hay en el alma, tiene que hablar y alabar, y nadie habrá de escuchar la voz. En el silencio y la tranquilidad —como hace poco dije de los ángeles que están sentados junto a Dios en el coro de la sabiduría

y del fuego— allí Dios habla al interior del alma y se pronuncia enteramente dentro del alma. Allí el Padre engendra a su Hijo y siente tanto gozo por el Verbo y le tiene tanto amor que nunca deja de pronunciar el Verbo, sino que lo dice en todo momento, es decir, por encima del tiempo. Viene bien a nuestras explicaciones citar: «A tu casa le conviene la santidad» y la loa y que no haya nada dentro que no te alabe.

Nuestros maestros dicen: ¿Qué es lo que alaba a Dios? Lo hace la semejanza. Así pues, en el alma alaba a Dios todo aquello que se asemeja a Dios; lo que de cualquier manera es desigual a Dios no lo alaba; del mismo modo que un cuadro alaba a su maestro que le ha impreso todo el arte que alberga en su corazón y que así se ha asemejado completamente el cuadro. Esta semejanza del lienzo elogia a su maestro sin palabras. Lo que se puede alabar con palabras o que se reza con la boca, es poca cosa. Porque Nuestro Señor dijo una vez: «Rezáis pero no sabéis lo que rezáis. Vendrán verdaderos rezadores que adorarán a mi Padre en espíritu y en verdad» (Cfr. Juan 4, 22 y 23). ¿Qué es la oración? Dice Dionisio: La oración es trepar hacia Dios en el entendimiento. Dice un pagano¹⁶⁶: Dios quiere obrar donde se hallan el espíritu y la unidad y la eternidad. Donde la carne está en contra del espíritu, la disgregación en contra de la unidad, el tiempo en contra de la eternidad, allí no obra Dios; no se aviene a ello. Por el contrario, debe desaparecer todo el placer, contento, alegría y bienestar que puedan tenerse en esta tierra. Quien quiera elogiar a Dios, tiene que ser santo y estar reconcentrado y ser espíritu sin hallarse fuera en ninguna parte; antes bien, con perfecta semejanza tiene que ser llevado hacia arriba, hasta la eternidad, por encima de todas las cosas. No sólo me refiero a todas las criaturas que están creadas, sino también a todo cuanto Él sería capaz de hacer si quisiera hacerlo; el alma tiene que sobrepasar todo esto. Mientras exista algo por encima del alma y mientras haya algo, lo que

¹⁶⁶ Cfr. *Liber de causis* prop. 24.

fuere, que se anteponga a Dios y no es Dios, el alma no llega al fondo «a lo largo de los días».

San Agustín¹⁶⁷ afirma lo siguiente: Cuando alumbra a las criaturas la luz del alma, en la cual ellas reciben su ser, él habla de una mañana. Cuando la luz del ángel alumbra y encierra en sí la luz del alma, dice que es de media mañana. Dice David: «El sendero del hombre justo crece y asciende hasta el pleno mediodía» (Prov. 4, 18). El sendero es hermoso y agradable y placentero e íntimo. Además, cuando la luz divina alumbra la luz del ángel, y la luz del alma y la luz del ángel se recogen en la luz divina, a esto lo llama mediodía. Entonces el día ha llegado a su punto más alto y más largo y más perfecto, cuando el sol está en el cenit y vierte su resplandor sobre las estrellas y las estrellas vierten su brillo sobre la luna de modo que todo se subordina al sol. Así también, la luz divina ha recogido en sí la luz del ángel y la luz del alma, de manera que todo se halla ordenado y enderezado, y en ese instante todo junto alaba a Dios. Ya no hay nada que no alabe a Dios y todo se yergue semejante a Dios, cuanto más semejante tanto más lleno de Dios, y todo junto alaba a Dios. Nuestro Señor dijo: «Moraré con vosotros en vuestra casa» (Jeremías 7, 3 a 7). Suplicamos a Dios, Nuestro querido Señor, que more aquí con nosotros para que nosotros moremos eternamente con Él; que Dios nos ayude a lograrlo. Amén.

¹⁶⁷ Agustín, *De Gen. ad litt.* IV c. 23 n. 40.

SERMÓN 66º
El poder de la Gracia

Sancti per fidem vicerunt regna (Hebreos, 11, 33.).

San Pablo dice: “Los santos han vencido a los reinos por la fe”.

Los santos han vencido cuatro reinos y nosotros también debemos vencer a estos reinos. El primer reino es el mundo; se debe vencer el reino del mundo por la pobreza de espíritu. El segundo reino es la carne; debemos vencerlo por el hambre y la sed. El tercer reino es el del diablo; debemos vencerlo por el sufrimiento y el esfuerzo. El cuarto reino es el de Nuestro Señor Jesucristo; debemos unirnos a El por el poder del amor.

Si el hombre poseyera el mundo entero, aún así debería creerse pobre, sin dejar de tender la mano ante la puerta de Nuestro Señor Dios para pedirle como limosna la gracia de Nuestro Señor, pues la gracia hace de los hombres los hijos de Dios. Es por lo que David dice: “Señor, todo mi deseo está ante ti y tiende hacia ti”. San Pablo dice: “Considero a todas las cosas como inmundicias a fin de ganar a Nuestro Señor Jesucristo”. Es imposible que ningún alma esté sin pecado, a menos que la gracia de Dios se extienda sobre ella. El papel de la gracia es hacer que el alma esté activa y dispuesta para todas las operaciones divinas, pues la gracia emana de la fuente divina, es una semejanza divina, tiene el sabor de Dios y vuelve al alma parecida a Dios. Cuando esta misma gracia, este sabor se proyecta en la voluntad, entonces esto se llama el amor; cuando la gracia, el sabor se proyecta en la potencia intelectual, esto se llama luz de fe y cuando esta misma gracia, este sabor se proyecta en lo irascible, es el poder ascendente, se le llama una esperanza. Son llamadas virtudes divinas porque producen en el alma las operaciones divinas, así como, por el poder del sol, puede verificarse que produce obras vivificantes sobre la tierra, pues vuelve vivas a todas las cosas y las mantiene en su ser. Si la luz desapareciera, todas las cosas desaparecerían

como si no existieran. Lo mismo ocurre con el alma: donde están la gracia y el amor es fácil para el hombre realizar todas las obras divinas y cuando es difícil para un hombre realizar las obras divinas, es un signo seguro de que la gracia no está en él. Es por lo que un maestro dijo: no condeno a las gentes que visten buenos vestidos o comen comida exquisita si tienen amor. Es una gran locura que tal persona ayune o rece mucho, realice grandes obras y esté continuamente en la soledad, si no mejora su forma de vivir, y es impaciente y violento. Debería examinar en qué es más frágil y aplicar ahí su celo para triunfar sobre eso. Si está bien ordenada su manera de existir, haga lo que haga, contenta a Dios.

Y es así como se conquistan los reinos.

SERMÓN 67º

De los pobres en el espíritu

Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum.

La bienaventuranza abrió su boca de sabiduría y dijo: «Bienaventurados son los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos» (Mateo 5, 3).

Todos los ángeles y todos los santos y todo cuanto ha nacido jamás, deben enmudecer cuando habla esta Sabiduría del Padre; porque toda la sabiduría de los ángeles y de todas las criaturas es pura necedad ante la Sabiduría sin fondo de Dios. Esta ha dicho que los pobres son bienaventurados. Ahora bien, hay dos clases de pobreza: una es una pobreza exterior y ésta es buena y muy elogiable en la persona que carga con ella voluntariamente, por amor de Nuestro Señor Jesucristo, porque Él mismo la soportó en esta tierra. De esta pobreza no voy a decir más. Pero hay otra pobreza, una pobreza interior respecto a la que hay que entender la palabra de Nuestro Señor cuando dice: «Bienaventurados los pobres en espíritu». Ahora os ruego que seáis igualmente pobres para poder comprender estas palabras; porque os digo por la verdad eterna: Si no os parecéis a esta verdad, de la cual hablaremos ahora, no podréis comprenderme.

Algunas personas me han preguntado qué es la pobreza en sí misma y qué es un hombre pobre. Se dará, pues, la respuesta.

El obispo Alberto¹⁶⁸ dice que un hombre pobre es el que no se contenta jamás con todas las cosas creadas por Dios... y está bien dicho. Mas nosotros lo diremos aún mejor, concibiendo la pobreza en un sentido más elevado: un hombre pobre es aquel que no quiere nada, y no sabe nada, y no tiene nada. De estos tres puntos ahora hablaremos y os ruego por el amor de Dios que comprendáis esta verdad, si es que podéis hacerlo; y no os preocupéis si no

¹⁶⁸ Alberto Magno, *En. in Evang. Matth. 5, 3.*

la comprendéis, porque hablaré de una verdad tal que sólo unas pocas personas buenas habrán de comprenderla.

En primer lugar diremos que un hombre pobre es aquel que no quiere nada. Alguna gente no entiende adecuadamente el sentido de esto. Son esas personas que se obstinan en conservar su propio ego en sus penitencias y ejercicios exteriores, que los consideran gran cosa. ¡Que Dios se apiade del escaso conocimiento de la verdad divina en esas personas! A esos hombres se los llama santos a causa de las apariencias; pero, en su fuero interno son asnos porque no captan el carácter simbólico de la verdad divina. Esas personas dicen también que un hombre pobre es aquel que no quiere nada. Lo interpretan de la siguiente manera: dicen que el hombre ha de vivir de modo tal que no cumpla nunca, en ningún caso, su voluntad. Más aún: que aspire a cumplir la queridísima voluntad de Dios. Esos hombres están bien orientados porque su intención es buena, por eso hemos de elogiarlos. ¡Que Dios en su misericordia les dé el reino de los cielos! Mas digo, por la verdad divina, que esos hombres no son pobres ni se parecen a los pobres. Son considerados grandes en la opinión de aquellas personas que no conocen nada mejor. Mas yo digo que son asnos que nada entienden de la verdad divina. Puede ser que ellos, gracias a su buena intención, lleguen al reino de los cielos; pero no saben nada de la pobreza de que hablaremos ahora.

Si el hombre de veras ha de poseer la pobreza, debe estar tan libre de su voluntad creada como lo era antes de ser. Porque os digo por la eterna verdad: Mientras tenéis la voluntad de cumplir la voluntad de Dios y deseáis llegar a la eternidad y a Dios, no sois pobres; pues un hombre pobre es sólo aquel que no quiere nada ni apetece nada. Si alguien me pregunta, qué es un hombre pobre que no quiere nada, le contesto así: Mientras el hombre todavía tiene la voluntad de querer cumplir la queridísima voluntad de Dios, semejante hombre no tiene la pobreza de la cual queremos hablar, pues todavía tiene una voluntad con la que quiere satisfacer la voluntad de Dios, y esto no es pobreza genuina.

Cuando yo me hallaba aún en mi causa primigenia, no tenía Dios alguno y era la causa de mí mismo; no ambicionaba nada ni apetecía nada porque era un ser libre y un conocedor de mí mismo en el gozo de la verdad. Entonces me quería a mí mismo sin querer otra cosa; lo que yo quería lo era, y lo que era lo quería, y entonces me mantenía libre de Dios y de todas las cosas. Mas cuando, por libre decisión, salí y recibí mi ser de criatura, entonces tuve un Dios; porque antes de que fueran las criaturas, Dios aún no era «Dios»; mas, era lo que era. Pero, cuando las criaturas llegaron a ser, recibiendo su ser creado, Dios no era «Dios» en sí mismo, sino que era «Dios» en las criaturas.

Si sucediera que una mosca tuviese entendimiento y racionalmente buscara el abismo eterno del ser divino, del cual ha provenido, diríamos que Dios, por más que fuera «Dios», no podría satisfacer ni contentar a esa mosca. Diremos que Dios en cuanto es «Dios», no es la meta perfecta de la criatura. Porque tan elevado rango de ser lo ocupa también la criatura más humilde en Dios. Por eso le pedimos a Dios que nos despojemos de «Dios» y aprehendamos la Verdad, gozándola eternamente allá donde los ángeles supremos y la mosca y el alma son iguales, allá donde yo estaba y quería ser lo que era y era lo que quería ser. Por ende decimos: Si el hombre ha de ser pobre en voluntad, debe querer y desear tan poco como quería y apetecía cuando no era. Y de esta manera es pobre el hombre que no quiere.

Por otra parte un hombre pobre es el que no sabe. El hombre ha de conservarse tan libre de su propio saber, como lo hacía cuando no era, y que deje a Dios obrar lo que Él quiera, y que el hombre se mantenga libre. En alguna ocasión dijimos que el hombre debía vivir de tal modo que no vivía ni para sí mismo ni para la verdad ni para Dios. Pero ahora decimos otra cosa, añadiendo que el hombre, que ha de tener esta pobreza, debe vivir de modo tal que ni siquiera sepa que no vive ni para sí mismo, ni para la verdad, ni para Dios; es más, debe estar tan despojado de todo saber que no sabe, ni conoce, ni siente que Dios vive en él; más aún: ha de estar vacío de todo conocimiento que en él tenga vida. Pues,

cuando el hombre se mantenía aún en el eterno ser divino, no vivía ninguna otra cosa en él: antes bien, lo que vivía, era él mismo.

Dicen los maestros que Dios es un ser y un ser racional y conoce todas las cosas. Mas nosotros decimos: Dios no es ni ser ni racional, ni conoce esto o aquello. Por eso, Dios es libre de todas las cosas y por eso es todas las cosas. Así pues, quien ha de ser pobre en espíritu, debe ser pobre en cuanto a todo su saber propio, de modo que no sepa nada de nada, ni de Dios, ni de la criatura, ni de sí mismo. Por eso hace falta que el hombre aspire a no poder saber ni conocer nada de las obras divinas. De esta manera, el hombre puede ser pobre con respecto a su propio saber. Todo cuanto ha provenido alguna vez de Dios, está encaminado hacia un obrar puro. Mas la obra propia del hombre consiste en el amar y conocer. Ahora brota la pregunta de cuál es la cosa en que reside antes que nada la bienaventuranza. Varios maestros dijeron que habita en el conocer, algunos dicen que está en el amar; otros afirman que reside en el conocer y en el amar, y éstos ya aciertan más. Pero nosotros decimos que no reside ni en el conocer, ni en el amar; más aún: hay algo en el alma de lo cual fluyen el conocer y el amar; ello mismo no conoce ni ama como lo hacen las potencias del alma. Quien llega a conocer este algo conoce en qué reside la bienaventuranza. Este algo no tiene ni antes ni después, y no está a la espera de ninguna cosa adicional porque no puede ni ganar ni perder. Por eso se encuentra privado también del saber de que Dios obra en él; antes bien: es lo mismo que disfruta de sí mismo a la manera de Dios. Decimos, pues, que el hombre debe mantenerse desposeído y libre, de modo que ni sepa ni conozca que Dios opera en él: de tal modo el hombre puede poseer la pobreza.

En tercer lugar un hombre pobre es el que no tiene nada. Muchas personas han dicho que es perfección no poseer nada de las cosas materiales de esta tierra, esto es verdad en cierto sentido: cuando uno lo hace a propósito. Éste no es el sentido al que me refiero.

Antes dije que un hombre pobre es aquel que no quiere cumplir la voluntad de Dios, más aún: que el hombre pobre es aquel que viva, hallándose tan despojado de su propia voluntad y de la voluntad de Dios, como estaba cuando todavía no era. De esta clase de pobreza decimos que es la pobreza más insigne... En segundo término dijimos que un hombre pobre es quien nada sabe del obrar de Dios en su fuero íntimo. Cuando uno se mantiene tan libre del saber y conocer, como Dios se mantiene libre de todas las cosas, ésta es la pobreza más pura... Y la tercera, de la cual ahora hablaremos, es la pobreza máxima: es aquella en la cual el hombre no tiene nada.

He dicho—y hay grandes maestros que también lo dicen— que el hombre debe estar tan libre de todas las cosas y de todas las obras, tanto interiores como exteriores, que pueda ser un lugar adecuado para Dios, en cuyo interior puede obrar Dios. Si sucede que el hombre se mantenga libre de todas las criaturas y de Dios y de sí mismo, pero si todavía es proclive a que Dios halle un lugar para obrar en él, entonces diremos que mientras las cosas sean así con este hombre, él no es pobre con extrema pobreza. Porque para sus obras, Dios no se empeña en que el hombre tenga en sí mismo un lugar donde Dios pueda obrar; pues ésta es la pobreza en espíritu: que el hombre se mantenga tan libre de Dios y de todas sus obras que Dios, si quiere obrar en el alma, Él mismo sea el lugar en el cual quiere obrar... y esto lo hace gustosamente. Pues, cuando encuentra así de pobre al hombre, Dios está operando su propia obra y el hombre tolera en su fuero íntimo a Dios, y Dios constituye un lugar propio para sus obras gracias al hecho de que Él es un Hacedor en sí mismo. Allí, en esa pobreza, obtiene el hombre otra vez el ser eterno que él fue y que es ahora y que ha de ser eternamente.

Mas ahora parece que mi discurso se mantiene por encima de la gracia, y por encima del ser, y por encima del entendimiento, y por encima de la voluntad y por encima de todo apetito... ¿cómo puede ser verdad, entonces, la palabra de San Pablo donde dice: «Por la gracia de Dios soy todo lo que soy» (1 Cor. 15,10)? Las

palabras de San Pablo son verdad: hacía falta que la gracia de Dios morara en él porque la gracia de Dios obró en él de manera que la accidentalidad fuera consumada en la esencialidad. Cuando la gracia terminó, luego de haber hecho su obra, Pablo seguía siendo lo que era.

Donde el hombre guarda en sí un lugar, ahí conserva una diferencia. Por eso pido a Dios que me libre de «Dios», porque mi ser esencial está por encima de Dios, en cuanto entendemos a Dios como origen de las criaturas. Pues, en aquel ser de Dios donde Dios está por encima del ser y de la diferencia, ahí estuve yo mismo, ahí quise que fuera yo mismo y conocí mi propia voluntad de crear a este hombre. Por eso soy la causa de mí mismo en cuanto a mi ser que es eterno y no en cuanto a mi devenir que es temporal. Y por eso soy un no-nacido y según mi carácter de no-nacido, no podré morir jamás. Según mi carácter de no-nacido he sido eternamente y soy ahora y habré de ser eternamente. Lo que soy según mi carácter de nacido, habrá de morir y ser aniquilado porque es mortal, por eso tiene que perecer con el tiempo. Junto con mi nacimiento eterno nacieron todas las cosas y yo fui causa de mí mismo y de todas las cosas; y si lo hubiera querido no existiría yo ni existirían todas las cosas; y si yo no existiera no existiría «Dios». Yo soy la causa de que Dios es «Dios»; si yo no existiera, Dios no sería «Dios». Mas no hace falta saberlo. Entonces decimos, que el hombre debe ser tan pobre que no constituya ni posea ningún lugar en cuyo interior pueda obrar Dios.

Un gran maestro dice que su traspasar es más noble que su emanar, y es cierto. Cuando emané de Dios, todas las cosas dijeron: Dios es; pero esto no me puede hacer bienaventurado porque ahí me llego a conocer como criatura. Pero en el traspaso donde estoy libre de mi propia voluntad y de la voluntad de Dios y de todas sus obras y del propio Dios, ahí me hallo por encima de todas las criaturas y no soy ni «Dios» ni criatura, antes bien, soy lo que era y lo que debo seguir siendo ahora y por siempre jamás. Ahí siento un impulso hacia arriba que me ha de llevar por encima de todos los ángeles. En este impulso se me da una

riqueza tal que no me puede satisfacer Dios, con todo cuanto es como «Dios» y con todas sus obras divinas; porque en este traspaso obtengo que Dios y yo seamos una sola cosa. Allá soy lo que era y allá no sufro ni mengua ni crecimiento, ya que soy una causa inmóvil que mueve todas las cosas. Allá, Dios no halla lugar alguno en el hombre, porque el hombre consigue con esta pobreza lo que ha sido eternamente y seguirá siendo por siempre jamás. Allá, Dios es uno con el Espíritu, y ésta es la pobreza extrema que se pueda encontrar.

Quien no comprende este discurso, no debe afligirse en su corazón. Pues, mientras el hombre no se iguale a esta verdad, no habrá de comprender este discurso; porque se trata de una verdad no velada que ha surgido inmediatamente del corazón de Dios.

Que Dios nos ayude a vivir de modo tal que hagamos esa experiencia por siempre jamás. Amén.

SERMÓN 68¹⁶⁹

Si renuncias, ganas

Qui odit animam suam in hoc mundo etc.

Os he manifestado unas palabras en latín que dice Nuestro Señor en su Evangelio: «Quien odia a su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna» (Juan 12, 25).

Así, cuando escuchéis estas palabras, poned atención a lo que quiere significar Nuestro Señor cuando dice que debemos odiar al alma. Quien ama a su alma en esta vida mortal y así como es en este mundo, la pierde en la vida eterna; pero, quien la odia en cuanto mortal y como es en este mundo, la guarda para la vida eterna.

Hay dos razones por las que dice «alma». Afirma un maestro¹⁷⁰: «La palabra “alma” no se refiere al fondo y no toca a la naturaleza del alma». Por eso dice un maestro¹⁷¹: «Quien escribe sobre las cosas móviles, no toca ni a la naturaleza ni al fondo del alma. Quien ha de nombrar al alma según la simplicidad y pureza y desnudez, tal como es en sí misma, no puede encontrarle ningún nombre». Le dicen alma: es como cuando se llama carpintero a una persona, entonces no se lo llama ni hombre ni Enrique, ni según su ser propiamente dicho, sino que se lo llama conforme a su obra. Éste es el pensamiento de Nuestro Señor cuando dice: «Quien ama al alma en la pureza, conforme con la naturaleza simple de ella, la odia con esta vestimenta terrestre y es su enemigo; la odia y está triste y apenado porque ella se halla tan alejada de la luz pura que es en sí misma».

¹⁶⁹ En el encabezamiento se ha anotado: «Un sermón sobre San Lorenzo». «Del amor de su alma».

¹⁷⁰ Avicena, *De anima* I c. 1.

¹⁷¹ Idem, *ibídem*.

Nos dicen nuestros maestros¹⁷²: «El alma se llama fuego por la fuerza y el calor y el brillo que posee». Otros dicen que es una chispa de naturaleza celestial. Los terceros que es una luz. Los cuartos, que es un espíritu. Los quintos, que es un número. No encontramos nada que sea tan puro y limpio como el número. Por eso querían darle al alma un nombre que fuera puro y limpio. En los ángeles existe el número —se habla de un ángel, de dos ángeles— también en la luz existe el número. Por eso se la designa al alma de acuerdo con lo más desnudo y acendrado y, sin embargo, esto no llega a tocar su fondo. Dios que es sin nombre —no tiene nombre alguno— es inefable y el alma, en su fondo, es igualmente inefable tal como Él es.

Existe una razón más por la que dice que ella odia. La palabra que designa al alma, se refiere a ella en cuanto se encuentra en la cárcel del cuerpo, y por ello opina San Juan que el alma, al ser capaz de convertir aún en objeto de su pensamiento lo que ella es en sí misma, se halla todavía en su cárcel. Allí donde pone todavía atención a esas cosas bajas y donde recoge algo en su interior por intermedio de los sentidos, se estrecha en seguida; porque las palabras no son capaces de nombrar a naturaleza alguna que se encuentre por encima de ellas.

Las causas por las que el alma debe odiarse a sí misma son tres. La primera es: he de odiarla en cuanto que es mía; pues en tanto es mía, no es de Dios. La segunda causa: porque mi alma no está en su totalidad situada y plantada en Dios y hecha a su imagen. Dice Agustín¹⁷³: «Quien quiere que Dios le pertenezca, antes debe hacerse propiedad de Dios, y esto ha de ser así necesariamente». La tercera causa es: Si el alma gusta de sí misma, en cuanto alma, y si Dios le gusta junto con el alma, está mal hecho. Dios le debe gustar en Él mismo, porque se halla por completo por encima de ella. Eso fue lo que dijo Cristo: «Quien ama a su alma, la perderá» (Juan 12, 25).

¹⁷² Para el pasaje cfr. Aristóteles, *De anima* I t. 20.

¹⁷³ Nicolaus Cusanus cita el mismo pasaje en su sermón XII.

Debe abominar el alma todo cuanto de ella se halla en este mundo o mira hacia él, también donde algo es tocado por el mundo y mira al exterior. Dice un maestro que el alma en su parte más sublime y pura se halla por encima del mundo. Sólo el amor hace entrar al alma en este mundo. A veces se trata de un amor natural que ella siente por su cuerpo. Otras un amor voluntario que siente hacia las criaturas. Dice un maestro: Así como la vista nada tiene que ver con el canto, ni el oído con el color, así el alma en su naturaleza nada tiene que ver con todo cuanto hay en este mundo. Por eso dicen nuestros maestros en ciencias naturales¹⁷⁴ que el cuerpo se halla mucho más en el alma que el alma en el cuerpo. Así como el barril contiene el vino antes que el vino el barril, así el alma contiene al cuerpo antes que el cuerpo al alma. Lo que el alma ama en este mundo, supone una carencia en su naturaleza. Dice un maestro¹⁷⁵: «La naturaleza y natural perfección del alma consisten en que llegue a ser en sí un mundo racional allí donde Dios formó en ella las imágenes primigenias de todas las cosas». Quien dice que ha logrado tener su naturaleza, debe descubrir que en su interior todas las cosas están configuradas en una pureza tal como son en Dios, no como son en su propia naturaleza. No hay ningún espíritu ni ángel que toquen el fondo del alma ni tampoco su naturaleza. Allí, ella llega a lo primigenio, el principio donde Dios irrumpe con bondad en todas las criaturas y toma todas las cosas en Dios, no en la pureza tal como son según la natura, sino en la pura simplicidad tal como son en Dios. Él hizo todo este mundo como si fuera de carbón. La imagen hecha de oro es más firme que la hecha de carbón. Así también en el alma todas las cosas son más puras y nobles de lo que son en este mundo. La materia empero de la cual Dios hizo todas las cosas, es más ruin que el carbón en comparación con el oro. El que quiere hacer una olla, toma un poco de arcilla; ésta es la materia con la cual trabaja. Mas luego le da una forma que se

¹⁷⁴ Cfr. Aristóteles, *De an.* I t. 90.

¹⁷⁵ Avicena, *Met.* IX c. 7.

halla en su interior: ésta es más noble en su fuero íntimo que la materia. Con esto quiero decir que todas las cosas son infinitamente más nobles en el mundo racional que es el alma, de lo que son en este mundo; así como la imagen cincelada e impresa en oro, así se encuentran las imágenes de todas las cosas como simples en el alma. Dice un maestro¹⁷⁶: «El alma tiene en sí la potencialidad de que sean estampadas en ella las imágenes de todas las cosas». Otro dice¹⁷⁷: «El alma nunca ha logrado poseer su naturaleza pura, a no ser que halle configuradas en sí todas las cosas existentes en el mundo racional que es incomprensible; hasta allí no llega ningún pensamiento». Dice Gregorio¹⁷⁸: «Aquello que decimos de las cosas divinas, lo tenemos que balbucear porque hay que expresarlo con palabras».

Una frase más sobre el alma y nada más: «¡Vosotras, hijas de Jerusalén, no os fijéis en que soy morena! El sol me destiñó y los hijos de mi madre lucharon contra mí» (Cant. de los Cant. 1, 4 y 5). Con ello se refiere a los hijos de este mundo; a ellos les dice el alma: Aquello del sol, es decir, los placeres de este mundo, que me alumbra y toca, me hace oscura y morena. El marrón no es un color perfecto; tiene un tono claro pero también alguno oscuro. Cualquier cosa que el alma piense u opere con sus potencias, por clara que sea en ella, sin embargo, es una mezcla. Por eso dice: «Los hijos de mi madre lucharon contra mí». Los hijos, éstos son todas las potencias inferiores del alma; todas ellas la combaten y tientan. El Padre celestial es nuestro Padre verdadero y la Cristiandad nuestra madre. Por más hermosa y adornada que se presente, y por útil que sea con sus obras, todo esto aún es imperfecto. Por eso se dice: «¡Oh tú, la más hermosa por entre las mujeres, sal y retírate!» (Cant. de los Cant. 1, 7). Este mundo es como una mujer porque es débil. Pero ¿por qué dice no obstante: «la más hermosa entre las mujeres»? Los ángeles son más hermo-

¹⁷⁶ Aristóteles, *De an.* III t. 18.

¹⁷⁷ Avicena, *Met.* IX c. 7.

¹⁷⁸ Cfr. Gregorio Magno, *Moralia in Iob* 1. XX, c. 32.

sos y muy superiores al alma. Por eso dice: «¡La más hermosa» —a su luz natural del entendimiento— «sal y retírate!» Sal de este mundo y aléjate de todo a lo que se inclina tu alma todavía. Y cualquier cosa que ella toque aún, la debe odiar.

Suplicad a Nuestro querido Señor que odiemos a nuestra alma, bajo la vestimenta por la cual es nuestra alma, de modo que la conservemos para la vida eterna. Que Dios nos ayude a lograrlo. Amén.

